

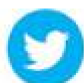
Yolanda Cruz

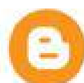
Mermelada de pétalos de rosas

María Isabel Sánchez

Click
EDICIONES

Índice



You
Tube

A José Luis, por confiar en mí y apoyarme desde siempre.
Sin él, esta novela jamás habría salido a la luz.

A mis hijos Adrián y Borja, que llenan mi vida de felicidad,
y a mi incondicional amiga Marisa.

Y a la memoria de David, mi eterna ausencia.

YOLANDA CRUZ

A Francisco, porque caminamos juntos
y busca conmigo la paz.

M.ª ISABEL SÁNCHEZ

«La esperanza es la vida misma defendiéndose.»

JULIO CORTÁZAR

A Marta, Ángel y…, ellos son mi Esperanza.

«No hay caminos para la paz; la paz es el camino.»

MAHATMA GANDHI

El manuscrito enigmático

Mi vida es una montaña rusa. Subo como una cometa, vuelo, veo el mundo en color, con sus parcelas tan bien delineadas, el bosque frondoso, la lluvia limpia mi alma, limpia mi cuerpo, revoloteo entre las nubes, me mezclo con ellas, siento su liviandad, me traspasan, y la ausencia de sonido es música en mis oídos. Subo, y me acerco al sol, acarician sus rayos mi cuerpo, acojo amorosamente su abrazo y me multiplico, se multiplican mis sensaciones y celebro esta vida dada.

Busco entre mis recuerdos tantas ausencias: no las encuentro. ¿Dónde se fueron mis días? Si miro hacia atrás, todo anda descolocado: las renuncias, los deseos postergados, las lágrimas que no consuelan ni dan descanso, la oscuridad…

Quisiera reconciliarme con la niña que fui, enseñarle el futuro que ideó para mí y que se truncó con cada desacierto. Sé que temía fracasar. Que imaginaba el color y el amor, la dulzura y el bienestar, que soñaba con una vida buena, sin temor, llena de caricias y abrazos, llena de ternura. A esa niña que creció y se hizo adolescente, y a esa adolescente que también quiso proyectarme en su futuro, a las dos debo pedirles perdón por haberlas defraudado, por no ser lo que ellas anhelaban para mí, por querer correr y correr hacia el futuro y dejarlas, esperando un mundo mejor. Sin aliento se quedaron, viendo cada tropiezo, cada huida hacia delante: agua entre las manos.

En mi ceguera, no supe parar y tomar aire, coger el camino que la vida tendía a mis pies. Me salté los semáforos, uno tras otro, sin darme tiempo a respirar. Jugué a ser mayor y en el juego me perdí. Me hice mayor sin haber crecido, sin sentir que la vida me respiraba y que yo le pertenecía, que le debía cada minuto que me regalaba, y en mi soberbia dilapidé mi hermoso tiempo, pensando que aún tenía más. No supe apreciarlo, devorarlo y sentirlo, minuto a minuto. Lo dejé marchar, se fueron mis horas convertidas en días… en años, y ahora mi frágil memoria me castiga, negándome volver allí, recordar algo que me pertenece y que desprecié tan a la ligera. Entregué mis segundos a personas que no supieron valorarlos. En mi ignorancia, creí salvarme y salvar a mis chicas, pero solo las puse, a ellas y a mí,

a hibernar, sin saber que las cuentas al final dan un saldo negativo. Miro mis manos y han envejecido, han perdido la lozanía y se han hecho mayores, han acariciado poco y poco han sido acariciadas, y se sienten, cuando echan la vista atrás, desamparadas y despojadas.

Tenía que coger un tren. Se iría sin ella si no se daba prisa, pero aquellas palabras la habían dejado perpleja. ¿Cómo habrían ido a parar a su cómoda?, ¿quién escribía aquello? Pensó en su madre y la descartó: no era su letra. ¿Qué mano misteriosa la había conducido a abrir ese cajón?… Cierto que buscaba unas llaves, pero nunca abría aquel concretamente; no quería olvidar aquello. Metió el sobre en la maleta y se dirigió a toda prisa hacia la estación.

Al salir a la calle sintió sus pies mojados… ¡Sus preciosas sandalias! Llevaba unas descubiertas, de tacón. ¡Y de color plata! Se las estaba probando justo en el momento en el que dio con aquella carta… No sabía por qué se las había puesto, había sido algo instintivo. Las había encontrado en su armario mientras buscaba la maleta y se las había calzado sin pensar. Tal vez porque no había llegado a utilizarlas nunca. En cualquier caso ya no tenía tiempo de regresar y cambiarse. Continuó caminando hacia la alameda, donde había decidido coger un taxi. El cielo tenía un extraño color rojizo que parecía amenazar tormenta. Le resultó extraño: esa misma mañana había salido a realizar algunas compras y hacía un calor inusual para el mes de diciembre. Julia le daba vueltas a aquella nota; había tanta tristeza en sus palabras… ¿A quién pertenecería? Estaba realmente intrigada. Pensó en aquella cómoda…

Su padre le había regalado aquel antiguo caserón hacía algunos años y nunca había reparado en aquel cajón, ni tan siquiera cuando guardó las toallas y sábanas que su madre le había regalado, antes de mudarse a la capital.

Miró su reloj, su llamativo reloj de pulsera en color blanco —«el último regalo de papá», pensó—. Si no aligeraba, llegaría tarde.

Justo en ese momento vio aparecer un taxi por la avenida, le hizo una señal y cruzó hacia el otro lado de la calzada.

Mientras el conductor colocaba su maleta en el portaequipajes, ella le pidió que la llevase a la estación de Chamartín.

—Por favor, conduzca todo lo rápido que le esté permitido.

Pulsó el taxímetro, y sin más, puso en marcha el automóvil. Al acomodarse en su asiento comprobó que el taxista no dejaba de mirarla a través del retrovisor, y se sentía bastante incómoda.

Empezó a llover con fuerza. Con la cabeza reclinada en el asiento se fijó en las gotas de agua que golpeaban los cristales: parecían las bolitas de un collar, transparentes, brillantes…

Miró nuevamente su reloj. Estaba inquieta. En cinco minutos

llegaría a la estación y el molesto taxista dejaría de observarla.

«¡Qué vergüenza!, debo de estar volviéndome loca, salir así…», pensó mientras miraba sus sandalias mojadas.

Cuando el taxi paró, justo en la entrada de la estación, el hombre bajó y le entregó la maleta. Julia tuvo la sensación de que aquel hombre sonreía; sacó un billete, se lo dio, y con premura, sin esperar el cambio, se dirigió al interior.

No soportaba que la mirasen de aquella forma. Llevaba los pies mojados y deseaba cambiarse lo antes posible. Buscó en la enorme pantalla la hora de salida de su tren. Aún quedaban quince minutos, tiempo suficiente para entrar en el baño.

Empujó el tirador de la puerta, casi sin tocarlo: no le gustaba tocar las puertas ni las manijas de los cuartos de baños públicos. Al entrar, por poco tropieza con una señora muy gruesa que llevaba a una niña pequeña de la mano. La señora tiraba de la pequeña con prisas. Ambas también la miraron un tanto extrañadas. Julia se sorprendió. Cuando al fin cambió aquellas veraniegas sandalias por sus botas, se miró al espejo y sonrió. Se había quedado tan perpleja al leer aquellas enigmáticas palabras, que había olvidado extender su colorete antes de salir, parecía un payaso. Con un trozo de papel limpió su cara, se sacudió la gabardina húmeda y se dirigió hacia su andén. Llevaba una amplia sonrisa.

Comprobó que no se equivocaba de tren y subió relajada: no quería cometer más errores, al menos en un mismo día. Colocó su maleta de piel roja en el estante superior de su asiento y se acomodó en la zona de no fumadores. Abrió su bolso de mano, sacó la carpeta con toda la documentación y se dispuso a estudiar su último caso.

Cuando el tren se puso en marcha dejó caer su cabeza en el respaldo. No le apetecía lo más mínimo aquella reunión. Eran viejos compañeros del bufete de su padre y la esperaban desde hacía ya tres meses. No podía eludirla por más tiempo. Desde la muerte del padre de Julia, hacía ya cuatro meses, nadie parecía ponerse de acuerdo. La mayoría de los casos se los iban pasando a un joven recién salido de la universidad pariente de Alfonso. Se quedó sorprendida, pues acababa de darse cuenta de que no recordaba su nombre. En cualquier caso, no entendía por qué aquellos prestigiosos abogados delegaban en él. Eso es lo que entendió, de ser así… ella tampoco sabría qué hacer, todo era una especie de sin sentido. La llamada de Alfonso había sido sin lugar a dudas bastante extraña.

En dos horas y media llegaría a su destino: Salamanca. Le traía muchos recuerdos. Sus calles, sus edificios; pero la última vez que visitó la ciudad salió de allí con un recuerdo tremendamente triste. Dejar a su madre en aquella residencia había sido algo que jamás hubiese imaginado. Había sido algo inevitable: su madre necesitaba

unos cuidados que ella no podía darle en casa.

Miró por la ventanilla; el tren había aminorado la marcha y ese cambio la sacó de sus cavilaciones. Estaba ya en Ávila: había perdido por completo el sentido del tiempo. Se dio cuenta de que no se había recuperado todavía de la muerte de su padre. Se fue sin más, sin despedirse. La invadía una sensación de impotencia y rabia que la inmovilizaba en todo cuanto hacía. Había consultado el problema con Gloria, que era su amiga desde la infancia y una prestigiosa psicóloga.

Gloria, su amiga del alma… tan diferente a ella pero tan querida, no le había dado mucha importancia a ese bloqueo temporal. Era una fase más del duelo, al cual se añadía la sensación de haber defraudado a su madre al dejarla ingresada en aquella residencia. Gloria siempre justificaba su decisión, aunque eso no aliviaba en absoluto su sentimiento de culpabilidad.

Apartó ese recuerdo de su mente con un gesto, como si espantara una mosca. Si tenía un poco de tiempo, saldría a pasear por la sierra de Francia.

Recordaba que de pequeña solía ir allí con sus padres. Le gustaba la fragancia que emanaba cada rincón del lugar, sobre todo en otoño, cuando la humedad y la lluvia hacían su trabajo y regalaban a los paseantes ese intenso olor a vida.

Poco a poco, el ruido cadente del tren la fue adormeciendo. Siempre le había gustado viajar en tren. Se inventaba canciones al ritmo del sonido que hacían las ruedas del vagón en los raíles; otras veces se le venía una canción y la reproducía una y otra vez como una letanía. De pronto, sonrió al darse cuenta de que esta vez era una pregunta la que se repetía en su cabeza: «¿Quién es esa mujer? ¿Quién es esa mujer? ¿Quién es esa mujer?».

Llegó a la estación sin haber conseguido salir de esa especie de estupor, como si se hubiera hecho un paréntesis de irrealidad durante el trayecto. En otros viajes anteriores, observaba sin malicia al resto de los viajeros. Les inventaba una vida según su aspecto, como el que imagina figuras con las nubes. Escudriñaba las conversaciones buscando una vida que no era la suya, les asignaba tristeza o felicidad, fracasos y maldades. Su madre decía que era una soñadora y que tendría que ser más racional, porque si no, la vida le daría muchos vapuleos… Su madre otra vez, suspiró, y se preparó para bajar del tren.

Nadie la esperaba en el andén, su hermano estaba fuera y los demás parecían extraños en su vida. Solo su querido hermano Tomás habría estado aguardándola con esa sonrisa tan particular y esa mirada tan inteligente. Lo echaba de menos desde que ella se fue a Madrid, y aunque se veían a menudo, siempre estaba Rosa, su cuñada. No es que no la quisiera, pero rompía con su sola presencia ese

vínculo tan especial que tenían desde pequeños. Si Tomás hubiera estado allí, con solo mirarla habría detectado su inquietud. Ella le habría mostrado la enigmática carta y entre los dos habrían jugado a detectives, indagando y preguntando hasta descubrir a su autora; pero aún faltaba un mes para que Tomás volviese de Tokio. Se había visto obligado a ir como delegado comercial de su empresa. Su jefe le había encomendado la tarea de expandir el negocio, debido, decía, a la crisis que acechaba sobre la empresa. Tomás era abogado, al igual que ella. Ambos habían seguido la estela de su padre, pero él no había querido ser heredero de un bufete que olía a rancio. Julia volvió a sonreír al recordar a su hermano arrugando la nariz, y que siempre le decía:

—¡Julia, sal de aquí, vuela por ti misma! Sé que papá quiere que mantengamos el bufete entre los dos, pero está cargado de dinosaurios, ¡vete a Madrid!

En Salamanca no llovía, hacía fresco, pero Julia agradeció el frío que notó al salir: eso la despejaría de una vez. Miró el reloj: eran casi las ocho de la tarde. Decidió ir andando a su antigua casa: no estaba lejos y la maleta no le pesaba mucho. Guardó en el bolso su carpeta, a la que ni siquiera había echado un vistazo.

Salió a la avenida de los Comuneros y echó a andar. Atesoró el olor de su ciudad, las calles tan familiares, los viandantes tan diferentes a los madrileños, el hermoso colorido otoñal. Le apetecía tomar un café pero ya era un poco tarde y sabía que no dormiría esa noche si lo hacía; últimamente le costaba descansar. Pararía en el súper que había al lado de casa y compraría algo para cenar. Al llegar a la plaza que daba a la calle Azafranal se le encogió el corazón. Era su hogar, su niñez había transcurrido entre aquellas calles; había sido una niña feliz, de eso no tenía duda alguna.

Ya habían puesto los adornos navideños y eso le producía un sentimiento ambivalente: era la primera Navidad sin su padre y Tomás no estaría con ella; la pasaría con su madre, pero tampoco quería pensar en ello. Era todo tan diferente y tan triste.

En lugar de un supermercado, se dio de bruces con una tienda de chinos. «¡Es asombroso cómo nos están invadiendo pacíficamente!», pensó mientras miraba la cantidad de artículos que vendían.

Caminó dos calles más abajo, recordó que había una antigua tienda de ultramarinos, la de Ramón y su mujer, y pensó que tal vez ellos aún resistían a la crisis sin necesidad de cerrar el negocio.

La saludaron efusivamente, y Julia tuvo que contestar a las típicas preguntas sobre la salud de todos los familiares y oír repetidas veces el pésame por la muerte de su padre.

No le gustaban los pésames: todo el mundo repetía las mismas frases hechas. Aunque eran de agradecer. Compró lo que creyó que necesitaría y salió de allí, con unas enormes ganas de darse un buen

baño muy caliente. Estaba muy cansada.

No vio a Juan, el conserje. Buscó las llaves en su bolso, abrió la doble puerta de cristal y cruzó el amplio vestíbulo del edificio.

Habían colocado tantas plantas desde la última vez que había estado allí… Aquello le sugirió una selva amazónica.

Subió en ascensor hasta la tercera planta. No se cruzó con nadie por el camino; tampoco le apetecía ver a los vecinos, especialmente a las del segundo. Esas dos hermanas ancianas y ricas que cuando te invitan a tomar el té quieren que les cuentes tu vida y milagros. Tal vez al final hayan decidido dar la vuelta al mundo, pensó mientras el ascensor marcaba en la pequeña luz el número tres.

Al verse frente a la robusta puerta de caoba brillante, sintió un nudo en la garganta.

Le asaltaron sus días felices, su infancia y adolescencia, y por qué no, alguna que otra noche en la que la resaca le había impedido dar con la cerradura. Entonces, su padre le abría despacio la puerta, sin hacer ruido, para no despertar a su madre. Después la ayudaba a acostarse y la besaba en la frente, aunque ella casi nunca se diese cuenta. Su padre era tan especial…

Entró en casa llorando. Demasiados recuerdos.

El olor a cerrado no le gustó. Conectó el cuadro de luces y miró a su alrededor. Todo estaba tal y como lo había dejado la última vez que había estado allí, tras el funeral de su padre.

Abrió todas las ventanas y dejó la bolsa de alimentos en la cocina, sobre la isla, donde tantas veces había ayudado a su madre a cocinar.

Recordó las navidades de su niñez, junto a Tomás. Preparaban pasteles con su madre, aunque su hermano casi siempre acababa jugando y haciendo figuritas con la masa de harina. Esbozó una sonrisa, y sin deshacer la maleta se fue directamente al baño.

Sola, se sentía tremendamente sola. Nunca hubiese imaginado una Navidad tan triste… Se sentó en el borde de la bañera, abrió el grifo y dejó correr el agua. Al cabo de unos minutos puso el tapón y añadió una generosa cantidad de gel de baño bajo el chorro, le encantaba hacer espuma. Mientras se llenaba la bañera, buscó su antiguo equipo de música. No recordaba dónde lo había dejado la última vez. Hacía tiempo que no lo utilizaba…, últimamente solo escuchaba música en el coche, mientras conducía. Al fin lo encontró: estaba en el fondo de su armario. Se fijó en que había bastante ropa suya allí colgada. Tocó una rebeca azul clara. Se la había regalado su amiga Gloria hacía muchos años; creía que la había perdido.

No había ningún CD en el interior, así que decidió buscar una emisora. Se desnudó, comprobó que el agua estaba como a ella le gustaba y se metió en el baño. Sabía que no estaba bien malgastar tal cantidad de agua, pero lo necesitaba. Sintió el cosquilleo de las

pompas de jabón sobre la piel, la sensación del agua caliente por todo el cuerpo; sumergida, estiraba las extremidades: su escaso metro sesenta se lo permitía. Mientras, sonaba *Viva la vida,* de Coldplay.

Debía pensar en positivo, tomar las riendas de su vida y no dejarse arrastrar por los sentimientos, por el pasado…

Recordó el sobre que había guardado en la maleta: volvería a leerlo. Aquellas palabras la hacían pensar en lo efímero de la vida. Tal vez, habían provocado en ella todas esas sensaciones que estaba experimentando; la fugacidad del tiempo giraba sobre su cabeza como mariposas que solo viven unos días…

—¡Solo tengo treinta y seis años! —se dijo molesta.

Algo la sacó de su enojo momentáneo: el teléfono móvil sonaba insistentemente. El calor y bienestar que le proporcionaba el baño la hizo desistir de ver quién llamaba: luego miraría el número.

Por la mañana tenía que asistir a la reunión del bufete. Alfonso, socio y compañero de su padre, había insistido en que volviese a Salamanca. Los casos se amontonaban, los colegas no daban abasto, y echaba de menos a su padre. Ambos habían conducido con mano de hierro aquel despacho. Habían conocido la gloria, ganando casos que parecían perdidos, se habían hecho un nombre en la ciudad: Sáez & Patiño. Llegaban casos de Madrid, de Ávila; eran abogados de renombre, y Julia había sido la encargada de poner en marcha un anexo de Sáez & Patiño en Madrid. Había heredado la bonhomía de su padre, la capacidad de luchar por lo que consideraba justo, y aunque con menor éxito de lo esperado, se había instalado en Madrid. Su padre había invertido años atrás en un pequeño caserón, muy coqueto, cerca de Fuencarral, y lo habían acondicionado para que ella se estableciera en él. Al reformarlo, habían conseguido dos plantas; la de arriba se convirtió en la casa de Julia, la de abajo haría las funciones de despacho. Se habían conservado el mobiliario y demás enseres que su madre había ido adquiriendo en casas de antigüedades. Elisa, la madre de Julia, era una mujer pequeña e inquieta, que curioseaba buscando alfombras, muebles, cuadros... Todo para ella era un reto. Su marido la dejaba hacer, sonreía cuando llegaba a casa con algún objeto que no encajaba en ningún sitio

—Esto es para Madrid, cariño, ¡ya verás! —le decía.

Siempre conseguía armonía en las habitaciones que decoraba. Sus hijos desconfiaban del gusto de su madre, pero cuando terminaba con una habitación, se quedaban asombrados de la calidez y elegancia que impregnaba a su paso. Así quedó su preciosa casa de Madrid. A ella le gustaba vivir allí, echaba de menos su ciudad, pero se sentía a gusto en su casa. Julia había añadido su toque personal, le había dado un aire más actual, añadiendo algunos muebles combinados en cristal y acero.

Sonó otra vez el móvil, y ya no podría seguir su plácido baño. El agua estaba fría. Salió de la bañera y atendió la llamada. Era Gloria.

—¿Dónde te metes, hija? —le dijo Gloria con su habitual tono risueño.

—¡A ver si no puedo darme un baño sin que tenga que darte explicaciones!

—¡Uy!, a mi amiga no le ha sentado muy bien el viaje… —bromeó Gloria.

—Que no, Gloria, perdona. Es que estaba completamente relajada y metida en mi mundo.

—Eso es normal en ti, no te preocupes; solo llamaba para ver qué tal va todo.

—En principio bien, he llegado hace un rato y no he visto a nadie, mañana te contaré cómo están las cosas. Alfonso me preocupó un poco con su llamada. Normalmente es muy tranquilo… ¡No sé!

—Vale preciosa, mañana hablamos.

Cuando colgó el teléfono, se acordó de la misteriosa carta: quería habérselo contado a su amiga…; ya lo haría cuando llegase a Madrid, y así podría leerla. Acostumbraba a contárselo todo a Gloria, desde siempre.

Su amiga era una mujer fascinante. Cuando se conocieron, su madre acababa de morir y su padre pasaba los días metido en el bar. Tenían entonces quince años. Gloria era una estudiante ejemplar, aunque aquel año suspendió varias asignaturas. Julia la ayudó lo suficiente como para que en septiembre pudiese recuperarlas. Afortunadamente para Julia, su amiga no repitió curso, algo que era muy importante para ella. En cierto modo, ella también estudiaba mucho más cuando Gloria estaba a su lado.

Cuando salían de clase nunca quedaba con las amigas, sino que se dirigía al bar y remolcaba a su padre hasta casa.

El padre de Gloria, Sebastián, tenía una joyería en el centro de Salamanca. Rafaela, su hermana soltera, llevaba sola prácticamente el negocio, y se ocupaba además de su sobrina.

Cuando Gloria acabó el instituto, tenía muy claro que quería estudiar el comportamiento humano en todas sus manifestaciones. Por eso se hizo psicóloga, aunque esto le había traído algunos problemas. Estudiaba a todo aquel individuo de sexo masculino que intentase ligar con ella. Tal vez por eso aún continuaba sin encontrar una pareja estable.

Julia recordaba que tuvo un novio en segundo de carrera que se llamaba… Alberto, sí, Alberto, no sé… Cabrerizo, eso es. Pasaban el día estudiándose mutuamente. Julia, sin poder contener la risa, recordaba todas las anécdotas que su amiga le había contado de aquel chico. Al final tuvieron que dejarlo: era una de esas relaciones

demasiado tormentosas. Estaban siempre discutiendo por todo, por el tema más absurdo, o por lo más simple.

Gloria había conocido a muchos chicos. La mayoría se acercaban a ella impresionados por su físico, atraídos por su belleza. Medía alrededor del metro setenta. Su cabello era pelirrojo y con grandes rizos, que descansaban sobre los hombros. Tenía unos bonitos ojos color miel y sonreía con frecuencia, mostrando una amplia sonrisa de dientes casi perfectos.

Julia nunca imaginó que acabaría quedándose embarazada de su antiguo profesor de Técnicas de Intervención Cognitivo-Conductuales —«¡Vaya nombre!», se decía—, cuyo objetivo principal, entre otros, era tratar problemas emocionales relacionados con la salud mental. Gloria bromeaba al respecto; decía que él, precisamente, era quien tenía un problema de salud mental. A mitad de carrera, tropezó con él en una fiesta, y sin saber cómo ni por qué, aquella noche terminaron en la cama. Al cabo de los meses, descubrió que estaba embarazada. Él estaba casado, así que decidió no decirle absolutamente nada. En cualquier caso, decidió tener a su hijo. Fueron años difíciles, y nadie en la facultad supo quién era el padre, tan solo Julia.

El pobre crío se pasaba el día cambiando de canguro. Gloria pedía auxilio a todas sus amigas cada vez que lo necesitaba, pues trataba de evitar que su hijo supusiese una nueva carga para su tía. Por suerte, siempre había alguna amiga dispuesta a echarle una mano. Lo llamó Evander, decía que significaba «hombre fuerte». No quería que se pareciese a ninguno de los que había conocido, y menos aún a su padre, un hombre débil que murió antes de que ella acabase sus estudios. Evander tenía catorce años, era un chico muy maduro para su edad, y daba a Gloria la estabilidad emocional que necesitaba.

De repente, Julia sintió mucho frío. Recordó que todas las ventanas estaban abiertas, y liada en el albornoz de su padre, las fue cerrando una a una. Esta vez sonó el timbre de la puerta. No tenía la menor idea de quién podría ser. Miró a través de la mirilla y vio una cara totalmente desconocida.

Era un hombre moreno, de mediana edad, aunque no apreciaba bien sus rasgos. No sabía para qué demonios estaban esas dichosas mirillas, si solo se conseguían ver rostros demasiado deformados. Se echó un vistazo: estaba hecha un desastre, en zapatillas y albornoz. Este, para colmo, era anticuado y masculino, el primero que había encontrado. Su cabello estaba totalmente mojado… y el caballero misterioso volvió a pulsar el timbre.

«¡Qué pesado! ¿Quién será?»

—Hola, ¿hay alguien en casa? Soy el sobrino de Juan. Me han dejado un paquete para usted. Si desea, puedo pasar más tarde, o si lo prefiere lo dejo aquí, en el suelo.

«¡Mierda! —dijo para sí—. Seguro que me ha visto o me ha oído, y yo aquí, callada como si fuese una ladrona o algo parecido, en mi propia casa. ¿Qué hago?»

Julia tuvo que contestar:

—Se lo agradecería, gracias. —Su voz sonó aguda, chirriante.

«Se lo agradecería, gracias. Se lo agradecería, gracias.» Repitió varias veces la misma frase, en voz baja. Estaba convencida de que había sonado totalmente estúpida y horrible. Le daba vergüenza que aquel extraño pudiese pensar que era una mujer cursi y chillona, incapaz de abrir la puerta. Insegura de sí misma. Aunque tal vez él podría haber pensado que tenía miedo de abrir la puerta a un desconocido. En cualquier caso, le daba exactamente igual lo que aquel extraño creyese. Estaba muerta de frío; no sabía por qué debía preocuparse por aquella tontería.

Cuando oyó los pasos alejarse, aguardó unos segundos hasta asegurarse de que aquel hombre se había marchado. Abrió la puerta muy despacio, se agachó y sacó rápidamente la mano para recoger el paquete, luego cerró despacio, para no hacer ruido.

«¡Madre mía, que estrés!, no soporto que invadan mi espacio.»

Lo dejó en la mesa del recibidor y lo observó durante unos segundos. Era un paquete mediano y no pesaba demasiado. No tenía remitente. Tal vez, se trataba de algún encargo de su padre. Desde su enfermedad, Juan acostumbraba a llevarle a casa toneladas de paquetes, documentos, libros… No le apetecía mirar el contenido, pues estaba segura de que le produciría una gran tristeza. Sería mejor ir a secarse el cabello y abrigarse si no quería pillar un resfriado.

Desconectó el aparato de música: tenía ganas de estar en silencio. Se fue a la cocina y calentó en el microondas un pastel de hojaldre relleno de carne que parecía delicioso. Sentada en el taburete que había junto a la isla, comenzó a comer. Pensaba en su madre. Algunas veces se sentía culpable incluso de sentir hambre. Su madre estaba realmente mal.

—¡Pobre mamá!, ni tan siquiera sabe que papá ha muerto. Pregunta por él cada vez que me ve… Ojalá estuviese papá aquí, sentado en su sillón, leyendo o revisando un caso perdido. Para él, siempre había una solución para todos los problemas.

Al día siguiente iría a visitar a su madre, justo por la tarde, después de acercarse a ver a Alfonso.

«Alfonso… —pensó—. No sé cómo decirle que deben arreglárselas sin mí. Tomás no quiere saber nada, está demasiado ocupado y yo…»

Julia no había sabido decirle a tiempo a su padre que no le seducía la idea de ser abogada durante toda su vida. Claro que de algo tenía que vivir…, había casos por los que le apetecía luchar, defender a personas víctimas de cualquier tipo de abuso; otros, en cambio… Su

padre siempre le decía que debía valorar los casos antes de aceptar su defensa…

Un impulso inesperado la llevó a abrir aquel paquete, le había llamado demasiado la atención la forma tan enigmática en la que había llegado hasta ella. Al quitar el envoltorio vio que se trataba de una antigua caja de madera; era preciosa. Deslizó la mano sobre la tapadera: tenía dibujos de flores y mariposas. Estaban finamente tallados.

Mariposas… Algo la empujó a abrirla rápidamente.

En su interior había varios objetos y algunos sobres. Abrió uno de ellos. Había una nueva carta, con sus hojas amarillentas. Algo la hizo contener la respiración: estaba segura de que aquella letra era la misma que la de la nota que guardaba en su maleta.

> *No siento dolor, solo un ligero sentimiento de decepción. Mi vida, mi única e irrepetible vida, ha decidido por mí. Mis sueños se diluyen como un grano de sal en un vaso de agua, apenas perceptible al gusto, apenas una gota de agua en la tormenta; no hay descanso para el caminante, si el que camina aún no sabe adónde se dirigen sus pasos. En mi alma se alberga todo el amor que no di, toda la desesperada inquietud de saberme no pertenecida; nadie entendió mi anhelo, nadie se permitió por un segundo intentar comprenderme. He sido lapidada y las piedras invisibles que arrojaron sobre mí han dejado una herida perpetua. No consigo arrancar la máscara que los bienintencionados portan, retirar la sonrisa hipócrita de aquellos que me sonríen y tras la que esconden su arma tan letal e hiriente, como un cadalso.*
>
> *Encuentro tras mis manos las lágrimas que he vertido, escondo tras mis ojos la penumbra de un pasado y la niebla de un presente. Busco en el ocaso el sol poniente, efímero pero luminoso, que le dé luz a mi vida. Que este lamento se convierta en una loa, momentánea y fugaz, como ese beso deseado.*
>
> *Cuántas veces encaminé mis pasos, llené mi maleta de deseos y eché a andar, segura, un paso tras otro, un camino, un horizonte, y sin embargo la maleza invadía el paisaje y cegaba mi ruta. Entonces me paralizaba, me convertía en estatua de sal; pero el castigo no era mirar hacia atrás, el castigo era querer mirar adelante, a la lejanía, a la promesa de un mundo mejor.*
>
> *Me reflejo en el espejo de esta sala y advierto la decadencia en mis labios, en mi cuerpo desprendido y ajado, y por un momento aquella muchacha viene a saludarme, a recordarme que estuve allí, que formé parte de su vida; no quiere que me lamente, solo que acepte y asuma los días perdidos. Se gastaron, como el atardecer gasta la luz del día, pero quedan intactos en la memoria de quien quiere recordarlos. Vamos, me dice, haz un esfuerzo, trae amorosamente esa vida de la*

que reniegas, acúnala, arrópala como si tuviera frío y dale tu calor, eso la revivirá, se hará permanente, si tú quieres que así sea. Es esa montaña rusa en la que unas veces caminas hacia arriba, despacio, lentamente, en busca de la altura propicia, y con la ilusión de un niño en día de Reyes, vas llegando al final de la subida, y cuando menos te lo esperas, te lanza al vacío, corre y corre y no te da tiempo a tomar aire, a percibir el aroma de una rosa o la brisa fresca de una mañana de verano. No te da tiempo a pedir perdón y ser perdonada, y cuando menos te lo esperas, estás otra vez ascendiendo pesadamente. Me pregunto si ese es el premio, la meta no existe, solo el camino, y tras una loma, cuando crees que llegará tu reposo, hay otra loma y así, hasta que te entregas, febril, al desaliento.

Julia se quedó nuevamente sorprendida por la belleza de aquellas palabras, la tristeza de aquellos sentimientos… Pero estaba cada vez más confusa. En aquella hoja no había nombres, ni fechas, nada que pudiese desvelar a quién pertenecían aquellas palabras, aquella tristeza…

Cogió el paquete donde venía envuelto: nada. Ni tan siquiera el nombre de su padre aparecía como destinatario. Era todo tan confuso… Consultó el reloj: eran poco más de las diez. Tal vez aquel hombre supiera algo. Tal vez sabría quién era el remitente del paquete.

Se enfundó en sus tejanos y cogió una camiseta de algodón rosa de su maleta. Cerró la puerta tras de sí, dejando todas las luces encendidas, pues no quería encontrar la casa a oscuras cuando regresase. Al salir del ascensor, vio que aquel hombre se disponía a dejar el edificio.

Julia intentó llamar su atención antes de que abandonara el portal.

—Por favor, ¿puedo hacerle una pregunta?

Él se giró: llevaba un elegante abrigo negro largo y una bufanda a rayas en tonos grises.

Julia se sorprendió al verle: era tremendamente atractivo. Sus ojos tenían un intenso color azul.

Enseguida se percató de que por unos segundos había enmudecido. Le preguntó:

—Perdone que le moleste, pero el paquete que me entregó, ¿sabe usted quién lo trajo?

—Lo siento, soy el sobrino de Juan, el conserje. Mi tío está hospitalizado y solo he venido a hacer algunos de sus encargos. Pero trataré de informarme.

Julia le dio las gracias y giró sobre sí misma. Le hubiese gustado desintegrarse. Estaba horrible, con el cabello húmedo y revuelto, y se

había sentido bastante incómoda. De repente, se dio cuenta de que había sido una maleducada, no se había interesado por la salud de Juan, a pesar de que lo conocía desde niña. Ya era demasiado tarde, aquel atractivo hombre acababa de salir y ella estaba demasiado cansada, así que trataría de no pensar en nada, porque sabía que si se iba a la cama con todo aquello que le rondaba por la cabeza, no conseguiría dormir. Eran como mariposas volando alrededor de su cabeza.

Apagó las luces y se fue a su dormitorio.

A la mañana siguiente se dirigió al bufete de Sáez & Patiño, junto a la plaza de Santa Eulalia. Fue caminando hasta allí. Los escaparates estaban adornados con enormes bolas navideñas y cintas de colores brillantes. Se vio reflejada en uno de ellos, y se acordó de su padre: tenía la misma nariz, recta y pequeña; también tenía su boca, con los labios con una pronunciada forma de corazón, algo finos y sonrosados. Julia tenía la piel blanca y su cabello era castaño, con reflejos en color miel.

Se acordó del hombre del abrigo: ¿la habría visto horrible? Tal vez, porque últimamente estaba descuidando su aspecto. Él era realmente guapo y muy muy interesante… «Probablemente estará casado», pensó.

Subió las escaleras hasta la primera planta. La puerta principal del bufete estaba abierta. Entró en el recibidor para los clientes, una amplia sala con una decoración de un sobrio estilo colonial. Las estanterías eran de madera de caoba. Incluso parecían guardar el aroma de aquellos bosques legendarios, de los que su padre tanto solía hablar. Las sillas, robustas y de aspecto sólido, estaban decoradas con tallas que simulaban hojas. Recordaba que de niña imaginaba que aquellos dibujos eran seres diminutos y extraños que se habían colado en el despacho de su padre para jugar con ella.

Alfonso era muy puntual y no se hizo esperar. Llegó solo. Con su enorme humanidad se abrazó a ella. Ambos contuvieron una lágrima rebelde.

—Estás más delgada, Julia.

—Bueno, de eso se trata, ¿no? Las mujeres siempre queremos estar más delgadas. —Esbozó una mueca, que quiso parecer una sonrisa.

—No me engañas, sé que todo anda patas arriba en tu vida; parece como si de una maldición se tratara: la muerte de tu padre, la enfermedad de tu madre… y ahora lo de Fernando, de verdad que no podía imaginar que terminaríais divorciados. Me cuesta comprenderlo, Julia; Fernando es un buen hombre. Todo fuera de lugar, ya te digo, porque no creo en las maldiciones, pero esto tuyo…

—Nadie lo cuestiona, me refiero a Fernando: es una persona

estupenda, solo que juntos nos hacemos daño, así que mejor cada uno por su lado.

—No tienes por qué hablar de eso, solo que te veo algo perdida. —Alfonso zanjó la cuestión con una sonrisa.

—Bien, dime qué problema tienes y por qué crees que yo puedo solucionarlo. —Julia estaba intrigada.

—Vayamos al grano. Tenemos mucho trabajo, Julia, pero hemos caído en una especie de apatía todos, y me incluyo yo, y no adelantamos nada. Pero yo no te he llamado solo para eso. —Alfonso se rascó la nariz pensativo.

—Nos ha llegado hace unos días un caso muy extraño, Julia. Se trata de tu abuela…

—¿Estás de broma? No tengo abuelas… perdí a mi abuela Carmen hace muchos años, y apenas la recuerdo, pero imagino que mi padre te hablaría de ella. Siempre la nombraba con mucho cariño.

—Claro que lo hizo, yo estudiaba con tu padre cuando la conocí. Era una mujer muy inteligente, y muy buena cocinera, por cierto. Tu abuela murió de un infarto, creo recordar que tú tendrías unos seis años, y cuatro Tomás, más o menos. Fue fulminante, y entonces no dábamos crédito a que se hubiera ido así, tan de repente. Tu padre lo pasó muy mal. —Alfonso fijó la mirada en el pasado, recordando algo especial, porque sonrió de una manera profunda y cargada de afecto.

—Era una buena mujer Carmen… Pero hablo de tu abuela materna.

—No puede ser: mi abuela Julia murió hace diez años…

—No era tu abuela.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que mi abuela Julia no era mi abuela? —Estaba perpleja.

—Lamento decirte que no, aunque yo no lo sabía, de verdad. El caso es que tienes otra abuela, y está viva. Mayor, pero con plenas facultades mentales.

—Quiere ver a tu madre —prosiguió—, pero al ser tú la tutora legal de tu madre, tienes que dar tu permiso. También quiere conocerte.

—¿De qué me estás hablando, Alfonso? No estoy para adivinanzas ni para sorpresas. No he asimilado que mi madre esté con sesenta años tan afectada por el alzhéimer. Que esté en una residencia, tan joven. No me he hecho a la idea de perder a mi padre, ni que Tomás esté tan lejos. No he superado la separación de Fernando, y ahora esto… —Julia se derrumbó y todas las lágrimas que había contenido en mucho tiempo afluyeron sin poder retenerlas. Era un llanto silencioso, y eso fue lo que impactó al amigo de su padre, que nunca la había visto así. Se sentía culpable; tendría que haberse negado a aquella pantomima: desconocía a esa mujer y no había calculado el daño que estaba

infligiendo, sin querer, a la hija de su colega. Tenía que haberla puesto de patitas en la calle, sin contemplaciones, pero era una mujer enigmática, elegante y con una mirada tan triste, que no pudo resistirse a su petición.

Julia miraba a Alfonso con mil preguntas que hacer, y sin embargo, no podía hablar. Él le sirvió un vaso de agua.

—Lo siento, Julia, no sé qué decir. Hace días, una gran señora vino acompañada de su chófer, pues al parecer goza de una muy buena situación económica, y trajo consigo documentación suficiente que acredita que es tu abuela. Solo puedo añadir que encargué a Víctor, ya sabes, ese pariente mío que te presenté en el entierro de tu padre, que investigase un poco. Aunque la rodea algo de misterio, todo es legal, nada de documentos falsos. No creo que tuviese necesidad de mentir, ¿para qué?

—Perdóname, Alfonso: tal vez he sido un poco brusca; demasiados cambios en mi vida.

—Mi pequeña. —La abrazó cariñosamente, y se ofreció a hacer todo cuanto estuviese en su mano. Le entregó un sobre con la dirección donde podría encontrarla—. Me dio este sobre. Al parecer no reside aquí y se hospeda en el Grand Hotel Don Gregorio. Me dijo que esperará el tiempo que sea necesario, que no tiene prisa, que lleva esperando toda la vida y sabe que no te será fácil asimilarlo.

—No entiendo nada, pero gracias por todo, Alfonso. Pensé que se trataba de asuntos laborales y de repente me encuentro con una nueva y enigmática abuela.

—Te dije que Víctor se estaba encargando de un asunto importante, pero por teléfono no podía hablarte de esto.

Julia devolvió el abrazo a Alfonso, lo besó suavemente en la mejilla y salió de allí, sin saber adónde se dirigiría.

No tenía ni idea de qué hacer, si visitar a su madre… o a su nueva abuela. Su madre no le aclararía nada, en cambio ella…, ni siquiera sabía su nombre. Puede que aquel sobre tuviese algunas respuestas.

Pensando en ello se vio frente a su edificio, y otra vez él, que salía de allí en aquel preciso instante.

—Vaya…, Julia, ¿no es así?

—Sí, y usted es… el sobrino de Juan…

—Terio . Extendió la mano para saludarla.

—Lamento lo de su tío. ¿Es grave? Ayer no le pregunté, disculpe mi torpeza.

—No se preocupe, creo que saldrá en unos días. Lamentablemente, la bronquitis a su edad…

—Comprendo, salúdele de mi parte. ¿Me hará ese favor?

—Por supuesto. Mi tío me encargó que le dijese que llevaba años entregando algún sobre o paquete en su domicilio. Siempre se lo

daban en mano, sin remitente ni destinatario. En su casa se hacían cargo de recogerlo. No sabe nada más. Siento no poder aclarárselo.

—Es usted muy amable, descuide.

—Mañana me marcho. Me había tomado unos días libres y mi tío ya está mejor… Tal vez en un par de días ya esté por aquí, y podrá hablar con él. Es tremendamente inquieto, incansable. No quiere dejar de trabajar. Es consciente de que no es necesario aquí, pero para él este lugar se ha convertido en su segunda casa. Así que… encantado de conocerla. Es usted tal y como me la había descrito el tío Juan.

—Gracias por todo.

Julia no sabía qué decir. Otra vez se había bloqueado.

Él salió de allí sin más. Aunque al llegar a la calle, le dedicó una mirada.

Las dos hermanas del segundo la miraban sorprendidas.

—Julia, ¡querida! ¡Que delgaducha estás! ¿Hablabas con el sobrino de Juan, verdad?

—Hola, doña Hortensia… doña Ana.

—Es normal, Hortensia, que ella esté delgada. Esta chica ha pasado por un divorcio, el fallecimiento de su padre… ¿Todo bien entre Fernando y tú? ¿O estáis viviendo una tempestad? Los jóvenes sois demasiado impulsivos.

—Recuerdo que en mis tiempos nadie se divorciaba, las mujeres deben aguantar un poquito hija mía… —apuntó doña Hortensia, e hizo un gesto de desaprobación.

—Buenos días, tengo mucha prisa.

Julia entró en el ascensor, y las dos ancianas se quedaron boquiabiertas. Pensaban que había sido una grosería por su parte no contestar: ellas la conocían desde que nació…

Julia estaba cansada de dar explicaciones. Tal vez, ese fue uno de los motivos por lo que su relación con Fernando se fue al traste. No soportaba que controlasen cada uno de sus movimientos, que la interrumpiesen en mitad de sus pensamientos. Era una soñadora, ya se lo decía su madre.

—Mamá… —Se tumbó en el sofá del salón y abrió el sobre, llena de interrogantes.

Querida niña:

No sabes cuánto siento presentarme de este modo. Sentirás que tu vida ha sido, de repente, interrumpida por la llegada de una anciana a la que no conoces, y de la que ni tan siquiera has oído hablar. Mi nombre es Sara, y soy tu abuela. Jamás he intentado ocupar el lugar de mi buena amiga y confidente Julia, pero necesito hablar contigo. Lamento la enfermedad de tu madre… mi hija, pero a lo largo de mi extraña vida, he tenido que pasar por muchos, digámosle,

«contratiempos». No te voy a atosigar, pues llevo toda mi vida pendiente de vosotros, siempre desde lejos, como le prometí a vuestra madre. Pero ahora las cosas han cambiado; yo ya soy demasiado mayor y os habéis quedado solos. No me malinterpretes: tu madre sigue aquí, pero ya no está entre nosotros. La quiero muchísimo. Siento que esté tan mal y que su alzhéimer esté tan avanzado, pero ella jamás accedió a que yo le explicara los motivos por los que se la entregué a Julia. No quiso aceptar que yo era su madre biológica. Se aferró tanto a ese olvido, que a veces pienso que en su mente solo era un mal sueño. Como te he dicho, no voy a saturarte, e iremos poco a poco: quedé con Alfonso que te entregaría esta carta y después paulatinamente conocerías el resto. Sabía que tenías que venir varios días y que pasarás las navidades aquí, así que, con tu permiso, he planificado un poco lo que quiero que sepas sobre mí, y también, por supuesto, te doy la opción que le di a tu madre, es decir, no querer saber nada. Lo entenderé como la entendí a ella, pero deberás hablar con tu hermano, y que él también decida.

Ya sabes dónde me alojo. Estoy a tu disposición a cualquier hora del día, aunque preferiría que antes estuvieses preparada y supieras algo más sobre mí. Mañana, Alfonso te dará otra carta que es anterior a esta. La escribí para mandártela sin que mediara él, pero luego pensé que sería mejor de esta manera, un tanto más… formal.

Si has llegado hasta aquí, significará que me has prestado un poco de tu tiempo, y eso para mí es un regalo, una bendición mi queridísima Julia.

—Madre mía. —Suspiró echándose hacia atrás. Cerró los ojos: por un momento todo era tan irreal, su vida había dado un giro total, ya no sabía cuáles eran sus anclajes, sus verdaderos asideros. Estaba cansada, muy cansada, y solo era mediodía; pensó en acostarse e interrumpir durante el sueño todo lo que se agolpaba en su cabeza, pero se acordó de lo que le decía siempre su padre: «A los fantasmas se les vence tirando de la sábana. Si se la quitas, verás que debajo no hay nada… y si lo hubiera, tendría una cara y un nombre, y contra eso siempre hay armas».

Se levantó decidida a comer algo, pero no como mero trámite para mantenerse, sino que haría una buena comida. Su madre era una gran cocinera y ella siempre estaba a su lado, aprendiendo los trucos y recetas que ponía en práctica. La cocina de su madre era como un laboratorio, siempre funcionando, y siempre mezclando alimentos que al final estaban exquisitos. Hoy retomaría esa buena costumbre.

Dejó la carta a un lado: luego leería las tres que tenía y decidiría qué hacer, ahora tocaba distraer el alma y el cuerpo. Hizo una larga lista de la compra y salió a la calle, donde se dio cuenta de que se

sentía mejor que cuando había llegado, en eso también su padre tenía razón: su aspecto era frágil, pero su fortaleza interior era indestructible.

En ese momento echó de menos su coche, un Kuga blanco donde podía cargar la compra de un año. Debería haberlo llevado consigo a Salamanca, pues tal vez se iba a quedar más tiempo de lo previsto.

Cuando la chica del supermercado acabó de pasar todos los artículos, ella decidió pedir un taxi. No estaba demasiado lejos de casa, pero no podía llevar tantas bolsas a la vez.

Al entrar en el edificio, las hermanas del segundo parecían esperarla. «¡Otra vez estas señoras tan pesadas!», pensó.

—Querida, hemos pasado por tu casa. Antes te notamos nerviosa. ¿Quieres almorzar con nosotras?: te vendría bien algo de compañía. ¡Debes de sentirte tan sola!

—Gracias, Ana, es usted muy amable, pero como puede ver, tengo que organizar todo un poco; en otra ocasión, si les parece…

—¿Qué me dices de Juan?, que llevamos dos semanas sin él. Tal vez haya que hablar con los vecinos, ¿no te parece? Pues estábamos pensando…

Julia no dejó acabar la frase a doña Hortensia, la hermana más mayor y más alta, que era un verdadero papagayo, si alguien se paraba a escucharla.

—Lo siento —interrumpió—, llevo algunos congelados que necesitan frío. Ya hablamos en otra ocasión, si les apetece. Gracias, hasta luego.

Julia entró en el ascensor y suspiró. Aquellas hermanas no tenían nada mejor que hacer. Debería haberles contado lo que el sobrino del conserje le había dicho, que pronto regresaría. En cualquier caso, hacía meses que habían instalado un videoportero y no le necesitaban. Eran tan tiquismiquis…

Al salir a su rellano se cruzó con unos niños alborotando y una madre enfadada que los llamaba todo el tiempo a gritos. Ni siquiera la saludaron. Nuevos vecinos, pensó. Todo cambiaba, a excepción de las vecinas del segundo. Era como si el tiempo se hubiese parado al acercarse a aquellas dos mujeres. Julia esbozó una sonrisa y entró en casa cargada de bolsas y paquetes.

Cuando apagó el fuego, el olor a la salsa con albahaca le recordó su infancia. Aquel mismo aroma inundaba primero la cocina y luego llegaba hasta su habitación. Julia sabía entonces que ese día comerían pasta. Salía corriendo hasta la cocina, se subía en una silla y besaba con fuerza a su madre…

Comería un buen plato de pasta y tomaría una copa de vino. Le vendría bien.

De repente cayó en la cuenta de que no debía demorarse más,

pues los horarios en las residencias eran muy restringidos por la salud de los enfermos; así que recogió todo lo que pudo y salió de casa.

Estaba preparada: se había alisado el cabello, tal y como le gustaba a su madre, y se había puesto un poco de sombra verde para resaltar el color de los ojos, que eran como los de su madre. A Elisa le gustaba comparar la intensidad del verde de sus ojos con los de su hija, que eran idénticos. La llamaba, y acercaba un espejo de mano ovalado a sus caras.

—Ves, Julia, te pareces mucho a papá, pero tus ojos son como los míos, y también eres fuerte y serena como mamá.

Entonces Julia se sentía feliz de parecerse a ella.

Pero para lo que nunca estaba preparada era para enfrentarse a la nueva situación en la que se encontraba su madre.

Esta vez, Julia decidió ir caminando, y pensó que tal vez, inconscientemente, lo hacía para retrasar el momento. Tardaría más de veinte minutos. Iba absorta en estos pensamientos cuando sonó el teléfono: era Tomás.

Su hermano supo enseguida que Julia iba a ver a su madre.

—¿Vas a ver a mamá, no es así? Siento no acompañarte.

—¿Qué tal estás, guapo, mi hermano favorito?

—No tienes otro, ¡gamberrilla!

—¿Cómo es que me has llamado? ¿Qué hora es ahí?

—Son las diez de la noche, acabo de cenar y quería acostarme pronto, que he tenido un día duro en el trabajo. Aquí, cada vez parece prolongarse todo más, aunque los niños están contentos. Pero ¿qué tal estás tú?

Julia no quiso hablar por teléfono de la nueva abuela Sara, no era una buena opción, y solo conseguiría que su hermano no pudiese dormir. Lo conocía muy bien.

—Te dejo, Tomás. Estoy bien, mañana hablamos, no te preocupes por mí, en serio. Ahora debes descansar, buenas noches. Colgó el teléfono y miró hacia el edificio que tenía justo enfrente.

Se trataba de una construcción de planta rectangular, rodeada de columnas y tejado a dos aguas, que simulaba a los templos griegos. Tras la verja se apreciaba un espacioso jardín con bancos de mármol blanco, donde los ancianos tomaban el sol. Algunos estaban acompañados por enfermeras, que atendían sus necesidades.

Otros parecían más nerviosos y daban vueltas alrededor de un árbol o de una columna. Aquella imagen la hizo estremecer. Pensaba en que todas aquellas personas tenían un pasado, unos felices, otros desgraciados, pero antes estaban vivos, y ahora solo eran cuerpos vacíos.

Intentó buscar a su madre con la mirada, pero no estaba allí. Un enfermero se acercó a ella, pues la conocía perfectamente.

—Hola, Julia: tu madre está bien, solo que hoy no ha tenido ganas de tomar el sol. Le he insistido, que en invierno no tenemos muchos días como este…

—Gracias, Javier, eres muy amable.

Julia se dirigió a la habitación. Estaba al final de la amplia galería en la que se distribuían los dormitorios. La puerta estaba cerrada; giró el pomo suspirando en silencio y entró.

Elisa era una mujer de una extraordinaria belleza. Llevaba el cabello corto, perfectamente peinado con suaves rizos en color castaño. La piel era muy blanca. Sus preciosos ojos verdes la miraron: casi no había en ellos expresión.

Julia se acercó despacio, pues no quería inquietarla. Estaba sentada en un gran sillón de color azul, con las piernas cubiertas por una suave manta de color rojo.

—Hola, mamá —dijo Julia besándola en la frente.

Elisa no dijo nada, la miró y continuó moviendo las manos como si desmadejase un ovillo de lana.

—Mamá, esa no es la lana rosa, es azul. Toma —dijo mientras hacía como si le entregase algo.

Entonces su madre sonrió, la miró y dijo:

—Mi niña… ¿Te has despertado ya?

No soportaba ver en lo que se había convertido su madre. Cerraba los ojos para espantar el dolor que sentía al mirarla. ¿Cómo podía tener esa enfermedad tan terrible?, ¿y por qué en tan poco tiempo había perdido toda conexión con la realidad? Recordó las palabras del neurólogo cuando decidieron ingresarla. Por su dependencia total, necesitaba constantemente un cuidador.

—El alzhéimer es una enfermedad irreversible, y aunque hay muchos estudios sobre ella, no se ha conseguido atajar los factores que la desencadenan. Son varios. En el caso de Elisa, su dolencia aparece de una manera galopante. Se dan muchos casos similares al de su madre, incluso en personas más jóvenes que ella… Lo siento, señorita, pero si sigue avanzando tan rápidamente, el desenlace no tardará en producirse.

—Pero, doctor, mi madre ha sido una lectora infatigable, estaba literalmente enganchada a los crucigramas. Era activa y curiosa por naturaleza, no entiendo cómo…

—No le busque más explicaciones; no las tenemos. Solo le puedo decir que está en la fase moderada-grave; lo que quiero decirle es que, aparte de la incontinencia, requiere ayuda para todas las actividades básicas de la vida diaria; muy pronto será incapaz de sonreír, sentarse ella sola, el vocabulario será muy escaso y apenas la entenderá. Es duro, pero debe hacerse a la idea. El tratamiento frenará un poco el avance, y el Centro tiene un terapeuta para que la estimule todo lo

posible…

Julia miró a su madre: el pronóstico se estaba cumpliendo, sin paliativos. La cogió de las manos, la beso una y mil veces. Elisa la miraba serena, dulce, en la mirada notó una chispa, un destello de reconocimiento, o al menos eso quería creer.

—Mamá, tesoro, ¿sabes cuánto te quiero? Claro que lo sabes ¿A que sí?

—Nena… mi nena, ven que te peine. Así no puedes ir al cole… ¡Abrígate! y sé buena chica… ¿y el peque… ño, Tomi?

—¡Muy bien, mami! Tomás está muy bien. Pronto vendrá a verte, ya verás, muy pronto, mi vida.

Julia no dejaba de acariciar y besar a su madre. El dolor al verla había ido menguando conforme pasaba el tiempo a su lado. En ese momento, sentía una especie de serenidad que la relajaba. Sabía que su madre ya no sufría y eso la conformó. Era consciente de que era inevitable su deterioro, lo aceptó, y consiguió perdonarse por haberla dejado allí.

Se miró a sí misma, y su figura le recordó a Penélope, una mujer joven, pensativa, con la cabeza apoyada sobre la mano, símbolo de aflicción. Y decidió narrar a su madre ese episodio de la Odisea, el que más le gustaba y en el que el personaje de Homero tejía de día y destejía durante la noche. Su madre se lo contaba cada vez que ella no lograba conciliar el sueño, del mismo modo, Julia trataba en vano de reconfortar a Elisa.

Javier entró en la habitación:

—Hora de asear a la señora Elisa y prepararla para la cena —dijo risueño.

—Muy bien, Javier, ya me voy. Mañana volveré: mientras esté procuraré pasar a diario, ¿no habrá inconveniente?

—¡Claro que no! Mientras que no la alteres y le des muchos besitos… Ya sé que lo haces, Julia, es broma. Ven siempre que puedas.

—¡Vale!, pues entonces hasta pronto. —Besó a su madre y salió de la habitación.

Era extraño, pero a lo largo del día, tan difícil y surrealista, se había ido sintiendo más liviana. Decidió volver también paseando a casa; hacía frío, pero le sentaba bien.

Al llegar a la altura del parque de la Alamedilla, se fijó en sus bancos, alineados, ahora vacíos con la llegada del invierno. Recordaba cuando su padre se sentaba a mirar como ella y Tomás aprendían a montar en sus bicicletas. Recordó aquel día de Reyes en el que salió corriendo en su ayuda cuando se tambalearon las ruedas. Después, cansados, llegaron a casa sucios, llenos de polvo y arena. Entonces, mamá los metió juntos en la bañera.

A Tomás le gustaba coger las bolas de colores llenas de aceite de

baño que su madre guardaba en un gran bote de cristal. Lo hacía a escondidas, para ver cómo se iban reblandeciendo y deformando con el agua. Después se las lanzaba a la cara y ella lloraba.

Aquellos sonidos le eran familiares…, el sonido del agua de la fuente, susurrante y melancólica, o al menos ahora le sugería tristeza. También el de las hojas de los árboles, mecidas por el viento… Sintió nostalgia de aquellos años. Su madre la ayudaba a ponerse los guantes. Nunca sabía qué dedo colocar primero. Después le ponía el gorro de lana, la bufanda y salía corriendo, cogida de la mano de Tomás.

Todo sería diferente si su hermano estuviese junto a ella, pero no quería preocuparle. Bastante complicado lo tenía con estar lejos de casa, aunque le quedaba la tranquilidad de que en esta ocasión su familia había viajado con él.

No quiso sentarse en aquellos bancos que habían presenciado tantas escenas entrañables, sintió que le produciría más tristeza. Recordó su primer beso. No había sido con Fernando, sino con Pablo, un compañero de clase, que le gustaba desde que tenía nueve años. Cuando ella se agachó a recoger sus patines, el chico la besó.

Fue un beso tan dulce, tan inocente… jamás lo olvidaría… Julia sonrió.

«Nos complicamos tanto la vida cuando maduramos… deberíamos seguir siendo niños, durante mucho más tiempo», pensó.

Al llegar a casa se quitó los zapatos y se tumbó en el sofá. Tenía una cita pendiente.

Ahora tenía una nueva abuela. No sabía las razones por las que aquella mujer se pudo alejar de su familia durante tantos años. Tampoco sabía por qué su madre no quiso saber nunca de ella. ¿Cómo sería la infancia de mamá con la abuela Julia? ¿Quién era Julia en realidad?

Sin darse cuenta se quedó profundamente dormida.

Bajo las flores y las mariposas talladas

Un tremendo dolor de cuello la sacó de su profundo sueño. Se había quedado dormida en el sofá, vestida. Consultó el reloj: eran casi las dos de la madrugada. Se levantó, se quitó la ropa y se acostó en su antigua cama. Estaba rodeada de todos sus recuerdos. Por suerte, no tardó nada en volver a conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se despertó temprano, se dio una ducha rápida y se preparó un suculento desayuno: zumo de naranja, tostadas y huevos revueltos. No había cenado la noche anterior y tenía muchísima hambre.

Le apetecía saber más de aquella mujer, y no entendía por qué no podían entregarle todo lo que había sobre su vida de una vez; ya no era una niña y creía que nada podría alterarla a estas alturas.

Miró a través de la ventana: llovía sin parar, pero suavemente, como la lluvia de Inglaterra. Esa que cuando te das cuenta, estás calado hasta los huesos, pensaba recordando el último viaje que hizo junto a Fernando. Estaban mejor así, cada uno por separado. Aunque de vez en cuando se acordaba de los buenos momentos a su lado.

Cogió el paraguas, bajó al portal y se dispuso a salir.

—Buenos días, mi pequeña Julia. —Era Juan, el conserje.

—¿Qué tal está? Tiene usted muy buen aspecto —dijo mientras lo besaba cariñosamente.

—Los años, querida, no perdonan; eres muy amable… pero sinceramente estoy bien, ayer mismo me dieron el alta y ya echaba de menos estas paredes, mi mesa, mis nuevas plantas. ¿Te has fijado en todas las plantas nuevas?

—¡Está todo precioso! Solo que ahora tendrá más trabajo al regar.

—No importa. Mira —dijo dirigiéndose lentamente a su mesa—: esta mañana, nada más llegar, Alfonso, ya sabes, el socio de tu padre...

—Sí, del bufete.

—Pues ha venido y me ha dejado esto para ti —dijo entregándole un sobre—. Ha dicho que el día está muy feo para que tengas que salir, y a él le pillaba de camino.

—No sabe usted cuánto me alegro. La verdad es que hoy no me

apetecía nada salir. Gracias.

—Julia, ¿te entregó mi sobrino un paquete sin dirección?

—Sí.

—No me acordé de preguntarle y ya se ha marchado…

—¿Adónde? —nada más hacer la pregunta Julia se arrepintió de haberlo hecho.

—No estoy seguro, siempre anda de aquí para allá, pero creo que aún no tiene vacaciones. No es una persona que acostumbre a dar demasiadas explicaciones, aunque es muy bueno, eso es totalmente cierto. ¿Querías algo?

—No, qué va, curiosidad mía, ya sabe cómo soy. Gracias por todo, Juan, me alegro de que esté nuevamente aquí. —Dio media vuelta y se sintió enrojecer.

«Menuda metedura de pata —pensó—, ¿adónde? ¿Por qué he de ser tan curiosa?» No sabía la razón de ser siempre tan impulsiva.

Esta vez subió por la escalera con el sobre en la mano. Le gustaba el tacto del suave pasamano de madera. De pequeña, solía bajar todos los tramos deslizándose por él, mientras su madre la regañaba desde el pasillo y Tomás le decía que corriese para que no la pillase. A veces, su padre la esperaba abajo, la cogía en sus brazos y la regañaba bajito, al oído. Después, entre bromas, mentían a mamá diciendo que no había hecho nada malo. Aquel edificio estaba lleno de recuerdos. No había un solo rincón del que no guardase alguno.

—Otra vez en casa. —Soltó el paraguas, colgó la gabardina en el perchero de la entrada y fue a sentarse; esta vez en el cómodo sillón del despacho de su padre.

Sin saber por qué, se fijó en el teléfono. Recordaba la infinidad de veces que su padre le había hecho alguna señal para que no lo molestase, mientras hablaba. Nunca se preocupó de renovarlo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que era uno de esos teléfonos antiguos, que tanto había visto en el cine. Comprobó que no había dado de baja la línea telefónica, y debería hacerlo, aunque tampoco sabía qué haría con la casa… ya lo hablaría con Tomás. Abandonó sus pensamientos y abrió el sobre.

No sé por dónde empezar. Si eres paciente con esta anciana, podré relatarte un poco de mi vida. Solo un poco, pues toda una vida no puede condensarse en unas letras, solo retazos de unas vivencias que nos marcaron a todos; a veces me invade la sensación de haber disipado mi tiempo, otras me siento afortunada por todo lo vivido, porque, Julia, he vivido y disfrutado… no podría negarme eso. Solo que no he tenido amor, y cuando digo amor, no me refiero a la compañía de hombres. Reconozco que he sido una mujer hermosa, al menos eso me hicieron creer desde que era una jovencita que

despuntaba en la adolescencia, y era alta para la media de aquellos tiempos… tu madre es más bajita que yo. Ahí no se ha cumplido eso que dicen de que las generaciones venideras nos van superando. Bueno, a lo que iba, yo era, que ya he menguado un poco, alta y hermosa y caprichosa. Mis padres, tus bisabuelos, pertenecían a la sociedad más rancia de Salamanca. Mi padre era notario, y aunque era un hombre serio, me adoraba. Soy hija única, y además llegué cuando nadie esperaba mi llegada. Mis padres llevaban ocho años de matrimonio y fue una verdadera sorpresa el embarazo de mi madre, si a eso le añadimos que no se casaron jóvenes… te puedes imaginar cómo hice mi aparición en el hogar.

No me faltaba de nada. Mis padres, a su manera, quisieron darme todos los caprichos por muy disparatados que fuesen, pero no voy a entrar en detalles porque se alargaría en demasía la carta y no quiero aburrirte. El caso es que siendo una jovencita de dieciocho años me enamoré, y no puedo negarlo, no fue una aventura, al menos por mi parte. Acostumbrada como estaba a tener todo cuanto se me antojaba, creí conseguirlo a él, tu abuelo. Se llamaba Ernesto, tenía algunos años más que yo y también estaba muy consentido, y estudiaba en la Universidad de Salamanca. Eso para mí era tocar el cielo. Y lo toqué. Disfruté de su risa, de su manera divertida de ver la vida, de su cuerpo… y como habrás imaginado, me quedé embarazada.

Cuándo se lo dije a Ernesto se fue alejando de mí, y no podía creerlo: ya era médico y yo pensaba que sería más humano. Lo digo por su profesión, pero me dejó y además fue muy cruel, porque me amenazó con decirle a mis padres que él no era el único que se acostaba conmigo. No daba crédito, y entonces conocí el verdadero dolor, el más insoportable de los dolores, el del rechazo.

Querida niña: deseo que te tomes con calma esta historia, que he meditado mucho y cuidado mis palabras. Pero la verdad es solo una; puedo contarla de mil formas diferentes, pero al final, debe prevalecer sobre todas las cosas.

Después de todos los años que han transcurrido, he comprendido que debo afrontar la verdad tal y como pasó.

La caja de madera que te entregaron tiene un doble fondo, levanta la tapa interior y encontrarás mi diario: ahí están recogidas mis alegrías, mis tristezas, amores y desamores. Conocí el éxito… y también el fracaso. Juzga por ti misma a esta anciana, que solo desea recuperar algo de lo que debió formar realmente parte de mi vida.

***

Como cada jueves, Terio acostumbraba a reunirse con Simón, su amigo de la adolescencia, en el café Gijón, situado en el paseo de

Recoletos de Madrid.

Lo hacían desde su época en la universidad. Ambos eran profesores de literatura en diferentes institutos, y compartían el gusto por el arte. Fue allí precisamente donde nació su vocación por las letras. Entre cafés, libros y apuntes recordaban a todos aquellos ilustres personajes que allí se habían dado cita, muchos años antes que ellos.

El café era para ellos un símbolo inequívoco de la vida intelectual en Madrid.

Siendo muy jóvenes, habían adquirido la costumbre de representar escenas. Imaginaban, por ejemplo, a Federico García Lorca sentado en la terraza, tal y como acostumbraba a hacer, manteniendo una conversación con el torero Ignacio Sánchez Mejías. Ellos, para el deleite de sus compañeros, y de manera casi improvisada, interpretaban una escena ficticia relativa a personajes del pasado. Se divertían bastante, y siempre formaban corrillos a su alrededor. Simón adoraba la interpretación y recibía clases de teatro. Terio se prestaba con gusto a sus ensayos.

Normalmente, se sentaban cerca de alguno de los tres grandes ventanales, desde donde podía contemplar el estupendo paseo. Sin duda, el café tenía una gran historia y numerosas anécdotas, como la terraza, una de las favoritas de Valle Inclán, en el Madrid de su época.

Generalmente, pedían merluza a la sidra, y mientras almorzaban, hablaban de sus proyectos, sus inquietudes y por supuesto también de sus problemas. Eran muy parecidos, aunque no físicamente.

Simón medía un escaso metro sesenta y siete centímetros y era bastante delgado. Tras unas gafas redondas al más puro estilo Lennon, dejaba ver unos oscuros y tristes ojos de ratoncillo de biblioteca, que contrastaban enormemente con su carácter abierto y dicharachero. Nunca podía estar callado.

Terio rondaba el metro noventa, era de constitución atlética y sus ojos azules contrastaban llamativamente con su cabello negro. A menudo, Simón bromeaba con los amigos, presentándolo como su hermano gemelo.

—Dime, Terio, ¿pasarás las navidades aquí o te irás, como el año pasado, a París, con Anne? ¿Porque era Anne, no? ¿O has cambiado ya de pareja?

—¡Venga ya!, pero si soy un soltero empedernido, y ya me conoces: decido las cosas de hoy para mañana. Sé que a mi hermana le gustaría que las pasase con ellos, los niños, el tío Juan, ya sabes una gran familia unida…

—Pero ¿entonces, Anne vendrá o lo habéis dejado?

—No seas pesado: no vendrá. Ella está obsesionada con un nuevo cuadro de Tiziano, el de *El hombre con guante,* o como ella diría,

L'homme au gant. Al parecer le fascina su expresión. Me dijo que se trataba de un verdadero retrato psicológico o algo así; tal vez se trate de su amor platónico. No lo sé. Se pasa el día en el Louvre con su caballete a cuestas, intentando realizar la mejor copia. Necesita una buena nota para su final de carrera.

—Te estás haciendo mayor amigo mío y te veo un poco perdido.

—Te recuerdo que cumpliste los cuarenta antes que yo: tú en febrero y yo… ¿en octubre?, a ver, ¿cuántos meses me llevas? Hizo un gesto como si contase con los dedos, mientras su amigo le paraba las manos bromeando.

—Vale, vale…

—Respecto a Anne…, tiene casi treinta años y parece una adolescente, y no creo que esté muy interesada en nuestra relación. Tampoco yo sé exactamente lo que quiero. Cuando estoy a su lado me divierto, es cierto. Nos llevamos bien, pero… falta algo…, no sé. Luego está el tema de la distancia. Mantener una relación así, es difícil… Pero ya vale hablar de mí. ¿Qué tal Lourdes y los pequeños?

—Los niños están deseando empezar las vacaciones de Navidad. Ya andan mirando revistas de juguetes y anuncios de televisión. Esto es un verdadero negocio: los publicistas bombardean a los niños con juguetes de plástico a precios desorbitados.

—De momento, los tuyos pedirán poco, ¿no?... —dijo Terio entre bromas.

—No creas, que los niños de tres o cuatro años de hoy saben más que tú y yo. El pequeño Simón ya me ha pedido una consola, y Amanda quiere un ordenador. De momento, tendrán que conformarse con el de casa, ya veremos. En cambio, Lourdes…

—¿Tenéis problemas?

—Está preocupada con su trabajo. Es una empresa algo inestable, ya sabes, productos naturales, dietéticos. Estas cosas son caras y con la crisis…

—Comprendo.

—De momento, tiene trabajo, pero ella es bastante negativa y los proyectos de expandir el negocio a otras provincias se han paralizado. Le he dicho que no se preocupe, que con mi sueldo podemos vivir…, pero ella no quiere ni que se lo plantee. Y en serio te lo digo, no sé cómo lo hace: el trabajo, los niños, la casa…

—Si me quedo en Madrid, pasaré a verles, que hace tiempo que no lo hago.

—Lourdes se alegraría mucho. Siempre me está hablando de ti, de que si estás solo, de que si eres un cabeza loca… que a ver cuándo vas a sentar la cabeza. Dice que deberías salir con alguna chica como tú…

—Esa no la encontraría jamás. Soy como un pájaro, voy de aquí para allá. Y hablando de ir, he quedado con un grupo para refuerzo de

clase. Algunos chicos quieren que les ayude con los comentarios para selectividad, así que te dejo. Nos llamamos, ¿vale?

—Como siempre, lo haré yo. Por cierto, no sé si el jueves próximo podré venir, ya sabes, en cuanto los críos empiezan las vacaciones… me toca cuidar de ellos…

—Eres un padrazo. Pues nada, nos vemos.

Terio, abrió el paraguas, se subió el cuello de su cazadora de cuero marrón y se dirigió al aparcamiento a toda prisa.

***

A Julia le parecía estar viviendo una película, era todo tan surrealista… Saltó del sillón y se dirigió a la entrada como un rayo. Allí, sobre la mesa, estaba la enigmática caja de madera. Se fue muerta de frío al salón, encendió la calefacción y, en el sofá, con la caja entre los brazos, se acomodó con una suave manta. La abrió con mucho cuidado. Fue sacando despacio los objetos que había en ella. Un collar de perlas, un fular de seda rojo. Cada objeto que cogía se lo acercaba a la nariz y aspiraba su aroma. Olía todo tan bien…, tal vez un poco a guardado, pero tenía un aroma indescriptible, una mezcla de perfume y olor a limpio.

Julia suponía que cada uno de ellos guardaba algún secreto valor. Vio que efectivamente la caja era más grande por fuera que el compartimento interior, buscó un doble fondo y lo halló. Justo le dio a una pequeña palanca que había escondida, en una especie de alfiletero que estaba adosado al interior de la caja.

Al abrirlo se encontró con un precioso diario. Las tapas eran como de mármol amarillo, y a pesar de los años que tuviera aquel objeto, no estaba en absoluto deteriorado. Tenía uno de esos candados que no sirven nada más que de adorno, con un elegante cordoncito de cuyo borde colgaba un diminuto llavín. Julia sonrió al ver tan delicado objeto. Aunque era muy antiguo, habría podido pasar por uno de esos que venden en las tiendas que imitan lo añejo y que se han puesto tan de moda. Manipuló el candado girando la pequeña llave de un lado a otro, hasta que consiguió abrirlo. La letra era la misma que conocía, solo que se veían trazos más infantiles. Era una caligrafía esmerada y con mucho orden, que reflejaba una personalidad muy acusada y con carácter. Abrió el diario y empezó a hojearlo; miró la hora que era y decidió comenzar a leer:

26 de abril de 1948

Hoy es mi cumpleaños. Soy muy feliz porque me han hecho muchos regalos: mi mamá me ha regalado este diario, primorosamente envuelto en papel de regalo, con un enorme lazo, así que hoy empiezo a contar mis cositas. Algún día, cuando sea tan mayor como mis padres, leeré todo lo que escriba aquí y así no se me olvidará nada, aunque si sigo a este ritmo necesitaré muchos diarios. Mi padre me ha regalado dos obras de

Charles Dickens, *Grandes esperanzas* e *Historia de dos ciudades*. Ya me regaló en Navidad *Oliver Twist,* y como me ha visto tan embelesada con el libro, me ha regalado ahora estos dos. Mi padre es muy bueno pero muy serio, lo que pasa es que yo sé hacerle reír. A veces está muy ofuscado por cosas de su trabajo. Es notario, y llega a casa con un gesto que yo ya conozco, entonces cuando le veo así, cojo carrerilla y salgo disparada a su encuentro. Mi pobre padre es mayor, así que cuando me ve se refugia detrás de su maletín y espera mi topetazo. Como ya soy mayorcita (no lo he dicho, pero cumplo dieciséis años), me paro en seco y él me mira todavía parapetado tras su cartera atiborrada de papelorios, y entonces me sonríe y hago que se olvide de esas tonterías que trae en la cabeza. Cuando era más pequeña, tiraba lo que trajera en las manos y me cogía en volandas; yo le daba muchos besitos y lo veía feliz. Ahora, ya no puede conmigo. Mi madre se enfadaba un poco, pero se le pasaba rápido el enfado y los dos se miraban radiantes. Mis padres me tuvieron ya mayores: mi madre tenía 38 años cuando se quedó embarazada y mi padre 42. Mi madre dice, no sin cierto rubor, que ella creyó que era el climaterio un poco adelantado, pero cuando fue a visitar a su médico, este constató que yo estaba en camino. A mi padre no le dio un síncope de milagro. Mi madre dice que hubo murmuraciones en toda Salamanca, pero ellos se querían y confiaban uno en el otro.

Por último, mi amiga del alma, Julia, que es a la persona que más quiero después de mis padres, me ha regalado un precioso fular rojo carmesí de seda. El domingo me lo pondré cuando salgamos a pasear. Me lo he probado y aunque peque de inmodestia, le sienta pero que muy bien a mis ojos verdes. Bueno, creo que por hoy ya he escrito demasiado, me llaman para cenar. Ha sido un precioso día de cumpleaños.

***

Terio aparcó su vehículo, un Ford Focus rojo metalizado, a la entrada del instituto. No se molestó en coger el paraguas, a pesar de que la lluvia había arreciado, y prefirió salir corriendo hasta el interior de la cafetería. Allí estaban sentados sus chicos de 2.º B de bachillerato.

Pidió un café mientras se quitaba la cazadora y la bufanda que llevaba anudada con varias vueltas alrededor del cuello.

Se sentó de manera informal: le dio la vuelta a la silla y colocándose como si se subiese a la grupa de un caballo, apoyó sus brazos cruzados sobre el respaldo.

—Y bien, ¿qué problemas tenéis? Si queréis podemos improvisar la clase aquí o nos vamos a la biblioteca.

—Nos quedamos aquí —dijo un chico mientras mordía su sándwich caliente de jamón y queso.

—Por cierto, ¿no ha venido Carmen García?

—No —dijo el chico del sándwich—. He pasado a buscarla, pero no había nadie en casa.

—¡Qué extraño!… su último examen ha sido un poco flojo y me ha chocado en ella. Tal vez esté enferma.

—Terio —dijo una chica regordeta con aspecto de empollona—. ¿Es cierto que la obra de *San Manuel Bueno* puede caer?, la veo tan mística…

—En eso no puedo ayudarte. Podemos ver todas aquellas que se han ido repitiendo en los últimos años, pero creedme, si preparáis una

buena base, todo os saldrá rodado.

—A mí eso del pueblo enterrado en el lago, como que me suena a rollo —dijo uno de los chicos que odiaba la asignatura.

—Por ti no puedo hacer demasiado, eso es cuestión de gustos. Pero debes verlo de otra forma: aquel cura realmente no creía, carecía de fe, igual que tú con mi asignatura. —Todos rieron—. Pero lo hacía por los demás. Es igual que si a ti no te gusta la nieve y vas a esquiar porque tu chica te lo pide. Deberías buscar similitudes y acercarte a los personajes.

—Eso sí mola, tío, pero no creo que Sami me pida eso…

—Aprende a hablar, Álvaro. Estamos en clase de lengua y literatura —añadió Terio. Sabía que si dejaba hablar al chico mucho tiempo, se iría por los cerros de Úbeda.

Terio pasó la tarde con los chicos. Les acercaba la literatura de una forma especial, diferente, las diferentes épocas, los movimientos artísticos. No era fácil entenderla para unos chicos del siglo XXI. Como ellos decían, eran personas que ya se habían convertido en momias. Pero cuando Terio los ponía en la piel de los escritores o de los personajes de las novelas, todos cambiaban de opinión, pues al fin y al cabo los sentimientos eran los mismos a lo largo de los años. Tenía verdadera vocación, y disfrutaba rebatiendo los argumentos de los más rebeldes.

Al finalizar, los chicos propusieron tomar unas cañas, pero Terio llevaba todo el día fuera de casa y le apetecía descansar.

Vivía en la calle de Embajadores, cerca del instituto donde trabajaba. Se trataba de un ático reformado muy confortable. Podía ir caminando a su lugar de trabajo, y eso era lo que más valoraba: así no se sentía en una capital donde todo quedaba tan terriblemente lejos. Al menos a diario.

En cierto sentido, echaba de menos su ciudad natal, pero se había acostumbrado a Madrid.

Dejó el vehículo en el aparcamiento; no lo utilizaba a menudo. Generalmente, en su calle encontraba todo lo que necesitaba, e incluso había un restaurante vegetariano. Le gustaba comer allí, pero solo en ocasiones, especialmente cuando le visitaba Anne. Ella era vegetariana y no soportaba los filetes que Terio preparaba, con miel y mostaza.

Se acordó de ella: probablemente estaría enfrascada en su pintura; era muy obstinada. Tal vez se decidiese a coger un vuelo a París.

***

30 de abril de 1950

Han pasado dos años desde que escribí por primera vez, mi querido diario. Pensaba que lo haría más a menudo, pero a veces soy un poco vaga a la hora de sentarme a hacerlo.

Hace unos días que cumplí dieciocho. Me han regalado un anillo de brillantes, precioso, pero no era eso lo que quería: me gustaría tener un coche, igual que las chicas que salen en las películas de Hollywood. Mi padre dice que ya soy toda una mujer, que soy hermosa, pero que debería estudiar más, y por eso no me deja aprender a conducir. Mi madre dice que estoy loca, que eso no es cosa de chicas. Ella tiene muchísimas ganas de que salga con un chico formal. Dice que tengo demasiadas tonterías en la cabeza y que no debería ir tanto al cine, a llenarme la cabeza de pajaritos.

Estoy estudiando para ser enfermera. Era lo que siempre quise de pequeña, pero lo cierto es que no me concentro, y ya no me gusta tanto. Creo que no voy a poder soportar ver demasiada sangre. No he dicho que me vuelve loca un compañero. Cuando se sienta a mi lado, mi cuerpo entero se estremece.

Es una sensación diferente a todas las que he tenido antes, por eso he querido escribirlo en mi diario. Se lo he dicho a Julia, pero a ella no le gusta ningún chico, y dice que quiere estudiar y que no va a suspender el curso por un lío de pantalones.

Sé que le gusto. Se llama Miguel y me recuerda a Burt Lancaster, aunque tiene los ojos castaños. Se hace el interesante cuando me ve. A veces tontea con la idiota de Clarisa, que se cree muy lista, pero la verdad es que no es ni la mitad de bonita que yo. No me gusta decir esto a nadie, pero creo que soy muy atractiva.

Mis padres no pueden saber que me gusta tanto ese chico, porque serían capaces de mandarme a un colegio exclusivamente de chicas y eso sería demasiado aburrido.

Ayer recibí un regalo de Florence, ella es muy moderna y viaja muchísimo. Se trataba de algunos pantalones para chicas. Uno de ellos es amplio dese la cintura, pero otro se ciñe a mi cuerpo y me queda francamente bien. Los he guardado en mi armario, pues mi madre se horrorizaría si me viese con ellos.Tal vez más adelante intente convencerla para que me deje llevarlos y maquillarme. Tampoco me deja: dice que eso es de fulanas. Cuando veo las películas, con esas actrices maquilladas, me quedo embobada mirándolas. Creo que voy a comprar algo de maquillaje y esconderlo; siempre puedo quitármelo sin que mamá me vea…

Ahora tengo que arreglarme para ir a la biblioteca, ya que he quedado con Julia para hacer un trabajo de anatomía.

Con gusto, elegiría anatomía masculina: debe de ser muy interesante estudiar las partes íntimas de los hombres. Supongo que habrá dibujos y todo eso, pero creo que Julia ha elegido la anatomía de un bebé. A ella le gusta la especialidad de pediatría, y dice que su mayor ilusión sería trabajar en el nido, rodeada de preciosos bebés.

A mí eso me parece un aburrimiento, que serán muy lindos, pero babean y se hacen todo encima. ¡Que asco!

Hace unos días, mientras Julia tomaba apuntes en la biblioteca, me entretuve con un libro que me pareció muy interesante. La portada estaba llena de flores; me encantan las flores, aunque casi nunca me acuerdo de regar las plantas y mamá tiene que recordármelo. Había un capítulo dedicado a las rosas. Decía que esta flor es la reina de los aromas, que a través de los fósiles sabemos que está presente en nuestro planeta desde hace millones de años. Símbolo del amor…

El arte de destilar los pétalos de rosa es árabe, aunque fueron los franceses quienes comenzaron a perfeccionarlo. Pero lo más curioso de todo fue el apartado donde hablaban de las rosas y sus usos en gastronomía. Jamás he comido nada que lleve rosas, y cuando se lo pregunté a mi madre, me dijo que estaba loca… pues hay una mermelada hecha a base de pétalos de rosas, manzana y limón. Me llamó tanto la atención que copié la receta. ¡Quién sabe, tal vez algún día me dé por cocinarla.

Bueno, ya me marcho, espero escribir cosas más interesantes.

Julia dejó de leer por un momento y miró hacia la pared pensativa. Mermelada de pétalos de rosas… tampoco la había probado nunca; sin duda Sara era bastante curiosa y original.

No podía creer que estuviese leyendo la vida de una mujer totalmente desconocida y tan cercana a la vez.

Parecía una joven alegre y divertida. Quería seguir leyendo:

estaba intrigada. ¿Qué esconderían aquellas páginas?

No entendía por qué su madre no quiso saber nada de ella; tal vez fuese más testaruda de lo que ella pensaba. Hay ocasiones en que las personas a las que crees conocer te sorprenden actuando de manera que nunca imaginarías que hiciesen.

Miró el reloj: eran las doce y media. Sintió mucho frío. Fue a revisar la calefacción y todo funcionaba bien. Se tocó la frente: tenía las manos frías; fue al baño y al mirarse en el espejo vio que estaba roja como un tomate.

Cogió el termómetro y se lo puso en la axila mientras fue a buscar un pijama cómodo: los vaqueros le molestaban demasiado. Comprobó su temperatura corporal y tenía treinta y ocho con nueve décimas: debía de haberse acatarrado. Se tomó un analgésico y se tapó hasta la cabeza. En ese momento sonó el móvil. «Siempre tan oportuno», pensó. Otra vez lo dejaría sonar: no podía moverse.

Al cabo de una hora sonó nuevamente, y esta vez contestó.

—Dime, guapa.

—¡Chica! ¿Estás bien? No hay quien te pille últimamente.

—Lo siento, Gloria, no me encuentro bien, creo que me he acatarrado.

—¿Qué te ocurre?

—Ayer fui a ver a mamá, regresé a casa caminando por el parque, y hace un rato tenía fiebre, pero no te preocupes, ya estoy empezando a sentirme mejor.

—Julia, debes de estar baja de defensas; últimamente no te cuidas, pareces una cría.

—Gloria, no seas exagerada, un catarro lo puede pillar cualquiera. Si supieses que tengo que contarte un montón de cosas…

—¿Respecto a…?

—Es complicado y todavía estoy a mitad de camino de descubrir parte de mi pasado.

—¿A qué te refieres?¿Estás segura de que ya no tienes fiebre?

—Es complicado y no quiero hablar de esto por teléfono.

—Como quieras, sé que acabas de marcharte, pero ¿te vendrás estos días de Navidad, verdad? ¿No pensarás quedarte ahí sola y enferma, no?

—Para, para, que sé cuidarme, no te preocupes. Prometo llamarte en unos días y hablamos. No quiero dejar estos días a mamá. Ya sabes, no es consciente casi de nada, pero… me siento mejor aquí.

—De acuerdo, te comprendo, pero no dejes de cuidarte, y si te pones peor te vas a urgencias. ¡Ah!, y sobre todo come bien y toma zumo de limón con miel y…

—Sí, sí, vale, un beso, mami, voy a colgar. Te quiero.

Julia se fue a la cocina, puso una bolsa de verduras cortadas y

lavadas a cocer y le añadió una pechuga de pollo. Se prepararía una nutritiva sopa. Esas ricas sopas que le preparaba su madre, con algo de pasta y un poco de queso…

Se acomodó nuevamente en el sofá y cogió el diario. Deseaba retomar la lectura. Aquella mujer la tenía intrigada.

5 de mayo de 1950

Querido diario: te llamo así porque te estás convirtiendo en mi confidente.

Ayer, mientras paseaba por la Plaza Mayor con Julia, se acercó Miguel. A mi amiga no le gusta, pero a mí, me vuelve loca. Me hizo una pregunta extraña: ¿crees que la plaza es cuadrada? Yo comencé a reír, pero Julia en cambio contestó: le dijo que no lo era realmente, aunque tan seria que me dio vergüenza verla así de antipática. Él se acercó a mí, casi rozando mi oreja, y me susurró que Miguel de Unamuno dijo en cierta ocasión que «era un cuadrilátero irregular, pero asombrosamente armónico». Entonces lo miré sorprendida por sus palabras, pues parecía que me lo decía a mí. Me puso un papel en la mano disimuladamente y se marchó.

Cuando se alejó, Julia me soltó que no le gustaba nada aquel chico. Decía que era un provocador arrogante y que tonteaba con todas las chicas, y que no debería hablar con él. Pero cuando me mira a los ojos de esa manera, se me olvidan las advertencias de Julia.

Mis padres no me dejan salir con ningún chico si no voy también acompañada de una amiga y he de pensar algo. Miguel me decía en la nota que le gustaría mucho verme mañana, a solas, entre la calle Compañía y la Rúa.

Estoy muy nerviosa, pero creo que acudiré.

6 de mayo de 1950

Querido diario: he pasado una tarde maravillosa con Miguel: hemos paseado y ha cogido mi mano. Yo me solté porque me daba mucha vergüenza, pero después él insistió y entonces le dejé. Habla muy bien, y al pararnos junto a la Casa de las Conchas, me contó que todas aquellas conchas eran un símbolo de amor de don Rodrigo Arias a doña Juana. No sé si será cierto, pero me gusta todo lo que me cuenta. Cuando se acercaba y me susurraba al oído, rozaba mi cuello con sus labios y era abrumador. Lástima que Julia no me dejó a solas con él demasiado tiempo: no se fía de mí y dice que aunque puedo contar con ella para mis encuentros amorosos, que no abuse, que no le gusta Miguel.

El próximo sábado tengo que buscar una excusa, pues quiere verme de nuevo, a solas. ¡Es tan romántico estar junto a él…!

12 de mayo de 1950

Hoy estoy muy deprimida: he suspendido un examen y no quiero decírselo a papá; pero lo peor de todo es que he visto a Clarisa tontear con Miguel. No debo dejar que esa estúpida me lo robe. Probablemente él no le hará caso, pero ella llevaba un vestido impresionante y se contoneaba como un pavo real. Creo que debo comprarme uno. Sería capaz de vestirme igual que Rita Hayworth en *Gilda* para que esa tonta se diera cuenta de lo bien que me quedaría esa ropa. Aunque mis padres me matarían si me viesen así vestida. Ya sé lo que haré: me pondré una blusa abotonada y luego me la desabrocharé. Creo que es muy atrevido hacerlo, pero si Clarisa lo hace, yo también.

16 de mayo de 1950

Querido diario: llevo varios días llorando. Uno de los amigos de mi padre es profesor en la universidad y le ha dicho que no superaré el curso, que ando perdida, que falto a clases…, y lo peor de todo es que Miguel no quiere saber nada de mí.

Cuando me vio tan escotada, sus ojos brillaron de una forma especial y pensé que eso era bueno; pero al acompañarme a casa, entró en un portal solitario y yo le seguí.

Sin saber cómo, me llevó hasta colocarme contra la pared. Yo estaba muy nerviosa. Empezó a acariciar mi cuerpo, me besó: me gustaba el sabor dulce de sus labios, el olor

de su piel. Luego acarició mis pechos y yo no hice nada, le dejé hacer; no sé si eso está bien, pero me gustaba notar el calor de sus manos acariciar todo mi cuerpo. Pero cuando levantó mi falda, no se lo permití: iba demasiado rápido, y a mí me parecía oír la voz de mi madre gritándome. Entonces comenzó a pedirme que le dejase seguir, pero yo sabía que aquello no estaba bien, y que tenía que marcharme. Le empujé y salí corriendo mientras me abotonaba la blusa. Fui llorando todo el camino porque pude oír que decía cosas feas de mí.

Es un chico malo, tal y como dijo Julia. No volveré a hablar con él; algunas personas no merecen la pena. También le voy a prometer a papá que recuperaré todo lo que he suspendido.

Julia sonrió: Sara le parecía una chica encantadora e imaginaba que tendría muchísimas ganas de experimentar y vivir sensaciones, que en aquellos años no estaban bien vistas si no estabas felizmente casada.

—Felizmente… —dijo en voz alta pensando en su matrimonio.

«Era una lástima: la represión trae consecuencias negativas; basta con que te prohíban algo, para que te atraiga mucho más», pensaba abrazada al diario.

Se levantó y fue a la cocina a apagar el fuego. En ese momento se fijó que estaba nevando. Podía ver tras los cristales pequeños copos de nieve caer suavemente. Le gustaba ver las calles nevadas. Recordaba cuando jugaba con Tomás a hacer bolas enormes, y las apretaban todo lo que podían, con sus pequeñas manos enfundadas en guantes. Cuando estaban firmes, se las tiraban el uno al otro. Después su madre los llamaba desde la ventana para que subieran a casa, a tomar un chocolate bien caliente. Dejó atrás sus pensamientos y regresó al salón.

En ese momento, sonó el teléfono fijo, el del escritorio de su padre. Le extrañó, pues pocas personas sabían que ella estaba en casa. Entró en el despacho y atendió la llamada. Era Gloria.

—Qué extraño, hace siglos que no llamabas a este número.

—Cierto, pero nunca se me olvida. Tienes el móvil apagado y he querido probar, por si aún conservabas la línea.

—Probablemente se habrá quedado sin batería… ¿Ocurre algo?

—Primero, ¿estás mejor?

—Sííí, pesada, pero si he hablado contigo hace una hora —dijo riendo.

—Verás: me ha ocurrido algo extraño y quería contártelo, aunque sé que no estás para historias…

—Dime… no te enrolles y suéltalo ya.

—He llevado a Evander al pediatra.

—Pobrecito, ¿está malito?

—Nada serio: tenía un poco de fiebre y me avisaron del instituto. Ana fue a recogerlo y se marchó directamente al médico con él. Yo estaba con un paciente en el hospital y no podía dejarlo, ya sabes. El caso es que cuando llegué, Ana regresó de nuevo al trabajo, y al entrar

en la consulta la pediatra comenzó a hacerme una serie de preguntas muy extrañas…

—¿Qué le ocurre a Evander?

—Las preguntas no se referían al niño, en absoluto.

—No entiendo.

—Me preguntó si Ana y yo éramos pareja…

—Pero… eso es absurdo, y aunque fuese así, ¿qué le importa a ella?

—Eso mismo le dije yo; ya sabes que puedo ser muy borde.

—¿Entonces?

—Me invitó a cenar.

—¿Quéee?

—Exactamente lo que oyes. Lo que intentaba averiguar Patricia, que ese es su nombre, era si yo tenía pareja y si me gustan las mujeres... ¡No me lo podía creer! La conozco desde que Evander nació. Es cierto que no siempre voy yo con mi hijo al médico, tú misma lo has acompañado algunas veces. Ya sé que… bueno, como yo digo siempre, no tiene padre pero sí un montón de madres…, así que debe de pensar que tengo cientos de novias, no sé... O tal vez que lo tengo medio abandonado.

—Calla, me haces reír y me duele la garganta. —Julia reía a la vez que tosía

—Pero aún no te he dicho lo más absurdo.

—¿Hay más?

—He aceptado.

Julia no supo qué decirle a su amiga: ya era lo suficientemente mayor para hacer lo que viese oportuno.

—Pues muy bien, si te apetece… mañana me lo cuentas todo, vaya —dijo sonriendo—, si te apetece contármelo…

—No sé en qué lío me he metido. Sé que esto te sorprenderá. Siempre puedo buscar una excusa, pero creo que iré. Me ha sorprendido… mañana te llamo, cuídate. —Julia colgó el auricular pensativa.

Fue a arroparse al sofá. Se había quedado un poco perpleja ante la actitud de Gloria. Sabía que sus relaciones con los hombres nunca habían acabado bien, hasta ahora, pero de ahí a intentarlo con una mujer… le había sorprendido bastante: la conocía desde hacía muchos años. Tal vez se trataba de una más de sus locuras. Gloria había tenido una infancia dura, y ella lo sabía. Vivió los malos tratos de su padre hacia su madre, y hacia ella misma. Cuando su madre murió, el padre no volvió a ponerle la mano encima, pero tal vez fue debido a que nunca estaba sobrio… No siguió pensando en ello, no era quién para juzgar a nadie y menos a su amiga. Cogió el diario y continuó leyendo.

17 de mayo de 1950

Ha sido horrible. He estado a punto de meterme en un tremendo lío: alguien le ha contado a mi madre que me han visto pasear con un chico, y menos mal que Julia lo ha negado todo. Es demasiado buena conmigo, pero ha tenido que mentir y eso a ella la supera. Después, cuando nos hemos quedado solas, se ha enfadado mucho. Lo que más rabia le ha dado es que no le dijese que me había visto con el tonto de Miguel. Ya no volveré a ocultarle nada. Cree que si ha de cubrirme las espaldas, tiene derecho a saber dónde estoy y con quién. Siempre tiene razón. Algunas veces me gustaría parecerme a ella: es muy sensata y tiene las ideas muy claras. En cambio yo…

Después nos dimos un abrazo porque nos queremos mucho, y a ella le duran muy poco los enfados.

No sé qué tal haré los exámenes que me quedan, pero hoy, antes del susto con mis padres, he conocido a un joven que me ha impactado muchísimo.

Se da un aire a Ray Milland en esa película, *Días sin huella,* creo que se llama. Es médico, bueno, casi: está acabando la especialidad. Se llama Ernesto. Ha llegado a clase para dar una charla, no sé para qué, y sinceramente no tengo ni idea de qué hablaba. No podía pensar, ni escucharle ni nada. ¡Es tan atractivo!

No puedo decir que sea demasiado guapo, pero es muy interesante, muy atractivo. Tiene una voz grave que te embelesa, y me he pasado la mañana suspirando. Julia me daba golpecitos en la rodilla por debajo de la mesa, que creo que hasta él se ha dado cuenta. Ya no me gusta nada nada Miguel y me alegro. Al salir de clase se dirigió hacia mí. Iba acompañado de la idiota de Clarisa, que supongo que pretendía saludarme para que lo viese junto a ella. Clarisa sonreía, con esa cara de caballo que tiene, con perdón para los caballos, que son unos animales preciosos, pero esa cara en una chica no queda bonito. Los dejé plantados: cuando más cerca estaban de mí, giré sobre mis talones y caminé en dirección contraria.

5 de julio de 1950

Querido diario: estoy muy feliz. Mañana es el cumpleaños de mamá: cumplirá 57 años. Estoy ayudando a papá a preparar una fiesta sorpresa, aunque creo que ella sospecha algo.

Papá está menos enfadado conmigo, a pesar de que tendré que repetir el curso, pero a mamá no le importa: dice que si aprendiese labores, sería mucho mejor. A mí no me gusta, ni una cosa ni otra.

Desde la última vez que escribí, no he vuelto a ver a Ernesto, pero sí he salido varias veces con Manuel. Es muy simpático y muy guapo: se parece a Gregory Peck. Julia piensa que estoy loca, que a todos los chicos les busco parecido con actores, pero es verdad. Lo imagino vestido de comandante de la marina y me gusta mucho más.

Ayer fuimos a pasear, con Julia, por supuesto, pero entre tanta gente que había en la plaza, me besó en los labios y ella no se dio cuenta. Aunque Manuel es más formal, y no creo que quiera aprovecharse de mí, como el estúpido de Miguel.

Papá dice que puedo invitar a algunas amigas a la fiesta, pero yo le he respondido que también tengo compañeros de estudios. Él se lo ha creído. ¡Papá es tan bueno conmigo! A Manuel lo conozco de la cafetería, donde trabaja de camarero, y me ha dicho que se pondrá su mejor traje y vendrá un rato a la fiesta. Estoy muy feliz. Le he comprado a mamá su perfume favorito: L'Air du Temps, de Nina Ricci. Es muy caro, pero papá se lo puede permitir, así que me dio el dinero y se lo encargué a una amiga de la familia. Ella vive en Barcelona. La señora Florence, que nació en París y tiene mucho estilo, me hizo ese favor. Aquí no puedo conseguirlo y me lo envió muy pronto. Cuando la llamé para darle las gracias, le hablé de la mermelada de pétalos de rosa y se echó a reír; me preguntó que dónde había leído yo la receta. Me dijo que no me preocupase, que ella me enviará un frasco desde Francia.

Nunca he hablado de la señora Florence: es una mujer muy atractiva que tendrá la edad de mamá, pero se cuida mucho más. Es inmensamente rica, tiene una mansión en Pedralbes y viaja muchísimo. No sé cómo hizo su fortuna. Mamá dice que su marido era muy rico y que murió al poco tiempo de estar casados. Cuando le pregunto por ella, cambia de conversación. Mamá es muy conservadora y Florence no ha vuelto a casarse.

Creo que sale con hombres diferentes, porque cuando nos visita y habla de ellos, siempre da un nombre distinto. Me gusta mucho verla, pero no porque me haga bonitos regalos; es porque algún día me gustaría ser como ella. Creo que a mamá le incomodan sus visitas. Espero que este verano venga a visitarnos, o tal vez por Navidad.

7 de julio de 1950

Querido diario: no sé cómo empezar. Ayer fue un día maravilloso. Mamá estaba muy guapa y muy feliz. Vinieron algunos matrimonios amigos de papá y algunas amigas de mamá sin sus maridos. Al parecer, algunos tenían partido de algo, pero ellas se sienten bien solas, y dicen que pueden charlar sin que las molesten.

También vinieron muchos amigos míos. Pusimos discos de boogie-woogie. A papá no le gustaba esa música escandalosa, pero teníamos el nuevo tocadiscos en el salón y no podía hacer otra cosa.

Aunque lo mejor de todo fue al final: Manuel llegó tarde, pues había tenido mucho trabajo, así que con el ruido y las copas nadie se fijó en él. Fuimos a la parte trasera de la casa, donde tenemos un pequeño jardín que apenas utilizamos. Julia sabía que debía cubrirme y avisarme cuando se acercase alguien. Me da pena de mi amiga: siempre está protegiéndome; me dice que estoy loca, pero nunca me traiciona.

Nos sentamos en la hierba, que estaba húmeda. Manuel me abrazó por la cintura y me dijo que le gustaba mucho. Tenía el mismo flequillo que Gregory Peck, y yo me derretía entre sus brazos.

Me sentí profundamente atraída por él y durante unos minutos me dejé llevar. Acarició mi cuello, mis hombros, mi escote. Estaba como hipnotizada por el susurro de sus palabras al oído y la suavidad de sus manos.

Nos tumbamos en la hierba. Me besó apasionadamente, metió su lengua en mi boca, y puede que suene raro, pero me gustó. No pensaba ni siquiera que estaba en casa y que tal vez alguien podía vernos. Mientras me besaba como he dicho, con la lengua, levantó mi falda y le dejé. No sé qué ocurrió pero me sentí húmeda y una ola de calor recorrió mis zonas más íntimas: no podía decirle que no. Nunca había experimentado aquel placer, me sentía tan bien…

Bajó mis bragas y me tocó suavemente. Sin duda sabía lo que hacía, aunque a mí empezaba a darme cierto pudor. No sabía si marcharme de un salto o seguir allí disfrutando de aquello… de cómo sus dedos acariciaban una zona muy erótica de la mujer, que he leído que se llama clítoris; debería saberlo a estas alturas, pero como casi nunca estudio… No me da vergüenza decir que cuando se acaricia esa zona es cuando más placer se siente. Después él cogió mi mano y la puso en su entrepierna. Me asusté: tenía aquello duro y abultado, y nunca pensé que a los hombres aquello se les pusiese tan grande. Afortunadamente, la tos de Julia me puso en alerta. Me levanté y le dije que me esperase. Él se enfadó un poco, pero era la hora de cortar la tarta. Debía ir pronto al salón o me echarían de menos. Ayudé a la asistenta a repartir tarta para todos, que mamá dice que hay que dar ejemplo con los buenos modales. Tuve que decirle adiós a Manuel, que me dijo que eso no se hacía. Comprendo que a él le gustase aquello casi tanto como a mí, supongo, pero no podía quedarse más tiempo o lo verían. Yo no conseguí dormir en toda la noche.

Sensaciones y decisiones inesperadas

Ya en el coche, Terio decidió dar un paseo por las afueras de Madrid; aunque estaba cansado, sabía que si se acostaba pensando, no dormiría nada. Condujo en dirección Móstoles: iría al embalse de Valdefuentes, que no estaba lejos y el agua le daba paz. Buscó al azar una emisora de radio y con música de fondo condujo suavemente. Llovía un poco, una especie de aguanieve que se estrellaba contra el parabrisas del coche. Pensó en su vida, en su afición por la literatura y la enseñanza: podría haber hecho su tesis doctoral y haber conseguido una cátedra para dar clases en la universidad, pero le gustaban los niños. El adolescente, con su aire de persona mayor y su mirada de niño. A ellos, al menos a algunos, sabía conectarlos con la belleza de la palabra escrita, eran «terreno virgen» donde sembrar el amor hacia los libros.

El don más hermoso del hombre era la capacidad de crear arte haciendo una mezcla sublime de letras: era pura alquimia, y no estaba al alcance de cualquiera. Ese químico de las letras podía transportarte a cualquier universo, real o ficticio, podía hacerte reír y llorar, amar y odiar, sentir las pasiones y las fobias de los personajes, situarte en una tierra inhóspita o en un vergel, entrar en el fragor de una batalla y percibir el olor a muerte del combate. Amaba su trabajo. Comprendía la pasión de Anne por lo que hacía, la respetaba y admiraba. Cuando hablaba de su carrera se le iluminaba la mirada, y mostraba una pasión electrizante por la pintura. Sonrió al pensar en ella, sentía algo muy especial, indefinible; tenía una forma muy peculiar de hacer el amor y a él le satisfacía enormemente estar con ella, besarla y notar el deseo de ambos. Pero no la amaba. Detuvo el coche en el parque de Coímbra, pero no se bajó. Ese pensamiento se había abierto paso entre los demás. No la amaba y estaba seguro de que Anne tampoco a él. Había química, había pasión, se sentían bien uno al lado del otro, pero si no estaba, tampoco la echaba de menos. ¿Cómo no se había percatado de ese pequeño detalle? Anne era una preciosidad, pero no llevaba la misma ruta que él, no iban en paralelo, su camino era otro.

Recostó la cabeza en el asiento del coche y cerró los ojos. Tenía

una certeza y esa certeza era que Anne no compartiría su vida, que le aportaba su frescura, sus ansias de vivir, pero su corazón estaba intacto, no lo había conquistado. Recordó una canción de Ismael Serrano:

No das respuesta ni luz a mi jardín
y no hay guerrero que descanse en ti,
eres pequeña como una estrella fugaz,
como el universo antes de estallar…

Arreciaba la lluvia, así que puso de nuevo el coche en marcha: otro día iría al embalse, era mejor regresar a casa.

Al llegar a Madrid, el alumbrado navideño resplandecía en el asfalto. Quería llegar y seguir un rato con *La Dorotea* de Lope de Vega, que estudiaba con gran esmero, y aunque algunos críticos creían apreciar ciertas similitudes con *La Celestina,* Terio veía en Gerarda, la alcahueta, mucho menos protagonismo que la celestina… un papel más secundario en la obra.

Mecánicamente había llegado al aparcamiento y subió a casa, inmerso en sus pensamientos.

***

Julia se había quedado dormida. Nunca dormía de aquel modo, pero la gripe o lo que fuese la tenía como aletargada. Abrió los ojos: tenía el diario abierto.

12 de julio de 1950

Querido diario: he hablado con mi amiga Julia sobre lo que sentí el otro día con Manuel. Creo que no le gustó que se lo contase: tal vez fui muy descriptiva y ella es muy reservada. Pero no se enfadó. Me dijo que tuviese cuidado, que eso no está bien, que los chicos van buscando todos lo mismo, pero le contesté que me había gustado tanto que aquella noche no pude dormir. Ella me miró y aún estaba roja: creo que le di demasiados detalles.

He evitado ver a Manuel otra vez. Anoche silbaba cerca de mi casa, su aviso para que me asome, pero pienso que Julia tiene razón y que aquello no estuvo bien. No sé qué hacer, me apetece sentirme rodeada entre sus brazos, pero creo que no es amor, simplemente me atrae. Por la mañana vi a Ernesto y ya no tuve ganas de hablar con Manuel.

No sé qué me ocurre, Manuel es guapo y me entra un cosquilleo cuando me guiña un ojo que no sé explicar, pero Ernesto es diferente. Tal vez sea porque no me hace caso, porque ni siquiera me mira.

Paseaba por la ribera del Tormes con Julia y con Teresa cuando le vi. Nunca he hablado de Teresa: es muy simpática y tiene una risa muy contagiosa. La conocimos al empezar el curso y algunas veces sale con nosotras. Ella no tiene muchas amigas porque durante el año estudia sin parar.

Ernesto se acercó a saludarla, nos dijo buenos días a las tres y yo me quedé perpleja al verle tan cerca. Creo que hasta pude oler su aroma.

Habló con Teresa, le preguntó por su madre y se marchó: parecía llevar mucha prisa.

Me quedé parada en mitad del puente, y Julia me dio un tirón del vestido para que saliese de aquel estupor. Teresa nos contó que es médico, cosa que yo ya sabía, y que

como es un poco inexperto, trabaja con su padre. El padre de Teresa es médico y tiene una consulta privada. Ernesto lo ayuda y eso le sirve para adquirir experiencia.

El padre de mi amiga es especialista en algo que tiene un nombre muy difícil, pero es de garganta, oído y nariz. Julia siempre se ríe de mí en ese sentido, dice que no presto atención y que debería saber que se llama otorrinolaringólogo. Yo lo que sé es que el padre de Teresa tiene una suerte impresionante. Claro que al hombre le dará igual tener a Ernesto a su lado todo el día… Desearía enfermar y acudir a su consulta.

«Vaya con la abuelita. —Julia sonrió y miró el reloj: había pasado un buen rato leyendo y se decidió a tomar un poco de sopa con pollo. Parecía que la fiebre iba a subir de nuevo y le vendría bien tomar algo junto con la pastilla—. Mamá no me hubiese dejado sin un caldito. Siempre me decía que un caldo de ave revive a un muerto.»

Julia preparó su cena aunque recordó que no tenía pan, pues cuando le entregaron las cartas aquella mañana se había vuelto sin salir a la calle. Tampoco es que tuviera mucho apetito, pero rebuscó y encontró algo de pan del día anterior. Llamó a la residencia y se excusó por no haber ido a ver a su madre: habló con una chica que no conocía pero que muy amablemente le dijo cómo había pasado el día Elisa. La auxiliar le comentó que la lluvia la había inquietado un poco y que como no había dado su paseo por el patio del centro, como cada día, estaba más nerviosa.

—Los días así la soliviantan —le dijo—; su madre es muy sensible y cualquier estado de ánimo, tanto de nosotros como de los demás residentes, y los cambios ambientales crean en ella mucha inseguridad, pero ya la hemos aseado y ha cenado muy bien. Mis compañeras están acostándola en estos momentos.

—Bien, he tenido bastante fiebre y no he querido salir, y tampoco quiero contagiarle mi catarro; todavía no sé si es un enfriamiento o una gripe, pero mañana volveré a llamar. Si estoy mejor, iré a verla sin falta.

Julia llamó también a su bufete para ver cómo iban las cosas. Al día siguiente tenían un juicio, aunque su compañera Ana, a pesar de que llevaba poco tiempo en la oficina, se había hecho cargo de ese asunto, que no era muy complicado. Un chico al que habían pillado robando en una joyería; era reincidente, pero había una compleja historia tras la fachada de chico duro que mostraba. Ambas habían logrado que al chico lo viera una psicóloga, que era Gloria, para intentar salvarlo de una destrucción segura si iba a la cárcel. Gloria siempre le decía que se había equivocado de profesión: ella procuraba enfocar su trabajo de la manera más humana posible. Entre Ana, Gloria y ella habían hecho una especie de pacto por el que intentarían ayudar a jóvenes como el caso que tenían al día siguiente: chicos provenientes de familias desestructuradas, barrios marginales, sin apenas educación y que por un delito menor entraban en una espiral sin retorno. Gloria decía que si evitaban la primera entrada en prisión

tenían muchísimas posibilidades de conseguir un cambio en ellos, pues solo eran niños desorientados y perdidos en un laberinto de desamor.

No siempre conseguían la cooperación de los muchachos, pero se sentían bien si alguno se reformaba. Lo importante era encontrar a un juez que estimara mejor enviarlos a hacer servicios comunitarios que mandarlos al «Hotel Las Rejas cinco estrellas», como lo denominaban irónicamente los que ya habían pasado por la cárcel. Solían alternar estos casos con otros más importantes y en los que la minuta era mucho más sustancial, que de algo tenían que vivir, y como Gloria trabajaba como funcionaria en un hospital, tenía las tardes libres para dedicar altruistamente su tiempo y sus conocimientos a estos chavales. Era la parte que más le gustaba a Julia de su trabajo. También Ana se había implicado desde el principio en esta especie de proyecto.

Ana había llegado al bufete de la mano de Gloria: Julia necesitaba una compañera eficiente con quien poder contar. Era amiga de Gloria y muy diferente a ella. Ana era el típico ejemplo de mujer todoterreno que podía triunfar en la vida con su raso metro cincuenta y sus seis o siete kilos de más. Estaba casada con un empleado de banca muy guapo y locamente enamorado de ella que, como además contaba con las tardes libres en el trabajo, podía dedicárselas a los dos hijos que tenían en común. De modo que Ana pasaba tres tardes a la semana con Julia y los casos complicados de jóvenes.

Cerró los ojos: sentía escalofríos, señal de que la fiebre estaba subiendo. Se tomó el analgésico y se arropó con la suave manta.

«Sara, madre mía —pensó—, qué mujer más extraña.» No había tenido tiempo de reparar en la carta que había encontrado en su casa de Madrid, ni en cómo había llegado hasta aquel cajón. Peculiar sí que era, eso no le cabía la menor duda. Leyendo el diario veía a una joven alegre y feliz, alocada como todas las chicas a esa edad, enamoradiza, normal también y muy querida. Entonces, ¿qué había marcado tanto su vida? ¿Por qué había abandonado a su madre teniendo recursos para criarla? ¿Por qué volvía a remover el pasado? Su madre ya no le resolvería ninguna duda: habitaba un mundo de silencio y olvido ajena a su presente y desentendida de su pasado.

«Madre querida, ¿dónde andas?» Solo deseaba que no fuera desapacible ese lugar donde estaba. Aunque el geriatra le había asegurado que no padecía, ella no lo tenía claro; nadie con esa terrible enfermedad en la fase que se encontraba su madre había vuelto para decir qué sentía y cómo era ese mundo de penumbras. Sintió un escalofrío que achacó a la fiebre. «Vaya, hoy tengo un día extraño», se dijo.

Se acordó de Fernando: ¿qué estaría haciendo ahora? No lo echaba de menos, pero de vez en cuando se acordaba de él. No tenían

que haberse casado: él era muy diferente a ella. Fernando era más extrovertido, sabía conquistar a la gente con sus palabras, prefería el afuera, el mundo le resultaba un reto diario, quería estar en todas partes, hablar con todos, ser el centro de cualquier reunión; la eclipsaba por completo y a su lado se sentía insignificante; por supuesto él no era culpable de nada, simplemente era así. Cuando firmó los papeles del divorcio, se sintió crecer; era algo ridículo pero así fue. No fue una separación traumática, ya que los dos deseaban terminar con la relación, y sin hijos, resultó todo bastante sencillo.

Cuando le comentó a Gloria esa sensación tan extraña que había sentido, su amiga se echó a reír a carcajadas. Ella la miraba muy seria pero al final le contagió su hilaridad y ambas se dejaron llevar por la risa.

—Pero eso es normal, Julia; Fernando tiene una personalidad muy absorbente, erais la noche y el día, a su lado no podías ser tú; no porque él te lo impidiera, sino sencillamente porque acaparaba todo. Fernando necesita una mujer a su lado con un carácter más fuerte que el tuyo; tú eres apacible y serena, y aunque al principio pensé que uno compensaría al otro, me equivoqué por completo. Lo que lamento es no habértelo dicho antes, ya que me di cuenta poco tiempo después de la boda, pero consideré el asunto y no era yo quien tenía que decirlo. Sé lo inteligente que eres y tenía claro que más pronto que tarde no resistirías esa convivencia.

Su amiga Gloria, siempre ahí, siempre a su lado. Tenía que contarle lo de su tercera abuela, pero esperaría a tenerla enfrente para verle la cara. Ahora Gloria tal vez estaba experimentando nuevos sentimientos…

Poco a poco la fiebre había cedido y como no tenía muchas ganas de ver la tele, cogió su hermosa caja y se fue a la cama a seguir leyendo el diario hasta que le entrara el sueño. Estaba muy intrigada: la primera carta de Sara no iba dirigida a ella, era un lamento al aire. Sara se desangraba con cada palabra, había dolor y nostalgia; la vida es compleja, las circunstancias y los caminos que eliges van marcando tu personalidad y van forjando tu carácter, sutilmente todos cambiamos, pensó, y ella también se sentía diferente a aquella adolescente con sueños hermosos. Los golpes que vamos recibiendo los seres humanos a lo largo de nuestra vida dejan huella, nos van cambiando, imperceptible pero inexorablemente.

Julia se sintió tremendamente triste: estaba allí en su casa, sola.

—No es por la fiebre, ni por papá, ni por mamá, ni porque Tomás está lejos y tampoco es porque lo mío con Fernando no funcionase. Es un poco de todos ellos. Los dejé en el camino, o se quedaron.

Pero si algo tenía claro, era no ceder a la tristeza. La nueva abuela la hacía sonreír, al menos por ahora, así que cogió entre sus frías

manos el diario y continuó la lectura:

5 de septiembre de 1950

Querido confidente: esta mañana he fingido tener un dolor de garganta terrible. Mi madre quería que me viese el médico que siempre nos ha atendido. Yo he sido más lista y le he dicho que mejor sería que me viese un especialista. Así que pedí a Teresa que me buscase un hueco en la agenda de su padre. Ella es tan amable que enseguida me avisó con la asistenta.

Tener a Ernesto cerca es lo mejor que me ha pasado nunca. Llegué nerviosa, pero mientras aguardaba junto a mamá en la sala de espera, se me fueron pasando los nervios. El padre de Teresa me saludó muy amablemente, como si me conociese de toda la vida, pero lo cierto es que nunca me había visto. Ernesto estaba junto a él. Fue quien me examinó.

Lo mejor de todo fue cuando me auscultó con ese aparatito con el que escuchan los sonidos de tus pulmones y tu corazón. Yo empecé a ponerme nerviosa, pero al final me tranquilicé.

A mamá no le gustó que me desabrochase tanto la blusa, pero quería mostrar mi nuevo sujetador, es tan sexi… ni siquiera me ha dado vergüenza. No sé qué impresión le habré causado, pero yo me siento muy bien. Después don Zacarías le dijo a mamá que mi garganta estaba perfecta. Yo no quise mirarla: menos mal que me recetó unas vitaminas. No sé qué habrá pensado mamá, pero no me ha dicho nada.

8 de septiembre de 1950

Querido diario: ¡no sabes qué contenta estoy! Al fin me ha hablado Ernesto. Como hoy era el día de la patrona, la Virgen de la Vega, he acudido con mis amigas a la ofrenda floral. Hemos llevado unos ramos preciosos y la hemos acompañado en procesión hasta la catedral. Por cierto, cuando he visto las rosas, me he acordado de la mermelada de pétalos de rosas. Me ha dicho Florence que en cuanto viaje a Francia me la comprará. De repente, Ernesto se ha acercado a hablar con Teresa y ella nos ha presentado. Ha dicho entonces que me conocía y me ha preguntado por mi garganta. Después hemos ido todos juntos a ver los cohetes.

Ernesto ha estado charlando conmigo un buen rato. Me ha contado la leyenda de la Virgen: dice que ella impidió el asalto de una tropas que querían invadir la ciudad en mil setecientos y algo, creo que y seis, porque la verdad es que yo estaba embobada mirando sus ojos. Ha dicho que fue durante la Guerra de Sucesión, con esa voz tan masculina, que me hubiese dado igual la guerra que fuese… Y ya no recuerdo más de lo que contaba. Nos hemos despedido y me ha sonreído dulcemente. Ahora tengo que acostarme, ya que mamá verá la luz encendida si continúo escribiendo y entrará. Soy muy feliz.

La claridad del día iluminó la habitación a través de la amplia ventana del dormitorio. Julia se despertó y comprobó que sostenía el diario en sus manos. No había cerrado las contraventanas la noche anterior, pero le gustaba despertarse con la luz de la mañana. Continuaba nevando suavemente. Su cuerpo entero se desperezó: le gustaba estar en casa, aunque fuese así, sola; se encontraba mucho mejor y tenía apetito. Así que se arregló y salió a comprar unos bollos calientes.

Al regresar, vio a Juan sentado en su lugar de trabajo leyendo un periódico.

—Buenos días, Juan, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, niña; sin embargo, tú no tienes muy buen aspecto.

—Ayer estuve con fiebre y no pasé un buen día. —De pronto,

Julia se dio cuenta de que hacía muchos años que le conocía, y sin embargo no sabía nada de él—. Le invito a desayunar a casa, ¿qué le parece? He comprado bollos y cruasanes, que me encantan con crema de chocolate.

Las señoras Hortensia y Ana bajaban en aquel preciso instante. Eran como una pareja de guardias civiles, que aparecen en el momento más inoportuno.

Juan titubeó, pero Julia las miró a ambas.

—A nuestras vecinas no les importa que usted se ausente unos minutos, son muy amables. Además no hace falta que usted esté aquí todo el tiempo, ¿no es así? —dijo mirando a las dos señoras.

Ambas se miraron y con una risa fingida dieron su aprobación.

Ya en la casa, Julia preparó té con canela y ofreció a Juan los bollos con mermelada y los cruasanes con chocolate. Había puesto en la mesa un precioso mantel bordado y una pequeña cesta de mimbre con los panecillos.

—Es usted muy amable, señorita Julia.

—Juan, ¿se ha dado usted cuenta de que a veces me habla de usted y otras me tutea?

—Sí, pequeña, tal vez: te conozco desde niña y a veces veo a la pequeña que se deslizaba por la barandilla, y otras, a la mujer en la que te has convertido.

—¿Por qué continúa usted trabajando, Juan?

—Sinceramente, niña…, ¡porque me aburro! —dijo sonriente—. Mi sobrina, María, quiere que esté siempre con ellos en casa. Desde que murió mi hermana, su madre, siempre los he acompañado, pero créeme, venir aquí me hace sentirme útil. Después, cuando llego a casa, descanso mejor.

—¿Nunca se casó?

—Sí, estuve casado solo cinco años. Mi mujer murió al dar a luz y el pequeño también falleció.

—Pobre Juan, debió de sufrir usted muchísimo.

—Sí, querida, momentos muy duros… Fue entonces cuando me fui a vivir con mi hermana Francisca, la madre de María y Terio, el joven al que pudiste ver la semana pasada…

—Sí, recuerdo…

—Lamentablemente, mi hermana y mi cuñado fallecieron en un accidente de tráfico. Terio y María estaban en la universidad. Desde entonces me convertí en un poco tío y padre a la vez. Son unos chavales adorables.

—Comprendo: es una triste historia sin lugar a dudas. Debe usted de quererlos como si fuesen sus hijos.

—Por supuesto, los hijos que nunca tuve. Son maravillosos, cada uno a su manera. María tiene dos niños preciosos: un varón, Ignacio,

como su padre, y una niña, la pequeña María, como su madre. No han sido muy originales a la hora de buscar los nombres. Son muy revoltosos pero me distraen mucho.

»Y luego está Terio. Lo pasó muy mal, creo que incluso peor que su hermana. Tal vez porque siempre fue un solitario, o porque era más pequeño, no lo sé. Nunca se sabe qué piensa. ¿Me comprende? Es un espíritu libre, va de aquí para allá, cada vez que su trabajo se lo permite. ¿Puede usted creer que a tan solo unos cuantos días de Navidad y su hermana todavía no sabe si vendrá? Hace un par de años se presentó sin avisar. Todos creíamos que estaba en Londres con unos amigos, y en mitad de la cena de Nochebuena apareció con una botella de vino. Claro que todos nos alegramos, y sus sobrinos le adoran.

Julia entonces sonrió recordando al atractivo hombre del abrigo. Al parecer no estaba casado…, eso le gustó, aunque pensar en ello la hizo asombrarse de sí misma.

Juan terminó su bollo con mantequilla y su taza de té.

Julia observó que Terio se parecía un poco a su tío. Este conservaba el cabello, que era de un color plata precioso, tenía la nariz un poco aguileña, pero no exagerada, y una sonrisa muy dulce, que mostraba, a sus años, una dentadura perfecta.

—Usted apreciaba a mi padre, ¿no es cierto, Juan?

—Mucho, querida niña. El señor Tomás fue siempre muy amable conmigo. Lo conocí cuando mi mujer ya había fallecido. Nunca dejó de invitarme a tomar café con él, todos los viernes por la tarde. Yo nunca preguntaba y él agradecía mi discreción.

—¿A qué se refiere, Juan? —dijo Julia mientras se calentaba las manos con la taza de té humeante.

—A todos esos sobres y paquetes que llegaban para él, y que nunca quiso que tu madre los viese.

—¿En serio? ¿Fueron frecuentes a lo largo del tiempo?

—Verás, al principio tu madre recogía algunos sobres, paquetes de regalos y cosas así, pero después la señora Elisa empezó a ponerse nerviosa: era como si le produjesen cierta fobia. Llegó un momento, hace unos pocos años, que tu padre me pidió que no le dijese nada a la señora Elisa, ni tampoco a ninguno de vosotros dos. Que tan solo se los entregase a él, que se ocuparía de recogerlos. Ahora que él ya no está, no tuve más remedio que entregártelo, querida niña.

Juan se levantó y colocó su taza en el fregadero.

—No se preocupe usted por eso. —Julia pensó en que su madre debió de vivir preocupada, alterada; sin duda no quería conocer el pasado, rechazaba todo lo que tuviese que ver con Sara.

—¿Y tu madre? Pobre señora, siempre tan activa, tan alegre, aunque a veces parecía ensimismada, y tenía sus momentos tristes,

¿sabes?; yo lo notaba nada más verla…

—No podemos hacer mucho, tan solo prestarle la ayuda necesaria para que esté todo lo bien que se puede estar en sus circunstancias. Ya me voy acostumbrando a ello.

Julia lo acompañó hasta la puerta.

—¿Estarás aquí durante los días de fiesta, Julia?

—Sí, no me gustan estos días en los que las familias se reúnen y comen todos juntos. Yo tuve navidades así y eran estupendas, pero la vida cambia y comienzas a aborrecerlas.

—Te entiendo, jovencita; gracias por el té y los bollos.

—Ha sido un placer desayunar con usted.

Aquella conversación con Juan la había animado: se sentía bien. En ese mismo instante decidió abrigarse y salir a visitar a su madre. Le llevaría unos pasteles de crema, que eran sus preferidos.

***

Terio horneó una pizza carbonara. No es que le volviese loco la comida italiana, pero era bastante socorrida.

Se llevó el plato al salón y abrió un botellín de cerveza. Se sentía extraño, tal vez aburrido, cansado… Se sentó en el sofá y encendió el televisor. No había nada nuevo: repetían un capítulo del programa *Redes,* bastante interesante, que ya había visto. Cambiaba los canales buscando algo que lo distrajese un rato, pero la mayoría de ellos emitía anuncios publicitarios.

Pensaba en la extraña relación que mantenía con Anne. Ella no le llamaba desde hacía varias semanas y él tampoco había sentido una necesidad imperiosa de hacerlo.

«¿Dónde estará en este preciso instante? —pensó mirando su reloj —. Tal vez ande con una de esas locas amigas suyas, metida en cualquier antro conociendo a gente nueva. A ella le gusta conocer gente, siempre le interesa todo el mundo», y esbozó una suave sonrisa.

Terio había conocido a Anne en un viaje a París mientras visitaba el Louvre. Ella copiaba un cuadro de Jean Antoine Watteau, *Embarque para Citerea,* uno de esos cuadros de escenas cortesanas en un paisaje idílico. Le sorprendió la delicadeza con la que pintaba, serena. De repente se dio media vuelta sentada en su taburete y le sonrió. Llevaba el cabello corto, de un negro intenso que contrastaba con su piel. Era muy blanca y demasiado delgada para su gusto.

Terio no tenía muy buen dominio del francés; en cambio ella hablaba castellano sin demasiada dificultad. No recordaba quién invitó a quién, pero a los pocos minutos se encontraban charlando y tomando un refresco en el bar del museo. Hablaron de pintura, de literatura, escultura…

Cuando ella supo que era profesor de literatura, le explicó que el cuadro que pintaba suponía la representación de la poesía francesa.

—Un viaje a una isla donde reside el amor, un paisaje ideal —le dijo resuelta. A Terio le pareció que toda ella emanaba sensualidad.

***

A la mañana siguiente, Terio viajaba de nuevo con destino a París. Se había levantado con la misma extraña sensación de la noche anterior al acostarse. Su vida… Algunas veces tenía la impresión de que la dominaba, otras le parecía que vivía sin rumbo, sin metas. No sabía si se trataba de la edad, como le había dicho Simón, o, simplemente, que la monotonía se había apoderado de él.

Era 20 de diciembre, jueves, y su reloj marcaban las doce y treinta minutos del mediodía. El comandante de vuelo anunció al pasaje que debían abrocharse los cinturones. En unos diez minutos aproximadamente, aterrizarían en el aeropuerto Charles de Gaulle. Nevaba y la temperatura era de menos tres grados centígrados. En varios idiomas, el comandante les deseaba una feliz estancia en la capital. Terio miró a través de la pequeña ventanilla: abajo se veía todo completamente nevado. Cerró los ojos. No le gustaba aquella sensación de cosquilleo que le producía el avión al descender. Sintió un pinchazo en el cuello: un niño pelirrojo acababa de lanzarle una pequeña flecha de juguete. Terio lo miró a los ojos. Iba cargado de muñecos de plástico, guerreros, astronautas, una verdadera flota de hombrecillos. Instintivamente, el pequeño apartó la mirada y Terio sonrió; le recordó a su sobrino Nacho, siempre trasteando más de lo necesario. Entonces se dio cuenta de que no le había dicho nada a nadie sobre su repentino deseo de viajar: tenía esa extraña costumbre.

Cuando el avión tomó tierra, Terio prefirió esperar sentado a que bajase la mayoría del pasaje. Muchos iban alborotando y charlando todo el tiempo, cogiendo sus equipajes entre empujones, y eso a él le molestaba bastante. Cuando lo consideró oportuno, bajó su maleta del estante superior y salió del avión. Se sentía muy bien pisando suelo firme, y nunca se acostumbraría a volar. No había nada para él como caminar sobre la tierra.

Se apresuró por aquellos largos pasillos de la terminal número dos, ya que debía comprar su billete del RER.

Aunque aún no había salido a la calle, sintió frío. En el interior del avión hacía demasiado calor y notó el cambio de temperatura. Soltó el equipaje en el suelo y se puso el abrigo, la bufanda y un gorro de lana; guardó sus guantes en el bolsillo. No era la primera vez que visitaba París, pero nunca lo había hecho en pleno mes de diciembre.

Mientras esperaba en una larga cola para sacar su billete en una

de aquellas máquinas en las que algunos viajeros nunca saben qué botón pulsar, decidió llamar a Anne.

—Anne, soy yo, Terio ¡Estoy aquí, en París! —dijo feliz al oír su voz.

—*Oh! Bonjour, Teguio!* Que feliz estoy. ¿En serio estás aquí? ¡No puedo creerlo! *¿Vendgás* a casa *ahoga?* Pensaba salir a comer con mi amigo Gérard, que está aquí. ¿Lo conoces? ¿Te he hablado de él alguna vez?

—No, no sé quién es.

—No *impogta,* ya lo *conocegás*. *Au revoir*. No *tagdes*.

Cuando Anne colgó el teléfono se quedó pensativo…

No tenía ni idea de quién podría ser el tal Gérard. Tal vez se había precipitado al viajar sin avisarla: algunas veces era demasiado impulsivo, tendría que aprender a controlarse… Anne podría estar saliendo con alguien. No acostumbraban a darse ningún tipo de explicaciones.

Era su turno. Sacó el billete y se dirigió al andén, se apresuró a subir y se acomodó en un asiento.

Se había sentado junto a la ventanilla: le gustaba mirar a través de ella. Leer los letreros de las estaciones por las que pasaba, ver la nieve…; el paisaje era realmente bello. Algunas casas parecían sacadas de cuentos infantiles.

Los árboles estaban totalmente nevados y algunos dejaban ver tímidamente algunas de sus hojas verdes.

Al llegar a su destino, subió a un taxi y pidió que le llevase hasta la calle Emile Zola.

Anne vivía en la quinta planta de un edificio a orillas del Sena. Tenía unas vistas fantásticas a la Torre Eiffel, que estaba a unos diez minutos caminando por la amplia avenida.

La entrada del edificio estaba cubierta con una moqueta en color frambuesa y la escalera era de madera, pintada en color crudo. Sin dudar subió al ascensor.

Llamó al timbre y se echó hacia atrás el cabello: acostumbraba a atusarse el cabello cuando se ponía nervioso.

Un personaje algo extraño le abrió la puerta, se parecía a Nathan Lane interpretando a Albert Goldman en *Una jaula de grillos*. La diferencia estaba en que era bastante más joven. Llevaba una especie de kimono en color turquesa, con estampados de flores naranjas y rosas.

***

Cuando Julia llegó a la residencia, era mediodía. No vio a Javier. Probablemente no era su turno. En su lugar, vio tras el mostrador de

la entrada a una señora que parecía demasiado seria y estirada que tendría unos cincuenta años. La miró por encima de los cristales de sus gafas de présbite, que llevaba sujetas por una cadena dorada. Parecía estar bastante ocupada en su trabajo. Julia no se molestó en averiguarlo: no le apetecía mas que ver a su madre, tenerla cerca y poder hablar con ella… aunque Elisa estuviera como ausente…

Saludó amablemente a la enfermera y se encaminó hacia la habitación. En el amplio pasillo había un gran árbol de Navidad. Tenía unas preciosas bolas azules y había muchas luces de colores. Abrió lentamente la puerta. Elisa estaba sentada en su silla de ruedas: aún podía caminar, pero lo hacía torpemente. Tenía el cabello recogido y olía a colonia fresca de madreselva.

—Buenos días, mamá. —Julia se acercó y la besó en la frente—. Te he traído unos pasteles rellenos de crema, ¿recuerdas? Son tus favoritos.

Elisa parecía tener la mirada fija en sus propias manos; era incapaz de advertir su presencia, y Julia no pudo contener las lágrimas. Bebió un poco de agua. Sabía que su madre se había alejado de la realidad.

—¿Has visto que precioso árbol hay junto a tu habitación? Vamos, quiero que lo veas.

Julia salió de la habitación empujando la silla de ruedas. Se sentó en un banco de madera junto a su madre, le acarició las manos e inclinó la cabeza para hablarle muy bajito al oído, casi entre susurros, igual que hacía de pequeña cuando tenía miedo.

—Mira, mamá —dijo cogiéndole las manos—. ¿Recuerdas cuando colocábamos el gran árbol en el salón? Papá ponía la estrella arriba del todo, y luego Tomás y yo colgábamos muchos adornos y luces de colores. Ahora tengo miedo, mamá; estoy sola y no sé qué hacer muy bien con mi vida. Tengo la sensación de equivocarme a cada paso que doy.

Pero Elisa miraba las luces intermitentes y las bolas, extendiendo el brazo para alcanzarlas.

—Mira, mamá —continuó, intentando hacer algo parecido a una broma—. ¿Ves qué caras más feas se reflejan en la bola? Son las nuestras, nuestras caras largas y feas...

Elisa sonrió.

—¿Y Tomi?

—Está de viaje, pero pronto vendrá.

—¿Y papá? ¿Dónde está papá? ¿Ha llegado ya? ¡Dile que venga!

—No, mamá, papá no vendrá. —Le dolía muchísimo aquella situación. La vida estaba siendo cruel con ella.

—Sí ha venido, dile que venga. No te escondas, eres traviesa. ¡Llama a papá! —Elisa hablaba de forma entrecortada, agitada,

nerviosa. Julia acompañó a su madre al comedor, pues sabía que a la una servirían la comida.

—Mira, mamá, hoy tienes puré de verduras y albóndigas en salsa: a ti te gustan mucho. Vamos a sentarnos aquí, vamos…

—No, no quiero, no me gusta. ¡Llama a papá!

Julia se acercó hasta una mesa que había junto a una gran ventana.

—Está nevando, ¿ves? ¿Mamá, te acuerdas cuando jugábamos a hacer bolas y Tomi siempre me las lanzaba?

Elisa miraba hacia el exterior. Le gustaba ver caer la nieve, miraba y sonreía. Julia pensaba que tal vez podía entenderla. Mientras, muy despacio, dio de comer a su madre.

Pasado un buen rato, la enfermera se acercó al comedor.

—Es hora de descansar. ¿Se ha comido todo el plato, Elisa?

—Ha dejado algo, gracias, no quiero fatigarla. En su habitación hay unos pasteles. ¿Podría dárselos a la hora de la merienda por favor? Son sus favoritos.

—Por supuesto, no se preocupe, lo haré. Aunque debe saber que su madre tiene últimamente poco apetito… ¿Es usted su hija, verdad?

—Sí, me llamo Julia. No quise molestarla cuando llegué, se la veía muy ocupada.

—No se preocupe, debemos controlar todo con minuciosidad, especialmente la medicación de cada paciente. Nada más verla me fijé en que tiene usted los mismos ojos que doña Elisa.

—Sí, lo sé, siempre nos lo dicen.

—No se preocupe usted demasiado por ella. Comprendo que necesite venir a verla. Hágalo si eso la hace sentir bien, pero no es necesario que usted se mortifique tanto. La he estado observando y veo mucha tristeza en su mirada, en sus gestos. Hay que aceptar con calma lo que a cada uno nos toca vivir. Es cierto que cuando se trata de familiares tan cercanos es muy duro, pero es así. Hay que mirar a veces desde la distancia. No me refiero a que no venga, ni muchísimo menos. Lo que quiero decir es que no debe pensar en que si usted se ausenta, su madre la extrañará… ¿Me comprende? Lo único que consigue es mortificarse usted, y nada más.

Julia agradeció aquellas palabras.

—No sé qué decir. Lo cierto es que estoy aquí sola, mi padre falleció, mi hermano está lejos y mi madre ya no es la misma. Me siento un poco perdida…

—Si le sirve de algo, su madre no está sufriendo por ello, no es consciente de que usted siente dolor, ni de que sufre una profunda tristeza. Debe distraerse y venir por aquí cuando esté de mejor ánimo, con la convicción de que hace lo mejor.

—Gracias… ¿Su nombre es…?

—Vanesa, y puede llamarme a cualquier hora de la mañana; normalmente estoy aquí en ese turno. No quise decirle nada cuando entró. Me gusta observar a las personas en la distancia. Hay gente muy estirada que viene aquí porque se sienten obligadas, ya sabe, como si hacerlo se tratase de una labor social. Pero cuando la he visto hablar con su madre, junto al árbol, he comprendido que usted sufre de verdad. Créame, necesita distraerse. Se lo digo por experiencia.

Julia se sintió bien al oír aquellas palabras. La besó y le dio las gracias: había sido muy amable. Sabía que su madre estaba bien atendida.

Se despidió de su madre besándola en la frente, después acarició sus manos y se marchó sin mirar atrás.

Abrió su paraguas y salió al exterior del recinto. No estaba totalmente restablecida. Se cerró el abrigo y le dio dos vueltas a la bufanda, la misma que su madre le había confeccionado antes de enfermar.

Caminó unos cinco minutos hasta el parque. Era tarde para cocinar, y tampoco le apetecía, así que se fue directamente al mesón donde solía ir con sus padres: servían una muy buena comida casera.

Pensó en Gloria y en que hasta el momento no había dado señales de vida. Estaba bastante intrigada con su decisión. Al parecer, todo últimamente seguía la misma tónica. Intrigas.

Al llegar a casa se fue directa a coger el diario. Estaba enganchada a su lectura. Preparó un café bien caliente y antes de empezar a leer decidió llamar a su amiga. No podía dejar de pensar en ambas.

—Gloria, ¿no quedamos en que me llamarías?

—Perdona, pero eres una cotilla.

—Puede… ¿Te lo parezco de verdad?

—Es broma. Pensaba llamarte, lo que ocurre es que se me ha complicado la mañana en el hospital. Todo esto te sonará extraño, ¿verdad?

—No… bueno sí. Lo cierto es que es muy extraño para mí oírle decir a mi mejor amiga, a la que conozco desde niña, que ha quedado para intimar con otra mujer, compréndeme…

—No ocurrió absolutamente nada, ya sabes como soy. Le dije que me gustan los hombres y que había aceptado su invitación porque me apeteció, sin más, pero que nunca he salido con chicas. Se quedó muy extrañada, cenamos, me pidió disculpas por si me había molestado en algo y nos despedimos: eso fue todo. Evander estaba en casa de unos amigos, pero como aún sigue acatarrado, no quise demorarme más.

—Pero… ¿Hubieses alargado la velada?

—Sinceramente, no lo sé… estoy hecha un lío. No me gusta; bueno, es guapa, muy guapa, pero tampoco puedo decirte que me

sintiera incómoda. Estoy confusa. Hasta ahora los hombres solo me han dado problemas, quebraderos de cabeza; en cambio ella es… nada complicada, simple y muy inteligente.

—Gloria, no sé qué decir, de verdad. Ten cuidado: te conozco y a menudo confundes los sentimientos. Una cosa es que los hombres te den problemas y otra diferente es que te gusten las mujeres… ¿Me explico?

—Perfectamente. Ya te digo que no sé, ya te contaré si me aclaro o si siento algo… nuevo. ¿Sabes a quién, bueno, a quiénes vi ayer? ¡No vas a creértelo!

—Dime. No estoy para acertijos.

—Al padre de Evander. Caminaba por pleno centro de Madrid con una chica veinte años más joven que él, cogidos de la mano, como unos adolescentes. Es ridículo… ¡A su edad! Supongo que al final su mujer lo habrá abandonado por adúltero.

—¿Sentiste algo al verle? Te recuerdo que hubo un tiempo en el que… te gustaba muchísimo.

—¿A mí? ¿Estás loca? No sé cómo me fui a la cama con ese imbécil. Cambia de conversación, por favor, es vomitivo.

—¿A quién más?

—A Alberto, a Cabrerizo. ¿Le recuerdas?

—Claro, el rarito.

—Pues no sabes lo guapo que está. Me saludó, se levantó de su mesa, me dio dos besos y me preguntó si vivía en Madrid, porque hacía años que no sabía nada de mí. Lo que ocurre es que dejó de hablar conmigo en cuanto se me notó la barriga. Estaba en el mismo restaurante que nosotras. Lo acompañaban un hombre y una mujer. Lo que no sé es si la mujer era su pareja o si lo era del otro hombre. No me los presentó. O tal vez ellos dos eran pareja… —Soltó una carcajada que contagió a Julia.

—¡Estás loca! Ahora de repente todo el mundo es bisexual, homosexual…

—Creo que estoy desquiciada. No te he preguntado por tu madre, perdóname.

—No te preocupes. Todo sigue igual, las cosas son como son. Tengo ganas de charlar contigo, pero ahora tengo que dejarte. Un beso y piensa las cosas bien antes de hacer nada, por favor, Gloria.

—Si, mami, yo también te echo de menos. Te llamaré pronto.

Julia quería muchísimo a Gloria. Aunque era psicóloga, estaba un poco trastornada, como perdida en su propio problema. La muerte de su madre y el alcoholismo de su padre marcaron sin lugar a dudas su carácter. Pero había algo más: Gloria le había hablado de los malos tratos vividos en su casa, pero sin profundizar en ellos. Julia recordó que en cierta ocasión, la primera vez que Gloria tuvo consulta propia,

fue a su gabinete y la hizo sentarse en el cómodo sillón. Después, ella se sentó en la silla habitual de Gloria y le pidió que se comportase como si fuese su paciente. Gloria se lo tomó en serio y comenzó a narrar los primeros años de su vida, pero cuando llegó a la edad de ocho o nueve años, se quedó bloqueada. Fue justo cuando el padre comenzó a beber y empezaron los malos tratos.

Julia sabía que Gloria estaba traumatizada y que no creía en los hombres. Su padre le hizo demasiado daño a su madre y también a ella. Tuvo que apoyar a su madre por ser víctima de malos tratos; por ese motivo estudió psicología. Tal vez, pensaba Julia, todo esto que siente ahora, esta repentina ambigüedad sexual, emane de ese problema suyo.

Confiaba en que no cometiese ningún error. Si de repente ella le decía que le gustaban las chicas, se acostumbraría, pero si se trataba de un trastorno, debería tener cuidado. No quería verla sufrir ni, por supuesto, que hiciese sufrir a nadie.

Se dio cuenta de que no había soltado el diario de Sara ni un solo momento. Se acomodó en el sofá y continuó leyendo. Buscó la página en la que se había quedado: la marcaba con una pequeña cinta rosa que había encontrado en la caja de madera de Sara. ¿A quién pertenecería aquella pequeña cinta?

Pensar en Sara la hacía sentirse más animada.

—¿Qué me contarás ahora, abuela? —dijo con una amplia sonrisa dibujada en su cara.

2 de noviembre de 1950

Querido diario: no sabes lo contenta que estoy, bueno, la verdad es que he estado un poco deprimida, pues no sabía cómo decirle a papá que no quería estudiar más. Yo no sirvo para eso, así que le insistí en que prefería dedicarme a otra cosa. Él dice que soy demasiado caprichosa, pero al final supongo que me dirá que está de acuerdo. Casi siempre me lo consiente todo.

Mamá sí está contenta con mi decisión. Dice que la mujer debe preocuparse por tener a su lado a un buen hombre, trabajador, y formar con él una familia, dedicarse a las labores del hogar y a los hijos.

Yo no estoy de acuerdo con ella en eso, pero si piensa así, al menos me dará la razón y no me obligará a estudiar.

Teresa me había dicho que su padre necesitaba una secretaria para dar las citas y todo eso. La señora que trabajaba con él había dejado de hacerlo, porque es muy mayor y se les amontona el papeleo. En cuanto me lo dijo, me ofrecí para el puesto. Le pedí a Teresa que por favor le hablase a su padre de mí, que le dijese que soy puntual, disciplinada y que sé escribir a máquina, gracias a que mamá me envió a clases de mecanografía el pasado verano. ¡Ha aceptado! Estoy muy contenta porque podré ver a Ernesto a diario, ya que desde el día de la Virgen de la Vega no he vuelto a verle, bueno, un día sí, pero de lejos. Ahora estoy segura de que se fijará en mí, haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

3 de noviembre de 1950

Estoy muy enfadada. Dentro de tres días debo empezar a trabajar y papá no quiere hablar conmigo del asunto. Mamá le insiste en que es un trabajo muy bonito para las mujeres, que eso de ser secretaria está muy bien. Pero papá se enfada incluso con ella.

No quiero que discutan por mi culpa, pero es que yo siento unas enormes ganas de acercarme a él, no lo puedo evitar. Pienso estar allí a primera hora. Confío en que mamá lo convenza.

6 de noviembre de 1950

Querido diario: hoy he comenzado a trabajar. He sido puntual, y a las nueve de la mañana estaba allí, muy arreglada y muy bien peinada. Ernesto no estaba y yo me puse nerviosa pensando en que tal vez hubiese podido dejar el trabajo. En ese caso, le habría dado la razón a papá, y habría dejado el trabajo. Yo estoy allí por Ernesto. Pero acudió a la consulta por la tarde. Me sentí aliviada. He tratado de ser amable con él, pero creo que es demasiado serio. Sinceramente, no sé si me mira porque me ve bonita, o porque está pensando en algo y se queda como paralizado.

Papá continúa sin hablarme.

15 de noviembre de 1950

¡Qué feliz soy!, diario bonito. Ernesto me ha invitado a tomar café. Ya sé que no está bien visto que las jovencitas vayan solas con un hombre, pero como se trata de mi jefe, nadie sabe si hay algo más. Bueno, realmente él tampoco lo sabe. Pero yo sí lo sé. Estoy segura de que este hombre va a ser para mí. Lo sorprendí sentado en su silla, mirando fijo hacia un punto. Creo que pensaba en mí… porque de lo contrario, ¿por qué iba a invitarme a un café a mí y a nadie más? Seguro que no se atrevía a pedírmelo. Tal vez sea un poco tímido. Me encantan los hombres que aparentan ser tipos duros y luego, cuando una chica les gusta, se quedan sin saber qué hacer, tímidos y callados…

Julia me ha dicho que Miguel va diciendo por ahí que yo soy una chica fácil y que he de tener cuidado, por lo que Ernesto pueda oír. Pero eso no es cierto, bueno, no del todo. Además, no creo que Ernesto haga caso a ese cretino. Supongo que también lo habrá dejado Clarisa, y está enfadado.

20 de noviembre de 1950

¡Querido diario!: hoy mamá me ha preguntado qué tal seguía en mi trabajo. Le he dicho que me gusta Ernesto y ella se ha puesto muy contenta. ¡Un médico!, me ha dicho. Está encantada, y dice que así se ahorra tener que ir cada dos por tres a la consulta. Lo malo es que de ahora en adelante me va a vigilar muy de cerca.

Me ha llevado al pequeño saloncito donde tomamos el té en invierno. Es muy cálido. Me gusta sentarme allí. Me ha dado una charla acerca de los hombres. Dice que tengo que cuidarme, que Ernesto, si piensa invitarme a salir, deberá hablar primero con papá. Es un formalismo que no debe saltarse.

También me ha dejado muy claro que no debo besarle. ¡Qué más quisiera yo, que Ernesto me besara! También me ha dicho que una chica honrada debe guardarse hasta el día en que se case… ¡Ojalá Ernesto me tomase entre sus brazos, me besase apasionadamente y me hiciese cometer la locura más maravillosa de mi vida! Lo siento, siento ser tan expresiva, pero es que ese hombre me vuelve completamente loca. Cada vez que lo tengo cerca de mí me estremezco desde la cabeza a los pies. Yo sé que no está bien decir lo que siento, que ni tan siquiera estará bien sentirlo. No sé ni lo que digo. Cuando pienso en él, me hago un verdadero lío.

25 de noviembre de 1950

Hoy no sé qué pensar: Ernesto quería dar un paseo conmigo después de la consulta. Yo me puse muy contenta, y entonces fue cuando le dije que si íbamos a salir de manera formal, era conveniente que hablase con mi padre. En ese momento, se puso muy serio y me dijo que mejor lo dejásemos para otro momento. Desde entonces no quiere salir conmigo. Creo que hablarle de mi padre lo ha asustado: como mi padre es tan serio… y eso de que sea notario parece que a la gente le da más respeto. Ya no volveré a decirle nada. Aunque tampoco es eso tan malo, creo yo. Tal vez mamá sea demasiado antigua: eso de pedir la mano ya no se lleva. Bueno, algunas amigas mías dicen que es lo correcto. Pero Ernesto es más moderno, piensa de otra forma. Creo que primero deberíamos conocernos antes de comprometernos, y luego ya habrá tiempo de conocer a las familias.

10 de diciembre de 1950

Querido diario: he de contarte mi gran secreto. Todavía no he hablado con Julia. No sé cómo le sentará lo que tengo que decirle. Resulta que Ernesto faltó varios días a la consulta porque tenía que viajar a Barcelona. Avisó que debía asistir a unas clases sobre medicina. Ayer regresó, y yo estaba muy feliz de tenerle a mi lado. Cuando don Zacarías se marchó, me pidió que me quedase, para poner al día unos informes. Yo estaba muy nerviosa, pues nunca me había quedado a solas con él.

Cerró la puerta y se acercó a mí, puso la mano en mi cintura y me atrajo contra él. Yo me quedé sin respiración.

Tenía la camisa abierta y pude verle el cuello y un poco del pecho. Me gusta su cuello: tiene la nuez muy marcada y eso es muy viril.

Mientras yo estaba atónita, al verle tan cerca, me dijo que me había echado de menos. Creo que me puse a temblar, ya que nunca pensé que de repente se mostrase tan directo. Añadió que había estado pensando en mis labios, en mi cuerpo… todo esto me lo decía rozándome las mejillas con los labios, muy cerca de los míos. Me dijo que necesitaba verme, pero a solas, que si hablaba con papá, no podríamos vernos cuando quisiésemos, porque nos vigilarían. Yo creí que me iba a desmayar…, y entonces me besó. Fue el beso más maravilloso que hubiese podido imaginar. Sus labios carnosos se acercaron a los míos, despacio, y entonces las piernas me flaquearon. Abrió la boca y casi se come la mía. Yo sentí que de repente los pechos se me endurecían y noté su lengua cálida en mi boca. Ha sido el momento más dulce y más apasionado de mi vida. Sin esperarlo, llamaron a la puerta. Era don Zacarías que había olvidado sus llaves. Simulé haber acabado, ordené la mesa, cogí mi abrigo e intenté aparentar tranquilidad. Ernesto disimuladamente me guiñó un ojo. Me fui caminando despacio a casa: parecía que iba flotando en una nube.

Es maravilloso, pero no quiero que piense que soy una chica de esas, que se toma estas cosas a la ligera. No voy a contarle nada a mis padres: por ahora prefiero verle a solas… Sé que esta noche no voy a dormir. ¡Sabía que le gustaba. Lo sabía!

Perderlo todo

—Oh, *Teguio?,* tú-es? *Entre-toi* —dijo el joven de la extraña vestimenta. Se hizo a un lado, contoneándose con movimientos suaves, le besó y lo dejó pasar.

—Hola, sí, soy Terio. Tú debes de ser… ¿Gérard?

Anne se acercó en ese mismo instante hasta la entrada y lo abrazó colgándose del cuello. Después lo besó efusivamente. Estaba totalmente desnuda. Sujetaba una sábana de raso blanca, con la que acababa de cubrirse el cuerpo.

—Oh, pasa, pasa, no te quedes ahí. Gérard está intentando hacer una pintura de un desnudo femenino, aunque algo *cubiegto* por *flogues,* y yo soy su modelo. ¿No es *magavilloso?* No sabía si debía, *pego*… ¡Estoy entusiasmada!

Terio soltó su equipaje y entró en el amplio salón, que era muy luminoso. Las paredes estaban pintadas en blanco algodón y los amplios ventanales, desprovistos de cortinas, dejaban ver las impresionares vistas al Sena. Terio miró a través de los cristales: le fascinaba aquella imagen con la Torre Eiffel, situada a la derecha. No era la primera vez que se instalaba allí.

Presidiendo la habitación se disponía el caballete, justo frente al sofá, también en color blanco, donde Anne acababa de dejar las flores. Había multitud de cojines y elementos decorativos en colores muy fuertes, rojos, morados, azules… Terio se acercó a mirar el lienzo con el consentimiento de Gérard. No eran más que varios trazos al azar. Gérard lo miraba obnubilado mientras mordisqueaba el pincel. Terio se limitó a sonreírle.

En el lado derecho del salón estaba la cocina, separada por una barra americana revestida de piedra artificial. Todos los utensilios guardaban un simpático desorden, tal y como era Anne.

Gérard comenzó a preparar exóticos zumos de frutas en una licuadora, escandalosamente ruidosa.

Terio no dejaba de mirar a Anne mientras la chica se vestía. Nunca hubiese imaginado que, nada más llegar, iba a sorprenderle totalmente desnuda. Sin duda era una lástima que tuviese compañía.

—¿Te gusta la *pintuga?* —le preguntó sin dejar de sonreír—. No digas que no es buena: ya sé que no lo es. Lleva dos días y no ha hecho casi nada, *pego* no *quiego hacegle* daño. Es muy bueno conmigo. Tal vez consiga *acabagla*… ¿Nunca te había hablado de él?

—No, sinceramente creo que me acordaría —dijo elevando la voz. Había demasiado ruido en la casa. Cuando al fin acabó de licuar las frutas, les ofreció a ambos unos llamativos zumos rojos, con sombrillita incluida.

—Gérard también decidió cambiar su indumentaria y Terio salió de la habitación. Se sentía un poco fuera de lugar: tal vez tenían planes, y no pretendía ser un estorbo. Odiaba molestar. Debería plantearse seriamente cambiar esa costumbre suya, aparecer sin avisar; pero al verla, se olvidó de todo.

Anne se acercó sonriente. Era otra de las cosas que le gustaba de ella: sonreía con frecuencia. Estaba preciosa. Llevaba un bonito abrigo rojo y un gorro de lana en color violeta. Le encantaba mezclar colores llamativos.

—Estás muy guapa, Anne. Siento haber venido sin avisar.

—No pasa nada. Todos mis amigos son como tú. Gérard es de Tolouse. Está aquí *pogque* va *pasag* las navidades conmigo. Este año iba a *estag* completamente solo y le dije que no, que aquí *siempge* somos muchos. También ha venido *pog* sus negocios… tiene una *galeguía* de arte. Cuando pinte suficientes *cuadgos, hagá* una exposición de mi *obga.* ¿No es estupendo? Pero su *vegdadego* negocio es la moda. Es *diseñadog*. Yo he hecho de modelo *paga* su nueva colección, *pego* solo de fotos. Soy muy bajita *paga desfilag*.

Terio se sentía profundamente atraído por Anne. No se trataba de su físico, aunque era una chica bonita. Le gustaba su alegría, su entusiasmo por todo y por todos. Jamás la había visto enfadarse. Todo le parecía bien y no tenía problemas con nadie. Era así de sencillo estar a su lado. Probablemente, eso era lo que más le fascinaba de ella. Las mujeres que había conocido hasta entonces estaban demasiado esquematizadas. Anne era extraordinariamente distinta.

***

19 de diciembre de 1950

Querido diario: hace unos días que no escribo, pero no tengo demasiadas cosas que contar. He salido a dar un paseo con Ernesto, en dos ocasiones, pero Teresa venía con nosotros y tuvimos que disimular. Me ha dicho que debemos buscar la ocasión para poder vernos a solas. Dice que en su casa no hay nadie, que sus padres han ido a visitar a unos parientes a las afueras de la ciudad, y me ha pedido que vaya mañana, que pida a Julia que me ayude. No sé qué hacer. Creo que iré, necesito hacerlo, pero debo contar con el apoyo de mi amiga.

Julia leía sin pestañear: aquel diario la tenía atrapada. Recordó

que no había preguntado a Gloria por Ana y el último caso que dejó pendiente. Por suerte sabía que podía confiar en sus amigas y que debía desconectar. Se daba cuenta de que no estaba haciendo nada especial, y sin embargo, se estaba transportando a un pasado que le interesaba mucho.

Quería saber más, quería saber todo acerca de aquella mujer. Había oscurecido y no se había dado cuenta. Las luces de la calle daban al salón un ambiente muy acogedor, pero si continuaba así iba a acabar ciega. Encendió una pequeña lámpara de mesa. La pantalla estaba formada por unos pequeños cristales en tonos malva y morado. Aquella lámpara no llevaba demasiado tiempo en casa, unos cinco años tal vez. Probablemente la compraría su madre la última vez que redecoraron el salón. Era muy luminosa, así que apoyó el diario en el brazo del sofá y continuó la lectura.

23 de diciembre de 1950

Me siento extraña. Hablé con Julia sobre mi cita con Ernesto. Me aconsejó que tuviese cuidado, como siempre hace, pero me dijo que si hacía falta mentiría por mí. Sé que ella nunca me traicionaría. Tal y como acordamos, vino a recogerme y simulamos salir a comprar regalos para Navidad. Después ella, se fue a la biblioteca. Allí me esperaría para regresar juntas a casa. Julia vive muy cerquita de aquí.

Pero no sé si hice bien. Cuando llegué a casa de Ernesto, la puerta estaba abierta; me aseguré de que no hubiese nadie cerca, y entré. Él estaba esperándome. No pude reaccionar: me tomó en sus brazos y me besó apasionadamente. Me dijo que me deseaba. Yo estaba nerviosa, quería abrazarle, besarle, sentir su cuerpo cerca de mí, sentir sus labios besarme por todo el cuerpo, pero algo en mi interior me decía que aquello no estaba bien.

Al mirarle a los ojos se encendía en mi interior una pasión que nunca había experimentado. Me tomó de la mano y me llevó a una habitación. Tenía las contraventanas cerradas, y todo estaba en penumbra. Podía oír el sonido de su respiración en mi cuello, en mi boca, en mi pecho. Yo lo abrazaba y lo besaba mientras él desabrochaba uno a uno los botones de mi vestido, hasta que este cayó al suelo. Me decía que jamás había contemplado tanta belleza. Despacio me llevó hasta una amplia cama que había a la derecha de la habitación, que estaba cubierta con una mullida manta, suave como su piel. Se había quitado la camisa, y aunque no podía ver el cuerpo con claridad, estaba muy atractivo. Me acarició las piernas muy despacio, los muslos. Después desabrochó con destreza mi sujetador. Seguro que no era la primera vez que lo hacía, y eso me hizo sentir un poco celosa. Yo quise cubrirme los pechos con los brazos, pero él suavemente me los sujetó. Acercó la lengua a los pezones, y me los mordió sin hacerme daño: eso me hizo vibrar, casi perdí la cabeza, y digo casi porque cuando se quitó el pantalón y pude sentir su miembro erecto contra mi cuerpo, en cierto modo me asusté. Yo lo deseaba, pero otra vez mi conciencia me hizo retroceder. Él me retuvo, sin fuerza pero firmemente. Me dijo que no podía dejarlo de aquel modo, que tenía necesidad de amarme, de penetrarme, de modo que se subió encima de mí, pero yo me retiré de su lado. Le dije que no estaba preparada. Él se echó a reír y eso me molestó. Pensaba que no era mi primera vez, pero cuando le dije que yo nunca había mantenido relaciones íntimas con un hombre, se quedó perplejo. Enseguida me pidió disculpas. Me dijo que iría con más calma, pero que me deseaba y que esperaría a que yo estuviese preparada.

Recogí mi ropa del suelo y me vestí. Él me miraba sin decir nada, y yo no pude hablar. Un remolino de sensaciones me rondaban por la cabeza. Ernesto creía que yo era una chica cualquiera, una de esas que…, pero yo no era así. Me sentía bastante extraña. ¿Por qué pensaría eso?

Fui a la biblioteca y no le dije nada a Julia, pero ella sabía que yo no estaba bien.

Para disimular, cogí el libro de las flores y busqué la receta de la mermelada. Como no quiero perderla y que siempre esté conmigo, la voy a escribir aquí:

Mermelada de pétalos de rosas

Ingredientes: cuatro rosas de color rosa, un limón, un poco de agua, una manzana y azúcar.

Deshojar las rosas cuidadosamente y ponerlas en agua fría. El agua servirá para hervir la pulpa de la manzana. Mezclar con el zumo de limón y el azúcar tres o cuatro cucharadas al gusto. Cuando todo quede en forma de crema, echar los pétalos de las rosas y dejar hervir. Después añadir un chorrito de agua de rosas. Todo debe hervir nuevamente cinco minutos más. Triturar la mezcla y dejar reposar.

No sé por qué he puesto aquí esta receta, pero cuando me siento triste pienso en algo bonito y en algo dulce. Lo bonito que aparece en mi mente siempre es la cara de Ernesto, pero cuando también me siento triste, pienso en algo dulce, y entonces viene a mi mente esta confitura, que estoy deseando probar.

25 de diciembre de 1950

Hoy me encuentro mejor: don Zacarías me ha dado unos días de vacaciones, así que no voy a ver a Ernesto. Me alegro porque no sé si se ha enfadado, y tengo que meditar. Cuando pienso en él, me sube un calor excesivo desde el pecho a la cara que me hace enrojecer y los pechos se me ponen prietos. He de decidir qué voy a hacer.

Ayer vino Florence. Llegó por la mañana. Realmente mis padres no la esperaban en estos días, pero ella llegó cargada de regalos. Al parecer mañana se marcha de viaje a Versalles, a reencontrarse con un antiguo novio. Me regaló una pulsera de plata con muchos corazones. Dijo que en cada corazón puedo escribir el nombre de cada nuevo amor. Yo me reí con ella, pero mamá se levantó de la mesa diciendo que iba a traer el postre. Yo sé que le molesta su presencia en cierta medida. Papá, como la conoce desde muy joven, se lo tomó a broma, aunque me miró como diciendo que eso ni se me ocurriese.

También me ha regalado una preciosa caja de madera. Tiene talladas flores y mariposas en la tapa, y cuando nos quedamos las dos solas en mi habitación, me mostró el interior de la caja: tiene un doble fondo, y dice que así puedo guardar en secreto mis cartas de amor.

Después se fue a su maleta y sacó una pequeña caja de cartón. «¡La mermelada!», grité feliz. Dentro de la cajita había un bonito frasco con una cinta de color rosa que guardé en mi caja de madera. Tenía ganas de estrenarla y tal vez me traiga buena suerte. Abrimos el bote y metí mi dedo índice. Estaba deliciosa: era un sabor exquisito, y aunque sabía a rosas estaba muy dulce… Me fascina Florence: es culta y hermosa. No le he hablado de Ernesto, pero estoy segura de que ella me comprendería.

Julia acarició la cinta rosa. Ya no tenía ningún olor especial y su color probablemente habría perdido el brillo de sus primeros tiempos. Le resultó muy emotivo tenerla entre sus dedos.

12 de marzo de 1951

Querido diario: hace tiempo que no escribo. Desde aquel día tan extraño y ardiente con Ernesto, nos hemos visto en el trabajo. Allí apenas hablamos, porque él está en la consulta con los pacientes. También hemos salido a pasear un par de días, pero siempre en presencia de Julia o Teresa. Dice que no puede seguir teniéndome cerca y a la vez tan lejos de sus deseos. Mis padres creen que tan solo tonteamos y en cierto modo es así. Yo sé que Ernesto me quiere y le gustaría gozar de nuestro amor, pero yo no encuentro el lugar ni el momento. Había pensado que podría decir que tengo mucho trabajo y quedarme hasta tarde, pero podrían enterarse mis padres por don Zacarías de que eso no era cierto. De todo lo que pienso después me surgen dudas.

Ernesto no quiere hablar con mi padre. Eso estaría muy bien porque podríamos salir

como una pareja normal. Es de la opinión de que primero necesito estar segura de que lo amo. Le he dicho que sí, que quiero ser su novia, pero creo que no se atreve a dar ese paso.

***

Julia se levantó y fue al baño: le apetecía darse una ducha y tomar un café con alguna pastilla, pues la cabeza hacía rato que había empezado a dolerle.

—Pobre Sara, ¡eres demasiado ingenua! Ese Ernesto es un salido. Lo único que pretende es acostarse contigo, disfrutar y después ya verá. No creo que en los años cincuenta los tíos fuesen muy diferentes a los de ahora. Piensan con el pene.

Julia hablaba en voz alta en el cuarto de baño. Se sorprendió: estaba hablando con Sara. ¡No lo podía creer! Sabía que era cierto todo lo que decía, y empezaba a encariñarse con ella.

—Abuela Sara, creo que eras demasiado ingenua…

Mientras se preparaba el café, aprovechó para llamar al bufete de Madrid y hablar con Ana, con quien había acordado aparcar los casos unos días, exceptuando los urgentes. Era jueves 20 de diciembre.

—Ana, soy Julia, ¿qué tal te encuentras?

—Bien…, bueno tal vez algo acatarrada, pero nada serio, como todos.

—Tienes que cuidarte también. Te llamaba para saber qué tal va el caso de la joyería, del chico este… Alejandro, ¿no?

—Sí, Alejandro. Verás, el juez ha puesto fianza. Un tío suyo anda buscando el dinero, pero le ha hecho prometer que hará trabajos sociales a cambio, y debe comprometerse a visitar a Gloria todos los miércoles durante un par de meses. Quiere que ella lo evalúe.

—Bien, supongo que su madre estará contenta, que no gana para sustos. ¡Menuda familia!

—No sabes lo agradecida que está. La pobre mujer, además, tiene a su madre enferma. Esta mañana ha venido por aquí a traer unos bombones para ti.

—Pues ya sabes, los pruebas y los comes, o se los das a tus niños. Yo por ahora seguiré aquí. Necesitaba estas vacaciones, Ana. Eres un sol, y te agradezco muchísimo que te encargues de todo.

—Tú sí que eres un sol. Además, tal como está el panorama laboral, he de llevarme bien con mi jefa. Tómate el tiempo que necesites.

—¡Vaya! Sí que eres pelota —dijo Julia bromeando.

—En absoluto: cuando vuelvas pienso marcharme de viaje y te quedarás solita, porque voy a faltar al menos un par de semanas.

—Por supuesto que sí. ¿Qué tal están tus niños?

—Muy bien. La que no ha venido hoy por aquí es Gloria. ¿No te

ha llamado?

—No. Bueno, sí, pero no me dijo que no iba a pasarse por el bufete. Evander está acatarrado, así que tal vez se lo haya contagiado a ella.

—Está preocupada por ti y quiere que te vengas pronto. Está organizando una gran fiesta para el día veinticuatro, ya sabes cómo es. Va invitando a todo el que ve. Por cierto, este mediodía vino un tal Alberto, a quien jamás había visto, y preguntó por ella. ¿Quién es, ese al que llamáis el rarito?

—No lo sé, supongo que sí…

—Seguro. Me dijo que era un antiguo compañero, que la vio la otra noche y que había localizado esta dirección… Le he dado el número de teléfono.

—Bueno, no creo que pase nada, que Gloria sabe quitarse a la gente de encima cuando le interesa. Dile que la llamaré, que por ahora se ocupe de sus invitados y sobre todo de su niño. Un beso, preciosa.

—Un beso, Julia, y cuídate.

Julia pensaba en Gloria. ¿A quién estaría pensando en invitar? ¿Tal vez a la pediatra, a Alberto, a los dos a la vez?…

Llamaron a la puerta. Era Juan, que quería hablar con ella.

—Buenas tardes, Juan. ¿Ocurre algo? ¿Se encuentra bien?

—Sí, niña, sí. Es que acabo de recordar algo y he pensado que tal vez debería hablarte de ello.

—Pase, no se quede ahí. ¿Quiere un café o…?

—No, ya mismo me marcho. Viene María a recogerme, gracias. —Juan se quedó de pie en el recibidor. Mientras hablaba se acariciaba su barba plateada y perfectamente recortada—. Verás, respecto a las cartas y paquetes que tus padres recibían… Desde que tu madre se puso mucho más nerviosa, el señor Tomás me pidió que se los entregase a él a escondidas. ¿Entiendes?, a escondidas…

—Sí, ya me lo comentó.

—Un día, en el que estaban enfrascados organizando el piso de Madrid, tu padre se los llevó en el maletero del coche. Lo sé porque yo mismo ayudé al señor Tomás a guardarlos.

—Entiendo… una pregunta: ¿recuerda desde cuándo entregaba usted esos sobres o paquetes a mis padres?

—Verás, creo que desde que se casaron. Solo que al principio doña Elisa los recogía personalmente, y más tarde, como te decía, comenzó a encargarse tu padre de ellos.

Bajó mucho la voz y le dijo a Julia que algunos parecían regalos que Elisa tiraba directamente al contenedor sin abrir, que él mismo lo había visto con sus propios ojos.

—Se ve que no eran del agrado de mi madre…

—No es mi intención chismorrear, ya sabes que esto te lo cuento

porque… bueno, supongo que debes saberlo.

—Y le estoy muy agradecida. Hay cosas del pasado que necesito aclarar. Mi padre lamentablemente no está y mi madre es como si tampoco estuviese.

—Lo lamento, Julia.

—Gracias, Juan, es usted muy amable. Si recuerda algo más, por simple que le parezca, no dude en contármelo.

Julia cerró la puerta y se asomó a la ventana. Ya estaba al tanto de que su madre no quería saber nada de Sara, pero hasta el punto de ponerla tan nerviosa… Tras los cristales, veía gente de un lado para otro, cargados con bolsas de regalos. Recordó que tenía que comprar algunos regalos para Tomás y los chicos, y también le compraría algo a Rosa. Por supuesto, también a los niños de Ana y a Evander. Era un niño encantador a quien había cambiado de pañales casi tantas veces como su propia madre. Lo quería muchísimo. Gloria era muy afortunada por tenerle, y debería tener cuidado antes de tomar ninguna decisión que pudiese perjudicarle.

Julia buscó la página del lazo rosa, lo sostuvo entre sus manos… El bote de mermelada de pétalos de rosas…: lo acercó a su nariz intentando imaginar su aroma y continuó leyendo.

10 de abril de 1951

Ya lo tenemos todo previsto. Me ha propuesto ir a su casa mañana, porque sus padres se marchan de nuevo. Van a Béjar. Allí tienen unos parientes muy mayores y quieren visitarlos. Pasarán al menos dos semanas fuera de casa y Ernesto está deseando que yo acepte. Tengo que hablar con Julia, ya que debe decir a mis padres que paso la tarde con ella. Estoy muy muy nerviosa.

18 de abril de 1951

Ha sido todo tan sublime… No sé por dónde empezar. Como decía mi profesor de ciencias cuando no me sabía la lección, empiece por el principio, Sara.

Llegué a su casa a eso de las cuatro, aprovechando que ese día no había consulta. No había nadie en la calle y entré. Ernesto me esperaba tras la puerta, me agarró fuertemente del brazo y cerró rápidamente. Al principio me sentí un poco incómoda, como quien entra a robar… no sé cómo explicarlo.

Pero al notar su presencia tan cerca de mí, entrelacé los brazos alrededor de su cuello y lo besé apasionadamente. Olía de maravilla.

Mi cuerpo entero se estremeció con el roce de sus manos sobre los muslos. Me subió la falda muy despacio, después me apretó con fuerza las nalgas y me atrajo contra su cuerpo.

—Sara, te deseo, quiero hacerte mía. Me decía suavemente al oído, mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Nos dirigimos a la habitación encendidos de pasión. Yo estaba de espaldas a él, se acercó a mí y me abrazó por la cintura. Podía notar su miembro en las nalgas, firme, erecto. Me besaba el cuello, me lo mordía, su respiración sonaba excitada. Las manos subían despacio hasta llegar a mis pechos, que se volvían duros con sus caricias. Sentía como mis zonas más íntimas se humedecían, y un flujo cálido me mojaba dulcemente. Sentía un leve cosquilleo que me excitaba.

No podía creer lo que estaba sintiendo: una especie de temblor vibrante recorría todo mi ser. Me di la vuelta y le desabroché la camisa. Estaba ardiendo, le besé el cuerpo casi desnudo. He de reconocer que sentía vergüenza, pero el deseo era superior a mí. Me llevó a la cama y me tumbó boca arriba, acariciándome la cara y el cabello. Había

pasión en su mirada.

Entonces sin hablar, me quitó la falda y después la blusa.

—He recordado tu cuerpo desnudo todos los días —me decía entre susurros.

Después me quitó el sujetador y contempló los pechos durante unos segundos, antes de rozarlos dulcemente con la lengua.

—Eres tan hermosa, Sara; tienes unos pechos tan turgentes que me excitan nada más verlos. Hablaba en voz baja mientras me quitaba las medias.

—Ernesto, me da un poco de vergüenza que me veas así, desnuda.

—¿Por qué?, si eres preciosa —me contestó con esa voz grave que me hace enloquecer.

En ese momento, se tumbó en la cama junto a mí y me dijo que me haría gozar. ¡Y ya lo creo que lo hizo! Comenzó a besarme el vientre y bajó lentamente hasta que llegó al pubis. Entonces con la lengua comenzó a lamerme despacio.

Abrí las piernas: me sentía húmeda y a la vez una ola de calor me recorría todo el cuerpo. Entonces comencé a excitarme más y más. Él continuaba, despacio, sin parar. Le agarré la cabeza con fuerza y la atraje hacia mi clítoris. ¡Oh!, cómo me gustaba. Ahora que estoy escribiendo lo que sentí, noto que vuelvo a excitarme. Creí volverme loca de placer. Mi cuerpo entero se movía al compás de cada movimiento suyo, hasta que una especie de corriente hizo que me electrizara desde la cabeza a los pies. Fue maravilloso. Jamás hubiese imaginado que me haría sentir así. En ese momento, cuando mi respiración estaba entrecortada se subió sobre mí: tenía el pene erecto, duro como una roca. Me preguntó si me había gustado, pero yo estaba tan excitada que no le dije nada. Tenía las piernas totalmente abiertas y entonces él, mientras intentaba introducir su pene dentro de mí, me hizo sentir dolor, me dolía muchísimo. El me pidió que me estuviese quieta, que después me gustaría. Yo me dejé hacer.

Es cierto que me dolió, muchísimo, y no podía creer que aquello pudiese entrar dentro de mí. Era demasiado grande, o al menos eso creí, pues nunca había visto uno antes. En ese momento comencé a sangrar, pero él se movía sobre mí, dentro de mí. Cada vez sus movimientos eran más rápidos, jadeaba; pero entonces se retiró y yo noté cómo se derramaba sobre mis piernas, un líquido templado y viscoso. Me dijo que casi no podía retirarse de dentro de mí, pero que debíamos ir con cuidado, en unos minutos cayó desplomado sobre mí.

—Nena, ha sido maravilloso, pero habrá que tomar precauciones, dijo con voz fatigada.

Cuando me llamó nena, me gustó, me recordaba a las películas americanas que suelo ver. Aunque haya escenas cortadas por la censura.

Me besó en los labios y se tumbó boca arriba.

Es cierto que me dolió, pero yo sabía que sería así, porque era mi primera vez. Me había hecho gozar tanto con sus caricias, con su forma de lamerme todo el cuerpo, y en especial mi zona íntima, que tuve que descansar unos minutos antes de levantarme. Mis piernas temblaban de placer.

Desde ese día no hemos podido parar. Al atardecer nos vemos en su casa. Cada tarde hemos hecho el amor, y cada tarde, como siempre, Julia me ha esperado para regresar juntas a casa. Pero ya no quiere acompañarme más, dice que estoy completamente loca y que he perdido la cabeza por este hombre. Pero necesito buscar su cuerpo, cada tarde. Lo busco como un animal en celo, y me hace gozar. Es maravilloso.

Julia me dice que puede traernos consecuencias, pero Ernesto dice que tiene cuidado y yo confío en él.

—Vaya, vaya, con la abuelita Sara. Me alegra que disfrutases: para ser la primera vez, no estuvo nada mal. Creo que mi primera vez no me enteré de nada. Solo me dolió, aunque claro, se ve que Ernesto al menos se preocupó de hacerte disfrutar. Supongo que conocía muy bien la anatomía femenina, y no creo que fuese precisamente por ser médico… —Julia nuevamente se dirigía a Sara, como si estuviese charlando con ella—. Si continúo aquí encerrada muchos días, voy a

acabar loca hablando con las paredes…

También pensó en su abuela Julia. No debió de ser para ella nada fácil, en aquellos tiempos, proteger a su amiga. Sin duda, estaba interpretando un papel bastante complicado.

Pero Julia se había enganchado a la historia de Sara, así que se preparó un sándwich vegetal y continuó leyendo sin pestañear:

3 de junio de 1951

Querido diario: estoy muy preocupada: hace más de tres semanas que debí tener la menstruación. Se lo he contado a Ernesto, pero él dice que puede ser un retraso primaveral, que a veces ocurre.

10 de junio de 1951

Cada día estoy más preocupada. Voy al baño, miro mis bragas a cada momento y nada, ni rastro. Ernesto me ha pedido que no lo moleste. Dice que está estudiando, que siempre hay cosas nuevas en medicina y que tiene que estar al corriente. Yo no he hablado con Julia, me da miedo, así que esperaré. He acabado el bote de mermelada que me regaló Florence. Estoy tan nerviosa que me ha dado por comerla, está tan sabrosa que en cierta manera endulza mi preocupación. ¿Estaré embarazada?

20 de junio de 1951

Mamá me ha dicho hoy que tengo mala cara, que se me marcan las ojeras y que estoy pálida. Ernesto me ha dicho que me hará una prueba, para salir de dudas.

22 de junio de 1951

Estoy destrozada y lloro sin parar desde ayer. La prueba ha dado positivo y yo no sé qué hacer. Dios mío, Ernesto me ha preguntado que quién es el padre… Grito en silencio, lloro en silencio, me ahogo en mis propias lágrimas. Me asfixio. ¿Cómo puede decirme eso?, ¿cómo puede pensar que haya otro hombre en mi vida?

Me ha soltado que si quiero, él puede hablar con alguien. Conoce a un médico fácil de convencer. Se dedica a practicar abortos. Me ha dicho, con demasiada frialdad, que por supuesto él, como amigo mío, correría con los gastos. Como amigo mío… ¿Qué he sido yo para él, un juguete, una cualquiera que satisface sus deseos sexuales y nada más? No puedo creer que esto me esté sucediendo. Desearía morirme, quiero morirme.

30 de junio de 1951

Estoy muy enferma. He pedido a Julia que me trajera mi caja de madera: quería mi diario, necesitaba escribir.

No estoy en casa. El día que escribí por última vez, me sentía tan hundida, que cogí un frasco de pastillas de la consulta y me las tomé, poco después de que don Zacarías y Ernesto se marcharan

Mis padres, ante mi tardanza, fueron a buscarme. Al parecer tuvieron que hacerme un lavado de estómago, y al hacerme diversas pruebas, descubrieron que estaba embarazada. Mis padres no me hablan. Ahora me encuentro en un convento cerca de la ciudad, o al menos eso dicen, porque yo no sé realmente en qué lugar estoy.

Julia vino a visitarme. Dice que Ernesto niega rotundamente ser el padre. Julia les ha dicho a mis padres, que sí, que seguro que es él, pero Ernesto no solo lo niega todo, sino que se ha marchado de Salamanca. Sus padres no dicen dónde está. Mis padres querían obligarle a casarse conmigo, pero yo no quiero, aunque lo encuentren. No quiero volverle a ver. Quiero morirme. Julia me dijo que debía reponerme, comer, que a mis padres ya se les pasará, pero yo sé que eso no será así. He cometido una verdadera locura.

20 de agosto de 1951

Después de tanto tiempo, esta mañana ha venido mi madre a visitarme. Las monjas

son muy buenas conmigo, pero les han dicho a mis padres que apenas como o hablo. Temen por mi salud. Mi madre no me ha mirado a la cara, y me ha dicho que yo era una vergüenza, que mi padre es muy conocido y que todo el mundo murmuraba. Están demasiado avergonzados de mí. Cuando mi madre se ha marchado, he llorado sin consuelo; después me he repuesto y he salido a tomar el aire. Me encontraba demasiado fatigada. Las monjas tienen un patio precioso, con una fuente. Me he sentado junto a ella, escuchando el murmullo del agua, pero lo sentía triste, como un llanto. Contrastaba con el cantar de los pájaros, libres, alegres… Una de las hermanas se ha acercado a mí, me ha dicho que debía comer, que una criatura nacía en mi interior, y que era hijo de Dios. Que yo no podía hacerle daño, ni a él ni a mí. La he mirado a los ojos, he querido decirle que yo no creía en nada, pero no me he atrevido. No se lo merecía: parecía tan bondadosa. Es una monja regordeta que siempre tiene las mejillas sonrosadas y una sonrisa muy dulce.

Se ha sentado a mi lado y ha estado en silencio sin decir nada más. Me ha gustado su agradable compañía, sin reproches, sin preguntas. Creo que es una buena mujer y tal vez tenga razón. Después de estar con ella he pensado mucho y he decidido cuidarme. Deberé ser fuerte.

15 de septiembre de 1951

Hoy estoy algo más animada, y he estado cocinado con sor Isabel, la monja que me habló en el patio. Me enseña muchas cosas y es muy simpática. También me ha enseñado a hacer dulces de coco. Están muy ricos, aunque a veces no me apetece comer nada porque siento nauseas. Le he hablado de mi receta tan especial. Cuando ha oído que se trataba de una mermelada de pétalos de rosa, se ha sentido entusiasmada. Nunca lo había oído, así que me ha dicho que deberíamos probar a hacerla. Es una monja muy simpática.

26 de septiembre de 1951

Hoy ha venido Julia a visitarme y me ha dicho que me ve mejor aspecto. Me ha contado que mis padres cada vez hablan con menos gente sobre mí. No sé si eso es bueno o malo, pero me da igual. También me ha dado recuerdos de Teresa. Es muy buena chica y dice que debo recordar que no soy la única muchacha a la que le ocurre algo parecido. Pero que las mujeres debemos ser fuertes, que a la hora de la verdad, la mayoría de los hombres desaparecen. Julia me ha dicho que tal vez Ernesto regrese y venga a buscarme, pero yo me he puesto muy nerviosa y enojada, y le he contestado que aunque así fuese, lo despreciaría. Lo he querido más que a mi propia vida, pero ahora lo odio. Ha sido ruin, falso, y me ha dado la espalda. Julia se ha puesto seria. Creo que me ha visto muy alterada y se ha arrepentido de nombrar a Ernesto. Ya no quiero ni escribir su nombre.

Después ha hecho algo que me ha desconcertado. Le he entregado una carta para que se la enviase a Florence, ya que necesito hablar urgentemente con ella, pero Julia no ha querido. Me ha replicado que si mis padres se enteran de que ella me pone en contacto con alguien de fuera del convento, pedirán a las hermanas que no la dejen visitarme más. Hoy, más que nunca, he sido consciente de mi encierro. Mis padres me aborrecen.

30 de septiembre de 1951

Sor Isabel es muy buena y ha buscado los ingredientes para hacer la mermelada. Los ha lavado cuidadosamente. Después, cuando la cocina estaba vacía, nos hemos encerrado las dos para que nadie nos molestara. Con mucho esmero hemos deshojado las flores. He derramado algunas lágrimas recordando lo feliz que era el día que Florence me envió aquel bote. Sor Isabel me ha dado un pañuelo y me ha mirado con una dulce sonrisa. Me ha dicho que si seguía así, no íbamos a necesitar agua, que con mis lágrimas tendríamos suficiente. Ella me hace reír. Ha sido todo como un ritual. Me gustan sus manos blancas, sus uñas muy pulcras. Estábamos calladas, concentradas para no omitir ningún paso y el resultado ha sido verdaderamente magistral. Aunque ellas no tienen batidora, sí tienen una prensadora manual. Eso ha costado un poco de trabajo. Después, hemos pasado la crema por un colador. «Riquísima», ha dicho nada más probarla, tras mojar su dedo índice en ella. Es muy golosa. Después hemos comido un

poco, con unas cucharas pequeñas.

Cuando las hermanas han probado aquella deliciosa confitura, me han mirado sorprendidas. Estaban encantadas. Han hablado animadamente de su sabor, del olor. Creían que sabía más recetas así de originales, pero les he dicho que no, aunque seguro que existirían muchas más. Ahora me llaman «Sara, mermelada de rosas». Como si fuese mi apellido, aunque sé que tan solo buscan hacerme reír. Prefiero estar con ellas que en mi propia casa.

30 de octubre de 1951

Querido diario: hace más de un mes que no escribo nada, he estado leyendo las primeras páginas y ya no queda nada de aquella niña alegre que empezó a escribir. No ha transcurrido tanto tiempo, pero he cambiado mucho. También tengo el vientre muy abultado. Hace unos días me visitó un doctor, y dice que probablemente esté en el quinto mes de embarazo o poco más. Yo no llevo la cuenta. Siento cómo se mueve un nuevo ser dentro de mí y me produce escalofríos. La primera vez que lo noté, me asusté, pero ya me he acostumbrado. Tengo miedo: es todo tan nuevo y me siento tan sola.

Hay veces que me encariño con esa personita que hay dentro de mí; otras veces la aborrezco. Sé que no está bien tener esos sentimientos, pero es así. La única perjudicada soy yo. Ernesto habrá conocido a otra chica y ya ni se acordará de mí. No es que yo quiera estar con él, solo lo digo porque él está libre y yo no.

He hablado de mis sentimientos hacia este nuevo ser con sor María, que es una monja muy callada. Es la hermana que se encarga de cuidar las flores del pequeño jardín, la misma que recogió las rosas para hacer la confitura. Es muy cuidadosa en todo lo que hace.

Ella siempre me escucha mientras hace sus tareas. Yo la acompaño y algunas veces la ayudo a podar las plantas, pues de alguna forma he de distraerme.

Creo que me da buenos consejos. Ayer le pregunté por mis padres, algo que nunca había hecho hasta ahora, pero la verdad es que no me contestó; tan solo me dijo que ella no los conoce. Al parecer hablaron directamente con la madre superiora cuando me dejaron aquí. Yo sé que ellos ya no me quieren y no entiendo por qué. Tampoco es tan grave. Si me quisieran me llevarían a casa, pero se ve que les importa más el qué dirán.

25 de diciembre de 1951

Querido diario: ¡es tan diferente la Navidad entre estos muros de piedra a aquellas que pasaba en casa! Aquí llevan una vida algo austera. He comido en el gran comedor como de costumbre, acompañando a todas las jóvenes novicias. Son todas muy amables, pero demasiado calladas. Hay una muy graciosa que cuando canta parece un grillo. Yo no quiero reírme, pero hay veces que se me escapa alguna carcajada. Me ha preguntado qué hacía yo allí, pero la madre superiora la ha mandado callar. Hemos comido cordero que ha preparado sor Isabel, y estaba muy rico, con romero. Últimamente estoy muy hambrienta. Tras el almuerzo me han hecho llorar: algunas de las hermanas han estado tejiendo ropa para el bebé. Ha sido mi regalo de Navidad. Lo habían colocado en una bonita cesta primorosamente adornada con hermosos bordados y una bolsita tejida a mano en color rosa donde han guardado algunos zapatitos de lana. Les he agradecido a todas los regalos, que son preciosos.

Cuando me he quedado a solas con sor María, le he dicho que aborrezco a mis padres, que no me quieren, y ella se ha puesto roja y se ha marchado. Después ha venido sor Ángeles, que es la superiora y ha estado charlando conmigo un buen rato. Me ha dicho que mis padres quieren lo mejor para mí, pero que yo he pecado y he de pagar el castigo. Dicen que cuando la criatura nazca regresaré a Salamanca. Pero yo tengo pensado huir. Sé que van a quitarme al bebé, lo presiento, y ahora se está convirtiendo en una personita muy importante para mí. Me he dado cuenta de que es un ser indefenso y debo protegerlo.

Ahora pienso en que no sé cómo he podido aborrecerlo. Tal vez yo pensaba en Ernesto y por eso tenía esos sentimientos de odio que trasladaba al bebé. Quiero marcharme lejos. ¡Ojalá Julia se atreva a darle el recado a Florence! Estoy segura de que ella sabría protegerme.

20 de febrero de 1952

Es todo tan triste… me siento vacía… He perdido a mi bebé y ahora solo deseo morirme. Me gustaría desaparecer de este mundo cruel que me ha arrebatado a mi niña. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Tan solo amar al hombre equivocado.

Mi niña… mi pobre y dulce niña. Cuando nació la oí llorar, y su llanto fue música para mis oídos y lloré de alegría. Me dijeron que era una niña. Quise verla, pero cuando iban a entregármela se armó un gran revuelo y no recuerdo mucho más. Sé que mi madre estaba allí: estoy segura de que era ella, la oí gritar. También oí a mi padre que hablaba con el que parecía ser el médico, con las monjas… Sentí un fuerte pinchazo en el brazo y me dormí. No supe nada más.

Cuando me desperté estaba en casa. Mi madre me dijo que mi bebé había muerto a las dos horas de nacer. Su voz sonaba tan fría… Yo no la miré, lloraba desconsoladamente y ella no se acercó a mí. No se compadeció. Para mortificarme más, me dijo que mi niña había muerto porque era fruto del pecado y que ese era mi castigo, el castigo divino. ¿Cómo ha podido ser tan cruel?

Los odio a todos. Odio a mis padres, odio a don Zacarías porque me tiene aquí, medio dormida, y odio a Dios, a ese Dios del que hablan mis padres.

Esa niña era mi ilusión, una pequeña llamita que iba a iluminar mi vida entera, y ahora no está. Me siento entre tinieblas. Creo que llevo más de dos semanas en casa: quieren tenerme así encerrada y no sé por qué. Han traído a una nueva asistenta, que me ayuda a bañarme y me vuelve a acostar. Me trae la comida y se la vuelve a llevar. No voy a comer. Quiero que me dejen todos. Sé que Julia ha venido, pero no la han dejado subir a mi habitación. He de hacer algo, no puedo continuar así. Menos mal que no han tirado mi preciosa caja de madera en la que guardo mis secretos; mi diario, oculto en el doble fondo que la buena de Florence me regaló.

Julia estaba tremendamente sorprendida: no podía creerlo, su madre había sido arrebatada de los brazos de Sara de una forma tremendamente cruel. ¿Qué clase de personas tan horribles eran capaces de hacer algo así?

—Pobre Sara. ¿Cómo pudiste creer que había muerto tu bebé? ¡Eras tan niña!, ¡tan ingenua! —Continuó con el diario entre sus manos. Aspiró su aroma. Aunque olía a antiguo, a guardado, para ella ese olor era el olor del sufrimiento, del amor, del desconsuelo. Tocó sus páginas, amarillas por el correr del tiempo, miró la letra una y otra vez. Se compadeció profundamente de Sara—. Dios mío, ¡cuánto has debido de sufrir! Yo no he tenido hijos, pero puedo imaginar lo que sentirías.

Julia tenía que continuar, quería saber cada vez más de aquella historia:

2 de junio de 1952

Querido diario: no deja de acecharme la idea de que mi hija pueda estar viva. No he visto su cuerpo sin vida. Cuando nació y fui a acariciarla, a besarla, aquel extraño médico me la arrebató de los brazos, sin que le pudiese ver la cara. Llevo meses encerrada en mi habitación y no dejo de pensar en ello. Julia viene a visitarme algunos días, ya la dejan entrar, quizá porque creen que les voy a contar algo que les pueda ser útil para adivinar qué pasa por mi cabeza. Dicen que estoy volviéndome loca. Pero Julia no les dice nada, simplemente que no hablo mucho; pero no es cierto. Mi buena amiga ha hablado con Florence por teléfono y le ha asegurado que intentará ayudarme. Tratará de investigar si mi hija vive. Le ha dicho que no me preocupe y que pronto recibiré noticias suyas.

Julia cree que la pequeña no esta viva, aunque cuando lo dice sé que sufre. Insiste en que nunca ha oído nada extraño. También me ha dicho que mi madre estuvo varios días

llorando por mí y por la pequeña. Yo le he replicado que no se crea nada, que mi madre es muy malvada, y siempre le han preocupado demasiado las apariencias. Julia me ruega que no hable de ese modo, que son mis padres, pero es cierto todo lo que digo.

Si mi madre me hubiese querido, no me habría mandado a aquel convento lejos de ella, no hubiera permitido nada de lo que pasa. Mi padre ni me mira. Pensará que a mí me importan algo sus aires de grandeza, ese sentirse superior a los demás, mirar a la gente por encima del hombro… Mi madre sí me mira algunas veces, pero pocas. Sabe que si viene a mi habitación voy a cerrarle la puerta para que no entre. Antes me tenían encerrada, ahora soy yo la que no quiere salir de la habitación.

Les oigo hablar en voz baja: afirman que estoy completamente loca y que acabaré en un sanatorio. Anoche les oí hablar con ese médico de mente retorcida para que se encargue de los trámites. Si creen que voy a dejar que me encierren… los locos son ellos. Por eso debo marcharme, lejos, muy lejos, o de lo contrario me encerrarán. Julia se pone muy triste, pero le insisto en que aquí corro peligro. Ya no me tomo las pastillas que me receta don Zacarías. La asistenta me vigila para que me las tome, pero cuando se da la vuelta, las escupo. Cuando se va, las meto en un agujero que he hecho en el colchón.

El estúpido del médico decía que era por mi bien, pero me tenían todo el día dormida, sin fuerzas ni capacidad de reacción. Mi amiga me confiesa que algunas veces le doy miedo, que no parezco la misma persona. ¿Cómo voy a ser la misma chiquilla feliz que era hace algún tiempo? ¿Acaso no se da cuenta de todo lo que sufro? Pero ella no tiene la culpa, ella conserva su inocencia, su frescura, y espero que siga así el resto de su vida.

Romper con el pasado

8 de julio de 1952

Querido diario: intento asimilar las noticias. Se agolpan en mi cabeza, como una bandada de pájaros revoloteando sin rumbo a mi alrededor y no me dejan descansar. Florence no ha hallado indicios de que mi niña pueda estar viva. Me ha dicho que envió a un hombre de su confianza a investigar sobre qué pudo ocurrir entre aquellos muros del convento. Todo apunta a que el bebé no resistió a una infección sobrevenida en el parto. Vivo atormentada y creo que al final acabaré enloqueciendo de verdad. No dejo de pensar si yo he podido tener la culpa y que tal vez no me cuidé lo suficiente, pues aborrecía todo lo que tuviese que ver con Ernesto. Llevo días sin dormir, y creo que me volvería completamente loca, si no fuese por Florence, que me anima. No deja de insistir en que solo son sospechas, que no está totalmente segura de que sea así, pero estoy convencida de que lo dice para aliviarme.

Afortunadamente, ahora vivo con ella en Barcelona. Pude escapar. Florence envió a Marcial, su chófer, y fue todo muy fácil. Julia llegó a casa aquella noche con una excusa, no me dijo cual. Llevó a mis padres hasta el pequeño jardín trasero y dejó la puerta abierta. Cuando salí de mi habitación y bajé al recibidor, no había nadie. Pude salir sin que me viesen.

Florence apenas si da crédito a todo lo que me ha ocurrido. Quiere que hagamos un largo viaje, tal vez a Italia o a Francia, no sabe exactamente, pero asegura que necesito cariño, distraerme mucho. Me da igual lo que mis padres piensen, y ojalá sufran lo mismo que yo. Eso es exactamente lo que les deseo.

Julia me ha escrito una carta: me echa mucho de menos. Yo también a ella. Creo que cuando todo se calme, porque por ahora no quiero levantar sospechas, la invitaremos a visitarnos, será maravilloso. No sé qué habría hecho sin su ayuda…

El sonido insistente del teléfono sacó a Julia de la lectura. Pensó que sería Tomás, pero no conocía el número, así que prefirió dejarlo sonar hasta que cortasen la llamada.

Cogió nuevamente el diario y miró el reloj: eran las diez de la noche. Se había pasado horas leyendo y meditando sobre Sara. El móvil volvió a sonar, pero esta vez decidió contestar.

—¿Sí? ¿Diga?

—Hola, soy yo.

No tuvo necesidad de preguntar quién era: la voz inconfundible de Fernando sonaba al otro lado del auricular.

—Julia, perdona que te llame tan tarde. ¿Estabas trabajando en algún caso nuevo? Recuerdo que nunca te ibas temprano a la cama…

—¿Qué quieres, Fernando, te ocurre algo?

—Estaba dando vueltas por Madrid y de repente entré en aquel

viejo restaurante, donde nos conocimos… tú llevabas una…

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—No quiero molestarte. ¿Estás con alguien?

—No, estoy sola.

—Creo que deberíamos habernos dado una oportunidad. Yo tal vez no supe…

—Fernando, ¿no estabas saliendo con aquella chica tan alta… Margarita? ¿Aquella a quien paseabas por todo Madrid cuando nos separamos?

—Creo que ha sido el mayor error de mi vida… Tú eres tan especial, has sido…

—¿Te encuentras bien? Noto tu voz algo rara. ¿Estás borracho…, enfermo?

—Nos llevábamos bien, ¿verdad? Mi madre me dice que nunca debimos dejarlo —Fernando hablaba, sin responder a las preguntas de Julia.

—Vete a dormir, anda. ¿Ahora también le gusto a tu madre? ¡Vaya!, ¡pero si no podía verme porque decía que no quería tener hijos! Bueno, no está mal escucharlo ahora. Pero dime, ¿te has enfadado con Margarita, o te ha dejado por alguien más joven? Te dije que con veintitrés años se cansaría; tú tienes casi cuarenta…

—No es eso, bueno, sí, en parte; me gustaba, pero está vacía, es profundamente superficial. En cambio mi vida a tu lado… era tan sosegada… tan ordenada.

—No te enfades, Fernando, pero… estoy ocupada y no creo que tú estés en condiciones de continuar hablando. Hazme caso, seguro que mañana verás las cosas de otra forma…

—¿Estás acompañada?

—Acabo de decirte que estoy sola, completamente sola. Ya sabes que lo nuestro nunca funcionó.

—Pero ¿qué hice realmente, acaso te crees más importante que yo? ¡Te noto distinta!

—Tal vez nunca fui lo suficientemente clara contigo. Debería haberte dicho que eres demasiado egocéntrico y narcisista, que necesitas a alguien que te idolatre y yo me cansé de vivir a tu sombra. Así que lo único que puedo repetirte es que ya sabes que me tienes, pero solo como tu amiga. No insistas por favor…

—¿Qué tal si me presento allí mañana? Podíamos empezar desde cero, viajar…

—No sería una buena idea. No me estás escuchando. ¡Cuídate!

Julia colgó sin darle oportunidad de contestar. Ahora ella se sentía completamente libre, no tenía que dar explicaciones a nadie, no tenía que compartir sus miedos ni sus alegrías, todo era para ella. Y se sentía muy bien.

Aquella llamada, sin embargo, la había alterado un poco, había sentido al pasado acercarse con sigilo. Un pasado del que al fin había escapado y al que no regresaría nunca más, de ello estaba completamente segura. Se quedó pensativa. ¿Había sido alguna vez feliz junto a Fernando? Quizá al principio, pero poco a poco él la fue relegando a un segundo plano. O tal vez lo había hecho desde que se conocieron. En casa de Fernando siempre se había sentido como si la mirasen con lupa.

El padre de Fernando era empresario: compraba y vendía antigüedades; por eso Fernando conquistó a la madre de Julia. Elisa adoraba esos artículos y adoraba a su yerno, siempre perfecto. Fernando tenía una hermana, María José. Ella se había marchado a vivir a Holanda antes de acabar el bachillerato. Había conocido a un apuesto holandés en un viaje de estudios y se instaló allí. Su madre se pasaba el día llamándola por teléfono. Ella no quería saber nada del negocio familiar. Por eso en su casa no daban un paso sin Fernando, y él se sentía orgulloso de ello.

Fernando había estudiado empresariales, pero nunca acabó la carrera. Se jactaba diciendo que no lo necesitaba. Después, con el boom inmobiliario, hizo grandes y rentables negocios y empezó a creérselo del todo.

Llegaba tarde a casa y no daba explicaciones. Tenía miles de excusas que Julia no podía rebatir, aunque ella sabía que no siempre se trataba de asuntos de trabajo. Más tarde, contrató a Margarita. Decía que era solo su secretaria, pero sin duda había algo más. Cuando Julia lo dejó, Fernando al día siguiente la presentaba como su novia. Fue muy duro para ella.

Pero todo era agua pasada. Respiró profundamente, y sin darse cuenta se quedó dormida.

***

Al salir del portal, Terio volvió a abrocharse el abrigo y a colocarse nuevamente su gorro de lana hasta debajo de las orejas. Hacía demasiado frío y le hubiese apetecido quedarse en casa, descansar, disfrutar de la compañía de Anne… pero tendría que conformarse, no quería que Anne pensara que era un viejo aburrido: la llevaba casi doce años, y eso, lamentablemente, empezaba a notarse.

Recordó la última vez que había estado allí. Fue en primavera y Anne parecía distinta. Estaba pendiente de él a cada paso que daba. Ahora caminaba despreocupada, charlando con su amigo Gérard. O tal vez era lo que sentía. Terio se puso los guantes: aunque no nevaba, empezaba a notar dolor en sus manos, por el frío. Gérard no dejaba de mirarle y eso le hacía sentirse algo incómodo.

Ella se le acercó, se agarró fuertemente del brazo y lo besó dulcemente en la mejilla, para lo que tuvo que ponerse de puntillas. Le gustó aquel gesto, parecía que le había leído el pensamiento. Se dirigieron al aparcamiento, donde Gérard había dejado su coche. Tenían previsto ir al barrio de Saint-Paul. Un barrio fantástico, según Anne, donde un amigo poseía una de las tiendas de ropa más fascinantes. Era una de esas tiendas de últimas tendencias en moda, donde cualquier trozo de tela costaba una fortuna. Ambos, Anne y Gérard, charlaban muy animados.

A Terio, en cambio, el mundo de la moda le era totalmente indiferente: demasiado superficial para su gusto. Para él, vestirse era una necesidad y no le preocupaba si un jersey era o no lo último de lo último. No quiso entrar en el tema: sería una conversación absurda en la que no se pondrían nunca de acuerdo.

Subieron a un Mini de color rojo. Gérard conducía y Anne iba a su lado, enfrascados en su conversación. Los idiomas no eran su fuerte y Terio apenas entendía nada. Debía de tratarse de algo muy divertido porque no paraban de reír. Tampoco le interesó prestar atención; prefería mirar los edificios, las calles por donde Gérard circulaba, aunque conducía a toda velocidad y eso le restaba encanto. Le asaltó una duda: tal vez no había sido muy buena la idea de haber viajado a París. Anne interrumpió sus pensamientos.

—*Teguio,* ¿sabes? El lugar a donde nos *diguijimos* fue hace mucho tiempo un *marais?* ¿Cómo se dice? *Marais.* Un lugar con *baggo* y agua… todo sucio…

—No tengo ni idea —dijo Terio sin demasiado interés.

—¡Pantano, significa pantano!, eso es. —Ambos, Anne y Gérard, reían a carcajadas. Gérard lo hacía de manera compulsiva. Era una risa estridente, machacona, que resultaba bastante desagradable. Terio se fijó en él: tenía la cabeza algo abombada y el cabello lo llevaba teñido en un color rubio con reflejos rosados extrañísimos. Pensó en que la mayoría de los tipos que se dedican a la moda, no siempre saben poner un límite entre lo moderno y lo ridículo.

—Muy emocionante todo lo que habláis, Anne —contestó algo cansado.

Reclinado en el asiento trasero continuó con sus pensamientos, centrados en la situación tan extraña en la que se hallaba. Había cogido el primer avión, dirección París, para visitar a una muchacha con la que se suponía que mantenían algo. Tal vez una relación ¿Amorosa? ¿Basada en el sexo?… Los encuentros anteriores se habían limitado precisamente a eso, sexo y poco más. Ahora era diferente, y en lugar de estar con ella a solas en su apartamento, se veía en un coche, hablando de pantanos y con un excéntrico gay que no dejaba de mirarle y que además conducía como un loco por las calles de

París. Sin duda, no eran precisamente las vacaciones que había imaginado. Pero ¿la conocía en realidad? Pensó que de eso se trataba: quería saber qué había de verdad entre ellos dos. De repente se echó a reír. Era todo un poco surrealista, y ambos, Anne y Gérard, se contagiaron de su risa, sin saber de qué demonios se reía.

—*¡Queguido!,* no sé de qué te *guíes* tanto, *pego egues* muy simpático, ¿no es *ciegto?* ¡Nunca me he *geído* tanto en mi vida sin *sabeg pog* qué!

Gérard se dirigió a Terio girando totalmente su cabeza, ignorando que conducía:

—*Tu as quelques très jolis yeux* —se atrevió a decir.

—Anne, dile a tu amigo que no estoy seguro de lo que acaba de decirme, pero si es lo que creo que he entendido, puede dejarse de elogios, y aclárale, por favor, que no me apetece morir hoy.

—No seas *grosego.* Dice que tienes unos ojos muy bonitos. Y es totalmente *ciegto. Quiegue sabeg* si te *apeteceguía seg* modelo *pog* un día. Dice Gérard que te *sentaguía* bestial su última colección… ¡Di que sí!

—No, gracias, dile que es muy amable por su parte, pero ya tengo trabajo. Si con la crisis en la que andamos inmersos me quedo en paro, tal vez lo busque.

—*Teguio,* estás muy enfadado. ¿Qué te *ocugue?*

Al llegar al barrio de Saint-Paul, Anne se despidió de su amigo besándole en los labios.

—*À tout à I'heure, je vou verrais plus tard* —dijo Gérard mirando a Terio con una leve sonrisa.

Terio se despidió sin demasiado entusiasmo. Gérard tenía una importantísima comida de negocios. Podría disfrutar de la compañía de Anne sin que nadie los molestase.

—Perdona, Anne. Tal vez no esté muy agradable con tu amigo, pero no esperaba que estuvieses acompañada; no me gusta cómo me mira, lo siento. Sé que no soy nadie para decirte con quién debes relacionarte, ¡faltaría más! Será muy buena persona, pero, en serio, ¿Gérard cree que todos tus amigos son gais?

—Calma, calma, no te enfades, él sabe que tú y yo… bueno, pues ya sabes…

—No, realmente no sé qué hay entre tú y yo. Precisamente he venido para que aclaremos nuestra situación. No he hecho un viaje hasta aquí para pasear con tus amigos, lo siento. Pensé que esta relación significaba algo para ti, pero creo que me he equivocado.

—No, no es eso, es que… debemos *ig* con calma. Ya me conoces. Contigo todo es *magavilloso, pego* si te pones así…

—Por supuesto, no pretendo hacer nada que no sea de tu agrado. Es solo que si estamos acompañados, no es lo mismo. Pero vale, es mi culpa, no avisé de que venía. ¿Me perdonas?

—Sí, *ahoga* vamos a *paseag*…

Anne odiaba las relaciones formales. Se sentía atraída por el físico de Terio, por sus inquietudes artísticas, pero él sabía que odiaba los compromisos. Quedó claro la primera vez que se acostaron juntos: nada de explicaciones. Si lo pensaba seriamente, solo se habían visto en tres ocasiones: cuando se encontraron por primera vez, las navidades en las que ella viajó a España y la pasada primavera. Poco tiempo para conocerse.

Sin duda él había cambiado. Necesitaba una relación estable, ese tipo de relación de la que siempre había estado huyendo. No quiso pensar más en ello, y trataría de disfrutar de París y de la compañía de Anne. Tal vez estaba demasiado cansado.

Estaba claro que se trataba de un barrio lleno de encanto medieval. Se sentía transportado a épocas del pasado. Anne sabía que Terio apreciaría su belleza, y tal vez aquel paseo consiguiese relajarlo.

—¿Qué te parece si vamos a algún sitio, a comer algo? ¡Estoy muerto de hambre!

Entraron en una especie de mesón cuya especialidad era el queso: los había por todas partes, frescos, curados, fundidos… Se sentaron en unos taburetes altos. Las mesas eran muy pequeñas, redondas, y estaban muy cerca las unas de las otras. Terio se sentía un poco incómodo entre aquellos asientos. Tomaron vino, queso y algo de pasta con verduras.

Terio se sentía más relajado, pero a pesar de ello no le apetecía demasiado pasear. Dejó que Anne lo llevase adonde quisiera.

En la calle François-Miron, Anne lo invitó a entrar a una tienda de especias llamada Izraël. Era una tienda bastante peculiar. Sus propietarios eran judíos y tenían especias de los cinco continentes. A Terio le sorprendió ver tantos sacos llenos de productos raros, dispuestos por el suelo. Anne buscaba algún condimento. Y él la seguía, olisqueando cada bote que veía delante de sus narices. Todos hacían lo mismo. La tienda estaba llena de turistas que no dejaban de hacer exactamente eso.

Anne cogió un bote con té y un pequeño frasco de cristal. Le dijo al oído que eran especias con un alto poder afrodisíaco. Terio sonrió. Al fin Anne había dicho algo que le había gustado enormemente. Salieron de la tienda cogidos de la cintura.

—Sin duda eres sorprendente —dijo él besándole dulcemente los labios.

La luz del día se fue apagando lentamente. Las farolas estaban encendidas y su luz dejaba ver cómo empezaban a caer finos copos de nieve. Anne se puso de puntillas y volvió a besarlo en la boca.

—¡Oh, Anne!, me gustaría tanto estar contigo a solas; no quiero molestarte, sé que has quedado con tu amigo, pero… —añadió

besándole con delicadeza el cuello.

Anne le puso el dedo índice sobre los labios y lo besó apasionadamente.

—Tenía ganas de volver a *vegte*. Lo *extgaño* es que no nos hemos llamado ni una sola vez… Tú tampoco lo has hecho, y *vegte* de *gepente*…

—Sí, lo sé, pero ahora estamos juntos, deberíamos aprovechar el tiempo… y no me refiero a dar paseos por la ciudad. —Terio la tomó de la mano y añadió al tiempo que se dirigían a una zona de soportales para resguardarse de la nevada—: Corramos, nos vamos a empapar.

***

Cuando Julia se despertó se dio cuenta de que no hacía otra cosa que leer y leer: estaba como hipnotizada con aquel diario. ¿Se estaría volviendo loca? Tal vez eso era exagerar. Se acordó de Gloria: creía que iba siendo hora de contárselo a su amiga, ¿o tal vez debería ir a visitar a Sara? Dudaba. Por la única razón que le costaba dar ese paso era por su madre. Tal vez si ella estuviese en sus plenas facultades, no se lo permitiría… Pero ¿por qué? Se fue al despacho y llamó a su amiga.

—Gloria, menos mal que te pillo… ¿Estás atendiendo a alguien?

—En quince minutos lo haré. ¿Qué te ocurre?

—Verás. ¿Cómo está Evander?

—Bien, mucho mejor, pero seguro que no me has llamado por eso. ¿Sabes quién me llamó anoche?

—¿Alberto?

—¿Eres adivina o te lo ha contado la chismosa de Ana?

—Vamos, no seas así. Dime, ¡cuéntame!

—Verás: yo fingí al principio y le dije que no sabía quién demonios era, hasta que me recordó que me vio en el restaurante. Entonces le pedí disculpas y le dije que conocía a más de un Alberto, ya sabes, haciéndome la interesante. Después le pedí disculpas, y blablablá.

—¿Quería quedar contigo?

—¡Exacto!

—¿Y…?

—He quedado esta noche. Me invita a cenar. Pero también he quedado mañana para almorzar con Patricia.

—Pero… ¿A qué juegas?

—Te juro que no le sé. Nunca se me ha presentado una oportunidad así, ya sabes, valorar una y otra relación. Verás, ya sé que todo esto es extraño para ti; también lo es para mí. Patricia es un

encanto de persona, amable, detallista: ¡hasta me ha enviado flores para pedirme disculpas! No sé, nunca me han tratado de ese modo y me da pena no averiguar si me gusta.

—¡Pero, Gloria! ¡Creo que estás loca! A estas alturas de tu vida deberías saber lo que te gusta. ¡Digo yo!

—Pues no lo sé, no te enfades conmigo. Nada más quiero averiguarlo a través de mis sentimientos, canalizar todo esto que me tiene mareada. Por otro lado, Alberto es… ha cambiado mucho, al menos físicamente. De todos modos, aún no he olvidado la cantidad de discusiones que teníamos. Me preguntó por mi hijo. Trataba de ser amable, supongo. Le hablé de Evander veinte minutos sin parar. Creo que estaba aburrido. En cambio, Patricia se preocupa por lo que siento, por todo. No lo puedo explicar…

—Pues de acuerdo, averígualo, adelante. Ahí los tienes a los dos, ¡locos por irse contigo a la cama! ¡No lo hagas! Por favor, ¡piensa!

—¿Qué querías? Ibas a contarme algo y yo he empezado, como siempre, a contarte mis cosas. Soy una charlatana.

—No te preocupes, en serio, ya hablamos otro día.

Julia colgó el teléfono y como siempre últimamente se quedó algo preocupada por Gloria. Suspiró pensando en que nada podía hacer. Debería dejarla a su aire.

Abrió uno a uno los cajones del escritorio de su padre: sospechaba que tal vez allí podría encontrar algo. El diario relataba la vida de Sara; en cambio, Juan le había aclarado que la correspondencia era algo habitual… ¿Habría dejado su padre algo más concreto? Recordaba que aquel era su lugar favorito. Los tres primeros cajones no estaban cerrados con llave. Apenas había nada: recibos, tarjetas de clientes, informes. El cuarto cajón se resistía a ser abierto. Buscó la llave, pero no estaba sobre la mesa. ¿Dónde la guardaría?

Sobre la mesa había una caja de puros. Su padre hacía años que había dejado de fumar, por el cáncer. Pero aún los conservaba. Allí, debajo de aquellos aromáticos puros Cohiba, estaba la llave. «Llaves sin dueño», pensó.

—Papá, se quedaron aquí todas tus cosas, esperándote, como todos.

Al abrir el cajón pudo comprobar que, en efecto, allí había algunos sobres guardados. También encontró una bolsita hecha de punto de lana, en color rosa. En su interior había unos pequeños zapatos de bebé tejidos a mano y un minúsculo jersey. Julia se emocionó mucho al ver aquellos pequeños zapatos… aquel jersey. Los cogió y se los acercó al pecho. ¿Serían aquellas prendas las que las monjas regalaron a Sara para su madre? Julia no pudo contener algunas lágrimas: le habían producido demasiada ternura.

«¿Cuánto tiempo llevará todo esto aquí?»

Cogió los sobres cerrados y abrió uno al azar:

Recuerdos… vienen y van, y cuando llegan revolotean en mi mente, parece que quieren instalarse, insidiosos; me rebelo contra ellos, los espanto como una mosca que regresa una y otra vez a mi taza de café. Pero hoy es el dolor quien me visita, el dolor de la humillación, de la deslealtad y la intolerancia consentida.

Es un dolor punzante, se instala en el fondo de mi pecho, me impide respirar e, ignorante de mí, quiero aliviarlo con un suspiro. No hay tregua para la pena, ni para mí que tanto he vivido, que tanto creí amar, y reclamado lo que pensé me pertenecía. Que tanto deseé una caricia sincera, una mirada profunda y serena que me transmitiera toda la calidez de una noche de verano.

Cuando regreso a ese pasado que viene a importunarme, se transforman los personajes de mi vida. Aquellos a quienes creí sinceros se desmontan en mi imaginación como la tramoya de un teatro, como se desnuda alguien que se sabe visto. Poco a poco van cayendo las prendas y cada una de ellas es falsa. Están impregnadas de tanta mentira, que al final el cuerpo imaginado se convierte en un cúmulo patético de carne.

Hoy me ha tocado la bajada en esta montaña rusa que es mi vida. Hoy reniego de todo, de todos. Hoy la cometa que quería alcanzar aquella nube se estrella contra el suelo. El aire que la mantenía elevada ha dejado de soplar para ella y cae con esa velocidad impertinente que da la certeza de sentirte sola.

Escribo mi dolor, en mi alma. Escribo para que se alejen estos visitantes inoportunos, para que no me alcance la noche sin haberme arrancado una sonrisa el día. Para que las manos no me muestren desconcierto y melancolía. Para ver si dejando sobre el papel mis sentimientos, se quedan dormidos y no vuelven.

Ahora, hoy que sé que mi pequeña se me ha perdido en un laberinto en el que reina la oscuridad, daría lo que fuera por ser yo ella, y ella por no tener memoria, irónica hasta el final la vida. Yo queriendo cerrar las puertas a mis recuerdos, y mi Elisa queriendo abrir las suyas.

Ahora veo que no luché bastante, que me justifiqué dando por curada una herida no sanada y no encontré la manera de traerla a mi regazo…, de decirle cuántas veces la imaginé. Con cada rostro, con cada cuerpo avistado en la calle, me asaltaba el desasosiego. ¿Así hubiese sido mi pequeña?, me preguntaba, pero era un momento, un segundo fugaz y volvía a mi vida de mujer frívola y desposeída de sentimientos. Y de repente, alguien descorre las cortinas e ilumina mi corazón, pero es tan fuerte la luz, tan profunda y penetrante, que no sé qué hacer con ella. Es como un ciego acostumbrado a sus rituales

diarios, a palpar en vez de mirar, al que le devuelven su sentido perdido… Al principio se niega, quiere seguir su andar titubeante, quiere tocar el rostro amado, no se acostumbra. Así me sentí aquel día: quería seguir palpando mi vida, la luz hería, allanaba el camino de mis lágrimas y me volvía vulnerable.

¿A quién reclamas? ¿Ante quién te inmolas para resurgir de la destrucción? No hay nadie, ni siquiera yo misma.

Nueva York, 1971.

—¿Nueva York? ¿Qué haría Sara en Nueva York?

Cada nueva lectura se convertía en un verdadero enigma para ella. Tenía necesidad de descubrir aquel pasado, sentía que le pertenecía, que formaba parte de su vida. Pero era como un puzle que debía recomponer.

***

Anne y Terio caminaban abrazados.

—Sabía que te *gustaguía venig* aquí. —Anne le dedicó una sonrisa sincera. Tenía unos profundos ojos negros que lo hipnotizaban. Los labios eran gruesos y la nariz respingona le daba a su rostro un cierto aire de ingenuidad de la que carecía. Se sentía atraído por su peculiar belleza.

—*Ahoga* tenemos que *dagnos pgisa*, no *quiego* que Gérard se sienta desplazado. Nos *espega* en la rue Vieille du Temple, que me encanta: es una de los *lugagues* más chic de París.

No volvería a decirle que deseaba estar a solas con ella, sabía que de nada serviría. Anne siempre afirmaba que tener amigos era un privilegio, pero era una virtud saber conservarlos. Ella estaba orgullosa de todos ellos.

Caminaron hacia el barrio del Marais, una de las zonas más atractivas de París. Centro neurálgico de la comunidad gay. Gérard estaba en la puerta del café La Perle, acompañado de dos jóvenes, un chico rubio y una joven pelirroja. Parecían recién salidos de un anuncio publicitario: iban impecablemente bien vestidos.

Anne los abrazaba y besaba como si hiciese meses que no les veía.

—Ella es Dominique y él es Eric, y acaban de llegar del sur de Italia. Están ayudando a Gérard con su nuevo negocio. Se dedican al mundo de la moda, y tienen su propia agencia y negocio.

—¿Alguno habla mi idioma? —preguntó Terio enarcando su ceja izquierda.

Ambos sonrieron casi al unísono: parecían haberse puesto de acuerdo. Hablaban mal el castellano, pero trataron de interesarse por él, por su trabajo, sus gustos, en general parecían bastante amables.

Sus conocimientos sobre España parecían reducirse a los nombres de Vittorio & Luccino, Adolfo Domínguez o Balenciaga.

El frío se dejaba notar conforme caía la tarde. Entraron en aquel bar, y Terio se sorprendió por su aspecto un tanto cutre. El mobiliario parecía sacado de un bar de pueblo, bastante anticuado teniendo en cuenta la gran afluencia de gente moderna que parecía darse cita en aquel local.

—*Teguio,* ¿te *paguece extgaño* este *bag?*

—No, es solo que no le veo el encanto parisino por ninguna parte. Añadió algo cansado.

Anne se echó a reír mientras traducía a sus amigos lo que acababa de decir.

—La Perle es el *lugag* de moda —dijo Dominique en un horrible castellano.

Aunque lo verdaderamente extraño era que casi todo el mundo allí era guapo y todos iban vestidos a la última.

Eric le explicó sin soltar su iPhone que La Perle era ya famosa antes de que John Galliano montase allí su numerito.

—¡Es muy *cool!* —añadió Dominique mordisqueando la guinda de su bebida.

Terio se aburría observándoles a todos. Le resultaba extraña la forma en la que Dominique hablaba con Anne. Le mostraba diversos bocetos que llevaba en su cuaderno y le acariciaba el cabello entre risas y bromas que él no entendía. Anne parecía ignorarle, estaba absorta observando aquellos dibujos. Eric se limitaba a hablar por teléfono sin parar, y cuando dejaba de hacerlo, era exclusivamente para hablar de sus proyectos y de todas las personas influyentes a las que estaba conociendo.

El tiempo pasaba y Terio comenzaba a bostezar. Anne propuso cambiar de bar. Eligió un bar de ambiente, ya que suponía que allí todos sus amigos se sentirían más cómodos. Tanto heterosexuales como homosexuales se mezclaban con total naturalidad.

Dominique prefería la rue des Eucoffes, la zona lésbica por excelencia.

Bebieron, bailaron y a excepción de las miradas de Dominique a Anne, la noche transcurría con relativa normalidad. Gérard intentaba acercarse a Terio, pero él sabía esquivarlo con soltura.

Terio estaba realmente cansado, había sido un día muy largo para él, así que pidiendo disculpas, propuso que le llevasen a casa.

Iba sentado en la parte trasera del vehículo, justo entre las dos chicas. Eric conducía y a Gérard, que había bebido más de la cuenta, casi se le oía roncar.

Dominique jugueteaba con la bufanda y el cabello de Terio. A Anne parecía no importarle.

Al llegar intentó hablar con Anne, pero la casa estaba demasiado concurrida y prefirió ir a quitarse toda aquella ropa: le apetecía enormemente darse una ducha. Gérard estaba allí, en mitad de la cama, tumbado boca arriba durmiendo la borrachera. Era una escena algo cómica. Se había dormido abrazado a Eric, que continuaba hablando por teléfono. Parecía un apéndice de la oreja.

Salió de allí y se dirigió al otro dormitorio. Todo le daba igual. Pensaba dormir, dormir como un bebé: los ojos se le cerraban y estaba empezando a dolerle la cabeza. La luz se apagó a su espalda y sintió cómo le acariciaban la espalda con suavidad. Unos labios húmedos le besaban tibiamente el cuello.

—Anne, no estamos solos —dijo entre susurros.

Se giró para besarla y comprobó que se trataba de Dominique. Estaba completamente desnuda. Él la miró de arriba abajo sorprendido. Sin duda tenía un cuerpo escultural, y cualquier otro hombre en su lugar no la hubiese rechazado, pero él no era de esa clase de hombres. Sin ser grosero trató de soltarse de los brazos. Anne entró en la habitación. Llevaba ropa interior negra y zapatos de tacón algo. Caminó hasta la cama sin dejar de mirarle y se tumbó en ella. Le pidió que se tumbase junto a ella. Dominique se acercó a Anne en una actitud juguetona, como en el bar. Anne reía mientras Dominique le desabrochaba el sujetador y le acariciaba los pechos. Anne abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un artilugio. Todo estaba en penumbras, pero Terio pudo advertir que se trataba de un enorme pene rosado. No podía dar crédito a lo que estaba viendo, se lo tenía merecido. No sabía exactamente si pretendían excitarle o reírse de él.

Eric entró en la habitación. Gérard se había quedado dormido y él se aburría enormemente. Vestía ropa de cuero negro, llevaba un corsé abierto por detrás que dejaba al descubierto las nalgas, unos guantes con tachuelas, una gorra con visera y una fusta.

—No, por ahí sí que no paso, Anne. Me parece muy bien todo este rollito gay, pero conmigo no cuentes. No tenía ni idea de que fueses bisexual; podías habérmelo dicho, al menos. No creas que voy a escandalizarme, solo que no me siento cómodo.

Anne parecía asombrada, y le pidió que se quedase, que no se marchase. Estaba segura de que aquello le gustaría. Ella acababa de descubrir nuevas experiencias y quería compartirlas con él.

Terio no dijo nada más, cogió su equipaje todavía sin abrir y se marchó.

No sabía si habría vuelos en las próximas horas a Madrid, pero prefería dar vueltas o tal vez esperar en el aeropuerto. La madrugada lo entristecía, y además estaba muy cansado y ni siquiera había podido ducharse. Tomó un taxi hasta el aeropuerto.

No sabía por qué siempre se dejaba llevar por los impulsos. Ya

tenía edad de cambiar. Era cierto que quería verificar sus sentimientos, pero en su fuero interno sabía que no había nada. Anne era diferente a él, no había la menor duda. Se sentía cansado, pero no era solo el cansancio físico, sino más bien espiritual. Se sentía solo, necesitaba alguien con quien compartir sus días y sus noches. Tal vez Lourdes tenía razón. Alguien que lo comprendiera, que fuera un bálsamo en su soledad, que aceptara sus rarezas y lo acompañara en su camino. Echaba de menos a sus padres. Su madre había sido su pilar, su asesora, su estímulo para estudiar. En estos momentos tenía una necesidad imperiosa de volver al refugio de su hogar, de contarle a su madre sus dudas y anhelos, abrazarla y besarla, decirle cuánto la quería, sentarse a la mesa con ellos y comer sus deliciosos guisos. Su añorado hogar. Se acercaba la Navidad, la época favorita de su madre. Lo notaba en su corazón, y le dolía no poder correr al encuentro de ellos y olvidar su fracaso con Anne. Se sentía como un niño, perdido. Era muy mayor, sin duda, pero los sentimientos son como niños en nuestro corazón.

Llegó al aeropuerto. Por suerte a las siete salía un vuelo para Madrid. Faltaban un par de horas, en las que se tomaría un café tranquilamente y trataría de descansar sin pensar en nada más.

«En cuanto llegue a Madrid —pensó—, me voy a Salamanca con mi familia». Esa decisión lo animó y pudo dejar a un lado la noche tan surrealista que había pasado. Sacó un libro del compartimento exterior de su maleta —poesía del Siglo de Oro— y se dispuso a tomar café. Abrió una página al azar: Lope de Vega, tan acertado como siempre:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo
Porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Cerrar el círculo

Julia sentía el dolor de Sara, la comprendía, y tarde o temprano tendría que ir a verla, enfrentarse a su mirada, la misma que había imaginado una y otra vez mientras leía. Tenía que salir un rato y despejarse, pero debía saber, cerrar el círculo, completar su biografía con esta pieza nueva que apenas conocía. Cogió otro sobre al azar.

«El último por hoy —pensó— tengo que hacer cosas, me voy a quedar anquilosada como no salga.» Abrió con delicadeza uno de los sobres que su padre había guardado primorosamente en el cajón y leyó:

> *Secretos y mentiras, como la famosa película inglesa, así ha sido mi vida. Todo mi mundo ha estado imbuido de una falsa apariencia. Recuerdo aquella primera vez: era tan inocente mi entrega, me creía tan mujer y era una muñeca recién estrenada oliendo a candor. Ahora que oscurece en mi horizonte, que se apagan las falsas luces del escenario, miro a lo lejos, desde la distancia, y no distingo ese amor que me hizo perder la cabeza. Veo admiración hacia el hombre que me poseyó, veo la avaricia de sus dedos, el deseo de poseer un cuerpo hermoso y joven, nada más; nunca hubo nada, y yo pensando que había alcanzado una estrella, sin ser consciente de que solo era una triste estrella fugaz.*
>
> *Secretos y mentiras, de ellos hacia mí y de mí hacia ellos. El juego no lo empecé yo, se me impuso y acepté las reglas, y ya no importa quién empezó la partida; lo que realmente importa es que yo acepté las normas y me subí al carrusel de la frivolidad. Me negué a mí misma, me ensucié el corazón para que la turbiedad no dejara que viera mi mísera vida llena de oropeles. Cuánta fantasía, cuántos juegos de sociedad, cuánta hipocresía soportada. He vivido, jamás podré negarlo, he sido adorada como una estatua, sin tener que entregar mi alma a nadie, sin que nadie solicitara esa entrega, pero ahora veo mis alforjas vacías, sin tesoros que acariciar, sin nadie que me recuerde con amor; solo queda la vanidad del ego. Ya no me basta, no me puedo conformar con mi vida, no puedo irme de ella sin*

sentir que he pasado por su camino acompañada por los sentimientos. Quiero recibir un último abrazo, quiero sentir que alguien me nombrará con una sonrisa en los labios, cuando me haya ido…

Julia sintió ganas de llorar. Iba a terminar mal de la cabeza. Le apetecía despejarse un rato. Decidió arreglarse y dar un largo paseo. Se vistió de manera informal. Cogió de su viejo armario unos vaqueros y un suéter morado, su abrigo beis, que era muy cómodo y abrigado, unas buenas botas, y lista. Le apetecía caminar sobre el suelo nevado. Se acordó entonces de su gorro de lana, aquel que su madre le había tejido a juego con una bufanda, hacía ya algunos años. Tenía rayas anchas de diversos colores. Se fue a su dormitorio y revolvió en los cajones; ya estaban un poco revueltos, como solía tenerlos de pequeña: era algo que la acompañaba, el desorden. Su madre la reñía, pero siempre acababa ordenándoselos. Encontró justo lo que buscaba, siempre lo hacía. Se miró en el espejo y reconoció a la jovencita estudiante que solía llevarlo. Cogió las llaves y salió de casa. Echó un vistazo a su alrededor: no había nadie en la planta, así que decidió bajar deslizándose por el pasamanos de la escalera. Llevaba una amplia sonrisa dibujada en la cara, como cuando era niña.

—Veo que las viejas costumbres no se olvidan. —Juan salió de detrás de una preciosa palmera—. Estaba quitando algunas hojas secas, que este frío no le sienta bien a mis plantas, ni a nadie.

—Hola, Juan, tiene usted razón, por lo de las costumbres. Desde que llegué he estado tentada de hacerlo, pero hoy me he atrevido —dijo sonriendo.

—Me parece bien. ¿Vas a visitar a tu madre?

—No, hoy me apetece pasear. Mamá estará bien sin mí. No quiero agobiarme más de lo necesario.

—Haces bien. Hoy hace un bonito día; frío, pero bonito. Tal vez salga yo también a pasear a mediodía, que hoy no como con María. ¿Sabes?, está demasiado atareada.

—Sí, las mamás casi siempre lo están. Que tenga un buen día, hasta luego.

—Hasta luego, bonita. ¡Diviértete!

—Intentaré hacerlo —dijo cerrando la puerta tras de sí.

Caminó por la larga avenida. Iba distraída, relajada, y miraba los escaparates decorados para la Navidad. Recordaba su infancia y su juventud, pero sin sentirse triste ni deprimida. Cuando llegó al parque de la Alamedilla se sentó en uno de los bancos, a ver los niños jugar. Ella no había tenido niños. Le gustaban los críos, pero Fernando y ella nunca se plantearon tenerlos. Fernando siempre decía que les restarían tiempo a sus vidas, y ella como de costumbre asentía a todo lo que él decía.

Se encontraba bien, mucho más relajada que cuando llegó. Tenía intención de comprar algunos regalos y era el día perfecto, sin prisas, sin horarios y sin nevada.

Sin darse apenas cuenta se encontró cerca de Sáez & Patiño, y decidió saludar a Alfonso y ver qué tal iban las cosas por allí.

Al entrar, Alfonso se sorprendió gratamente.

—¡Julia! ¡Mira, tenía el teléfono en la mano para llamarte! ¿Me has leído el pensamiento?

—¿Ocurre algo?

—Bueno, no es nada urgente, pero quería darte el recado en persona, mañana me marcho unos días con Luisa a las nieves y voy a desconectar todos los teléfonos habidos y por haber —dijo sonriendo amablemente. Alfonso era muy bromista cuando se relajaba—. Así que pasa a mi despacho —añadió cediéndole el paso.

—Me tienes intrigada.

—Anda, siéntate. Coge un bombón que están riquísimos —dijo mientras le acercaba una pequeña bandeja de plata llena de dulces.

—Gracias. Dime de qué se trata.

—Verás, estos bombones los trajo ayer tu abuela Sara. Es una señora muy elegante. Me pidió que te informara de que esta mañana temprano salía de viaje a Suiza, pero regresará. Sabe que necesitas tiempo.

—¿Qué te dijo, cómo es?

—¿Quieres que te diga la verdad?: es misteriosa, pero sencilla a la vez y muy guapa a pesar de sus años. No me dio muchas explicaciones, dice que a estas alturas ya te habrás hecho una imagen de ella y quiere que medites todo antes de tomar una decisión. No quiere que te sientas coaccionada.

—Alfonso, dime, ¿te habló alguna vez mi padre de ella?

—Verás, algo me comentó. Yo sabía que durante años tu abuela biológica había hecho lo imposible para acercarse a vosotros, aunque yo desconocía que fuese vuestra abuela; pensaba que tal vez se trataba de un pariente lejano…, pero tu madre nunca quiso saber nada. Pasó el tiempo y… en fin, tu madre enfermó y tu padre cambió. Estaba más irritable que de costumbre, ya sabes; él era muy tranquilo, pero quería evitar que tu madre se alterase. Tú eres quien debes conocer la historia, aunque yo desconozco esa parte. Solo sé lo que te he dicho. Pero cuando lo pienso…

—¿Qué?

—Cuando pienso en toda esta historia, para mí extraña, me asaltan dudas. No sé por qué todo se mantuvo en secreto, por qué tu padre, siendo mi amigo, nunca me habló apenas nada…

—Alfonso, tal vez algún día pueda decirte qué pasó, pero ahora no sé demasiado, me faltan datos. ¿Te dijo Sara algo más?

—No, pero es una mujer muy paciente, bastante culta y por lo que veo muy rica. Pero eso es lo que menos importa. Creo que deberás valorar sus sentimientos, creo que es sincera, pero es solo mi opinión.

—Gracias, Alfonso, espero que te diviertas allí donde vayas a pasar estos días.

—Me voy a Granada: no es ningún secreto para ti, pero si ves a Luisa no le digas que te lo he dicho. ¡Ah!, llevaré mi móvil, pero tampoco se lo digas.

—¡Eres malo! Anda, dame un beso, que tengo que hacer unas compras y tal vez coma algo antes de regresar a casa.

—Mi pequeña Julia —dijo abrazándola—. ¡Cuídate!, que te veo muy sola.

—No creas, no paro de recibir llamadas y precisamente necesito tranquilidad. No te preocupes, lo haré, me cuidaré; gracias y felices vacaciones. Le guiñó un ojo y salió de allí feliz. Sentía que cada vez que alguien le hablaba de Sara, más le gustaba aquella mujer.

***

Sin duda, fue el mejor viaje en avión que había hecho jamás. Había dormido las dos horas del trayecto de manera ininterrumpida y se despertó justo en el momento de tocar tierra.

A su lado había una señora muy mayor que lo miraba sonriente. Terio sintió cierto reparo, pues pensó que tal vez se había pasado el viaje roncando.

—Buenos días, señora —dijo colocándose bien el cabello.

—La señora se limitó a sonreírle y continuó buscando algo en su bolso.

Él se levantó de su asiento y salió de allí más animado que cuando subió.

Cogió un taxi hasta casa. Lo que más le apetecía era darse una ducha y descansar. Eran las diez y veinte de la mañana. Pensó que si, en una hora más o menos, salía y conducía hasta Salamanca, probablemente llegaría sobre las dos.

Decididamente haría eso. Ya tendría tiempo de dormir.

Antes, llamó a su amigo Simón.

—Hola S —a veces lo llamaba de ese modo desde su época del instituto—. Te llamo porque me voy a Salamanca, he decidido pasar estos días en casa con la familia.

—Pero ¿qué es eso? ¿Tú dando explicaciones de que te marchas? ¿Qué mosca te ha picado? Lo que te dije: estás mayor. Ayer te llamé y no había cobertura. ¿Dónde te metiste?

—Para, para, no me interrogues, que estoy muy cansado para preguntitas.

—¿Qué te ha ocurrido?

—En el aeropuerto, cuatro veces entre ayer y hoy. Viajé a París y ya estoy de regreso. Menudo gasto inútil, por no hablar del cansancio.

—Pero ¿qué oigo? ¿No me dirás que has ido para tener una bronca con Anne?

—Da igual. Bronca ninguna, pero… ya hablaremos a la vuelta; pero tenías razón, me estoy haciendo mayor. ¡Dale besos a todos! y dile a Lourdes que tiene razón también. Te llamaré.

—Pero… bueno. Nada hombre, no entiendo tu llamada…

—Solo quería saber que estabas bien, ¿es malo?

—Algo te ha debido pasar, pero sea lo que sea, me alegro de que estés bien. Un beso, tío.

Colgó su teléfono móvil, se dio una buena ducha y sin más se marchó con aquel mismo equipaje sin deshacer que había paseado por medio París.

A pesar de todo, el trayecto no le pareció largo, tal vez porque podría hacerlo incluso con los ojos cerrados.

Dejó su automóvil en el mismo aparcamiento de siempre, cerca de la plaza Anaya. María vivía en la misma casa en la que habían vivido con sus padres desde que nacieron. María era una sentimental y no quiso deshacerse de ella. Cuando conoció a Ignacio, decidieron hacer algunas reformas y quedarse allí para siempre. Era una zona privilegiada, donde sin lugar a dudas se podía disfrutar de su marco histórico. Una gran plaza abierta junto a la catedral vieja. Siempre llena de gente, puestos de comida y de souvenirs…

Terio llamó dos veces, como era habitual en él, pero no se oía nada tras aquella elegante puerta de madera y cristal. Era una de esas puertas que en el lateral tienen un complemento acristalado y cubierto en el interior con estores en color crudo. A Terio le parecía poco segura, pero María adoraba el cristal. De pequeña coleccionaba figuritas de cristal transparente, algunas en color, aunque esas no le gustaban tanto. Él se divertía escondiéndolas en los cajones. También le gustaban las bolas de cristal de aumento con un paisaje en el interior. Terio había comprado una en el aeropuerto con la Torre Eiffel en su interior. Seguro que le gustaría.

Llamó nuevamente dos veces, pero no había nadie. Entonces decidió llamarla por teléfono.

—María, soy yo, estoy aquí, en casa. ¿Me oyes? ¿Qué es ese ruido?

—¿Qué? ¡Como siempre, no avisas y apareces! —dijo bromeando con su hermano.

—No te oigo bien. ¿Dónde estás?

—Si te viene bien vas con el tío y lo recoges. Ignacio y yo estamos en el colegio, con los niños. Hoy tenemos una comida de Navidad con

todos los críos. Hay mucho escándalo aquí y no puedo oírte con claridad.

—No te preocupes, luego nos vemos.

Hubiese deseado poder entrar en la casa y tumbarse en la cama que su hermana le tenía siempre reservada. La de su dormitorio de siempre. La vivienda era lo suficientemente espaciosa como para que María se hubiese permitido el lujo de dejar tal cual el dormitorio de su hermano.

Terio no se enfadó, pero sentía como si todo el mundo a su alrededor siguiese un maléfico plan para no dejarlo descansar.

***

Cuando Julia acabó de hacer algunas compras, miró su reloj: eran casi las dos. Un agradable olor a pastel de carne recién horneado llegaba desde algún local cercano. Eso la hizo frenarse en seco, y casi tropezó con una joven y acaramelada pareja que contemplaba el escaparate. Algunas veces era algo patosa. Había salido de casa sin desayunar y tenía muchísimo apetito. Comprobó que se trataba de un restaurante donde servían «comida para llevar». No lo pensó dos veces y compró un pastel de ternera familiar. Pensó que así no tendría que cocinar durante un par de días. La lectura la tenía demasiado atrapada. Aquel pastel olía exquisitamente bien, con sus deliciosas verduras picadas y aquella salsa oscura con la que regaban la carne, y dándole un ligero toque algo picante. «Ummm, delicioso», pensó.

Recordó que en cierta ocasión había comido allí con Tomás y Fernando. Su ex nunca llegó a sentirse cómodo con su hermano . Mientras envolvían la comida, se acordó de Juan: podría invitarle a comer. Tal vez recordase algo más. Después de todo había trabajado allí muchísimos años.

Pagó y recogió su paquete. Se dio una vuelta a la bufanda y se dirigió a casa a paso ligero.

Al entrar en el portal se quedó petrificada: allí estaba él. No sabía qué le pasaba pero el corazón se le aceleró. «¡Dios mío, qué guapo es, este hombre me pone nerviosa!», pensó.

Le dio rabia, ya que notó cómo sus mejillas se sonrojaban; no le gustaba ruborizarse porque se sentía una colegiala. «¿Por qué tendrá que ocurrirme esto?»

Julia sabía que no podía quedarse como una estatua en la puerta, así que entró en el momento en el que Juan se ponía su abrigo.

—Hola, Julia. ¿Conoces a mi sobrino, verdad?

—Sí, nos conocimos no hace mucho, aunque la última vez que la vi andaba muy mojada —dijo Terio bromeando.

Julia no supo qué decir.

—¿A qué huele tan bien?

—Acabo de comprar un enorme pastel de carne y pensaba invitarle a comer. Está realmente delicioso, pero si ya se marchaban…

—Si tienes un trozo para mí, me muero de hambre —dijo Terio sin pensarlo dos veces.

Ella se alegró de su manera tan directa de aceptar la invitación.

Subieron a casa y Julia preparó la mesa. Estaba algo nerviosa, pero le agradaba la compañía de aquellos dos hombres. Terio observaba la casa con interés, y también a Julia. Era una mujer hermosa: tenía un rostro de rasgos muy delicados y era menuda pero muy atractiva. Desde que la vio por primera vez, le había llamado la atención el color de ojos tan poco habitual —eran de un verde esmeralda, muy puros—, y no solo el color, también le atrajo la mirada tan limpia y dulce que tenía.

Juan contempló a su sobrino y descubrió algo que ni Terio sabía. La atracción era muy evidente a ojos de su tío.

Terio apreció la biblioteca de Julia y con un gesto pidió permiso a su dueña para echarle un vistazo.

—Es de estilo inglés —dijo Julia.

—Ya, son unos muebles imponentes, pero me llama mucho la atención la colección de libros tan ecléctica que tenéis. —Había muchos volúmenes de temas jurídicos, aunque también literatura clásica, poesía y filosofía, novelas de actualidad… No sabía dónde posar la mirada. Como buen lector pasó sus dedos ávidamente por cada rincón, ojeando aquellos libros que le llamaban la atención—. Julia, perdona mi curiosidad: soy muy maleducado cuando de libros se trata.

—No te preocupes: tengo la misma debilidad que tú. Si quieres llevarte alguno, no tienes más que cogerlo; pero ahora toca descorchar el vino. ¿Te parece bien un Ribera del Duero?

—Ya lo hago yo, niña —dijo solícito Juan.

—¡Vale, Juan! Mientras prepararé unos entremeses y una ensalada. Tardo poco. Sigue mirando los libros si te apetece; luego te tocará quitar la mesa, ¿vale? —Julia sintió que se ruborizaba de golpe. Este hombre producía en ella una turbación muy intensa, y no atinaba a pensar con claridad. Dudando qué hacer, se fue a la cocina.

Terio repasó la biblioteca y después se detuvo minuciosamente en cada rincón que podía ver desde allí. La casa era sobria pero muy alegre. Se notaba en la decoración la mano de una mujer inteligente y culta. Cada detalle parecía puesto con espontaneidad, aunque en conjunto el salón era un sitio muy acogedor, daba la sensación de hogar. Pensó que los habitantes de aquella casa habrían tenido muchos momentos dichosos. Las cortinas dejaban pasar la luz, y por un momento se sintió como si perteneciera a aquel lugar. Pensó en

Julia. Su tío le había puesto más o menos al corriente de los malos momentos por los que pasaba la familia. Siempre había hablado de don Tomás con mucho afecto. Esa mujer tenía algo que le cautivaba, pero después de lo de Anne, no quería complicarse más la vida.

Se dirigió a la cocina.

—¿Puedo ayudar? —preguntó tímidamente.

—Ya casi estoy. Si quieres, termina de aliñar la ensalada. Le he añadido nueces… no sé si os gustará.

—Tiene que estar buenísima. —Sonrió—. ¿Qué le falta?

—Solo el aceite. Ya le he puesto sal y algo de vinagre.

—Así que eres abogada —dijo Terio mientras echaba aceite generosamente sobre el bol.

—Eso dicen…

—¿Laboralista? ¿Divorcios? ¿Penalista?

—Bueno, un poco de todo, aunque lo que mejor se me da es el tema de menores infractores. Tenemos un pequeño equipo, incluida una psicóloga para que nos eche una mano con estos chicos. Es la parte más interesante de mi trabajo.

—Yo también trato con jóvenes, solo que no son tan complicados.

—¿Ah, sí? ¿Qué haces?

—Básicamente enseñarles a apreciar la literatura. Es un poco frustrante algunas veces, porque a la mayoría de los que leen algo no los puedes sacar de Harry Potter.

—Por algo se empieza, ¿no? Siempre he pensado que lo importante es comenzar a leer, que después todos nos vamos decantando por un estilo u otro. Yo soy muy de las hermanas Brontë. No lo puedo evitar.

—Ya he visto que tienes casi todos los libros: *Jane Eyre, Cumbres borrascosas, El profesor*…

—Sí, lo cierto es que a mi madre le gustaba mucho y me inculcó su amor por ese tipo de novela. Desde entonces me atraen todos los escritores de la época victoriana. Ahora leo poco, pero siempre tengo algún libro entre manos.

—Buen entretenimiento… ¿Llevo esto a la mesa? Mi tío se estará preguntando qué estamos haciendo.

—Sí, ya voy yo también.

Julia terminó con los entremeses y se dirigió al salón. El vino estaba servido y sus dos invitados charlaban animadamente. No tenía mucho apetito, pero la ocasión merecía un esfuerzo.

Durante toda la comida, los tres hablaron de todo un poco, comieron y se tomaron el vino. Julia olvidó a Sara, a Fernando y todos los problemas que la embargaban. Tanto Juan como su sobrino eran personas muy inteligentes y de fácil conversación. No se tocó ningún asunto doloroso, y el atardecer se les vino encima sin apenas darse

cuenta. Juan fue el primero en levantarse para recogerlo todo. Así, como si siempre hubieran comido juntos, ordenaron la mesa y recogieron la cocina.

—Bueno, Julia, ha sido una comida estupenda —dijo Terio—. No sé con quién pasarás la Navidad, pero me gustaría que, si estás sola, te vengas con nosotros. ¿Verdad, tío, que es buena idea?

—Claro que sí. ¡Vente, niña!

—No sé, no tengo claro qué voy a hacer. Pensaba pasar la tarde con mamá en la residencia y después quedarme en casa tranquila… Mi amiga Gloria quiere que vaya a Madrid, pero no creo que lo haga. Son unos días muy duros para mí. Echo muchísimo de menos a mi padre, bueno, a todos…

—Por eso mismo, vente con nosotros. Mi hermana y mi cuñado son estupendos, y con mis sobrinos no tendrás tiempo de pensar: son unos diablillos.

—Si, niña, ¡piénsalo! No te quedes sola: tu padre no me lo perdonaría.

—Vale, lo pensaré y ya os digo algo. Tampoco sé si vendrá mi hermano para Nochebuena…

—Bueno, Julia, gracias por todo. —Terio se inclinó y la besó en la mejilla. Julia no esperaba verle tan cerca y el pulso se le aceleró.

—Gracias a vosotros: he pasado un rato magnífico.

Julia cerró la puerta sonriente. Estaba como una amapola, y no sabía si era el vino, la calefacción o ese hombre tan embriagador. Se quedó unos segundos acostada, pensativa, contra la puerta. Le hubiera gustado aceptar la invitación desde el principio, pero su timidez se lo había impedido. Por unas horas había aparcado todo cuanto ocupaba su mente. Terio tenía una mirada dulce y envolvente. Era como si acariciase todo lo que veía. Se sentía abrazada en la distancia. También miraba a su tío de esa manera, así que descartó que se hubiese fijado en ella de una manera especial. «Son personas muy entrañables», pensó.

Daría un largo paseo hasta la residencia y después retomaría el diario de Sara. Se refrescó un poco, se peinó y se dispuso a salir.

Se asombraba de sí misma. Últimamente cambiaba de opinión frecuentemente. Al levantarse por la mañana había decidido no visitar a su madre y, de repente, le habían entrado unas enormes ganas de hacerlo. Tal vez tenía necesidad de hablar con alguien, de contar lo bien que se sentía después de meses de desequilibrio. Su madre…, ahora era la persona menos indicada. Recordaba que cuando era muy jovencita se sentaba en su regazo y le contaba todo lo que pasaba por su cabeza, por disparatado que fuese. Con el tiempo, su madre fue cambiando y había temas que no podía tocar, especialmente si se trataba de Fernando. Cuando le decía que sospechaba que él la

engañaba, ella le contestaba «Tonterías, Julia; te quiere mucho, es solo que está muy ocupado», y continuaba sus tareas sin prestarle mayor atención. Era como si necesitase que todo estuviese en orden, todo en su sitio, cada vida, cada matrimonio, cada familia… Julia pensó que tal vez su madre había vivido atormentada por aquel desequilibrio emocional que supuso conocer a su madre y no tenerla. Querer a unos padres que no eran los suyos. ¡Quién sabe! Eran preguntas que nadie podía contestar. Probablemente Sara conocería toda la verdad.

Al salir del portal notó el frío sobre su rostro, y eso le hizo sentirse muy bien, pues con Terio se había acalorado bastante. ¿Qué le ocurriría con él? Sin duda le había impactado lo suficiente como para perturbarla de aquella manera… Durante todo el trayecto pensó en él. ¿Tendría pareja? Probablemente; sería muy extraño que un hombre tan guapo no estuviese pillado, se dijo. Tendría a alguien, seguro. Le gustaba cómo llevaba el cabello: algo largo, no demasiado, lo justo para darle ese toque de bohemio que le encantaba. Luego se recriminó por pensar tanto en él. Cuando se divorció, hacía tan solo unos meses, le había prometido a Gloria que nada de hombres. Formarían el club de las mujeres solitarias. Sonrió. Gloria era la menos indicada: cambiaba de pareja más que de zapatos. Pensó en ella: la echaba mucho de menos. ¡Estaba tan acostumbrada a hablar con ella cada vez que le ocurría algo nuevo!

Cuando llegó a la residencia, su madre estaba dormida. Había tenido un día algo alterado.

—No te preocupes, Julia; anoche apenas durmió y hoy estaba nerviosa, así que le hemos dado su medicación —dijo Javier sosteniendo las manos de Julia entre las suyas, intentando tranquilizarla.

—Pero el doctor ya había modificado la dosis, ¿no es cierto? ¿Estás seguro de que solo se trata de eso?

—Sí, y continúa igual, no está peor. Pero ya deberías saber que hay días en los que… ¡Vaya que esto es así!

—Sí, Javier, no te preocupes; de repente he pensado que había tenido alguna crisis fuerte y tratabas de suavizarlo.

—No, eso nunca: te lo diría. Pero ya que has llegado hasta aquí y veo que tienes las manos heladas, ¿te apetece un café o un té? Tenemos unos pasteles deliciosos que ha traído una compañera.

—No, gracias, eres muy amable; casi acabo de almorzar y estoy que no puedo más. Recordaré llamar antes de venir, la próxima vez.

—¡Claro!, así no haces el viaje en balde. De todos modos hay algo que sí te quiero comentar, aunque no es mi intención preocuparte.

—Dime.

—En ocasiones he notado que le cuesta masticar. Lo he puesto en conocimiento del doctor y nos ha pedido que le demos una dieta

blanda. Tememos que pueda atragantarse; no es siempre, pero hay que tener cuidado.

—¡Dios mío…!

—Verás, sé que es duro para ti, pero debes saber que es bastante frecuente en estos enfermos. Mañana puede ser diferente y que se encuentre mejor. Solo creí que tenías que saberlo.

—Gracias por todo. Sé que sois estupendos y que estáis pendiente de ella… Esto es tan duro para mí. No sé qué puedo hacer.

—Justo lo que estás haciendo. Bueno, tengo que dejarte: el deber me llama.

—Gracias, Javier.

Se aseguró de que dejaba la puerta bien cerrada, miró tras los cristales y un sentimiento de tristeza nubló su mente.

Las calles estaban adornadas, había luces, árboles, puestos de golosinas y de juguetes. También había un grupo de niños cantando villancicos. Igual que cuando era pequeña. Creía que los críos del siglo XXI habían dejado de hacerlo, pero al parecer, a algunos les gustaba retomar las viejas costumbres.

No sabía qué haría en Navidad; probablemente aceptaría la invitación, aunque se llevaría un verdadero chasco si Terio apareciese acompañado de alguna mujer. Otra vez él. Trató de olvidarse de todo.

Le gustaba mucho estar en casa, aunque hasta ese día no había reparado en que era cierto. Tenía un gran número de libros y todos bastante buenos. Le gustaba cogerlos, olerlos, acariciarlos. Ahora, con las nuevas tecnologías, parecía que los libros de papel estaban desapareciendo.

Decidió telefonear a Gloria. O tal vez no: era probable que aún no hubiera acabado la sobremesa con Patricia. Sería mejor esperar a que fuese ella quien llamase.

Rápidamente fue a buscar el diario, se puso cómoda y buscó la página en la que había dejado de leer:

20 de julio de 1952

Querido diario: me siento un poco extraña en este lugar, aunque es una casa realmente preciosa y Florence es muy buena conmigo. Lo que ocurre es que han sucedido muchas cosas en mi vida en muy poco tiempo. Muchos días estoy triste porque pienso en mi pequeña, a la que no pude ver, y me entristece demasiado recordar aquella noche; hacía tanto frío y era tan pequeñita… Otras veces me atormento pensando en lo que decía sor Ángeles de que ha sido un castigo divino y Dios se la ha llevado. Florence dice que no haga caso a esas tonterías de castigos divinos, que si eso fuese así, todas las personas verdaderamente malvadas estarían sufriendo, y eso, añade, «no es así en absoluto, querida». También me dice que soy muy joven, que tengo veinte años y seguro que la vida me dará hijos, si yo quiero tenerlos, porque ella no los tiene y es muy feliz. Yo solo pienso en mi pequeña. Algunas noches imagino que la tengo junto a mí y me abrazo a la almohada, pensando que está a mi lado. Algunas noches lloro y Florence se acerca a mí y me besa en la frente. No dice nada, pero su presencia me reconforta.

La nueva casa a la que nos hemos mudado está en el número 92 del Paseo de Gracia. Se trata de un edificio precioso y muy lujoso. Como todo lo que tiene Florence.

Me ha dicho que mis padres se pusieron en contacto con ella, aunque no me nombraron. Tal vez sospechaban que Florence podía saber algo. No entiendo por qué siempre quieren ocultarlo todo.

Florence prefiere que vivamos en este lugar. Insiste en que hay que pensar en todo, y si a mis padres les da por hacerle una visita sorpresa, no nos localizarán.

Me ha contado que este edificio lo diseñó Gaudí. Yo había estudiado que se trataba de un arquitecto catalán modernista, pero ahora he aprendido que tenía un gran sentido de la geometría y del volumen, y tanta imaginación, que hacía sus obras mentalmente y luego hacía maquetas en lugar de planos. Lo veo bastante divertido, todos esos edificios en miniatura. ¡Florence sabe de todo! Lo que más me gusta del edificio son sus formas ondulantes, que me recuerdan el mar. Y por cierto, ya he visto el mar desde el coche. Pronto iremos a la playa, primero aquí en Barcelona y más adelante haremos un viaje.

Vivimos en la segunda planta. Hay un gran patio de luces nada más entrar en el edificio que me produce muchísima alegría. ¡Es tan luminoso! Ahora tengo que dejarte, precioso diario: Roberto acaba de llegar. ¡Ah!, Roberto es un profesor que me está enseñando a tocar el piano. Es muy divertido y me hace pasar ratos muy agradables que me ayudan a evadirme de mi tristeza. Eso dice Florence. También quiero seguir leyendo. Florence me ha dado un libro que es su favorito, se llama *Moll Flanders* y por ahora me gusta bastante.

5 de agosto de 1952

Querido diario: no puedes imaginar la cantidad de cosas que hago. Anoche Florence me llevó al teatro del Liceo, que es un exclusivo club privado para hombres, pero también para sus viudas. Al parecer, el difunto marido de Florence la llevaba a menudo.

Vimos una ópera de Richard Wagner que se llama *Sigfrido*. Tenía tres actos. El tenor es un señor alemán, Max Lorenz, y posee una voz muy potente para lo pequeña que tiene la boca. Cuando se lo dije a Florence, se rio mucho, aunque intentó disimular su risa, colocando su bonito abanico de encaje delante de su rostro: verla así me recordó la escena de alguna película. La señora que cantaba era Gertrude Grob Prandl. Me ha costado mucho esfuerzo pronunciar su nombre. Es una soprano vienesa, de la que me gustaba su corte de pelo; quisiera llevarlo igual, pero Florence siempre me dice que tengo una melena muy bonita para cortarla. Estoy aprendiendo mucho y tengo unos vestidos preciosos, pero no sé cómo voy a pagarle todo esto. Ella asegura que tiene tanto dinero que se morirá sin haber gastado la cuarta parte de su fortuna. A su lado, me siento como una princesa. Le he contado que hice mermelada de rosas en el convento. Se echó a reír. Dice que me he obsesionado con esa confitura, que no me preocupe, que ya me comprará algunos botes; pero le he dicho que no, que prefiero hacerla yo misma. Dice que estoy loca pero que adelante, que dé rienda suelta a mi creatividad.

19 de agosto de 1952

Querido diario: no sabes lo triste que he estado, aunque hoy estoy mejor. He hablado con Florence de mis sentimientos y ha decidido que va a acompañarme al convento de Salamanca. Quiero escuchar por mí misma las palabras de las monjas con las que estuve durante todo ese tiempo, antes de emprender un viaje por Europa y tal vez por América. Le he dicho que quiero despedirme de Julia, mi querida amiga, mi confidente, que es para mí la hermana que nunca tuve. Sé que es un poco peligroso, pero Marcial la recogerá y nos veremos en algún lugar tranquilo. Florence me escucha, sabe que lo necesito y es tremendamente buena conmigo; ya lo he dicho, pero no me canso de repetirlo. Como estaba tan triste, nos fuimos ayer a la playa: es preciosa. Paseamos y nos bañamos. El agua estaba riquísima, pero he de aprender a nadar; me da vergüenza decirlo, pero lo cierto es que no sé. En la playa se respira mucha paz, mirando el mar, tan azul, tan inmenso... Florence me compró un bañador en color turquesa, divino, pero dice que ya nos compraremos unos diferentes. Están muy de moda en América desde hace años, y se componen de dos piezas. Florence es muy moderna y tiene muy buen cuerpo.

Nos llevó Marcial, el chófer de Florence, pues ella tiene varios coches, aunque el que más utiliza es un Mercedes, con asientos de cuero y minibar. Todo es lujo a su

alrededor. Cuando le conté que me gustaría aprender a conducir, le pidió a Marcial que me dejase al volante; él al principio se sorprendió, que creo que le daba miedo, pero se dirigió hasta una calle poco transitada y me dejó llevarlo. Ha sido muy emocionante, y otro día repetiré. Marcial iba blanco de miedo y las dos nos reímos de él, que es muy simpático. Es malagueño pero no tiene demasiado acento andaluz. Florence dice que han viajado tanto que por eso no tienen acento de ningún lugar en particular y de todos un poco.

Al llegar a casa, Marcial dispuso en la cocina todos los ingredientes para hacer la mermelada; no me lo esperaba. Florence estaba muy feliz y me animó: «¡Adelante, todo tuyo, sorpréndeme!». Y la he sorprendido: se ha chupado los dedos.

30 de agosto de 1952

Querido diario: hace dos días que visitamos el convento. Me trajo muchos recuerdos recorrer mi ciudad. El convento estaba a pocos kilómetros de allí.

Me pareció tan triste aquel precioso patio y sus flores y su fuente… el sonido del agua… Otra vez su rumor me recordó al llanto de mi niña. Pero sí me alegró ver a sor María y a sor Isabel especialmente. Son muy buenas. Florence les dio un importante donativo para las obras sociales que realizan. Aunque yo creo que lo hizo también con otra intención: ella es muy hábil y tal vez pensó que así les refrescaría la memoria…

Ellas no sabían nada de mi bebé. Después se acercó sor Ángeles. Me contó que la noche en la que mi niña nació, el médico comentó que le costaba respirar. No pude resistirlo y comencé a llorar sin consuelo… Me dieron agua fresca del pozo y me senté en el mismo banco en el que aquel día sor María me escuchó por primera vez. Sor Isabel me explicó que mis padres nos sacaron de allí a toda prisa, asegurando que llevaban a la pequeña al hospital. Y eso fue todo. Ya no supieron nada más, hasta que Florence se interesó por la niña… fue muy triste oírlo.

Y ver a Julia… su carita, la misma que tenía de pequeña. No ha cambiado casi nada: su piel trigueña, sus ojos color miel… es tan buena. Confirma que mis padres sufren mucho desde que me marché, y que mi madre llora cada vez que la ve. Julia dice que no cree que tengan a la niña escondida, ya que ella los visita algunas veces y sería imposible ocultar a un bebé. Tampoco ha vuelto a ver a Ernesto; desapareció de allí y ni siquiera Teresa ni don Zacarías saben nada. Pero a mí eso no me importó, aunque mi cuerpo se estremeció al oír su nombre. No quiero pensar, no quiero sufrir más.

Florence me recuerda cada día que tengo que olvidar, pero me cuesta. La niña, Ernesto… ¡Podíamos haber sido tan felices los tres!… No creo que vuelva a amar a nadie igual que a él, aunque bien sé que no se lo merece. También le odio, intensamente. Florence me advierte que eso no es bueno para mí, pero es la verdad de mis sentimientos.

Mañana nos marchamos definitivamente de España. No sabemos cuánto tiempo estaremos fuera; ella afirma que hasta que me recupere. Me insiste en que tengo que empezar a cambiar, que debo dejar completamente atrás mi pasado.

Julia estaba perpleja. ¡Cuánto había pasado Sara y qué valentía reflejaba para ser casi una niña! No había nada más escrito en aquel precioso diario. Se quedó un poco extrañada; quería saber más, era imposible que la historia se quedase allí interrumpida. Deseaba llegar hasta el final. Cuando Sara regresase de Suiza quería tener todas las piezas del rompecabezas unidas. Tendría que hablar con Tomás y antes tendría que estar muy bien informada y preparada para el aluvión de preguntas que se le vendría encima. Sonrió al pensar que había puesto a su hermano de excusa con Terio y Juan. Sabía perfectamente que no pasaría la Nochebuena con él. Cerró los ojos y suspiró al mismo tiempo que pensó en Terio; no solía poner excusas a nadie, pero le daba vergüenza aceptar la invitación nada más

pedírselo, no habría dado buena impresión. Mejor lo pensaría después.

Cogió otro de los sobres que había encontrado:

Necesito certezas, necesito aferrarme a la solidez de sentimientos puros, necesito saber que me queréis. Sois mi familia, mi sangre, lo único real y sincero de mi vida, sois mi anhelo, mi sello que garantiza que mi paso por este mundo no ha sido en balde. A lo largo de estos años he ido dejando pistas, señales, he querido ser sigilosa, no entrar en vuestras vidas alterando las formas, he ido muy de puntillas para no desmontar vuestro universo.

He sido paciente, esperando una luz más allá de esta tiniebla que me rodea, pero mi vida se va diluyendo, las horas pasan, pasan los días y se van fugaces, se acerca la hora de partir, el momento de decir adiós, lo vivo como una liberación, aunque antes tengo que aligerar este equipaje que viaja conmigo.

Cierro los ojos, veo a mi pequeña, sueño que se la llevan y yo no lo permito. No puedo justificarme, no hay consuelo para esta maldición. Me he amparado siempre en mi juventud, apelé a mi inocencia cuando me asaltaba el remordimiento, cuando me desgarraba el dolor; yo seguía caminando por la senda de los vanidosos, echaba de ese camino todo lo que significara volver a un pasado lejano y pisoteado.

Mas cuando ya fue más poderoso que yo, cuando ese pasado regresó para acompañarme, entregué mis armas, me rendí y empezó mi verdadera guerra. Resulta tan paradójico: yo que tanto creí haber vivido, que me vanagloriaba de mi efímera belleza, que sentía cómo me bebía la vida a sorbos, de repente despierto de este sueño encantado y encuentro un vacío infinito. La copa está llena, mis manos envejecidas, sin haber sentido la calidez del cuerpo amado.

Os necesito, necesito vuestro perdón, saber de vosotros, de vuestras vidas tan cercanas e inaccesibles; quiero sentirme amada, comprendida, necesitada.

Quiero que mis días se vuelvan apacibles, que pueda ver mi mirada en vuestros ojos, acercarme a vuestras palabras, llegar a conoceros, haceros parte de mi existencia, con la naturalidad que reporta el amor cotidiano, sin interferir, solo ser una tardía espectadora de todo cuanto os acontezca. Reír y llorar a vuestro lado, meditar y curarnos los unos a los otros, hasta que parta a mi otra vida. Cada vez esta pobre persona se vuelve más impaciente…

—Pobre abuela, ha debido de sentirse muy triste por no haber vivido cerca de nosotros…

Era muy tarde. Consultó el reloj del salón, el precioso reloj de pie con carillón que su padre había adquirido en Londres, hacía algunos años, tal vez diez o doce… pasaba tan rápidamente el tiempo. Allí,

solemne, contra la pared que unía el salón con la entrada de la casa, marcaba casi las once. Reparó que funcionaba a la perfección, como comprobó en su reloj de muñeca. Aunque el volumen de su sonido se había bajado al mínimo cuando su padre enfermó, todavía se oía una suave melodía casi imperceptible. «Subiré su sonido mañana; quiero volver a oírlo, me gusta», pensó.

El teléfono del despacho sonó, y estaba segura de que era Gloria. Fue corriendo hasta él, y al levantar el auricular, la inconfundible voz de su amiga la saludó.

—¿Dónde está mi enfermita favorita?

—Estoy mejor de mi catarro. ¿No me dirás que te recoges ahora?

—Sí, pero voy a contarte todo bajito: Evander acaba de acostarse. Está mejor, pero estos días atrás ha dormido poco. No te escandalices, ¿de acuerdo?

—Dios mío, ¿qué has hecho?

—Nada, bueno, algo. Verás: anoche cené con Alberto. Está realmente estupendo, mucho más maduro, y tiene algunas canas que me chiflan. Cenamos y todo fue muy bien. Lo invité a subir a casa. Por supuesto mi hijo pasaba la noche en casa de Ana. Lo hicimos.

—¿De verdad?, así, ¿de repente?, ¿después de tantos años?

—Mira, no te asustes: somos muy mayores.

—Bueno sigue.

—No voy a entrar en detalles, pero te aseguro que no exagero: fue realmente fantástico. Aunque ¿qué digo?, nunca me he cortado al hablarte de mis relaciones. Fue algo salvaje. Cierto que habíamos bebido un poco, pero dicen que eso te pone a cien y luego te cuesta llegar hasta el final. A nosotros no. Creo que fue la excepción que confirma la regla.

—¿En serio? No hace falta que me expliques más, que cuando empiezas acabas siendo demasiado gráfica. ¿No estará casado, no? —Gloria no dijo nada—. Gloria, contesta: ¿no estará casado, verdad?

—Ahí entras tú. La mujer le está dando problemas. No solo quiere quedarse con todo, sino que ella está utilizando a su hija para ponerla en contra de su padre. Horrible. Ella no sale de su casa y él, de momento, vive con la pareja que le acompañaba el otro día. No quieren dejarle solo hasta que encuentre un buen sitio para vivir. ¡Una locura!

—Bueno, eso es una cuestión que habrá que estudiar.

—Yo le he dicho que no se preocupe, que eres buenísima y que seguro que le arreglas las cosas.

—Pero, Gloria, no conozco nada del caso. ¿No sabes estarte calladita?

—¿Qué querías que le dijese? Que trabajo con una abogada, que además es mi amiga, y que no podemos hacer nada por él. ¡Ya me

dirás qué le iba a contestar! Por cierto, se acuerda de ti.

—Vale. Y… ¿el almuerzo con Patricia?

—Me gusta mucho, es guapa, inteligente…

—Eso ya me lo has dicho.

—No, no me atrae sexualmente, no es que haya intentado probar. Almorzamos y después me invitó a su casa.

—¿Y tú dándole falsas esperanzas, no?

—Tiene un apartamento precioso. Estuvimos charlando, pero me metió mano sin venir a cuento.

—¡Gloria!

—Nada, no te escandalices. Le dije que lo sentía, que me agradaba su compañía, pero que decididamente acababa de descubrir que, en efecto, no soy bisexual.

—¿Y se lo dices a ella?

—¿A quién si no?

—Vamos a ver: si te vas con ella a su casa y le sueltas que acabas de descubrirlo, le estás dando a entender que es por ella, que no te gusta ella.

—Mira, no lo sé, ella no se enfadó conmigo; lo comprende. Soy así de espontánea.

—No me parecería bien, en absoluto, que por el hecho de que a ti te haya dado por experimentar y probar pudieses hacerle daño a alguien. Sería muy egoísta por tu parte.

—Tienes toda la razón: seremos amigas y nada más. ¡Quién sabe, tal vez dentro de un tiempo cambie de opinión! —bromeó.

—No tienes arreglo.

—Mañana quiere verme Alberto, aunque no sé, tal vez debería dejarle con las ganas. ¿Qué opinas? Por cierto, ¿cómo va ese pasado que estás descubriendo?

—Es complicado, ya hablaremos. Respecto a Alberto, haz lo que te dicte el corazón. Si te apetece verle, pues no le digas que no, sé tú misma.

—Te quiero.

—Yo también.

Julia no sabía qué más podría hacer. ¿Eso era todo lo que podía leer? A la abuela Sara parecía que le gustaba jugar.

—Si quiere que sepa, si quiere que conozca su vida, sus sentimientos, fracasos y glorias, debo conocer toda la verdad —decía Julia hablando consigo misma en voz alta—. Alfonso es la única persona que podría saber algo. Sara lo había visitado por la mañana y no le había dicho nada, pero ¿se le habría olvidado contarme algo? Tal vez, con los preparativos de su viaje… No, es imposible, Alfonso tiene muy buena memoria y es muy profesional. ¿Será demasiado tarde para llamarle?

Pensaba en voz alta, dando vueltas por la casa. Sabía que Alfonso se marchaba a la mañana siguiente y no quería molestarle… ¿Me estaré volviendo paranoica? No lo dudó ni un segundo más, cogió el teléfono y le llamó.

Detrás del auricular pudo oír la voz cálida de Alfonso.

—Hola, Julia, esperaba tu llamada, aunque no a estas horas.

—Perdona, Alfonso, pero ¿cómo sabías que te llamaría?

—Verás, te conozco muy bien, pequeña… ¡Atiende! Antes de ayer a primera hora me visitó Sara como te dije, me entregó un libro, muy hermoso por cierto, de pasta dura, rojo oscuro y bastante grueso. Me pidió que te lo entregase, pero puso una única condición: siempre y cuando hubieses completado el anterior. Eso dijo.

»Si no me llamabas, ella sabría que no te interesaría continuar, aunque no me desveló qué, eso es cosa tuya. Tan solo me pidió que si lo hacías, y solo entonces, podría entregártelo. Me aclaró que encierra una parte más oculta de su vida, por lo que confiaba en mi discreción. No me dijo más. Aunque está empezando a intrigarme bastante esta señora. En fin, ya me dirás.

—Alfonso, sé que te marchas mañana… ¿Está en el bufete?

—Sé que nunca dejas nada sin terminar, y estaba seguro de que querrías llegar hasta el final, sea lo que sea lo que os traigáis entre manos… Sí, por supuesto que mañana puedes recogerlo. Tienes la llave del bufete. Recuerda que mañana es sábado y no habrá nadie allí. Debí habértelo dado esta mañana, pero Sara me dio órdenes explícitas, e incluso insistió en pagarme por los servicios prestados. Por descontado, no podía aceptar.

—Eres un sol, Alfonso. ¿Sabes que te quiero mucho?

—Lo sé. Buenas noches, pequeña. Luisa me está tirando del brazo y me pide que te dé besos de su parte y que te pregunte a ver cuándo te dignas visitarnos. Te veré a nuestro regreso.

—Cuenta con ello. Gracias por todo, Alfonso.

Julia no podía dormir, así que se fue al salón y encendió el televisor. No había nada interesante, los mismos programas de siempre. Algunos personajes conocidos sometiéndose a un polígrafo. Hablaban de sus vidas, se peleaban en público… Cambió de cadena constantemente, hasta que sin darse cuenta, se quedó dormida.

Encuentros inesperados

Un ruido machacón la despertó. Eran los niños de San Ildefonso cantando los números de la lotería de Navidad. Apagó la tele de inmediato: no soportaba aquella cantinela. Ya la avisaría Gloria si les tocaba algo. Siempre compraban un décimo de lotería entre las tres. Se dio una ducha y se fue a recoger el libro.

Él estaba allí, dentro de un Ford Focus rojo, aparcado al otro lado de la calle. Juan salía del vehículo.

—Buenos días, niña. ¿Dónde vas tan temprano?

—He de recoger algo... en el bufete.

—¡Ay, pequeña!, cuesta despegarse de las cosas queridas, ¿verdad?

Julia se limitó a sonreír, observó que Terio la miraba, y eso la había hecho enmudecer.

—¿Puedo acompañarte? No tengo nada que hacer —preguntó él con una bonita sonrisa.

Julia subió al coche y le indicó a dónde quería ir. No podía creer que estuviese allí, en su coche, sentada junto a él. Otra vez aquel perfume. Olía tan bien: era una mezcla de perfume y olor corporal, tremendamente sensual.

—Solo es un momento —comentó sin elevar demasiado la voz—. He de recoger algo. Te agradezco que me lleves, hace mucho frío y tengo mi coche en Madrid.

—¿Estás acatarrada? Tu voz suena menos fuerte.

—Es que el catarro me produce afonía —mintió.

—Nunca te he visto en ninguna parte, y llevo años viviendo allí.

—Es demasiado grande para coincidir. Y yo me paso el día entre el bufete, los juzgados y la cárcel.

—Estoy seguro de que si te hubiese visto alguna vez, me acordaría. —Nuevamente sintió una especie de oleada de calor subir hacia su rostro. Ese hombre la tenía totalmente aturdida—. ¿Has desayunado? Pararemos aquí: hay una cafetería muy cerca.

«Y además, seguro de sí mismo», pensó. A Julia le sorprendió que fuese tan decidido, tan directo. Le gustó.

—De acuerdo, ya has parado el coche. No puedo decir que no, ¿no es así?

—Lo siento. ¿No te apetece desayunar? ¿Lo has hecho ya? ¿Tienes prisa?

—¿A qué te respondo? No es eso, es solo que no me ha dado tiempo a contestar.

—Es uno de mis defectos. Se me ocurre algo de repente y creo que todo el mundo opina igual, y me lanzo sin pensar. Lo lamento.

—No pasa nada, me apetece, en serio. No he desayunado.

Bajaron del coche y caminaron hasta el café.

A Julia le agradaba que él fuese así. No tenía necesidad de comentar algo ni de proponer nada, simplemente se dejaba llevar por él. Le miraba, y le gustaba esa forma suya de hablar sin parar. Le contaba cómo sus sobrinos lo habían despertado temprano, saltando sobre su cama y alborotándole el cabello.

—Estos niños nunca se cansan. Y tú, Julia, ¿tienes hijos…?

—No, tengo sobrinos también. Ángel es el mayor: tiene siete años y es muy pillo. Después está Adrián, que es más tranquilo y le gusta mucho dibujar; tiene cinco. Y el pequeño, Borja, es el peor: tiene solo dos, pero es agotador. Ahora están demasiado lejos, en Tokio…

—¡Vaya!, sí que es lejos y… ¿me dijiste que llegarían para Navidad ?

—Lo cierto es que no. ¡Vaya!, sí…, bueno, es que Tomás pensaba que así sería, pero el trabajo se le ha prolongado más de lo previsto.

—Entonces no tienes excusa alguna para no acompañarnos a comer. —La miró como lo había hecho el día anterior: parecía que la envolvía con su mirada, y en ese momento ella se quedaba completamente bloqueada.

—Verás, el día veinticuatro cenaré con mi madre. Ella está en una residencia. Tiene problemas de salud, de salud sobre todo mental: alzhéimer prematuro, y eso es muy duro para mí.

—Lo siento, de veras. Debe de ser horrible para ti verla de ese modo. Te entiendo, y por supuesto no quiero inmiscuirme en tus planes, solo era una sugerencia. Me apetecería… pero es tu vida.

—Acepto comer el día de Navidad —se apresuró a decir—. Si a tu hermana le parece bien. —No podía dejar pasar la oportunidad de volverle a ver.

—¡Ya te lo dijimos ayer! Son una gente estupenda, y estoy seguro de que te caerán muy bien.

Julia se sentía irremediablemente atraída por él, pero descubrió que no era solo por su atractivo físico; era por su personalidad, tan arrolladora y sencilla a la vez.

Los hombres guapos que había conocido hasta entonces eran, en su mayoría, bastante estirados y engreídos.

Desayunaron, pasearon, hablaron un poco de sus vidas. Terio se sentía bien a su lado: aquella mujer le daba paz. Era una nueva sensación que jamás había sentido. Era algo extraño, pareciera como que la conocía desde hacía mucho tiempo. Terio le confesó que desde que sus padres murieron en aquel trágico accidente, empezó a tener miedo de perder a sus seres queridos y eso lo había llevado a convertirse en una especie de ermitaño, al que le daba miedo encariñarse con alguien.

Nada más pronunciar aquellas frases se sorprendió de sí mismo. Jamás hablaba de sus sentimientos con nadie, ni siquiera con Simón; pero aquella mujer sin duda tenía algo especial, algo que le hacía mostrarse diferente.

—El tío Juan siempre fue un solitario triste desde que enviudó —dijo—. Mis padres se marcharon sin despedirse. No soporto las despedidas, ni tan siquiera suelo decir adiós, o dónde voy, o si volveré mañana…

—Pareces complicado…

—No lo creas, simplemente estoy acostumbrado a no pensar y a hacer en cada momento lo que más me apetezca, y justo al verte me apeteció estar contigo.

—Vaya, eres muy sincero. Creo que en eso nos parecemos.

—¿Y tú?

—Me divorcié hace unos meses porque no podía ser yo, me sentía ahogada, era una sensación demasiado extraña. Pero hubiese acabado de todos modos, porque él tenía una amante.

—¿En serio? No puedo creer que te haya podido cambiar por otra mujer. —Julia lo miró: él estaba con la taza en la mano a punto de beber, pero se había sorprendido tanto que la miraba pensativo—. ¿En serio hizo eso? Eres muy guapa y me pareces una mujer muy inteligente.

—Gracias por los cumplidos. Pero me siento muy bien. Esta sensación de libertad de ir o venir, de no hacer nada sin que me lo impongan, es una delicia…

—¿Fue muy duro? Me refiero a tu separación… conozco algunos casos que… bueno, perdona que te haga tantas preguntas.

—No, Terio, no te preocupes. Imagínate los casos que yo veo a diario. La mía fue una especie de muerte serena. Fernando y yo nos fuimos distanciando casi a la vez. Fuimos conscientes de que el viaje juntos se había acabado, y aunque andaba con otra o tal vez otras, no lo sé, a mí ya no me hacía daño… Verás, dicho así te parecerá que soy fría, pero no lo soy. Mi ex es un hombre con una personalidad desbordante y yo soy más tranquila, me gusta pasar desapercibida, y con él era imposible.

—Te entiendo, pero no pasas desapercibida, y no es un cumplido.

Julia sonrió. Le gustaba oír aquellos elogios —hacía mucho tiempo que nadie le decía frases agradables—, y más aún, viniendo de él.

—Cuando no puedes tomar tus propias decisiones y te montas en un tren que no es el que quieres tomar, tienes dos caminos… seguir ese viaje a ninguna parte o bajarte en la primera estación.

—Eres muy especial, Julia. Querrás pasar desapercibida pero tu persona irradia algo que no sé definir… confianza, sinceridad. No sé, me dejas sin palabras.

—Es gracioso. —Sonrió Julia—. Precisamente a ti que vives de ellas. Me refiero a las palabras.

Ambos rieron. Había magia en sus ojos. Se tomaban su café estrenando un invierno, estrenando una amistad… o tal vez algo más.

La corriente que se había establecido entre ellos permitió contar a Julia la serie de sorpresas que se estaba encontrando desde hacía unos días. Le habló de Sara, de Elisa, de los diarios, las cartas, la preciosa caja…

—La vi en tu casa —dijo Terio.

—¿Cómo?

—La caja. La vi en tu salón. Me llamó la atención por sus mariposas, por la madera repujada, por la forma, el tamaño, por todo… una preciosidad.

—Pues ni te imaginas lo que esconde dentro.

—Me encantaría verlo.

—Cuando quieras, así quizás me ayudes a comprender… podrías ser muy objetivo y ver cosas que a lo mejor yo no veo.

—Cuenta conmigo. ¿Nos vamos?

A Julia le apetecía caminar, pasear por el centro de la ciudad, y Terio quiso complacerla y dejaron el coche. Continuaron su paseo caminando. Se dirigieron hacia las calles Compañía y Rúa, allí donde se encontraba la famosa Casa de las Conchas.

—¿Sabes, Terio? Cuando paseo por estas calles pienso en Sara. Las nombra en su diario, y ahora las veo diferentes. Habrán presenciado tantas historias, tantas vidas ajenas, famosas. Historias de amor y odio…

—Tienes razón, yo lo veo así, aunque tal vez sea por mi profesión. Realmente siempre ha sido mi pasión. Miro las cosas desde otra perspectiva. Precisamente como haces tú ahora. Imagínate: si mal no recuerdo se comenzó a construir en el siglo XV. Así que a partir de ahí, todas las historias que quieras.

—¿Te acuerdas de las fechas?

—Algunas…, pero creo que la de diciembre de 2012 la recordaré durante mucho tiempo…

—Vaya, sabes adular a las mujeres…

—No, no me tomes por lo que no soy. Lo que ocurre es que me siento cómodo a tu lado; pero nunca soy así. Disculpa si te he molestado.

—¿Cómo van a molestar esas cosas?, en absoluto, aunque no estoy acostumbrada. Tampoco me relaciono con hombres. He salido muy cansada de mi relación con Fernando, y ahora me apoyo en mis amigas y en mi trabajo.

—Te entiendo perfectamente.

Julia permaneció en silencio. A ella también le agradaba su compañía: era fácil hablar con él.

—En ocasiones traigo a mis alumnos de bachillerato a visitar Salamanca —cambió de conversación—. Ya sabes, la universidad, la figura del Lazarillo… y de tanto narrar las historias, es normal recordar las fechas. No creas que soy un cerebrito… Por cierto, ¿sabes que debajo de una de estas conchas hay un tesoro escondido? —bajó la voz y le dijo casi al oído—: ¡hay onzas de oro ocultas! —Y soltó una carcajada.

—Sí, lo he oído. Bueno, mientras no le dé a nadie por destrozar el edificio —replicó Julia intentado no demostrar el nerviosismo que le causaba tenerlo tan cerca, sin esperarlo. Terio olía tan bien…

Recordó a Sara: cuando la abuela paseaba con algún chico se ponía nerviosa, justo lo que sentía ella en ese preciso instante, un nerviosismo difícil de controlar. Le pidió que la acompañase al bufete.

Julia pensó que debía ir a casa. Tenía ganas de seguir a su lado, pero le daba vergüenza sugerirle que la acompañase. No quería que pareciese otra cosa. Se despidieron en el portal, y antes de que se despidiese, Terio ya le había pedido su número de teléfono.

—Te llamaré.

Julia sonrió y entró en el ascensor.

Estaba feliz: se sentía como una colegiala en su primera cita. Llevaba el libro entre las manos, pegado al cuerpo pensando en aquel hombre maravilloso que acababa de conocer. Antes de sacar las llaves del bolso, oyó pisadas en la escalera.

—Hola, Julia!

—¡Fernando! ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en Marbella. ¿No ibas allí a pasar las fiestas?

—¿No vas a invitarme a entrar?

—No, lo siento, tengo cosas que hacer. Además, y te lo digo con total sinceridad, estoy cansada.

—¿Cansada para charlar?

—No tenemos nada de qué hablar.

—¿Tan convencida estás? —Se acercó tanto a ella, que trató de esquivarle.

—Verás, ya no me interesa ni siquiera tu amistad, lo siento. No

me importa nada de tu vida, ni con quién sales ni con quién entras… te lo digo muy en serio. Es mejor que te marches. —Suspiró—. Mi vida está ahora en un momento de paz, como hacía años que no estaba. Por primera vez respiro.

—Necesito hablar contigo. Son solo unos minutos, y luego te dejaré.

—No, dime qué quieres. No vas a entrar en mi vida, ni tan siquiera de paso.

—Quería hablarte de Margarita. Está embarazada…

—¡Vaya! ¡Alguien al fin lo ha conseguido!, se ha quedado embarazada… ¿Y qué quieres de mí? —Julia no entendía aquella repentina visita.

—Consejo. No sabía a quién acudir. Tú siempre entendiste por qué yo no quería hijos: nos quitan tiempo, nos acaparan. Estoy muy asustado, Julia.

—Fernando, estás mal, en serio; deberías buscar ayuda. No sé si la quieres o no, y tampoco me importa, háblalo con ella. No sé qué demonios quieres de mí.

Fernando se acercó aún más. Ella retrocedió hasta chocar contra la pared.

—¿De verdad ya no te acuerdas de mí? ¿De nuestros días y noches de pasión?

A Julia casi le da la risa.

—No, y si he de ser sincera, jamás noté esa pasión de la que hablas, entre tú y yo…, por favor. —Fernando acercó los labios a los de ella. Estaba empezando a ponerse muy nerviosa, y sin pensarlo le dio un fuerte empujón—. Esto es acoso, y puedo denunciarte por ello. ¡Márchate!

Fernando insistía, quería entrar en la casa a toda costa. Suavizó el tono de su voz… En ese instante, Terio lo agarró con fuerza por los hombros y lo separó de ella.

—¿Quién es este tipo? —dijo Fernando colocándose bien su impecable traje de firma.

—No, ¿quién eres tú? Creo que la estás molestando. ¿Se trata de tu ex, Julia?

—¿Le has hablado de mí? ¿Te has olvidado pronto de lo nuestro, verdad? —replicó Fernando lleno de ira.

—¿Lo nuestro? Lo nuestro hace mucho tiempo que acabó.

—¿Ahora te acuestas con él? ¿No es así? ¿Con él sí sientes pasión?

—Mira, no te conozco pero creo que la molestas. No soy una persona violenta, así que márchate. Será mejor para todos.

—Sí, Fernando. ¡Basta! Es un amigo, y no tengo por qué darte explicaciones de mi vida. Es vergonzoso el espectáculo que estás organizando.

Fernando dio media vuelta y se fue.

—Dios mío, Terio. ¿Qué hacías aquí? Lo siento de veras. No sé qué ha podido pasarle por la cabeza para venir a contarme sus problemas. Ha sido una situación lamentable.

—No es mi costumbre zamarrear a la gente, lo siento. Verás, cuando te dejé aquí, pensé en que podías enseñarme ese diario, comer juntos. En fin… si quieres, por supuesto… no se me ocurre un plan mejor para pasar el día.

—¿De verdad te apetece?

—Sí.

—Pasa. Lamento mucho lo sucedido, en serio.

—Me alegro de haber venido, y no pasa nada. ¡Olvídalo!

—Yo también me alegro de que estés aquí, gracias.

—Pero sin que sirva de precedente, eh. No acostumbro a ir por ahí salvando a princesitas como tú —bromeó. Sabía que ella estaba tensa y algo avergonzada, y quiso hacerla reír. Lo consiguió.

Entraron en casa y se acomodaron en el sofá.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, en este momento me tienes intrigado con la lectura de la que me has hablado.

—Espero poder concentrarme. Estoy molesta por todo lo sucedido.

—Déjalo, ese no es tu problema. A determinadas cosas no se les puede prestar oídos, de lo contrario acaban convirtiéndose realmente en un problema.

—Tienes razón, pero es que él siempre se ha sentido superior a mí. Estoy convencida de que se ha sentido superior a todo el mundo. Nunca tuvo en cuenta mis opiniones, mis deseos, nada. Ahora tiene problemas y quiere que yo… Pero además, es todo tan extraño.

—Creo que simplemente se ha arrepentido de haberte dejado… —La miró dulcemente a los ojos. Julia pudo ver que su mirada era limpia, sincera, y eso le produjo un pequeño vuelco en su interior.

—Tal vez hay hombres que cuando tienen a su mujer en casa, buscan fuera otras distracciones, a chicas más jóvenes posiblemente. Cuando las pierden del todo y ven que también ellos envejecen, se acuerdan de ellas. Da igual, él ya no es mi problema.

—¿Estás segura de ello?

—Por supuesto. —Julia se ruborizó ligeramente.

Intercambiaron sus miradas y no dijeron nada más. No hizo falta.

—Verás, este es el diario de Sara —dijo Julia cogiendo el pequeño libro entre sus manos—. Ella empezó a escribir cuando tenía dieciséis años. Es todo tuyo. Yo, si me lo permites, me muero de ganas de leer este otro.

—Pues no hablemos más y empecemos. —Terio le dedicó una

bonita sonrisa y a continuación fijó su mirada en aquel diario. Julia lo miró tan solo un instante, suficiente para que una especie de estupor nublase sus sentidos durante unos segundos. No hubiese podido describir la emoción que sentía al estar cerca de él. Era, sin duda, el mejor regalo que le brindaba la Navidad. Le reconfortaba su presencia, llenaba cada rincón de la casa, algo que jamás había compartido junto a Fernando.

Terio por su parte se sentía profundamente atraído por aquella mujer, pero iría despacio, no pretendía dar una imagen equivocada de sus sentimientos.

Julia intentó centrarse en aquel nuevo libro. Acarició sus tapas, que eran de piel, de un color rojo muy intenso, y tenía una inscripción grabada en oro: «S. D. B.». Miró sus hojas, también amarillentas, pero más suaves, aunque fuertes. Sin duda se trataba de un papel de gran calidad. Se sumergió en sus páginas, y durante un buen rato se olvidó de la agradable compañía de él.

Primavera de 1954

Coger nuevamente bolígrafo y papel, me trae a la memoria recuerdos enfrentados. Tantas sensaciones… ingenuidad, felicidad, inocencia, mi primer amor…, aquel que me condujo al más terrible de mis sufrimientos, a la soledad, a la amargura.

Han pasado dos años desde que escribí lo último en aquel precioso diario. Por supuesto aún lo conservo entre mis pertenencias más queridas. Junto a algunas de mis joyas, aunque ninguna de esas piedras preciosas significa para mí nada parecido.

Ahora soy inmensamente rica. Mi pobre amiga Florence murió hace seis meses y me ha dejado toda su fortuna. Fue algo repentino: murió mientras dormía.

He sufrido mucho por ella, pues la quería como a una madre, más que a mi propia madre, por supuesto. Y afortunadamente nuestro cariño fue mutuo. Siempre disfruté su cariño, sus consejos, sus cuidados.

No tuvo hijos, ni familia, o eso fue lo que siempre me dijo. Jamás la olvidaré. Era una mujer maravillosa, envuelta en un halo de misterio. Supo beber la vida en cristal de bohemia, como un buen vino.

Me enseñó que a veces vivir puede convertirse en una especie de juego y creo que he sabido aprovechar sus enseñanzas. Ahora he cambiado mucho, no solo físicamente, que eso es lo de menos. Mi mente ha cambiado y me he vuelto quizás más egoísta, aunque no en el sentido material, en absoluto. Ahora pienso en mí.

Estoy pasando unos días en Saint Tropez, el primer destino al que viajé en compañía de Florence cuando salimos de Barcelona. Es un lugar maravilloso. El hotel tiene unas hermosas vistas al mar, y es el mismo en el que aprendí a nadar. Todo es lujo a mi alrededor: yates, palacetes, hombres multimillonarios que han sabido y saben agasajarme. Pero solo busco en ellos exactamente eso, lo que ahora me proporciona felicidad es sentirme idolatrada, como una diosa. Sentirme admirada a cada instante. Sé que me he convertido en una mujer muy hermosa. Ya no soy una niña y voy a aprovecharme de este don que la naturaleza me ha concedido. Me divierte que algunos hombres me digan que tengo un increíble parecido con Marilyn Monroe, lo que hace que les resulte más irresistible aún. En ese instante me recuerdan que es justo lo que debo hacer: explotar mi belleza.

No descuido, por supuesto, mis modales. Florence supo hacer de mí una dama. He aprendido historia, literatura, arte…, creo que incluso más que si hubiese pasado años en la universidad. También he conocido mundo: Europa, América, África… Muchos hombres han deseado casarse conmigo, pero eso no creo que suceda jamás. ¿Para qué?

Descubrí que mi querida amiga Florence supo utilizar a los hombres, pero fue bondadosa con ellos; yo, en cambio, necesito sentirlos bajo mis pies. Tal vez nunca me

abandone aquel sentimiento de desprecio que hizo nacer en mí Ernesto. No volveré a sentirme así nunca más.

Ahora voy a arreglarme: esta noche acudiré a una fiesta muy importante. Es la primera a la que voy desde la muerte de mi querida amiga. He de seguir sus consejos y ella siempre me decía: «carpe diem».

Julia pensó en aquella expresión, «carpe diem», e instintivamente miró de reojo a su acompañante. Quería seguir con la lectura, pero tener a aquel hombre tan cerca no le permitía centrarse. Era tremendamente guapo, educado, con unos hombros perfectos; el cuerpo entero era armonioso y su aroma… irresistible. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar leyendo.

Se asombraba de sí misma. Nunca había conocido a nadie que le produjese tan irresistible atracción, simplemente lo tenía todo. Apartó de su mente aquellos pensamientos que la aturdían y continuó con la lectura.

Primavera de 1954

Hoy es una de esas noches calurosas en la que apenas se puede dormir. Estoy sola, y afortunadamente he podido quitarme de encima a Jean Pierre. Anoche estuve en su yate. La fiesta del Moët Chandon la llaman mis amigos: demasiada bebida para mí. Había gente muy famosa, actores, cantantes, jeques y especialmente personajes relacionados con el mundo de la moda; algunos estaban desatados. Fue todo muy divertido, y hasta me ofrecieron ser imagen de una importantísima firma de perfumes. Por supuesto no acepté: no quiero que nadie conozca mi paradero. Aunque he de reconocer que fue toda una tentación.

Cuando todos se marcharon, antes del amanecer, estuvimos en el camarote de Jean Pierre. No estuvo nada mal: es muy viril y me hizo gemir de placer, aunque los he conocido mejores. Subimos a cubierta al amanecer. No había reparado en su rostro hasta ese momento, a la luz del día. Sus rasgos eran demasiado rudos, ¿cómo no me di cuenta antes? Algo me produjo una sensación extraña y quise marcharme de allí.

Es curioso, pero cada vez que conquisto a un hombre, siento unas enormes ganas de huir, salir corriendo y no volverlo a ver.

Florence insistía en que yo recordaba a Ernesto, mi primer amor y mi primera decepción. Decía que me comportaba así porque tenía miedo a que volviesen a herirme… Pero no lo creo. Jamás volveré a enamorarme. Eso es para otro tipo de mujeres, y yo he descubierto el placer que se siente al utilizarlos, y que no me utilicen.

Mañana iré en mi propio yate a Niza. Tengo amigos a los que no veo desde hace meses. Me divierto muchísimo con ellos y en estos momentos los necesito.

Hablando de amigos… Julia, mi querida Julia. Hace aproximadamente un mes hablé con ella por teléfono, aunque no sabe dónde estoy. Me dijo que tiene novio. Ella es tan sencilla… yo no se lo recomendaría, pero es demasiado cándida y yo no soy quién para decirle lo que tiene que hacer con su vida. No soy el mejor ejemplo a seguir. Creo que no le conozco, aunque dice que fue compañero nuestro cuando éramos muy jovencitas. Toda esa época se ha borrado de mi mente. Tengo que volver a llamarla pero… no quiero que vuelva a hablarme de mis padres, dejé atrás todo mi pasado.

Visité a un psiquiatra, no me incomoda decirlo, que me ayudó a superar todos mis males, y ahora tan solo es Julia el único nexo que me ata al pasado. Pero la adoro, la quiero muchísimo y no pienso renunciar a su amistad aunque sea en la distancia.

Comienzos del verano de 1954

«Querido diario»… sí, así acostumbraba a encabezar las páginas de aquel precioso diario en las que escribía una parte de mi vida, de mis sentimientos. Algunos de ellos los conservo, y seguirán siempre junto a mí.

Continúo viajando, pues me cuesta quedarme en un mismo lugar demasiado tiempo.

Ayer hablé con Julia. Le gusta su trabajo: dice que ser enfermera le hace sentirse bien, ocuparse del bienestar de los que sufren… ella es así. Continúa saliendo con ese chico… creo que me dijo que se llama Alfredo. He encargado a Marcial que le envíe unos regalos. Ella dice que no quiere nada, que el mejor regalo sería volver a verme. Volver a verme… me gustaría. Tal vez le envíe un billete de avión para que venga a visitarme aquí, a Palermo, o a cualquier otro lugar, aunque no sé si aceptará.

Florence tenía una preciosa casita aquí, aunque nunca llegamos a visitar la ciudad el tiempo que vivimos juntas. Cuando leyeron su testamento heredé tantas cosas…

No había nadie aquel día, tan solo el notario, Marcial y yo. Ella tenía muchos amigos, pero decía que no eran lo suficientemente buenos como para dejarles parte de su herencia, aunque fue bondadosa y legó a quienes realmente lo necesitaban.

Marcial heredó lo suficiente como para no tener que trabajar nunca y vivir muy bien. Es muy importante para mí estar con él. Se ha convertido en mi amigo, mi familia. Junto a mí no iba a faltarle nada de todos modos. La echamos mucho de menos: ella era tan especial, tan divertida. Aquí tengo amigos, que lo eran también de Florence. Cuando murió, me insistieron muchísimo en que debía pasar aquí una temporada. Yo no conocía Palermo, así que me decidí a venir. Tenía curiosidad por ver esta vivienda, pues sabía que todo me recordaría a ella. Es preciosa, y cada rincón tiene su toque personal.

Son especialmente fabulosas las vistas que tiene al mar Tirreno. Por la mañana es un verdadero placer levantarse y admirar los fascinantes colores que nos ofrece la naturaleza, desde el azul intenso del mar al verde lleno de vida de la vegetación. Es una agradable sensación de paz. Me fijo en todo, en especial en los oscuros colores de las piedras que contrastan con el blanco de sus playas. Tienen una arena muy fina y me gusta caminar descalza sobre ella, particularmente al amanecer.

A veces, cuando camino sola, pienso en mi pequeña. Queda todo tan lejos. Pero no puedo estar siempre recordando el pasado, como decía Florence; necesito vivir. Así que dejo mi mente en blanco y me olvido de todo. Es maravilloso.

Me queda mucho por ver, sus tesoros, el arte que tanto me fascina… no sé por qué, pero me siento como si hubiese vivido aquí toda la vida.

Julio de 1954

Hace un par de días paseaba con mis amigas Caterina y Beatrice por las laberínticas calles de Palermo, que me recordaron sorprendentemente a los mercados árabes. Un apuesto caballero fue la guinda para completar aquella escena de película. Nada más verle mi corazón palpitó con fuerza. Sus facciones eran muy exóticas, y me alegré cuando se paró delante de nosotras para saludar a mis amigas. Enseguida se dirigió a mí. Caterina nos presentó: se llama Kâmal Makîn. No apartó su mirada de mí un solo segundo y sus ojos grandes y rasgados eran demasiado sensuales para pasar desapercibidos. Iba acompañado de un hombre negro muy robusto que probablemente sería su guardaespaldas porque se apartó unos metros y no interrumpió la conversación, aunque yo apenas entendía algo. Caterina me secreteó que se trataba de un jeque árabe y que frecuentaba a menudo la isla por puro placer, y que era muy especial, según decían algunas mujeres. Yo me quedé bastante intrigada.

Nos invitó a tomar unos helados en una bonita terraza. Los helados se derretían por el calor y yo empezaba a derretirme también bajo el calor de los ojos de Kâmal. Parecía desnudarme con la mirada. Hace demasiado tiempo que no estoy con un hombre y él, he de reconocerlo, abrió mi apetito. Me atrajo desde el primer instante. A estas alturas no voy a mentir.

Cuando supo que era española, me sorprendí de que se dirigiese a mí en un fluido castellano, casi perfecto, aunque con ese acento árabe que hace que parezca que susurraran. «Preciosa dama española», me llamó. Conversando era muy adulador, pero no me gustó cuando comenzó a destacar todo lo referente a su tierra; me pareció un tanto vanidoso. Sus frutos, sus especias, sus flores… Entonces le hablé de mi mermelada y de mi especial ritual para prepararla. Mis amigas se sorprendieron más que él, que enseguida me dijo que desearía probarla. Nos ha invitado pasado mañana a su hotel. Dará una fiesta porque en breve parte de viaje. Una pena, pero acudiré. ¡Quién sabe!

Julio de 1954

¿Por dónde empiezo? Por el principio, como decía mi profesor.

Nada más llegar al hotel, Kâmal me vio entrar en el salón principal, sola, que a mí me gusta hacerlo de ese modo. Se acercó a mí. Creo que dejó sin acabar la conversación que mantenía con aquel grupo de personas, porque en cuanto reparó en mí, se separó de ellos inmediatamente. Me sostuvo suavemente las manos entre las suyas y me dijo que estaba espectacularmente bella. Él me pareció más atractivo que cuando le conocí. Llevaba una especie de túnica en tonos claros que realzaban el moreno intenso de la piel y del cabello.

La fiesta fue divertida, original, con espectáculos musicales y fuegos artificiales a orillas del mar. Él no se separó de mí. Me dijo que mis ojos brillaban más que todas aquellas luces juntas. Sé que exageraba, pero era halagador escuchar sus piropos. Mientras tomábamos unos canapés en el puente que llegaba hasta la orilla, supe que era el momento ideal para sorprenderle a él y a sus invitados con mi exótica mermelada. Beatrice, tan golosa como siempre, fue la primera en probarla. «Deliciosa», dijo cerrando los ojos, y enseguida todos quisieron probarla. Kâmal acercó el dedo índice al borde del frasco, se lo llevó a los gruesos labios y me dedicó una mirada encendida de pasión: «exquisita, aunque sin duda menos que tú».

No sé bien cómo describir ese momento, pero una oleada de calor me inundó todo el cuerpo. Le obsequié un bote de mi mermelada (llevaba uno especialmente para él). «Si te ha gustado, lo correcto es que te regale uno, solo para ti», le dije casi al oído. Me contestó que su mayor deseo sería probarlo conmigo, a solas. He de reconocer que no me hice mucho de rogar.

Hacía tiempo que no me iba a la cama con algún hombre. Había estado desganada, no solo por la muerte de mi amiga, sino que simplemente no había conocido a nadie hasta ese momento tan atrayente como él.

Antes de finalizar la fiesta nos fuimos a su habitación. Fue una noche solo de sexo: apenas hablamos, y fue dulce y salvaje a la vez. Tenía la pasión dibujada en sus profundos ojos negros.

Su nombre creo que significa algo así como belleza fuerte. La belleza de su cuerpo y la fuerza de su virilidad. Nunca he conocido a nadie que desprendiera tanta pasión y fuese tan incansable.

Fue más dulce de lo que había imaginado: me llevó a la cama y me dejé caer en ella sutilmente mientras me besaba. Me desnudó muy despacio mirándome a los ojos, cogió el bote de mermelada y tomando un poco en los dedos, me fue acariciando los pechos, el vientre, los muslos. Yo estaba sorprendida y cerré los ojos; no sé qué hacía, pero la sensación era muy agradable. Una ligera brisa movía las cortinas de seda del dosel y refrescaba el calor que sentía. Cuando abrí los ojos estaba totalmente desnudo, contemplándome. Parecía el Doríforo de Policleto, aunque con una clara diferencia, que precisamente estaba entre las piernas: las esculturas no tienen ese tamaño. Me quedé algo perpleja al verle, y traté de disimularlo besándole con pasión los labios.

Comenzó a lamerme con suavidad los pezones, que estaban ligeramente humedecidos por la mermelada. Mi cuerpo desprendía un agradable olor dulzón a rosas que me causaba cierto estupor, a la vez que me aportaba placer. He descubierto que cuando no hay sentimientos de por medio y buscas solo satisfacer tus deseos carnales, el sexo se convierte en un juego extraordinario.

Fue diferente sentirlo por todas partes y por ninguna: me hallaba embelesada, y no sé si era el calor de la noche o el de su cuerpo, pero creo que fue la primera vez que sudé. Aunque con cierto pudor, he de decir que mi zona más íntima palpitaba incluso antes de ser penetrada. Fue realmente sublime porque jugamos y disfrutamos el uno del otro, sin amor de por medio, como he dicho: solo sexo.

Julia dejó de leer. Las palabras de Sara se dejaron notar, y recordó que hacía meses que no mantenía sexo, desde que ella y Fernando lo dejaron. Tal vez desde mucho antes: en cuanto supo que la engañaba. Había estado demasiado ocupada, demasiado triste y ensimismada. Curiosamente la abuela, sin proponérselo, o tal vez sí, estaba provocando cierto cambio en ella.

Ahora estaba allí, con aquel hombre tan atractivo, completamente solos, y se limitaban a leer. Lo miró, y él levantó su mirada casi al unísono. Ella trató de disimular con una leve sonrisa dirigiendo los ojos hacia el libro.

—¿Querías decirme algo, Julia? —La miró esperando su respuesta.

—No, simplemente pensaba en Sara —disimuló.

«Pero ¿qué pienso? —Julia no sabía dónde esconderse—. Jamás me he ido a la cama con alguien nada más conocerle. Eso es típico de Gloria, y siempre se lo he reprochado… Al parecer, Sara tenía esa misma mentalidad, allá por los cincuenta. Tal vez sea yo la rara, la que pierde las oportunidades sin darse cuenta. Estaba tan guapo…, con su jersey de lana color azul oscuro como los ojos, y sus vaqueros gastados. Tenía las pestañas largas, y la boca era casi un corazón perfecto de labios algo gruesos, y la mirada… fija nuevamente en la lectura.» Ella hizo lo mismo y continuó leyendo:

> Al amanecer salí de la habitación sin hacer ruido. Como siempre, desaparezco sin más. He de reconocer que fue una noche muy especial.
>
> Esta tarde mis amigos me han dicho que los guardaespaldas de Kâmal andaban buscándome. Es cierto que me siento agasajada, pero no voy a rendirme ante sus encantos otra vez. Lo dejaré así, con ganas de algo más. Yo mando sobre ellos y, además, no creo que imagine que deseo formar parte de su harén.
>
> Julio de 1954
>
> Estoy disfrutando como una colegiala. La diferencia está en que los juegos no son los mismos. Uno de los guardaespaldas de Kâmal fue a buscarme hace un par de días a la playa y me dijo que su señor estaba terriblemente molesto por mi desaparición tan repentina y que necesitaba verme esa misma tarde antes de partir. Le contesté que me había sentido indispuesta aquella mañana y no que quise despertarle; añadí que debía trasladarle que sentía mucho no poder despedirme de él, pues lamentablemente tenía que ir al hospital a cuidar de mi anciano tío enfermo, que tenía una terrible y contagiosa enfermedad. Aquel hombre desapareció y no he sabido nada más. Se lo he contado a Marcial y me ha llamado «mala». Después se ha reído muchísimo.
>
> Y esta mañana sin esperarlo, mientras tomaba el sol, una sombra me ha sacado de mi embeleso: era Lucas, un amigo de… juegos; nunca lo habría podido expresar mejor. Le encanta el casino. Me lo presentó Florence, ya que era el hijo de un viejo amante suyo, en Las Vegas. En absoluto podría haber imaginado que lo vería aquí, en Palermo. Nuestra común amiga Caterina le ha invitado.
>
> Como siempre, ha sido muy adulador y me ha acompañado todo el día. Por suerte, no ha habido rastro de Kâmal Makîn. Se habrá marchado. Hubiese sido demasiado embarazoso verle mientras estaba en compañía de Lucas. ¡Son tan posesivos estos árabes!
>
> Agosto de 1954
>
> Lucas es muy atractivo: me recuerda a Elvis, aunque a él no le gusten sus canciones ni sus películas. A mí, sí, bastante, especialmente el movimiento de la pelvis.
>
> Recuerdo que cuando era jovencita siempre buscaba parecido a mis amigos con los actores de la gran pantalla. Hay costumbres que permanecen en nosotros sin que nos demos apenas cuenta, y yo continúo haciendo aquello.
>
> Me ha propuesto viajar con él a Montecarlo, y lo pensaré. Mientras tanto disfrutaré del sol en su compañía. Es muy divertido, y le gustan algunos deportes acuáticos y también pasear en yate bajo la luz de la luna. Es un poco cursi. Lo mejor de todo es que

no quiere compromisos. Yo tampoco. Su fallo más significativo es… ser demasiado soso en la cama. Últimamente le cuento todo esto a mi querido Marcial, que me dice que estoy un poco loca; pero aun así exactamente en la justa medida para ser feliz.

Verano de 1954

Querido diario: finalmente he aceptado la invitación de Lucas, pero como no me seducía la idea de viajar a solas con él, se han unido nuestras amigas Caterina y Beatrice, por lo que Lucas se ha convertido en un simple acompañante. Y creo que aquí en Montecarlo, estoy a salvo de sus garras. Si sigue así, acabará teniendo problemas serios con el juego. Marcial ha preferido quedarse en la casa de Palermo, pues me dice que es imposible continuar mi ritmo.

Nosotras hemos decidido compartir suite en el hotel Metropole, como si fuésemos tres adolescentes, y Lucas está encantado, porque estamos justo en la plaza del casino. Así tenemos libertad para hacer cada uno lo que nos apetezca, y sinceramente, con ellas me divierto más. A las dos se les ha metido la idea en la cabeza de encontrar marido. Son como niñas traviesas urdiendo un plan.

En ocasiones recuerdo las palabras de Florence: «un marido importante te da prestigio dentro de esta sociedad de hipócritas, pero tú, ¡haz en la vida solo aquello que realmente desees! Todo pasa muy deprisa y si no haces lo que quieres, después no queda tiempo!».

Florence se casó y enviudó, y ciertamente eso era justo lo que hacía de ella una señora un tanto inalcanzable. Quiero decir que los hombres tenían cierto reparo a la hora de acercarse. Y se volvió muy selectiva.

No sé si yo debería seguir sus pasos… No necesito dinero, por supuesto, pero sí me gustaría tener a mi lado a un hombre importante, un hombre que estuviese pendiente de mí a cada momento, a cada paso. No sé, a veces soy tan voluble. Aunque soy demasiado joven. Tal vez sea cierto eso de que hay que buscar marido cuando se es joven y hermosa, porque cuando te das cuenta, los años han pasado y te han robado todo aquello con lo que eras capaz de conquistar y seducir.

Lo pensaré. Creo que ahora podría conquistar a quien me propusiese.

Septiembre de 1954

El verano se acaba y yo estoy tan perezosa… A veces tengo ganas de escribir, pero siempre hay algo o alguien que me lo impide.

Tengo muchas cosas que contar…

He conocido a un hombre. Es mayor que yo casi quince años y apenas ha reparado en mí. Eso me estimula y aguijonea mi amor propio. Lo conocí en un casino de Montecarlo. Acabábamos de salir de ver a Alicia Alonso en el teatro. Se estrenaba como bailarina invitada en el ballet ruso de Montecarlo y estuvo sublime. Me había invitado mi último acompañante, Lucas. Para celebrar la gran actuación de Alicia, y para que mi querido Lucas perdiera un poco de su dinero en la ruleta, nos fuimos a tomar una copa al casino. Por cierto, tendré que dejarlo, pues se está volviendo demasiado romántico para mi gusto y además es español. No quiero estar con nadie que hable mi idioma y me entienda tan bien.

El caso es que había un hombre no muy alto pero bastante apuesto. Estaba tomándose una copa y paseando entre las mesas de juego. Puse en marcha todas mis armas para seducirle, pero por más que me insinuaba sutilmente, no me miró ni una sola vez: dudé un poco de mi maquillaje y fui a la *toilette* por si no estaba perfecta. Me retoqué el colorete y atusé mi cabello: yo me vi tan guapa como siempre. Al salir decidí pasar cerca de mi presa y dar un ligero traspiés para que me socorriera… ni caso. Eso me hizo empecinarme más, y llegué a proponerme que conseguiría ponérmelo a los pies y casarme con él.

Le pregunté a Lucas si le conocía, pero este hombre cuando está apostando no hay quien le hable. Busqué al grupo de amigos de siempre: vi que en otra mesa de póquer estaba Nella, así que esperé pacientemente a que terminara su jugada y me puso al día. Me dijo que se llama Leo. Es dueño de un montón de casinos desperdigados por toda la Costa Azul, lo que me satisfizo bastante, pues he decidido casarme con él. Es italiano, lo cual me gusta, pues así no me entenderá muy bien, y está soltero. Nella supo decirme

poco más, pero yo investigaré por mi cuenta. El caso es que se fue y no me dio tiempo a seguir flirteando. Es la primera vez que me pasa, pero «ya pagará el francés el vino que se bebió», como me decía mi queridísima Florence.

Septiembre de 1954

Al fin he podido hablar con Caterina y Beatrice. Hacía días que no aparecían por el hotel, no sé dónde habrán estado, pero se las ve felices. Ya me contarán algo si les apetece. No les he hablado de Leo, no me atrevo a decirles que al fin hay un hombre que se me resiste: sería como rebajarme ante sus ojos. No sé, ellas siempre dicen que tengo a quien quiero, pero no es cierto. Hasta ahora los hombres siempre me han buscado; puede que yo tuviese la última palabra, pero ellos siempre han dado el primer paso. Ahora es diferente, y precisamente su actitud hace que me atraiga más.

Lazos

Julia dejó el libro sobre el sofá y en ese momento se miraron.

—¿Qué me dices? ¿Te apetece comer algo? —se apresuró a preguntar levantándose para apartar la mirada. Lo que menos le apetecía era sonrojarse de nuevo.

—¿Quieres que salgamos a comer o prefieres que te prepare algo?, si es que encuentro algo sustancioso en tu cocina…

—Pues te sorprenderá: hay casi de todo, no soy tan desastrosa. ¿Te gusta cocinar?

—No he dicho que seas eso —dijo casi rozándole la oreja y se levantó. Sonrió y se dirigió al baño a lavarse las manos. Desde allí añadió—: Verás, no me gusta cocinar en absoluto, si es por necesidad como casi siempre sucede; pero en cambio sí me gusta hacerlo por placer, y ahora me apetecería cocinar para ti. —Ella se había acercado y lo observaba desde la puerta del baño. También le gustaban las manos, tenía unos dedos perfectos, ni gruesos ni demasiado finos, con las uñas muy bien recortadas—. Si me das permiso voy a mirar. Sigue leyendo, me manejo bien solo.

—Por cierto que no me has dicho nada sobre lo que has leído.

—No, y no lo haré hasta que acabe. No me gusta juzgar a la gente sin conocerla, pero hasta ahora, si quieres mi opinión, me parece una chica de lo más normal.

—Pienso lo mismo, aunque tal vez se salga un poco de las costumbres de su época —dijo Julia mientras entraba en la cocina. Se había puesto una gruesa rebeca de lana color marfil porque estaba muerta de frío.

—¿Te encuentras mal?

—Solo tengo frío. Me ocurre cada vez que me siento un rato.

—¡Vaya! Tomemos un poco de vino y verás como entras en calor. —Terio le ofreció una copa y la miró un instante: le hubiese apetecido abrazarla en ese momento y poder calentarla rodeándola entre los brazos, pero sabía que eso no era una buena idea. Ella acababa de salir de una relación al parecer tormentosa y necesitaría tiempo.

—¿Qué piensas? —Lo miró interrogante Julia.

—Ummm, nada. Voy a buscar algo con proteínas. Las verduras son muy saludables, pero me gusta la carne, no lo puedo evitar.

Ella le ayudó a buscarla. Después dejó que él cogiese todo lo demás, le hacía gracia verle entre sartenes y cacerolas. Puso una buena porción de verduras sobre la tabla de madera, y con mucha soltura comenzó a cortarlas en juliana.

—Veo que tienes habilidad con el cuchillo. —Sonrió.

Lo observaba mientras tomaba la copa de vino, apoyada contra el respaldo de una silla. Aunque él estaba centrado en su tarea, no le pasaba desapercibido que ella no dejaba de mirarle. Julia utilizó varios temas de conversación para sentirse menos inquieta: la sola presencia de aquel hombre la excitaba demasiado.

Decidió disimularlo arreglando la mesa y preparando la ensalada.

Ya sentados a la mesa, Julia comentó:

—Está realmente delicioso, nunca hubiese imaginado que acabarías tan pronto y que estuviese todo tan rico. A mí siempre me gustó cocinar. En casa nos metíamos todos a hacer algo. Mamá siempre experimentaba… pero la vida cambia… ¡Perdona!, no quiero incomodarte hablando de la familia.

—No te preocupes. Es cierto que no hablo de ello, pero no me importa hacerlo contigo. Me pasé dos años casi sin hablar, y estudié gracias a mi amigo Simón, que estaba siempre ahí, sin darle tregua a mis miedos. El tío Juan se preocupaba, todos lo hacían. Estuve enfadado con María porque no entendía que ella lo superase antes que yo.

—Eso es completamente normal: tenías una edad complicada, y las mujeres maduramos antes.

—No era eso exactamente. Les echaba de menos, por supuesto, pero me sentía enfadado con el mundo, con la vida, con todos. —En los ojos podía vérsele una sensibilidad extrema, ternura, dolor.

—La vida no es fácil para nadie y debemos aprender a vivir con nuestros miedos y nuestros recuerdos. Fíjate en mi abuela Sara: aprendió a vivir con el desprecio de unos padres que, se suponía, la habían querido toda su vida. Sencillamente carecían de verdaderos sentimientos, al menos eso creo.

—Me siento bien a tu lado, Julia: es como si te conociese desde siempre —Terio no sabía si había hecho bien diciendo lo que sentía, o tal vez aquella frase le había sonado a romanticón de novela barata. Ella se inquietó y se levantó a recoger todo; él la ayudó—. Julia, no quiero que pienses que soy así con todas. No me había sentido tan bien jamás.

Ella lo miró: los ojos le brillaban de una manera especial, la atracción era mutua. Terio se acercó y no hizo falta más, se besaron llenos de deseo. Aquel hombre había despertado en ella una pasión

desenfrenada: no era solo excitación sexual, eran infinidad de sensaciones agradables que recorrían todo su cuerpo. Lo cogió de la mano y lo llevó a su dormitorio.

Llevaba tanto tiempo sin notar el calor de un cuerpo masculino cerca, que se entregó sin reparar en nada. Hicieron el amor, primero con la voracidad del primer encuentro, después sin apenas descanso. Se entregaron el uno al otro con una dulzura infinita.

Ya relajados, se miraban buscándose. Terio sintió un nudo en el estómago. Miraba a Julia como si hubiera formado parte de su vida desde el principio de los tiempos: era algo indescifrable. No permitiría que se perdiese entre la multitud. Le asustaba ese sentimiento recién estrenado. Jamás había sentido nada igual, con ninguna mujer, nada se asemejaba a esa sensación de plenitud. Estaba un poco asustado, pero no huiría como había hecho siempre. Abrazó a Julia con la admiración que se siente por una diosa, le acarició el cuerpo, cada rincón estrenado por sus dedos, la textura de la piel, el sabor salado de la saliva…, todo era nuevo para él, pero cercano y en esencia. Era como si Julia estuviera identificada en su código genético: la llevaba impresa en cada célula de su cuerpo. Sintió un vértigo desconocido y placentero… y la tomó de nuevo.

Julia sentía a ese hombre dentro como un apéndice de ella, jamás había disfrutado tanto con el sexo: cada vez que la embestía tenía la sensación de que se iba a desintegrar; un bienestar la embargaba después de cada encuentro, pero a la vez quería más. Hubiera parado el tiempo en ese momento. Todo lo demás había quedado relegado a un segundo plano, nada era prioritario en esos momentos, solo calmar el deseo que sentía. Cerró los ojos para desconectar todo sentido que no fuera el tacto de ambas pieles.

Hasta que un sueño reparador se apoderó de ellos.

Cuando Julia abrió los ojos Terio dormía plácidamente. Era tan agradable estar a su lado… Se sentía inmensamente feliz. Nunca había disfrutado de ese modo junto a Fernando. Aquel hombre había desnudado sus sentimientos amándola de esa manera, tan dulce, tan cálida. Sentía un cosquilleo que le recorría cada centímetro de piel. Estuvo así, mirándole un buen rato. Parecía cansado. Se levantó de la cama sin hacer ruido y fue a preparar café. No miró el reloj, tampoco si tenía llamadas: nada de rutinas, quería saborear cada momento. Le parecía increíble que un hombre tan maravilloso hubiese llegado a su vida sin llamar. Acababa casi de entrar y sentía que siempre había estado allí, junto a ella. Y para siempre deseaba con toda su alma que se quedase en su vida.

Cogió su taza de café y se fue al salón. Entonces pensó en Sara.

«No sé si ella llegaría a amar a algún otro hombre como amó a Ernesto, pero ahora puedo entender la pasión que vivió junto a él. La

pasión que la llevaba a buscarle cada día, sin importarle nada más. ¡Y yo que creía que eso solo pasaba en las películas!», pensó.

Julia estaba como hipnotizada con aquel relato, con aquella vida. Cogió el diario rojo y abrió la página por la que se había quedado. Se acomodó en el sofá y se adentró nuevamente en la lectura.

Octubre 1954

Definitivamente estoy encaprichada de Leo, no hay manera de que se fije en mí y eso me obsesiona bastante. Lucas se fue la semana pasada, y menos mal, porque me aburre mucho. Necesito tener a un hombre a mi lado pero que sepa lo que le gusta a una mujer como yo, y Lucas solo buscaba su propia satisfacción.

Sin embargo, las contadas veces que he visto a Leo me produce un cosquilleo y unas ganas de que me lleve a la cama que me pongo de mal humor.

Tendré que urdir un buen plan, pues no se le ve como un hombre que vaya al rescate de damiselas en apuros. Ya lo he intentado pero me ignora, más bien tendré que hacerme notar y que vea que no me importa su presencia. Es difícil, porque me derrito en cuanto aparece: está tan… no sé, en su mundo, que parece no ver a nadie, y sin embargo lo vi hablar animadamente con Nella. Me estoy haciendo asidua a los casinos y eso que el juego no me dice nada. Creo que Nella pretende darme celos. ¡Es tan previsible, la pobre!

Me han invitado mañana a una fiesta de otoño, es en la villa de Francesca y tengo la agradable sensación de que me voy a encontrar con Leo.

Tendré que revisar mi guardarropa: debo superarme. Creo que me pondré algo negro y sugerente, atrevido pero sin escandalizar mucho.

El negro le va tan bien a mi cabellera rubia y a mis ojos verdes… triunfaré con toda seguridad.

16 octubre de 1954

¡Casi he conseguido mi objetivo! Estoy pletórica. Verás, querido diario, anoche fui a la fiesta que Francesca daba para celebrar el otoño. Por suerte siempre hay algo que celebrar. Mi querida amiga Florence me daba muy buenos consejos y yo siempre los intento seguir. Llegué a la *maison* un poco tarde, para que el impacto de mi llegada fuera más evidente. Mis amigas Beatrice y Caterina decidieron ir acompañadas por dos apuestos caballeros. Yo les dije que preferiría ir sola porque tenía cosas urgentes que hacer. Ellas, como siempre, insistieron en esperarme, y yo muy teatralmente les respondí que se lo agradecía, pero que no debían perderse ni un momento de la recepción por mi culpa. ¡Uf! Van tan a lo suyo que me desbaratarían mi conquista.

Estaba radiante con mi precioso vestido de shangtung negro de manga larga: tanto el escote como la espalda dejan entrever la piel a través de un finísimo organdí. Hace años que me lo compró Florence en nuestro viaje a Estados Unidos. Como no hacía frío, me puse sobre los hombros una suave estola de lana de angora en plata, con los zapatos altísimos también plateados. Decidí no llevar ningún otro aderezo, solo unos pequeñísimos brillantes como pendientes. Me contemplé en el espejo del vestidor y me vi espectacular. El brillo de los ojos indicaba el ardor que tenía por acostarme con Leo aquella noche, y las miradas de admiración por parte de los hombres y de envidia de sus esposas me confirmaron que estaba hermosa.

Llegué a la fiesta casi una hora más tarde de lo aconsejado, pero disculpé mi tardanza ante mi amiga Francesca con mucha afectación. Por supuesto que ella no se molestó. Todos vagaban por el amplio salón con canapés y copas de buen vino, charlando en pequeños grupitos. Noté las miradas de conocidos. Sin prisa, acepté una copa de Billaud-Simon Chablis y un canapé que mordisqueé distraídamente hasta que di con él: estaba en un grupo que conocía de vista pero sin la confianza suficiente para acercarme a ellos. Alrededor de Leo distinguí a Charles, un antiguo amante que me recordó mis primeros tiempos con Florence… Allí estaba la solución, y como una pantera me dirigí hacia él. Caminaba serenamente y contoneando las caderas sin ser demasiado provocativa, y entonces me vio Leo, estoy segura, porque aunque siguió hablando con alguien, su mirada me siguió, más bien me devoró por todo el salón.

Charles se volvió y al reconocerme se le encendieron sus mejillas: creo que se sintió en ese momento el hombre más afortunado de la noche. Dejé de citarme con él cuando todavía era inexperta, y seguro que notó el cambio producido en mí. Buen amante, despertó mi hambre por los hombres. No sé si seguiría casado con su aburrida esposa; tampoco le pregunté. Le saludé con coquetería, pero sin que pensara que iba a pasar la noche a su lado.

Leo estaba tan cerca que podía oír su voz suave y dura a la vez. No sé qué tiene este hombre, pero despierta en mí el deseo de poseerlo. Aquella noche se marchó antes que yo, y decidí regresar a casa sin continuar la fiesta con los demás.

20 de octubre de 1954

No volví a ver a Leo por ninguna parte en varios días. Así que aunque no quería hacerlo, le pregunté a Nella por él. Me dijo que había viajado a Palermo. Entonces dije: «¡Palermo!». Y Nella se puso a reír. Supo enseguida que me gustaba.

Ella se hacía la interesante, pero yo presté atención a cada una de sus palabras. ¡Me interesa tanto ese hombre!…

Me contó que en Palermo tiene también negocios, algunos relacionados con el arte. Y que además tiene una preciosa mansión en la que organiza unas fiestas increíbles. Y es que a Nella le das una copa y algo de música y puede estar bailando y charlando toda la noche.

Entonces pensé que podía viajar a mi casa de la playa, aunque no sabría cómo coincidir con él. Sin pensarlo dos veces y guiada por el deseo, le dije a Nella que se viniese conmigo a la isla. Ella aceptó de inmediato, pues nunca tiene nada que hacer, pero en cierto modo me arrepentí: ahora Nella sabe sin duda que me gusta. Tal vez le pida a Nella que me presente como una entendida en arte, y quizás así Leo muestre interés. De algo me ha de servir aquellos gruesos libros de historia del arte que Florence me hacía estudiar cada tarde.

Tengo que reconocer que me siento nerviosa. No sé si podré dormir esta noche. Mañana iré al club que frecuenta Nella y hablaré con ella.

23 de octubre de 1954

Ya sabía yo que Nella me acompañaría. Está encantada en la isla: me asegura que siempre le ha gustado y especialmente los italianos, ya que tienen la sangre muy caliente. Aunque creo que ella es una charlatana y que a la hora de la verdad se hace la estrecha. Me da igual. Caterina y Beatrice se han quedado en Montecarlo. Dicen literalmente que están «calientes y locas por unos tíos». ¡No las reconozco! Antes hablaban mejor, no sé qué mosca les habrá picado. A mí me da igual: ahora no quiero amigas que me distraigan. He de centrarme en mi idea, fija y única, que es conquistar a Leo. Nella le ha llamado con la excusa de que quiere comprar una pintura para su tía. No sé siquiera si tiene tías aquí o en alguna parte, el caso es que mañana por la tarde ha quedado con él, y le ha confirmado que la acompañará una buena amiga para que le aconseje en la compra.

Estoy deseando verle. Espero que no me ponga en un aprieto con las pinturas.

25 de octubre de 1954

¡Ese hombre me ha conquistado, es tan diferente al resto! Ayer ni siquiera pude escribir: estoy demasiado emocionada. No sé exactamente qué siento porque lo que se dice amor, no creo que pueda sentir ya por nadie, al menos tan de repente; es más bien un ardor, una promesa de algo físico. En presencia de Leo me derrito…

Llegamos a la galería sobre las seis de la tarde. Me había vestido discretamente con un traje azul marino. La verdad es que están haciendo unos días bastante calurosos. Bajo el traje llevaba una camisa blanca de seda, muy discreta.

La galería Il Ducatto es propiedad de Leo. Nos recibió personalmente. Nella nos presentó y él me cogió la mano y la besó despacio. Me acariciaba con su aliento. «Bella Sara», dijo. Todavía me pellizco: parece un sueño. «Bellísima Sara», volvió a repetirme con ese acento italiano que me derrite, «espero que esté disfrutando de Palermo». No sé cómo explicarlo, pero me mira desnudándome. No recuerdo qué obras había, ni siquiera lo que habló con Nella. Lo observé sin pudor: es tan apuesto, tan directo. Me gusta

todavía más. Después de un rato de seguirlos por la galería y de que Nella coqueteara con él, nos tendió a ambas una tarjeta. «Mi teléfono —dijo—, por si les precisa algo de este humilde servidor.» Casi me pierdo con sus palabras.

¡Yo necesito a este hombre ya! Hoy he hecho un terrible esfuerzo para no llamarle, y estoy pensando… ¿Y si lo invito a una cena íntima? No sé, demasiado atrevido; se puede asustar, aunque no creo que sea de los que huyen fácilmente. Mejor un almuerzo en casa. Tendré que enviar a Nella fuera de Palermo. ¡Vaya!, estoy escribiendo y pensando qué hacer. Increíble, pero me hace bien ponerle palabras a lo que siento.

Está decidido: le pediré a Nella que viaje a Capri. Tengo amistades muy interesantes allí. Llamaré antes a Toni para decirle que le mando a un bomboncito y que es un poco estrecha, que tiene que espabilarla… eso haré. A ella le diré que tiene un admirador secreto que la llevará a conocer La Gruta Azul. Tendré que costearle el viaje, pues de lo contrario no me hará ningún caso.

29 de octubre de 1954

Por fin se ha ido Nella y he llamado a Leo. ¡Estoy muy entusiasmada! Mañana vendrá a mi casa a almorzar. Aduce que soy muy convincente. Bueno, le he dicho una pequeña mentira, que necesito hablar con él sobre mi amiga Nella, aunque no sé si se lo ha creído. Lo importante es que viene. Tengo que pensar qué puedo ofrecerle. Lo hablaré con Franco, mi cocinero aquí en Palermo. Después daré la tarde libre a todo el servicio. Esta casa es pequeña y así evito que haya testigos de mi primer encuentro.

No podré pegar ojo esta noche. Me tomaré una copa de vino… eso me relajará. ¡Tengo tantas cosas que decidir antes de mañana!

30 de octubre de 1954

Estoy tan intrigada, tan asombrada, tan… no sé cómo estoy. Leo acaba de despedirse de mí, me ha besado la mano dulcemente, me ha mirado a los ojos y me ha dicho: «Mi bellísima Sara, mañana a primera hora pasaré presto a recogerte. Conocerás a la mía familia».

Tiene unos preciosos ojos color miel que contrastan enormemente con su cabello negro, ligeramente ondulado. No lo puedo creer: es maravilloso lo que estoy viviendo, aunque había imaginado que tendríamos algún tipo de relación más íntima… claro que yo no podía insinuarme más abiertamente, de lo contrario hubiese parecido una fulana, y decididamente, eso bajo ningún concepto. No quiero espantar a mi presa.

Florence era una verdadera dama en todo lo que hacía, incluso cuando flirteaba con los hombres y se los llevaba a la cama. Por ello, recordándola, he decidido comportarme de la misma manera. «Hay que tener clase en la vida hasta para ser prostituta», me decía sonriente cuando nos encontrábamos con alguna de sus conocidas, a las que solo les faltaba llevar el cartel pegado en la cara. Eso a ella no le gustaba en absoluto, decía que era tan podridamente rica como para permitirse todo sin caer en la bajeza. ¡Me encantaba Florence!

He de reconocer que antes de que llegase Leo me miré en el espejo, y estaba realmente magnífica, bellísima y seductora. Creí que hoy iba a ser nuestra noche. Después pensé que tal vez era gay, pero eso es imposible: es tan masculino… tan varonil. ¡Decididamente no! He de reconocer que me perturba el bronceado de su piel, su elegancia, todo…

Franco organizó una comida exquisita: tomamos unos *involtini alla palermitana* y un *falsomagro*. Creo que ese fue el momento más tierno de la noche: me aseguró que sabía igual que los platos que prepara su madre. Yo me asombré de la forma tan dulce con la que hablaba de ella, de su familia tan numerosa. En cierto modo sentí envidia sana, pero cambié de conversación, pues no quería tener que hablar de mi inexistente familia.

Me gusta todo en él.

Recordé que debía hablar de Nella, de su carácter tan abierto pero hermético a la vez. Algo tenía que decir: después de todo esa era la excusa. Él me dijo mirándome a los ojos que quería conocerme a mí, que Nella no tenía ningún problema; simplemente opina que es una mujer demasiado superficial y algo estúpida. Yo me sentí gratamente aliviada: no hubiese sabido qué decir.

Tomamos el postre en la salita azul. Me encanta la decoración tan bucólica que tiene

esa habitación, las cortinas con sus pequeñas flores azules y el encaje beis en cada detalle, en cada paño que cubre delicadamente cada una de los veladores. Es tan íntimo… Franco había dispuesto unas bandejas con la repostería, especialmente *frutta martorana,* ese fue el nombre que Leo le dio nada más probarla. Francamente, a mí me sabía a mazapán, y no sé si será lo mismo. ¡Pero suena tan bien en italiano! Me fijé en cada detalle de su cuerpo. Lo que podía verse, por supuesto. Los dientes blancos son perfectos, la nariz un poco aguileña le da un aspecto salvaje, primitivo, varonil. Las manos grandes y los dedos bien formados, el cuello… Creo que estoy excitándome al recordar su cuerpo.

Nos acomodamos en el sofá que hay frente a la ventana. La luz de la luna y las pequeñas farolas creaban un ambiente confortable. Mientras me acariciaba delicadamente el cabello, me contó la historia de su vida, de su familia. Les tocó vivir duros tiempos tras el fallecimiento de su padre. Cuando él y sus seis hermanos eran aún unos niños, tuvo que tomar las riendas de su casa a la edad de trece años: era el mayor de todos y debía sacarlos adelante. Me dijo que nadie le había regalado nada.

Me encanta su forma de hablar. Nella en eso tiene toda la razón: los italianos son diferentes al resto de los mortales…

Estoy deseando conocerles a todos: estoy segura de que forman una familia maravillosa. Lamentablemente, yo no he tenido una verdadera familia, ni hermanos; tan solo a Julia… Julia, mi querida amiga. ¡Desearía tanto poder compartir con ella esta maravillosa vida que tengo ahora! Todo es casi perfecto: lujo, placer y creo que ahora, tal vez, amor. Estoy segura de que Leo me dará la estabilidad que necesito. Es el hombre ideal.

Noviembre de 1954

Estoy radiante de felicidad: creo que jamás me he sentido tan agasajada en mi vida. Ha sido todo… perfecto, esa es la definición más acertada.

Esta mañana Leo llegó puntualmente a las nueve a recogerme. No había podido dormir por los nervios, pero un café y una ducha me habían dejado como nueva. Leo vestía un traje de chaqueta color tostado y una camisa beis, sin corbata. Me pareció el marido modelo.

Yo me había puesto un vestido *swing* un tanto informal de color crema, con escote cuadrado, manga larga y justo por debajo de mis rodillas, como los que utiliza en ocasiones Brigitte Bardot. Creo que era el vestido adecuado para gustar a una suegra.

Elegí una chaqueta color turquesa con botones en forma de flor, sencilla pero alegre.

Leo me dijo que estaba impresionado por mi belleza y que no dejaba de deslumbrarle. Me abrió la puerta de su Maserati rojo. El sol estaba radiante y fue un placer recorrer a su lado las calles de Palermo.

Aparcó el coche en una pequeña plazoleta, bajó del vehículo, dio la vuelta y abrió la mía con suma delicadeza. Me sentí como si fuese Marilyn llegando a una recepción. Colocó el brazo en posición y esperó sonriente a que me agarrase a él, y así lo hice. Juntos dimos un bonito paseo. Fue una experiencia inolvidable: no hicimos nada especial pero me sentía segura a su lado. Imaginaba que era su esposa y eso me hacía sentirme como una gran señora; no sé exactamente por qué pero así lo sentí.

Llegamos a la plaza Bellini y me mostró la Martorana. Me dijo que era la iglesia medieval más conocida de la ciudad, y donde sus padres se casaron. Me contó la tradición de los dulces que yo le había ofrecido la noche anterior. La fruta martorana nació porque las monjas del convento de la Martorana, para sustituir las frutas recogidas de su jardín, crearon otras nuevas con almendra y azúcar para decorar el monasterio con motivo de la visita del papa de la época. Yo no tenía ni idea de que fuesen dulces típicos de estas fechas. Le daré una buena propina a Franco por el detalle.

Pasamos al interior y me mostró los mosaicos que la decoran: le gusta bastante el estilo bizantino. Pero lo que me sorprendió no fueron aquellas piezas que decoran las paredes: fue su actitud. Para mi sorpresa hizo la señal de la cruz bajando la cabeza delante del altar. Yo le seguí haciendo una pequeña genuflexión. Al salir me contó que su madre es muy católica y que desde niños les había obligado a comportarse de ese modo en las iglesias. Me relajé un poco al saber que lo hacía por tradición familiar, pues hace mucho tiempo que dejé esas costumbres y no recordaba el protocolo. Las monjas del convento no consiguieron gran cosa de mí.

Caminamos hacia la avenida Vittorio Emanuele y nos sentamos en una acogedora cafetería a desayunar. El dueño le saludó como si se tratase de un rey. Tomamos fruta, té y tostadas. El camarero estaba todo el tiempo pendiente de que no faltase nada: me sentí agasajada. Salimos de allí y subimos nuevamente al automóvil para ir a su casa.

Durante el trayecto me habló de sus hermanas, hermanos y sobrinos, pero yo estaba demasiado nerviosa y no prestaba mucha atención; me sentía como una niña. Entonces, sin saber por qué, recordé a Ernesto. Sabía que nunca me había amado, pero en ese momento, junto a Leo, recordé que jamás tuvo la intención de presentarme a sus padres, a su familia. No quiso acercarse a mi vida, tan solo a mi cuerpo. Leo es todo un caballero. Para mí es muy importante que me lleve a su casa, porque me demuestra que soy importante para él.

La casa está cerca del Monte Pellegrino. La carretera subía y las vistas eran espectaculares. Le miré, probablemente me vio nerviosa y cogió mi mano.

Sin tapujos le pregunté si con frecuencia solía llevar amigas o conocidas a visitar a su familia. Me contestó con cierta rotundidad que nunca lo había hecho. Creo que me puse a temblar. Estaba segura de que su madre pensaría que yo era algo así como una novia formal. Él me tranquilizó y me dijo que no me asustase, que su familia sabría esperar. Yo no dije nada. Leo apenas me conoce, pero estoy segura de que siente algo diferente hacia mí, algo que no ha sentido con otras mujeres.

La familia al completo nos esperaba en la entrada. Había estatuas de mármol y fuentes de piedra. He de reconocer que me pareció un tanto ostentoso, pero supongo que los italianos son todos así. Muchos niños corrieron a besar al tío Leo. Yo no les entendía en absoluto. Me miraban y sonreían. Una preciosa niña muy morena de mirada triste vino a besarme tímidamente; se llama Simoneta. Me enterneció verla: tendría unos tres o cuatro años, los mismos que podría tener mi niña ahora. Es curioso: superé hace tiempo todo mi pasado, menos eso. Mi niña viaja conmigo dondequiera que vaya, no consigo enterrarla. Cuando la recuerdo, aparto con rapidez ese pensamiento de mi mente, intento distraerme con algo, y eso fue exactamente lo que hice.

La madre de Leo no es tan mayor como la imaginaba. Me enseñaron toda su casa, que es como un montón de casas unidas en un mismo edificio y recinto. Parece que se llevan muy bien. Charlamos solo un poco porque no conozco su idioma, aunque Leo hizo de intérprete todo el tiempo, pues no sabían qué hacer para contentarme. Comimos deliciosos platos, algunos cantaron mientras otros tocaban instrumentos, bailamos, reímos y al atardecer Leo me trajo a casa. Me besó nuevamente la mano. Yo me quedé esperando algo más; entonces me besó en los labios y se marchó. Es todo un caballero.

5 de noviembre de 1954

He recibido una carta de mi querida amiga Julia que me ha alegrado mucho. Me cuenta que ya no sale con ese tal Alfredo y que ha conocido a un chico muy especial. Su nombre es Manuel.

Julia dejó de leer.

—¡El abuelo Manuel!… Dios mío… Es increíble, es como ser testigo de mi pasado… —dijo casi en voz alta, y continuó leyendo.

Me aclara que no puede venir por ahora, bueno que realmente no quiere decirle a Manuel que va a viajar sola. Yo sé que a Julia le da miedo viajar y piensa además que no está bien visto. Yo acabo de escribirle una carta: le he hablado de Leo, de que es muy correcto, más de lo que me gustaría, y de que no me ha puesto una mano encima.

Yo desearía que lo hiciese, pero cuentan que cuando un hombre pretende a una mujer, si tiene buenas intenciones, debe respetarla.

Yo no entiendo a estos italianos: son ardientes y aman con pasión, pero si buscan mujer, quieren conocerlas antes de tomarlas como esposas. Por otro lado, me gusta, lo veo tremendamente enamorado. Creo que no tardará en pedirme que me case con él.

30 de noviembre de 1954

Querido diario: no dejo de recibir regalos. Leo no sabe qué hacer para agasajarme.

Me ha comprado un coche y dice que me enviará un chófer. Yo le he dicho que sé conducir, pero que mi buen amigo Marcial es mi chófer. Leo sabe que es como si fuese parte de mi familia y le parece bien. En su casa todos son muy amables y me tratan con mucho respeto ¡Si supiesen que tengo un pasado!… no sé si su madre, siendo tan tradicional, aprobaría que saliese con él. Pero su hijo ya es mayor, no puede esperar una novia perfecta. De todos modos, ella no sabe nada de mí y yo me hago la ingenua. ¡Hasta resulta divertido!

7 de diciembre de 1954

«*Dolce* Sara, ¿quiere convertirse en la mía esposa?» Jamás olvidaré estas palabras. Es la petición más importante que me han hecho en toda mi vida.

¡Ha sido tan romántico!… Me ha regalado un anillo precioso, sencillo, elegante: una alianza rodeada de pequeños brillantes. Me aclara que tiene tantos como días ha estado junto a mí. Por supuesto que he dicho que sí. ¡Soy tan feliz! Al fin parece que mi vida se serena.

Su familia está encantada. Todos sabían que hoy me lo pediría y estaban seguros de que yo aceptaría. Celebraremos la boda antes de la Navidad.

Sé que vamos muy deprisa pero estoy muy emocionada.

Junto a la gran casa de la familia hay una vivienda muy elegante que no ha sido habitada en muchos años. Leo dice que está casi lista, que tan solo espera que yo la llene de alegría. ¿No es hermoso?

Tengo que decírselo a Julia ¡Me haría tanta ilusión que viniese a mi boda! Le he mentido a Leo respecto a que mis padres murieron hace algunos años, y que solo tengo una amiga, que es para mí como una hermana. Es tan atento que quiere acompañarme a Salamanca y entregarle la invitación en persona. Ha sido un detalle precioso por su parte, pero eso sería muy arriesgado. Se me ocurrió decirle que no quiero fatigarme con el viaje, que es mejor enviarla por correo. Llamaré a Julia para contarle todo personalmente, aunque no sé qué decidirá.

Julia estaba muy asombrada de la rapidez con la que Sara había dicho que sí a aquel hombre. Era cierto que se había enamorado y que necesita estabilidad en su vida. Sara poseía dinero, amigos, todo cuanto deseaba, pero sentimentalmente estaba demasiado sola. Julia estaba absorta en estos pensamientos cuando Terio entró en el salón. Iba en calzoncillos.

—¿Tan feo estoy recién levantado?

—¡Estás guapísimo! —Julia sonrió.

Él se acercó y la besó con dulzura en los labios.

—No imaginaba que estuvieses aquí leyendo. Me he despertado y te he buscado.

—No tenía sueño y tú… ¡parecía que no habías dormido en un montón de días!

Terio recordó su viaje relámpago a París y prefirió no decir nada.

—¿Qué te ha sorprendido tanto? —preguntó.

—Varias cosas, pero especialmente es Sara la que me sorprende. Está a punto de casarse con un hombre al que no conoce de nada, y creo que todo es un poco sospechoso.

—¡Pues… no sé qué decir! ¿Sospechoso?, ¿en qué sentido? Creo que su vida ha debido ser tremendamente interesante.

—No sé, pero italiano, en Palermo, una gran familia unida… Eso me hace pensar en la mafia. También me sorprenden mis abuelos…

Verás, siempre los vi como lo que eran, unos abuelos encantadores que nos daban todos los caprichos posibles y todo su amor. Ahora estoy descubriendo sus vidas. Es todo tan diferente a como yo lo había imaginado. Mi abuela Julia era muy bondadosa, quería muchísimo a Sara.

—¿Sabes? —susurró Terio al oído de Julia al tiempo que la besaba en el cuello, en el lóbulo de la oreja—, ya descubrirás todo conforme vayas leyendo, pero ahora… —Le retiró el diario de las manos—. He de decirte que me gustas mucho, Julia, que me siento muy bien a tu lado. Eres tan diferente a todas las mujeres que he conocido. Eres inteligente, sencilla, dulce, ardiente en la cama… —Rio.

—Me vas a hacer sonrojar… —Le daba cierto pudor hablar con él de sexo. No era lo mismo estar con él en la cama, dejándose llevar por el deseo y la pasión, que hablarlo allí en mitad del salón.

—No pretendo incomodarte: solo quería que lo supieses. No estoy aquí por pasar el rato, quiero seguir a tu lado y conocerte. —Julia se limitó a mirarle y sonreír. La había dejado sin palabras—. ¿Te importa si me doy un baño?

—En absoluto, en el armario tienes toallas grandes de baño.

—¿Insinúas que soy demasiado grande o gordo o alto o monstruoso o algo parecido?… —Enarcó una ceja.

A Julia le divertía oírlo bromear. Mientras se dirigía al baño se fijó en la espalda: los hombros anchos y rectos le daban ese toque tan masculino que tanto la seducía. Era además natural, sencillo, simpático… Era fácil llevarse bien con él.

«¡Si Gloria me viese!», pensaba. Ella siempre la había tachado de estrecha. Le repetía una y otra vez que no tenía por qué ponerle trabas a las relaciones, ni amorosas ni sexuales, pero Julia siempre tenía miedo. Miedo a que la engañasen, a lo que pudiesen pensar de ella. Había dejado escapar años de su vida sin disfrutarla, en casi todos los aspectos, y especialmente le había ocurrido con el sexo: había sido demasiado recatada. Recordó a Fernando, quien no solo era un egocentrista en el plano profesional y personal; en la cama también: buscaba su propia satisfacción sin importarle si ella disfrutaba, iba literalmente al grano. Durante los dos últimos años, su matrimonio se había convertido en una espiral que llegó a aborrecer: el trabajo, las reuniones con los amigos de Fernando y las relaciones cuando a él le apetecía. Llegó a sentir repugnancia, y cerraba los ojos y fantaseaba para que no se le hiciese eterno aquel momento. Para ella, acostarse con su ex era un ritual que le resultaba tedioso, aburrido, y casi se sintió aliviada cuando comenzó a acostarse con otras mujeres.

Antes de estar oficialmente divorciados, Gloria no soportaba ver a su amiga, joven y guapa, aburrirse como una ostra. Por ello comenzó a

presentarle a un montón de hombres de todo tipo: solteros y divorciados; algunos eran pacientes suyos y estaban como verdaderas chotas. Gloria siempre les veía algo bueno. Pero Julia no se sentía atraída por ninguno y el trabajo llegó a convertirse en su única distracción. Sentía que había malgastado mucho tiempo de su vida y que ya era hora de aprovechar cada momento. Tal vez esa amiga de Sara, Florence, tenía toda razón cuando decía «carpe diem».

Sin pensarlo dos veces, se dirigió sigilosamente hacia el cuarto de baño. Terio se encontraba sumergido en la bañera: había colocado una toalla a modo de almohada en el borde y parecía estar muy relajado con los ojos cerrados. Julia lo observó durante unos segundos: estaba realmente atractivo con el cabello mojado.

Se acercó y lo besó dulcemente en los labios, en los ojos, en la nariz. Lo había cogido por sorpresa. La invitó a bañarse.

Julia se quitó el albornoz muy despacio dejándolo caer al suelo. Terio no dejaba de mirarla, sorprendido de su bonita figura.

—Tienes un cuerpo fabuloso.

—Por favor, me vas a ruborizar y no podré seguir.

—No seas tonta, te lo digo en serio: eres muy bonita. Cuando Julia entró en la bañera, se dejó rodear por los brazos de él.

El agua estaba deliciosamente caliente y se sumergió hasta que le llegó al cuello. Él le enjabonaba la espalda con suavidad; después las manos se deslizaron hasta tocarle los pechos. Tenían una bonita forma redondeada que le excitaba. Julia lo besó mordisqueándole suavemente los labios: se besaron como si llevasen toda la vida esperando aquel momento.

—Julia, ¡me atraes tanto! La ayudó a subirse a horcajadas sobre él. Se miraban fijamente a los ojos mientras el pene erecto se abría camino entre las piernas. Gimieron de placer. Ella cerró los ojos y suspiró, sintiéndolo dentro. El movimiento de los cuerpos poco a poco fue creciendo. Era algo sublime que los llevaba a impulsos frenéticos, incontrolables. Terio la tenía sujeta por la cintura y la miraba completamente excitado; casi podía controlar cada uno de sus movimientos. La besaba con pasión en la boca, le acariciaba los pechos, apretaba su cuerpo contra el de ella. Se dejaron llevar por el placer, arrastrados por un instinto casi salvaje. Ya exhaustos, Julia se dejó caer sobre el pecho aún jadeante de Terio.

—¡Dios mío! —dijo ella sin pudor—. Jamás había disfrutado de este modo. —Él la abrazó fuertemente, hasta que la respiración de ambos se hizo más pausada.

Julia no se atrevía a mirarle. Sabía que esta vez lo había buscado ella, y pensó que quizás acababa de dar una imagen de mujer desesperada.

—Hola, ¿eres tú? —dijo él en voz baja al oído mientras le rozaba

el cuello con la cara—. ¿Estás aquí? —Sonrió. Ella lo miró un tanto confusa—. No me mires de ese modo. Me has sorprendido. No esperaba esto, y me ha encantado. Ha sido maravilloso, en serio —añadió Terio entre susurros.

Julia salió de la bañera y se envolvió en su albornoz.

—No sé qué me ha ocurrido, me he dejado llevar, sin pensar.

—Eh, eh. —Terio salió a su encuentro—.Pero… ¿por qué te pones así? —dijo sujetándola suavemente por la espalda.

—No sé, ahora de repente me da vergüenza. No te rías, somos adultos, pero yo nunca he actuado de este modo tan impulsivo, tan primitivo, diría yo.

—Estas cosas no se programan… ha sido algo muy especial para mí —le dijo acariciando sus mejillas—. ¿No has disfrutado?

—Mucho, es solo que estoy dando una imagen de…

—Sss. —Puso el dedo índice sobre los labios de Julia—. A mí me haces muy muy feliz. Me gusta estar a tu lado. Creo que me estoy enamorando de ti. —Le sujetó la barbilla para que lo mirase: él era muy alto y Julia podía hacerse la escurridiza.

Ella se quedó perpleja al oír sus palabras. Entonces le abrazó.

Permanecieron un buen rato de pie así, abrazados en el cuarto de baño.

—Julia, me estoy congelando —dijo él tiritando exageradamente para hacerla sonreír.

Ella se echó a reír. Tenía un magnífico don, el de suavizar con sus bromas todas las situaciones que le parecían embarazosas, y eso la encantaba.

Decidieron pasar la noche fuera de casa. A Julia le apetecía salir, cenar, ir al cine. Llevaba días encerrada en casa: demasiado tiempo. Se vistieron y salieron a la calle. Terio le pasó el brazo por encima del hombro y la atrajo.

—Así pasamos menos frío ya que quieres caminar…

—¿No te apetece?

—Soy un poco vago, lo reconozco, pero por ti haré un esfuerzo.

Disfrutaron de una noche entrañable, tranquila. Cenaron en un pequeño restaurante muy acogedor del centro de la ciudad. Después decidieron ir al cine y ver *Los miserables.* Camino a casa charlaron sobre varios aspectos de la película, la sociedad de principios del siglo XIX, la ley, la justicia, las clases sociales… A Terio, por su profesión, le fascinaba la literatura y no paraba de charlar, de comentar la obra de Victor Hugo, su puesta en escena. Ella lo escuchaba con atención, le encantaba oír su visión tan particular de las cosas.

Sin duda, habían pasado una noche genial, diferente a todas las que Julia había tenido durante demasiado tiempo. Pensó que estaban hechos el uno para el otro. Terio subió a casa con Julia.

—¿Te importa que pase contigo la noche?

—Será todo un placer; es más, me ofendería que te marchases —dijo Julia agarrándolo del cuello de su cazadora.

Se fueron a la cama, se arroparon y se abrazaron.

—Terio, me siento feliz a tu lado. Es todo tan natural, tan sencillo, tan nada complicado.

—A mí me ocurre igual. Creo que ya te lo he dicho: es una sensación placentera, como si te conociese de toda la vida. —La besó muy despacio en el cuello.

—Antes me dijiste algo… no sé si lo pensabas en serio.

—¿Que me estoy enamorando de ti? Sí, no me da vergüenza repetirlo, lo siento así y no tengo miedo. Siempre he pensado que debía huir de estos sentimientos, tal vez porque no te había conocido.

—Yo siento lo mismo y no sé si es bueno.

—¿Por qué dices eso?

—Me refiero a tener miedo. Tal vez nos guste demasiado estar juntos y tememos que estos sentimientos puedan desaparecer. No sé.

—No, no van a desaparecer; estaré siempre aquí, a tu lado.

—Me siento muy feliz.

Antes de quedarse dormida, Julia pensó en todas aquellas noches solitarias, tristes y vacías, en especial en aquellas en las que, aunque Fernando dormía a su lado, eran igual que dormir completamente sola, sin amor, sin respeto, sin caricias… Sentirse abrazada por Terio era la sensación más placentera y agradable que había experimentado jamás: notar el calor de su cuerpo, su inconfundible aroma, sentirlo respirar con placidez… Se quedó dormida. Estaba inmensamente feliz.

Cuando se despertó él no estaba en la casa. No se sorprendió. Ya le había advertido sobre su forma de actuar un tanto impulsiva.

Se levantó y se fue directamente a la ducha. Le gustaba mucho aquel hombre, se sentía viva a su lado. Por supuesto, respetaría sus costumbres, su forma de ser, aunque de vez en cuando desapareciese. El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Hola, ¿estás despierta? —preguntó desde la entrada.

—Hola, pensé que te habías marchado a alguna parte…

—El desayuno es la comida más importante del día, ¿lo sabes, verdad?

Cuando Julia salió del baño, Terio la esperaba en la cocina con bollitos calientes y una rosa roja sobre la mesa. Ella se quedó gratamente sorprendida: no imaginaba que fuese así de romántico y detallista.

—¿Desayunamos, princesita?

—Eres un sol. Le besó en los labios y se sentaron.

Terio le comentó que debía salir a hacer unas compras con María. Ya había avisado a su hermana, esta vez para variar. Julia prefirió

quedarse en casa y continuar leyendo. No le seducía nada la idea de salir de compras con alguien a quien todavía no conocía. Se moriría de vergüenza, en absoluto era una buena idea.

—De acuerdo, te dejo toda la mañana para ti, pero te recojo y comemos en mi casa, bueno, en la de mi hermana. Siempre la he llamado mi casa y María quiere que continúe haciéndolo; creo que te caerán muy bien. Son una pareja muy peculiar, y son también profesores.

—¿Como tú?

—Sí, Ignacio da clases en la facultad, es profesor de Historia, y mi hermana es profesora de Educación Infantil. Le chiflan los críos, y a mí me ponen algo nervioso, aunque dicen que los adolescentes son más complicados. El caso es que todos nos dedicamos a lo mismo. ¿Aburrido para ti?

—En absoluto. Mi hermano y yo somos abogados, y nunca llegamos a plantearnos otra cosa: estábamos acostumbrados en casa, seguimos los pasos de mi padre. Y ahora sé que he hecho lo mejor. Algunas veces llegaron a asaltarme ciertas dudas. Hay cada individuo por ahí… pero con esto de los chicos, es diferente. Me gusta ayudarles. Ves algunos casos en que si no los estudias y no conoces todo aquello que les rodea, lo primero que te dan ganas de decir es «¡que lo encierren!», porque son descarados, delincuentes y mal hablados. Pero hay veces en que detrás de ellos hay una historia lamentable: algunos sufren o han sufrido malos tratos, abusos, y te das cuenta de que habían salido a la calle porque estaban sin hogar; es tremendo. Otras veces es cierto que te encuentras con chicos que tienen buenos padres, pero las amistades no son las adecuadas y comienzan a cometer sus primeros delitos. Hay ocasiones en las que los cogemos a tiempo y eso hace que nos sintamos muy bien. Formamos un gran equipo del que estoy muy orgullosa. —Terio escuchaba a Julia lleno de admiración: le parecía una mujer fascinante—. Te has quedado callado.

—Me gusta escuchar todo lo que dices y es muy interesante vuestro trabajo, que en cierta manera se parece al mío, porque educáis.

—Hablando de otra cosa, me dijiste que comeríamos juntos el día de Navidad, no hoy…

—Cambio de planes. Los conoces hoy y ya nos organizaremos el resto de las vacaciones, ¿te parece?

—De acuerdo, gracias por estar aquí. —Lo acompañó hasta la puerta y se besaron apasionadamente.

—Ummm, Julia. ¿Llamo a mi hermana y lo dejo para más tarde?

—En absoluto… no empieces… Vamos, ¡sal ya!

—Creo que te voy a echar de menos, Julia —dijo acariciándole el rostro.

—No seas bobo, que parecemos dos adolescentes que no se quieren despedir.

—De acuerdo, pero creo que me siento un poco tonto. —Sonrió.

Julia cerró la puerta con una sonrisa en los labios, no podía creer lo que le estaba sucediendo.

«¡Sara! —pensó—. Necesito seguir leyendo.»

La mía familia

Febrero de 1955

Querido diario: he estado felizmente ocupada y no he tenido tiempo de escribir nada en absoluto. Tengo tantas cosas que contar… Nuestra boda fue realmente espectacular. La ceremonia se celebró en la iglesia de la Martorana, el 10 de diciembre de 1954, a las diez de la mañana. Mi querida suegra Francesca parecía muy feliz, aunque también lloró. La pobre mujer recordaba su boda, supongo, sus días felices. Debió de ser muy triste quedarse viuda tan joven.

No sé cómo se las arreglaría con su familia, pero Julia asistió a mi boda. ¡Me hizo tan feliz! Vino acompañada de Manuel, su novio, que parece un primor. Tal vez mintió a sus padres y a sus futuros suegros, no sé, tampoco quise ponerla en un compromiso preguntándole. Pero lo importante es que pude estar con ella. El resto de los invitados eran todos unos perfectos desconocidos para mí, exceptuando, por supuesto, la familia de Leo, mi queridísimo Marcial y, cómo no, mis amigas. Había tanta gente que parecía la boda de unos príncipes o algo así.

Fue un día muy feliz, creo que el más feliz de mi vida. Lancé el ramo al aire, pero con cierta picardía hacia donde mi amiga estaba. ¡Y lo cogió! Nos miramos con total complicidad. Ella estaba muy contenta: lo noté en el brillo de los ojos. Me gusta su novio: tiene cara de buena persona, justo lo que ella se merece.

Aunque no esté bien que lo diga yo, llevaba un vestido impresionante de las Hermanas Fontana. Muy al estilo de Audrey Hepburn. Y Leo vestía de Versace. Leo me había regalado una diadema de diamantes. Habían diseñado especialmente para mí un velo corto recogido atrás, para que pudiese lucirla; es en verdad preciosa.

La celebración se hizo en los salones de la casa principal, aunque como el día era muy cálido, sirvieron algunos aperitivos en el jardín. Parecíamos recién salidos de una película de Hollywood. No tengo palabras para expresar mi felicidad. Su familia es tan especial para mí… Y Julia… Me sentí verdaderamente arropada, aunque cuando me dijo el apellido de Manuel, me inquieté… Rosano. Miré a Julia algo perpleja. Ella estaba también un poco confusa por tener que contármelo el día de mi boda. Se acercó a mí y me dijo en voz baja que Manuel era primo de Ernesto, que sentía hablarme de él pero daba por sentado que a estas alturas de mi vida ya lo habría olvidado… Sí, lo había hecho. Le respondí que no se preocupase por eso, que era agua pasada.

Sí, agua pasada… pero algo en mi interior se revolvió y no me gustó sentir aquello.

Julia no se cansaba de insistirme en lo guapa que estaba, y me repetía que jamás me habría imaginado así, tan elegante y tan sexi a la vez. Le gustaba mi corte de pelo a lo Marilyn: ella siempre había imaginado que acabaría peinándolo de ese modo.

Después de la fiesta nos vinimos aquí, a nuestro nuevo hogar. Es una casa preciosa decorada con un gusto exquisito. No sé a quiénes contrataría Leo para decorarla, pero la verdad es que me encanta, y no le falta ni un solo detalle. He de aclarar que lo más bonito que hay en ella es mi flamante marido. A la mañana siguiente nos embarcamos en un precioso crucero por las islas. Nosotros éramos los únicos pasajeros, por supuesto viajaban el capitán y la tripulación de a bordo. ¡Qué tonta! Estuvimos más de dos semanas bordeando las costas italianas y griegas.

Hemos tomado el sol y nos hemos bañado en aguas transparentes. Tengo que reconocer que mi marido es un perfecto nadador. Lo más atrevido fue bañarnos

desnudos, bueno, eso y otra cosa. Me da un poco de reparo contarlo, pero a estas alturas de mi vida creo que ya da igual. Lo contaré, porque tampoco es para tanto, solo que mi marido no esperaba que hiciese aquello.

Antes de la boda estaba muy nerviosa y agitada, y entonces decidí ponerme a cocinar, no sé por qué, pero era lo único que me calmaba. Recordé mi deliciosa mermelada, así que mandé pedir las mejores rosas de Italia: ya sé que es un poco ostentoso, pero me lo puedo permitir. Me relajó muchísimo todo el ritual… deshojar aquellas flores, prepararlas una a una, aspirar su agradable fragancia. Cuando se le añade el azúcar se realza su aroma. Sin ninguna intención, guardé el bote con el resto del equipaje. Una noche mientras bebíamos champán se la di a probar. A Leo le gustó su sabor, y no creía que la hubiese preparado yo. Continuamos bebiendo y bailando en cubierta: solo nos alumbraba la luz de la luna. No me parecía nada cursi, pues a su lado todo es muy romántico. No sé por qué, pero cogí aquel bote y mojé el dedo índice en aquella confitura, medio desnudé a mi marido y se la fui poniendo por el escote. Al principio le dio por reír, y riendo afirmaba que estaba completamente loca; pero cuando acaricié sus zonas más sensibles, no me dijo más. No voy a contar dónde le puse la mermelada y cómo se la retiré de su cuerpo: eso ya es cosa de la imaginación.

También hemos desembarcado en algunos puertos y hemos conocido muchos lugares fantásticos, cuando nuestro apasionado amor nos ha dejado, por supuesto. Tengo que reconocer que los italianos son muy apasionados en la cama, y mi marido nunca se cansa. ¡Me vuelve loca, me gusta todo en él!

Me ha regalado una perrita preciosa de raza bichón maltés. Estoy muy contenta con ella, y la llamo *Molly*, en honor a un libro que leí hace muchos años, *Moll Flanders,* de Daniel Defoe. Era la novela favorita de Florence. Ella me distrae muchísimo porque Leo ha tenido que ausentarse, irse de viaje a Estados Unidos. Eso está demasiado lejos y le echo mucho de menos. No me ha contado para qué ha tenido que ir hasta allí, pero es que tiene tantos negocios: casinos, arte, moda, restaurantes… Si tuviese que llevar la cuenta, no haría otra cosa más que contar y contar.

15 de marzo de 1955

Querido diario: he pasado unas semanas bastante distraída a pesar de que Leo no está. Mi suegra quería cambiar la decoración de su casa, porque según ella está demasiado *antiquata,* y me ha pedido que me encargue de ello. Alega que tengo un gusto muy refinado, aunque mi querido Franco ha tenido que traducir todo lo que Francesca decía, ya que aún no entiendo mucho el italiano y ella habla demasiado rápido. Mis cuñadas Carola y María se han enfadado un poco, están algo celosas, pero yo no tengo la culpa, y haciéndolo se me pasan los días más distraídos hasta que regrese mi marido. Marcial me ayuda: él es muy elegante y disfruta eligiendo las telas.

A pesar de que pasamos todo el día con la decoradora, eligiendo los tejidos, colores y pinturas, echo tremendamente de menos a mi marido. Me llamó hace unos días y me dijo: «Bellísima Sara, presto llegaré a casa, en una o due semanas». ¡Dos semanas…, me parecerán años! Me dijo que me echa mucho de menos. Yo también a él. ¡Negocios! Realmente no necesitamos nada, pero su familia depende de él e insiste en que sus hermanos, si se descuidase, dejarían a su madre y al resto de la familia totalmente arruinados. Creo que Leo exagera, y eso debe de ser porque desde pequeño ha dirigido todo en su casa. No creo que sus hermanos sean unos despilfarradores, aunque si mi maridito lo dice, así será.

30 de marzo de 1955

Leo casi no da señales de vida, y estoy empezando a aburrirme, en todos los sentidos. Ayer pasé el día en Siracusa, me llevó como siempre mi gran amigo Marcial, a quien hace tiempo que ya no lo considero solo mi chófer y ha pasado a ser parte de mi familia; a su lado me siento muy bien. También me llevé por supuesto a mi perrita *Molly* ¡Es tan cariñosa que me alegra todos mis días!

Charlamos durante todo el trayecto y me contó divertidas historias sobre nuestra querida amiga Florence. Como siempre, muy elocuente en todo lo que decía: ambos reímos y también lloramos su ausencia.

Me habló sobre su homosexualidad, de la que por supuesto yo sabía, aunque jamás

había tratado ese asunto con él pues es algo demasiado personal. Me confirmó que Florence lo había ayudado en ese aspecto. Cuando la conoció, él era demasiado joven y sus padres no entendían su condición; buscaba trabajo y ella lo contrató. Aunque era demasiado tímido y reservado, Florence le hizo ver la vida de otra manera. Ahora tiene ya unos años y lleva algún tiempo sin pareja. Bromeé diciéndole que ahora yo estaba en su misma situación. Pero lo cierto es que me siento así. ¡Tremendamente soltera!

Cuando llegamos a nuestro destino, Marcial me dejó sola, pues suele esperarme tomando un café o leyendo algún libro: es muy educado. Se quedó con *Molly*, ya que ella lo quiere mucho y a ella no le gusta caminar demasiado.

Yo necesitaba pensar. Mi suegra me está volviendo loca. Y mis cuñadas también. Aún no sé de quién es hija la pequeña Simoneta: no las entiendo y como allí todos andan revueltos, nunca sé quién es hijo de quién. He notado que no quieren contestarme cuando se lo pregunto. Seguro que me entienden, pero ellas como si nada. Y es curioso: me he fijado que la pequeña nunca está con la misma mujer y anda como perdida. ¡Hay demasiados niños en esa familia!: no sé si me aprenderé el nombre de todos ellos sin equivocarme.

Caminé por Ortigia, el núcleo más antiguo de Siracusa. Es realmente fascinante.

Hay tantos restos de arquitectura griega, barroca, clásica… Me perdí por los laberintos de sus callejuelas estrechas, de sus escalinatas. El ambiente olía a primavera y no dejé de caminar y caminar. Menos mal que llevaba pantalón y zapatos planos, sin la aprobación de Francesca por supuesto. ¡Son todas tan anticuadas!, todas menos Isabella. Ella es la hija mayor de Carola, tiene casi veinte años y es mucho más moderna y atrevida. A veces se viene a mi casa a charlar conmigo, ya que está aprendiendo español y le viene muy bien, y a mí también, porque a ratos practico algo el italiano.

¡No tenía ni idea de que en Siracusa tuviese una catedral tan hermosa, ni elegantes palacios aristocráticos!, el Beneventano del Bosco, el Vermexio. Todo espectacular.

El mar Jónico… Lo llaman el brazo del Mediterráneo, nuestro mar. A veces añoro España, la llevo en mi corazón.

Después me reuní con Marcial y me llevó a la fuente de Aretusa, un lugar que transmite reminiscencias del pasado, con plantas de papiros y patos nadando sobre sus aguas: era como un sueño. Marcial es muy especial para mí, se ha convertido en mi confidente. Siempre me alerta cuando hay alguien a mí alrededor, para que no hable demasiado; dice que las paredes oyen y debe de ser cierto, porque tengo la sensación de que me vigilan.

Me contó una bonita leyenda. Según la mitología griega, Aretusa era una ninfa. Alfeo, el dios del Océano, estaba enamorado de ella. La diosa Artemisa, para que pudiese escapar de él, la convirtió en fuente, pero Alfeo, locamente enamorado, se convirtió en río. No imaginaba que Alfeo se transformaría en río para acabar fundiéndose con las aguas de Aretusa. Sin duda, es una preciosa historia de amor, y yo estoy demasiado sensible últimamente.

No sabía que Marcial tuviese tanta sensibilidad, aunque debí de haberlo imaginado. Tenía que ser especial si Florence fue su amiga.

Pasamos la noche en un hotel: no me apetecía pasar otras casi tres horas de regreso en coche. Dormimos en la misma habitación, pero por supuesto en camas separadas, aunque a mí no me hubiese importado dormir a su lado. No lo veo como a un hombre, pero él es muy reservado y correcto. Charlamos de todo un poco, también de mi niña. Nunca olvidaré aquella noche fría en la que nació, ni su llanto. Él es demasiado sentimental y sé que se le saltaron las lágrimas, por su forma de hablar. Me aconseja que haga caso de Florence: la mejor forma de olvidar es no pensar en algo, nunca, bajo ningún concepto.

Cuando llegamos a casa, nadie me habló, y mi suegra fue muy grosera, gritando no sé qué cosas de su hijo Leo. Ella debería suponer que no iba a quedarme en casa muerta de aburrimiento, solo porque su hijo no esté, aunque tal vez le haya molestado que me haya acompañado un hombre, ¡un hombre, como si Marcial se fuese a aprovechar de mí!; pero me da igual lo que diga y no voy a decirle que mi amigo es homosexual. No es que sea malo, aunque ella debería haberlo notado. No pienso dar explicaciones de mi vida y mucho menos de la de mis amigos.

No he salido hoy en todo el día de mi casa, tampoco me he reunido con la familia para comer todos juntos, como es la costumbre italiana. He pasado el día con *Molly* y

con Marcial. Franco tiene días libres y últimamente solo viene cuando le necesito. Se ha echado una novia y trabaja con ella, en su bar. Cualquier día iré a visitarle.

2 de abril de 1955

Estoy muy enojada, triste y preocupada. Me dan ganas de gritar. Ayer me llamó Leo. Al principio se enfadó muchísimo conmigo, insistiéndome en que no debo salir sola de casa, que eso no es propio de las mujeres de la familia Di Benedetto. Yo le hablé de Siracusa, de la fuente y de las plantas de papiros que hay en ella.

Cuando oyó mi voz tan triste, enseguida me pidió que lo perdonase, que debería haberme advertido de *i costumi della mia famiglia*. Aunque a él no le preocupó que fuese con Marcial, al contrario. Mañana tomará el avión muy temprano, pero dice que tal vez haga escala en Roma porque necesita ultimar unos asuntos, pero que no me impaciente, que pronto llegará.

¡Estoy empezando a cansarme de las costumbres de su familia!

5 de abril de 1955

Mañana llega Leo. Es extraño, pero no sé si estoy realmente contenta. Mi suegra ayer me dijo que Leo les ha pedido que disculpen mi forma de comportarme porque no estoy acostumbrada a su estilo de vida. Bueno, eso me lo ha explicado Isabella, y con lo que ya empiezo a entender, pues intento aprender el idioma. Desde que nos casamos no hago otra cosa que practicar con un libro de gramática que me regaló mi querido Marcial.

Pero yo no pienso hacer las cosas que ellas hacen. Aquí las mujeres se pasan el día cuidando a los niños, la casa y sobre todo preparando demasiada comida. Por las tardes van a la iglesia a escuchar alguna misa, o a rezar el rosario. A veces las he acompañado, pero no puedo con su forma de vida, me asfixio. Mi suegra va todos los domingos al cementerio y me hace acompañarla. Algunas veces pongo alguna excusa, porque es todo tan deprimente, y no voy. No entiendo a esa mujer: llega a la tumba del marido y se pone a llorar y a gritar no sé qué cosas; después se limpia la nariz y se va a casa como si nada. La primera vez que la vi, me dio mucha pena porque no podía creer que sintiese tanto desconsuelo después de tantos años, pero ahora creo que lo hace de vicio.

Hoy ha tomado el té conmigo Isabella. Cuando la he preguntado por Simoneta ha cambiado de conversación. Tal vez sea su pequeña y quieren ocultarlo. Yo podría comprenderla, pues sé muy bien que hay familias que no toleran que una mujer tan joven sea madre soltera, pero no quiere hablar de ello. Conoce mi casa a la perfección, cada detalle, cada rincón… Supongo que antes habrá visitado esta casa a menudo. Cuando me intereso por alguien de la familia, me dice que tiene prisa y se marcha. Es un poco rara esta muchacha. Ayer hizo lo mismo, cuando se marchó me asomé a la ventana y observé cómo hablaba con su madre, justo en el camino de entrada que lleva al jardín; y miraban hacia mi casa. Estoy empezando a sospechar algo, aunque no sé qué puede ser; pero algo en mi interior me dice que hay algo oculto entre estas paredes. No puedo explicar de qué se trata, pero lo averiguaré.

7 de abril de 1955

¡Sí, estoy muy feliz!: ayer llegó Leo. ¡Al fin! Me he dado cuenta de que lo he echado muchísimo de menos. Al verle la cara lo supe. Nos encerramos en casa y pasamos el día en la cama, así de claro: es tan ardiente y hacía tanto tiempo que no estábamos juntos… Hicimos el amor apasionadamente, varias veces; ya casi ni me acordaba lo que siento entre sus brazos, su cuerpo: me palpita todo.

Me molestó que mi suegra entrase en casa, y acabo de saber que tiene una llave. Leo le restó importancia. Vino a traer comida y se marchó. Ellos verán eso como un detalle, pero no es íntimo, no me gustó en absoluto y le dije a Leo que no quería que volviese a ocurrir. No sé si me hará caso.

Me ha traído muchos regalos de América, pero yo lo deseaba solo a él. Se ha acordado de *Molly* y le ha comprado un precioso collar con pequeñas esmeraldas que destacan sobre el blanco de su pelo. ¡Es tan detallista!

No estaba enfadado conmigo. Tan solo me ha pellizcado en el trasero y me ha dicho que no salga sola, que debo ir acompañada de su madre o de alguna otra mujer de la

familia. No sé por qué es tan posesivo. Eso no me ha gustado.

27 de abril de 1955

Ayer fue mi cumpleaños, y ha sido uno de los días más deslumbrantes que he vivido. Cumplí veintitrés años y Leo me hizo veintitrés regalos. No sabía qué decir. Me quedé perpleja cuando me asomé a primera hora a la ventana y vi cómo colocaban una preciosa fuente. Está verdaderamente loco de amor. La fuente simula los cuerpos de Aretusa y Alfeo que tanto me fascinaron. Es increíble que se acordara, pues ¡parecía tan enfadado aquel día! Pero sé que me ama con mucha pasión.

La fiesta comenzó con un almuerzo informal. Había gente por todas partes y se prolongó toda la noche. La protagonista estrella, además de mí, claro está, fue una réplica de nuestra tarta nupcial de doce pisos, pero mucho más ancha. ¡Que exagerado es! La fiesta continuó hasta el amanecer, aunque poco a poco los invitados se habían ido marchando. Vino demasiada gente, y a muchas personas ni siquiera las conocía; otras eran gente del mundo del cine. Recuerdo a un señor mayor que decía constantemente que era el *capi di tutti capi.* Me hizo mucha gracia, y probablemente había bebido más de la cuenta porque no le oí decir otra cosa. Marcial estuvo un poco serio. Tengo que preguntarle.

Muchas de las mujeres se pusieron muy insistentes con el asunto del embarazo. No sé cómo iba a estar embarazada, les respondí bromeando: Leo ha estado ausente demasiado tiempo. Mi suegra reía mucho y decía que pronto mi casa, que es la suya, se llenará de pequeños niños como su precioso hijo Leo.

Tuve miedo. No había reparado en ello. Leo no lo sabe, pero tomo anticonceptivos desde hace algún tiempo, Florence me enseñó a utilizar unas píldoras para trastornos menstruales que funcionan muy bien, pero eso poca gente lo sabe.

15 de mayo de 1955

Querido diario: me preocupa lo que me ha contado Marcial. Él estaba convencido de que Leo había dedicado su vida exclusivamente a los negocios, pero me confesó que el día de mi cumpleaños lo había oído hablando con uno de los invitados. Parecía un tema escabroso, sobre acabar de una vez por todas con alguna familia. Me reí muchísimo. Para empezar, él no domina bien el italiano, y además, ¿a quién se le ocurre entender las cosas al pie de la letra? Le contesté que se trataría de acabar con la competencia. Tiene mucha imaginación, y reconozco que me reí a carcajadas. Lo que ocurre es que al rato llegó Franco, que vino el día de mi cumpleaños a echar una mano en la cocina, y me confirmó que reconoció entre los invitados a algunos sospechosos de estar relacionados con la mafia, y que siempre había pensado que yo estaba al corriente de todo.

No creo que nada de eso sea cierto. Leo no necesita a nadie para salir adelante, lo tiene todo, y yo también soy muy rica. ¿Para qué iba a mezclarse con ese mundo oscuro? Lo que ocurre es que conoce a mucha gente. Algunos demasiado famosos que no tienen nada que ver con eso. De todos modos, no me atrevo a preguntarle a Leo; se va a reír de mí, o puede que tal vez se enfade.

16 de mayo de 1955

Querido diario: hoy al fin he descubierto la verdad sobre Simoneta. Estoy agitada, bastante nerviosa, y ando de un lado para otro de la casa como si me estuviese volviendo loca. Intento dar una explicación a por qué Leo me oculta que la pequeña es su hija.

Su hija. Con razón dicen las mujeres de su familia que él no tiene problemas para engendrar. ¡Todos lo saben!

Isabella ha venido esta tarde a mi encuentro y me ha contado que está tremendamente enamorada de un joven muy apuesto. Lo conoce desde hace algunos años, pero su tío Leo no aprueba la relación y menos aún Francesca, su madre. Cuando le pregunté por qué tenían que meterse ellos en esas cosas, me respondió que Lorenzo pertenece a la familia que estuvo involucrada hace años en el atentado que acabó con la vida del abuelo. Yo me quedé paralizada, sin respiración. No sabía las causas de la muerte del padre de Leo, pero jamás hubiese sospechado que fue asesinado. Esto es

demasiado para mí. Isabella ahora está muy enojada con Leo, y por eso me ha contado la historia de la pobre niña. Todavía no puedo creer las palabras que han salido de su boca. Me ha desvelado que Leo estuvo casado con una mujer bellísima, una actriz estadounidense, y que para ella construyó la casa donde vivimos. Es terrorífico: no sé cómo puede vivir en ella conmigo. La encontró en la cama con otro hombre y la echó de su vida. Ella tuvo a Simoneta y al poco tiempo murió junto a su amante en un trágico accidente. Isabella dice que Leo no está seguro de que la niña sea hija suya, pero no quería dejarla abandonada, y como nunca llegaron a divorciarse, la reconoció como hija suya. La hija del pobre viudo. Salió en los periódicos: aparecía muy consternado en las fotos, según Isabella. Ella está convencida de que él los mató, o al menos se encargó de que lo hiciesen. Y me cuenta todo esto con una naturalidad que yo me echo a temblar. Dios mío, esto no es normal. No sé si en esta familia están todos locos o si verdaderamente pertenecen a la mafia. Estoy muy asustada.

17 de mayo de 1955

Hoy he recibido una inquietante carta de Julia. Desde que me llamó el día de mi cumpleaños, no había vuelto a saber nada ella. Estoy bastante preocupada… Leo ha vuelto a marcharse. Me desperté al amanecer y él estaba fumando, asomado a la terraza. Cuando le he preguntado si le ocurría algo, ha sonreído, se ha dirigido hacia mí y me ha hecho el amor salvajemente. Hemos desayunado y sin decir apenas nada, ha preparado su equipaje y se ha marchado. Solo me ha dicho que me llamaría. Estoy empezando a tener muchas preguntas sin respuestas. Creo que no hay otra mujer en su vida, porque lo siento así cuando hacemos el amor, pero algo ronda por su cabeza.

Julia me ha preocupado más todavía. Dice que quiere verme, que necesita hablar conmigo. Le pedí que me contase qué ocurría, pero me respondió que por teléfono no. No sé si se tratará de mis padres. Ella sabe que no quiero que me hable de ellos, absolutamente nada, pues para mí dejaron de ser mis padres el día que me llevaron a aquel convento, encerrándome como a un animal rabioso. La llamaré. Tiene que decirme algo. Si se trata de ellos, decididamente no voy a viajar a España.

18 de mayo de 1955

Me he quedado petrificada al oír las palabras de Julia: Ernesto se ha suicidado. No puedo casi ni escribir, y aún me tiemblan las manos. Me he quedado sin respiración, aturdida; he estado a punto de desmayarme. Cuando me dejó, se fue a Béjar con sus padres. Padecía algún tipo de trastorno, de demencia, y al parecer en su familia se han dado casos similares que se agudizan con la edad. Pero él era demasiado joven: no entiendo nada. No quería que Julia entrase en detalles. Mi corazón palpitaba, me daban escalofríos. Ahorcarse… ¡Dios mío qué locura! Lo encontraron en el campo colgado de un árbol. Debió de ser horrible. No conocí a sus padres, pero enseguida he pensado en ellos. ¡Pobres!

¿Qué enfermedad tan terrible puede llevar a una persona a suicidarse? No hubiese imaginado que podría afectarme tanto. He agradecido que no estuviese Leo a mi lado, pues habría notado mi palidez, mi nerviosismo. Y eso no es todo: Julia me ha dicho que hay más, algo de suma importancia que he de saber. ¿Qué le ocurre a Julia que no puede contármelo por teléfono? Tal vez no sea nada, o tal vez sí: Julia siempre ha sido muy misteriosa.

19 de mayo de 1955

Esta mañana ha llegado Leo. Tan solo ha sido un viaje relámpago, menos mal. Estoy feliz de que esté a mi lado. Las palabras de Julia me han trastornado un poco. Necesito volver a mi rutina, a mi mundo. Si precisamente me marché de España fue para huir del pasado. Debo despejarme, y no quiero que nada ni nadie ensombrezca mi feliz vida junto a Leo. Seguro que él tampoco es el hombre que pinta Isabella. Ella está enfadada porque a su familia no le gusta ese chico, tal vez incluso tengan razón y sea un sinvergüenza. ¡Quién sabe!

Yo he de seguir con mi vida de glamour, como dice Marcial. He llevado a *Molly* a la peluquería y está guapísima con su nuevo corte de pelo. Ahora mismo está sentada en el sofá mirándome con su carita preciosa, como si quisiese hablar. A mi suegra no le gusta

que *Molly* se suba al sofá o a la cama. Cuando ella viene a mi casa, *Molly* no se sube, así que la cojo en brazos y la acomodo en el sofá. Me gusta fastidiarla. Me tiene harta preguntándome cada día si ya estoy embarazada. Prefiero a mi perra que al resto de mujeres de la casa.

2 de junio de 1955

Decididamente creo que necesito marcharme de viaje, sin lugar a dudas. Tal vez a América, realmente no sé a dónde, pero lejos, muy lejos. Leo dice que debo visitar a un médico, a un prestigioso ginecólogo. Está preocupado porque no me quedo embarazada. Francesca no para de darme hierbas, infusiones y potingues que no sirven para nada. Las hermanas de Leo me atosigan con preguntas y aseguran que su hermano es un *uomo virile, come uno stallone,* viril, semental. Estoy cansada de oírlas: son demasiado machistas y parecen que en lugar de ser su hermano, es el dios de la casa. Aunque lo único cierto es, como dice Marcial, que todo esto se está convirtiendo en un verdadero problema para mí.

Julia no para de llamar, insistiendo en que es muy urgente. La noto alterada, nerviosa.

Pero ¿cómo voy a viajar yo ahora a Salamanca? Leo está empeñado en dejarme embarazada, así que no puedo alegar que es un viaje de placer, porque seguro que querría acompañarme. Y es imposible. Creo que le pediré a Marcial que vaya en mi lugar: es de mi total confianza y no se me ocurre nada mejor.

Hace un momento que ha vuelto a llamar Julia y me ha dicho que no volverá a llamarme porque no quiere que mi familia política sospeche. Todo esto es muy raro y yo apenas ni duermo ni como. Me ha reconocido que no se atreve a enviarme una carta, porque tiene miedo de que alguien pueda leerla. Le he explicado mi problema. No puedo viajar así como así, por lo que deberá ir Marcial. No ha parado de llorar y a mí me pone cada vez más nerviosa. Está de acuerdo y Marcial irá: él tiene su familia en España y no levantará sospechas entre esta familia tan extraña que tiene mi querido Leo. Julia le entregará una carta cerrada que solo yo podré abrir. Me tiene muy intrigada, aunque sospecho que probablemente se tratará de mis padres: tal vez alguno haya muerto. Si es así, no me afectará; no es que yo sea mala, ni cruel, es que simplemente dejé de quererles hace mucho tiempo. Les veo como a unas personas extrañas y muy muy lejanas, además de malvadas. Jamás entenderé por qué me trataron de aquel modo.

Queridísima amiga mía Sara:

Así es como ha llegado a mí la noticia, y del mismo modo he de trasladártela a ti. Es muy difícil para mí, aunque espero que puedas asimilarlo y compartir tu felicidad conmigo. Trataré de comenzar por el principio.

Nadie de la familia de mi novio me había hablado jamás de Ernesto, hasta que un día decidieron presentarme a la familia del pueblo. Viajé con Manuel y con sus padres a Béjar. Ernesto estaba allí y estaba francamente mal, como enajenado; supuse que se debía al tratamiento que al parecer tomaba, no lo sé, pero me dio incluso miedo verle. Su cara parecía distinta y sus ojos no transmitían ningún sentimiento. Fue muy duro verle de aquel modo, a pesar del daño que te hizo.

Cuando la relación entre Manuel y yo se fue afianzando, su madre me habló de su hermana, la madre de Ernesto. Me dijo que estaban criando a una niña huérfana, y que nadie de la familia lo sabía, a excepción de ella. En ese momento, yo no le di ninguna importancia. Pero hace pocos meses, tu madre cayó enferma. Ella creía que se moría y me pidió que la escuchase. Entonces me reveló algo que me pareció una verdadera locura. Me contó todo lo que sucedió la noche en la que tu pequeña nació.

Tu niña no padecía ninguna enfermedad ni tampoco tenía problemas respiratorios, nada, estaba completamente sana. Tenían la intención de criarla lejos de Salamanca. Tus padres no querían que arruinaras tu vida siendo tan joven, y sin marido. Yo casi me desmayo. No lo apruebo Sara, en absoluto, pero he de contarte los hechos tal y como tu madre me los transmitió. La madre de Ernesto llegó a tu casa una noche. La pobre mujer quería saber de la niña, su nieta, y no quería darte la espalda; preguntó por ti, pero tu madre le entregó a la

pequeña y le dijo que tú no estabas; quería alejarla de tu lado. La pobre mujer era consciente de que su hijo, a pesar de sus estudios y de su prometedora carrera, no estaba bien, que alternaba etapas de aparente normalidad con agudas crisis nerviosas que iban en aumento. Tu madre creía que todo era una excusa para no casarse, y le habló muy mal a aquella buena mujer. Tus padres, con el paso del tiempo y ante tu desaparición, comenzaron a visitar a la pequeña, aunque no te voy a mentir, solo en algunas ocasiones; tal vez se encariñaron algo con ella, pero no lo suficiente como para crear un vínculo afectivo. Aunque ahora sé que se han arrepentido profundamente de haberla arrebatado de tus brazos. Lamentablemente, el daño estaba hecho. Quisieron saber de ti, te buscaron. Yo nunca supe que Elisa existía, nada. Hasta hace muy poco tiempo, después de tu boda. De lo contrario les habría dicho a tus padres dónde te encontrabas. Ha pasado todo tan deprisa. Ernesto pidió a su primo Manuel antes de suicidarse que se hiciese cargo de la pequeña el día que sus padres faltasen, pues ya son muy mayores. Por supuesto que yo he aceptado. No podía hablar por el momento de ti, hasta que estuvieses al corriente. Elisa te tiene a ti, que eres su madre. El nombre se lo puso doña Juana, la madre de Ernesto. Me contó que siempre había sentido predilección por esa bagatela de Beethoven, desde niña. Ya sabes todo lo que ha sucedido en estos años. La señora Juana es una mujer excepcional, es muy callada y está sufriendo mucho; adora a la niña. Desde que sé que es tu hija, vamos muy a menudo a visitarla, ya nos va conociendo y me llama «mami Juli», espero que no te moleste. No sé qué más puedo decir. El padre de Ernesto es un hombre culto y reservado, siempre anda entre libros, pero cuando la pequeña lo busca, se vuelve loco de contento, y asegura que la niña lo es todo para él. Espero que seas capaz de asimilar todo lo que te he contado. Organiza las cosas como mejor puedas, aunque tal vez no sea ahora el mejor momento para decirle a tu marido que tienes una hija. No tomes decisiones precipitadas, piensa, medita lo qué vas a hacer y cuando lo tengas decidido, me llamas. Pero no lo hagas desde tu casa: hay demasiadas personas viviendo ahí, tienes una familia muy numerosa y podrían oírnos. Piensa que tu niña está bien y que pronto estaréis juntas para siempre.

Te quiere tu amiga Julia.

6 de junio de 1955

¡Mi pequeña Elisa está viva, no murió! He de ir a buscarla, viajaré a España, he de recuperarla. He leído la carta tantas veces que creo que voy a gastarla.

Son las doce del mediodía. No he dormido pensando en mi pequeña, la he abrazado en sueños, he acariciado su cabello. Leo se ha marchado a las nueve de la mañana: me he hecho la dormida, no tenía ganas de hablar con él, no me atrevo a hablarle de Elisa. He de pensarlo todo muy bien y urdir un plan. Acaba de llamarme para saber qué tal me encuentro: he fingido, le he dicho que estoy muy bien y que tal vez visite a un reconocido médico español. Me ha dicho que regresará por la tarde y que ya lo discutiremos. Me he desahogado con Marcial, mi buen amigo. Está horrorizado y dice que soy demasiado joven para tanto sufrimiento. Le he añadido que ahora odio más a mis padres. Es monstruoso lo que me han hecho, ocultar que mi hija estaba viva. Si después se arrepintieron, fue demasiado tarde. Deberían habérselo dicho a Julia. Deberían haber supuesto que yo nunca dejaría a mi amiga. Si ahora sufren, me alegro infinitamente. Si el infierno existiese, desearía que ardiesen en él.

Marcial está dispuesto a acompañarme, aunque he pensado también en Isabella para no levantar sospechas. Al fin y al cabo se trata de ir acompañada de alguna mujer de la familia. Es a la única persona de la familia de Leo a la que puedo revelarle este secreto, este laberinto que parece no tener salida. He pensado en huir, pero Marcial dice que he de tener cuidado, que no conocemos hasta dónde pueden llegar los brazos de Leo, y ahora hay que proteger a la pequeña.

Tal vez estoy precipitándome y mi querido Leo sea la persona maravillosa con la que me casé. Estoy confusa, no sé por qué me ocultó que era viudo, que tenía una niña…

Hablaré ahora mismo con Isabella. Me hace tanto bien escribir lo que siento… Sé que algún día mi pequeña podrá leer este diario y comprenderá que yo no la abandoné, sabrá absolutamente todo. Y estoy segura de que sabrá quererme como yo la quiero. No puedo creerlo, parece un sueño del que no quiero despertar. Necesito hablar con Isabella.

… Es terrible, Isabella, tan joven, y casi se ha reído de mí. Dentro de poco vendrá Leo y me da miedo lo que he oído de sus labios; no sé cómo he podido ser tan estúpida.

Ella está acostumbrada a escuchar cosas en casa. Las mujeres se mantienen al margen, aunque realmente son conscientes de todo lo que sucede.

Ella es un tanto ingenua y no ve la gravedad del asunto. A Isabella lo único que le preocupa es que Lorenzo pertenezca a otra familia. El joven no se atreve a venir y ya sé que los padres de ella tampoco lo aceptan. Me ha explicado ciertos aspectos de la vida de la familia, desde su particular forma de ver la vida. Por lo que he podido entender, dice que las familias se protegen para que todos estén bien. Los hombres se encargan de ello, porque son una justicia vigilante. Asegura que ser mafioso no es malo, porque significa en mi idioma «hombre de honor». El tío Leo es solo el *contabili,* se encarga de los negocios para que a la familia no le falte nada. La abuela nunca quiso que lo llamasen «Don» como al abuelo y se enfada si alguno lo hace. Cada vez que Isabella ha nombrado a Leo en sus explicaciones, a mí me ha parecido que escuchaba la historia de un perfecto desconocido.

He tenido que tomarme un tranquilizante. Marcial estaba a mi lado y se ha puesto pálido; llamó a Franco. Confío en él: ha sido fiel a Florence durante años y necesito rodearme de amigos de los que me pueda fiar. Ahora más que nunca. Franco dice que conoce bien la situación, pero que estaba más estupefacto ante mi sorpresa que saber que son una familia de mafiosos. Dice que no puede entender mi ceguera.

¡Dios mío!, nadie me había hablado mal de Leo, jamás. Franco me ha dicho que es precisamente porque todo el mundo tiene miedo a decir algo.

Para que entienda la situación me ha contado que hace muchos años, en Sicilia, las familias se ayudaban para liberarse de la opresión, de las carencias, de los abusos. Los jefes mafiosos resolvían los problemas de la isla, los conflictos. Lo que ocurre es que al final acabó degenerando en crimen organizado, tomándose la justicia por su mano. No sabe hasta dónde estará implicado Leo, pero ni se atrevería a preguntar.

Es horrible. Leo debe de estar al llegar, y tengo que fingir, he de actuar. Marcial y Franco se han marchado. Marcial vive en la planta baja de mi casa, un semisótano precioso que da al jardín. Leo no estaba conforme al principio, pero le dije que era cosa mía, que era mi familia y que la suya vive pegada a nosotros. Entonces pareció entenderlo. Me siento más segura con él en casa. Aunque Marcial no deja de lloriquear.

9 de junio de 1955

No lo puedo creer: mañana viajaré a mi adorada España. Me ha costado tanto esfuerzo convencer a Leo…

Ha estado en casa sin moverse de su despacho, menos cuando venía a nuestra alcoba a buscarme, encendido de pasión. Me ha dado un poco de asco, he de reconocerlo. Pensaba en tantas cosas, cada vez que me besaba el cuerpo, los pechos. Fingía que me gustaba, pero cuando me penetraba, un dolor punzante sentía en mi interior, estaba cerrada para él. Yo le sonreía y le acariciaba. Me decía que me notaba diferente, aunque yo he sabido engañarlo: le he dicho que estoy nerviosa por el viaje y que todo es porque deseo darle un hijo. Se lo ha creído, un hombre con tanto mundo y se cree lo primero que invento. Tuve miedo, pues al principio aseguró que me acompañaría. Por suerte una llamada de América le hizo cambiar de planes.

He intentado que me cuente algo de su vida, que me hable de Simoneta, pero ese tema es tabú para él. Pensaba que si me contaba su historia, yo podría hablarle de la mía, pero veo que no puede ser. He de traer a mi niña conmigo: aduciré que es hija de Julia, que ella está enferma y que me la ha encomendado durante unos meses. Sí, eso haré, y tal vez se encariñe con ella. Ahora no me importa nada, solo quiero ver a Elisa, abrazarla y estar con ella para siempre. Tengo que recuperar todos estos años perdidos.

15 de julio de 1955

Querido diario: no he escrito durante estos días porque he querido disfrutar de mi adorada Elisa. Ha sido tan duro despedirme de mi pequeña. Era como si se me saliese el corazón, pero Marcial me ha convencido de que por ahora era lo mejor: nadie debe sospechar. Pronto estaré con ella. En septiembre, Julia y Manuel se casarán y volveré a verla, y si todo está arreglado para entonces, estaré con ella para siempre. La llevo todos los días en mis pensamientos, su voz suena en mi cabeza a todas horas, veo sus ojos, siento el calor de su cuerpo diminuto: ¡es tan vulnerable!

Cuando llegué a Salamanca nos hospedamos en un hotel a las afueras, lejos del centro de la ciudad. Me alegré infinitamente de volver a ver a Julia, y a Manuel, por supuesto. Enseguida nos fuimos con ellos al pueblo. Y allí hemos pasado varios días.

Cuando doña Juana me vio, se echó a llorar. La pobre señora parecía tan triste, tan afectada. Lloramos las dos, abrazadas, pero yo no dejaba de buscar a la pequeña con la mirada, por todas partes. Entonces Julia llegó con ella en brazos desde el patio trasero. Lloré de emoción, de dolor, de alegría. Desde ese momento, no dejo de ver su imagen por todas partes, su dulce rostro. Llevaba un bonito vestido blanco de encaje y unas preciosas coletas llenas de tirabuzones y lazos. Parecía una muñeca. ¡Me recordó tanto a mí! No quise asustarla, así que sonreí y le di una bonita muñeca, casi tan grande como ella. Me dio las gracias y me miró. Con esa cara tan bonita, llena de paz. ¡Dios mío, mi niña!, pienso tanto y en tantas cosas. Me atormento pensando en que no debí marcharme jamás de España, que debí continuar buscándola. Tengo un gran sentimiento de culpa y eso es terrible.

La madre de Ernesto me dijo que la pequeña se parece mucho a mí, aunque también se parece a su hijo. Le confesé que sentía muchísimo lo ocurrido. Le conté que, para mí, su hijo fue el primer hombre en mi vida y que lo amé locamente; y le añadí que no creo que vuelva a amar de aquel modo tan especial. Ella reconoció que nunca supo nada de mí, que su hijo jamás me nombró, pero que ella en lo más profundo de su corazón sabía que yo debía de ser una mujer extraordinaria, y que ojalá me hubiese conocido cuando me quedé embarazada. Me habría cuidado y acogido en su casa, incluso sin el consentimiento de su hijo; estaba destrozada. Le agradecí sus palabras, le rogué que no se mortificara, porque eso hubiera sido imposible ya que Ernesto nunca me había amado. Ella continuaba hablando, insistiendo en que Ernesto sí me amaba, desde el principio, aunque a su manera, pues no estaba bien de salud. Traté de consolarla. Cuando al fin dejó de llorar, me invitó a quedarme con ellos, todo el tiempo que quisiese. Legalmente la niña está bajo su custodia, hasta que Manuel y Julia se casen. Ernesto le dejó a mi padre un sobre cerrado donde decía que habiendo desaparecido la madre el día en que la niña nació, cuando no le quede ningún familiar directo vivo, su primo y esposa se encargarán de su custodia y educación. Mi padre, como notario, firmó aquel documento. Lo imagino con una increíble frialdad entregando a su nieta, como si se tratase de un estorbo.

El padre de Ernesto fue muy amable. Me pidió perdón una y otra vez. Yo no quería verle en tan lamentable situación, pues en realidad ellos no son culpables de nada.

Cuando pudo respirar, me explicó que tal vez su hijo, al saber que yo estaba embarazada, se asustó, no solo porque no quería comprometerse, sino porque tenía miedo a dejar descendencia, todo debido a su enfermedad. El hombre no sabía cómo excusar la canallada de su hijo.

Pensé en aquello que me dijo y me asusté mucho por Elisa. Julia me tranquilizó y me aseguró que mi niña está muy bien.

Juana me habló también de mis padres. Yo no quería saber nada, pero ella insistió. Ella no tuvo nada que ver con la horrible decisión que tomaron mis padres el mismo día en el que supieron que estaba embarazada. Me contó que a veces visitaban a la niña, pero nada más. Ella misma les pidió que me buscasen, que me informasen de que la niña vivía, muchas veces.

Jamás entenderé a mis padres: yo fui una niña muy querida, mimada, al menos eso siempre sentí. No tuvieron escrúpulos en sacrificar mi felicidad, ni el destino de mi hija, su nieta.

He pasado varios días junto a mi niña. Hemos paseado, la he abrazado y besado hasta que se ha dormido en mis brazos. Hay un vínculo entre las dos muy especial. No hay nadie en el mundo a quien quiera más que a mi pequeña Elisa.

Una noche, cuando todos dormían, le expliqué a Julia lo que he sabido de Leo. Estaba horrorizada. Quiere que vaya a la policía, pero no es tan fácil: rodeada de toda la familia, no te puedes fiar de nadie; hay gente corrupta en todas partes.

Isabella es diferente, desea huir con su novio, y yo creo que es lo mejor que pueden hacer, aunque no se lo he dicho. No debo meterme en esos asuntos porque si algo no sale bien, me sentiré culpable el resto de mi vida».

7 de agosto de 1955

Estoy algo más tranquila, aunque contando los días para regresar junto a mi pequeña. Le dije a Leo que no podré darle hijos, que el médico ha confirmado mi esterilidad. Creo que eso podría ser un buen motivo para que me pida el divorcio.

He fingido muy bien, he llorado y me he mostrado tremendamente triste, aunque realmente lo estaba… pero por Elisa. Él se lo ha creído, así que no tengo que soportarlo en la cama. Creo que está visitando a otras mujeres, incluso mayores que yo, pero no me importa. Yo sigo tomando los anticonceptivos, por si alguna vez viene a buscarme.

Me da asco, quiero que me aborrezca, pero cada día cuando me ve, corta una flor del jardín y me dice «mi bellisima Sara, no estés triste». Hace poco, me ha dicho que vamos a ir a América, el lugar donde los sueños se hacen realidad. Yo le he contestado que es inútil, que acepte mi esterilidad como yo ya lo he hecho. Francesca casi no me habla. Mejor: la odio. Los odio a todos. ¡Son tan primitivos!

12 de agosto de 1955

Isabella se ha marchado y me culpan en parte. Carola dice que pasaba mucho tiempo a mi lado y que yo le he metido demasiados pájaros en la cabeza.

Realmente Isabella no me dijo adónde se marchaban, aunque sí se despidió de mí. Le di dinero. No quería aceptarlo, pero le hice ver que lo necesitarían, y que tuviesen mucho cuidado.

Tengo miedo por ellos. Leo está como loco, hablando con mucha gente, buscando a su sobrina. Aquí todo es un escándalo. Espero que no los encuentren jamás: merecen ser felices.

14 de agosto de 1955

Son tan largos los días en esta jaula de oro, que me veo marchitar. Hoy ha venido un inspector de policía y me ha hecho varias preguntas. Pensé que era por Isabella, pero es imposible: esta gente arregla las cosas a su manera, jamás se les ocurriría avisarles.

Fueron preguntas extrañas, sobre mi fortuna. El inspector me enseñó unos documentos, aunque no pude saber de qué se trataban; quería que comprobase si aquella firma era la mía. Rotundamente no lo era.

Dios mío, están firmando con mi nombre. Pero ¿qué? No pude continuar hablando con el inspector. Llegó uno de los guardaespaldas de Leo y le dijo que si no tenía una orden, debía marcharse.

Estoy asustada. Marcial está como un flan, y asegura que cuando regresemos a España no vuelve a Sicilia nunca más. Después me besa en la frente y me dice que no dejará a su pequeña sola. ¡Es tan bueno!

15 de agosto de 1955

He hablado con Leo y le he contado que ayer me visitó un inspector de policía. No sé qué ocurrirá, pero le he dicho que me mostró unos documentos con una falsificación de mi firma. Leo se ha enfadado mucho; había bebido y ha comenzado a dar golpes en la puerta y sobre los muebles. Repetía sin cesar, *chi lo ha fatto entrare?* Yo no sé quién dejó había dejado entrar al inspector, pero espero que no le ocurra nada.

Me tomé una pastilla y me acosté. Él salió de casa y no ha regresado.

Deseo tanto que no vuelva más, que desaparezca de mi vida para siempre…

Hoy voy a salir. He de ir al banco. Mi fortuna está lejos de sus manos: Florence tenía una caja de seguridad en Suiza y ahora es mía. No soy tan estúpida como para que él sepa cuánto poseo. Pero a una parte de mi dinero sí tiene acceso mi marido. Voy a salir con Marcial. Todos andan como locos desde que Isabella se marchó y al menos me dejan respirar. Son demasiado deprimentes todos. No sé cómo podían caerme bien.

19 de agosto de 1955

No puedo decir nada. Leo no puede saber que ando investigando sus movimientos. He de fingir que soy su amante y triste esposa. De ese modo provocaré en él lástima, tal vez ternura y dejará de prestarme atención.

Efectivamente, tal y como sospechaba, el director de la sucursal del banco me ha confirmado que ha sido retirada de mi cuenta una importante suma de dinero. No es eso lo que me preocupa, sino saber para qué se ha utilizado y si ha sido Leo. ¿Por qué ha

falsificado mi firma?: él puede disponer de ese dinero sin necesidad de hacer eso. No lo entiendo. Marcial quiere que vayamos a hablar con la policía, pero ¿qué voy a decirles?, ¿de quién podría fiarme realmente? Tal vez el inspector que me visitó pueda decirme algo más.

Sinceramente, no sé qué puedo hacer.

22 de agosto de 1955

Hoy he recibido una foto de Elisa, y es tan preciosa… Julia la ha mandado a nombre de Marcial, por si alguien abre el sobre. Sé que es una niña y que tal vez a nadie le preocupe, pero sospecho de todos y de todo. Hay una dedicatoria: «para mi tío Marcial». Julia está en todo. Tengo tantas ganas de viajar… Tal vez decida perderme donde nadie pueda encontrarme.

25 agosto de 1955

Ha sido terrible y cruel. Acabo de leer en la prensa que ayer encontraron muerto a Lorenzo Albanese, ahogado en una playa de Venezuela. Pobre Isabella: tras enterarse se ha suicidado, se ha arrojado desde la ventana del hotel donde se alojaban. Es terrible, ¡espantoso! Nadie me había dicho nada, aunque sabía que algo trágico había sucedido porque Carola está como loca y lleva todo el día gritando. Son unos gritos que dan miedo oírlos, un lamento ensordecedor. Leo ha traído al médico de la familia para que les den tranquilizantes a todas. ¡Dios mío!, no sé cómo ha podido alguien hacer una cosa tan horrible.

Franco me ha llamado para decirme que se pondrá en contacto conmigo: tiene miedo y no piensa venir a visitarme por el momento; me ha urgido a que salgamos de aquí. La familia Albanese tomará represalias contra la familia Di Benedetto, y cree que hasta pueden hacer volar la casa por los aires. Tengo miedo. Le he pedido a Leo que quiero salir de aquí, y me ha dado un empujón y me ha tirado al suelo. Jamás lo he visto de ese modo. Después me ha levantado, me ha cogido fuertemente por los brazos y me ha advertido que nadie abandona a Leo Di Benedetto. Que no se marcha nadie de la casa de la familia sin su permiso.

Lo detesto. Quiero irme de aquí. No quiero pensar que él haya tenido algo que ver en todo esto.

29 de agosto de 1955

Hoy se ha celebrado el funeral por Isabella. Esto ha sido una verdadera locura, pues había gente entrando y saliendo, prensa, médicos, de lo cuales al menos he visto a dos… Francesca y Carola no han acudido al cementerio, las mujeres no tienen costumbre de hacerlo, aunque algunas sí hemos ido a despedirnos de la pobre muchacha. He llorado su muerte. Me he puesto en su lugar: una niña tan joven y morir por amor; eso es terrible.

Los guardaespaldas deambulaban por todas partes. He podido oír a Leo en una conversación privada con algunos de los miembros de otra familia. Hablaba demasiado rápido para mí. Creo que ellos no habían ordenado el asesinato de Lorenzo, pero temen represalias. Quieren buscar a los verdaderos culpables. Jamás habría podido imaginar que me vería rodeada de gente así. Acabo de llegar a la conclusión de que soy demasiado tonta.

2 de septiembre de 1955

Estoy como siempre últimamente, demasiado nerviosa. Aún quedan tres semanas para la boda de Julia. Aquí están todos de luto, incluso mi aborrecido marido. Desde el día aquel en el que me empujó, estoy tratando de ser amable con todos, incluso con mi suegra. Quiero que me deje ir a España. Si me marchase sin decirle nada, me buscaría y me encontraría, aunque me escondiese debajo de las piedras. Temo por Elisa: ahora más que nunca, no quiero que se acerque a este mundo tan terrorífico, tan oscuro. Le pediré a Leo que me acompañe, que es la única forma de volver a ver a mi pequeña. Diré que es sobrina de Marcial o de Manuel. No tengo por qué contar nada: simplemente es una niña y nada más. Hoy se ha acercado a mí la pequeña Simoneta, que tendrá la misma edad que Elisa y me produce una inmensa ternura verla. Yo estaba cortando flores en el

jardín para llevarlas a la tumba de Isabella. La echo mucho de menos: era tan alegre, tan divertida. Simoneta quería que la ayudase a columpiarse, así que he estado con ella mucho tiempo, hasta que han venido y se la han llevado para bañarla. Ella me ha dicho adiós con su pequeña manita. No sé cómo Leo puede ser tan frío con una niña, tan inhumano.

Ahora tengo dos guardaespaldas que me acompañan todo el tiempo, vaya donde vaya. Dicen que soy la mujer de Leo y que no puedo ir por ahí sola. Dios mío, ¿cómo podré tener a mi niña de esta manera? Pediré a Marcial que hable con el inspector; a él no lo sigue nadie; he de saber para qué vino aquel día.

5 de septiembre de 1955

Marcial ha podido verse con el inspector: venía temblando, mi pobre buen amigo. Ha llegado cargado de fruta, y hacía aspavientos de que se había recorrido varios mercados para encontrar sus uvas favoritas. Después de todo me hace sonreír; nadie afortunadamente ha reparado en él. ¿Quién iba a hacerle caso? Si antes lo ignoraban, ahora que están todos tan tristes, más aún.

Me ha explicado que el inspector Costa está realizando una investigación de la que no le podía hablar. Investigan a Leo desde hace años y tal vez traiga una orden para poder hacerme algunas preguntas. Marcial ha añadido que el inspector, al verle tan nervioso, le ha pedido que se sentara y que le contase lo que sabía. El pobre Marcial solo le ha asegurado que ni él ni yo sabemos nada de los líos de esta familia. Que yo me casé enamorada pero que ahora estoy asustada. El inspector le ha recomendado que no vaya más por comisaría, que él se encargará de todo. Pero yo le he dicho a mi amigo que tampoco confío en ellos, que se pasan el día investigando pero después las leyes no les respaldan, y no pueden hacer bien su labor. En cuanto arrestan a alguien, llegan sus abogados y los dejan salir por la otra puerta.

5 de octubre de 1955

A pesar de esta vida mía llena de altibajos, de momentos de esplendor y de otros en los que me veo hundida emocionalmente, estoy muy feliz y emocionada. Han sido unos días maravillosos junto a mi niña.

La boda de Julia fue preciosa. Elisa llevaba los anillos. Llevaba el vestido que le compré en color rosa pastel, con un gran lazo en la cintura y una bonita pamela. Le he dado a Julia suficiente dinero para que no le falte nada a mi niña nunca. También he dejado testamento, pues no se sabe nunca qué puede suceder. Al principio, Julia se negó a aceptar tal cantidad de dinero, pero soy su madre y no se resistió más. Mi niña está muy bien junto a ellos, pero estoy más tranquila sabiendo que tendrá todo lo que pueda desear hasta que se reúna conmigo, aunque sinceramente, cada vez lo veo más difícil. Hay días en los que Marcial tiene que sacarme de la cama, ya que me invade una profunda tristeza.

Tras la ceremonia hubo una gran fiesta en los salones de un bonito y discreto hotel, y no me separé de Elisa ni un segundo. Doña Juana fue muy amable y no nos interrumpió. En mitad del banquete le pregunté a Leo si no le gustaría vivir en España y relajarse una temporada. Eso hubiese sido maravilloso, pero aunque estuvo amable y correcto, ni siquiera me contestó: tenía la cabeza en otra parte. No añadí nada más. He de agradecer que me acompañase sabiendo que él está de luto. Durante algunos minutos le miré: aquel hombre del que en cierto modo un día me enamoré había cambiado, o tal vez no; probablemente, yo me dejé deslumbrar por su aparente poder.

Le pedí que dejase a Elisa pasar una temporada con nosotros, que me había encariñado con ella. Julia le contó que era la sobrinita huérfana de Manuel, que no tenía a nadie más que a ellos y a sus abuelos. Leo pareció enternecerse y aceptó, pero me dijo que debería esperar. Así que la despedida no fue demasiado triste porque Julia personalmente la acompañará, aunque ella deberá regresar. Es la mejor persona que conozco. También Marcial hace todo lo posible por verme feliz. No lo puedo creer. Tendré mucho cuidado y viajaré con ella a un lugar seguro, aunque sea cerca de Palermo, ya que no me fío de lo que pueda suceder. Creo que Leo no se opondrá si sabe dónde localizarme, o si nos acompaña alguno de sus gorilas.

Él tiene asuntos en Norteamérica y es el momento más propicio para ello.

25 de octubre de 1955

Es como un sueño: mi niña llegó hace cinco días y no he tenido tiempo ni ganas de escribir. Estuvo un par de días un poco triste, recordando a la que considera como a su verdadera familia. Le he dicho que pronto los verá y que puede llamarme mami Sara. No pretendo causarle ningún trastorno, pero me haría tanta ilusión que algún día llegase a llamarme mamá…

Ahora duerme plácidamente y estoy sentada junto a ella en un cómodo sillón. O tal vez así me lo parece, porque soy tan feliz que todo parece mágico a mi alrededor. No puedo creer que esté junto a mí. Mientras la contemplo, pienso en cada uno de sus días desde que nació. ¿Cómo sería su primera sonrisa, su primer dientecito, su primera lágrima? He llorado por cada día que me he perdido de su existencia, por cada día que no ha estado junto a mí. Pero también he llorado de felicidad al recobrarla. Es la niña más hermosa del mundo.

Leo ha sido generoso y ha aceptado que pase un tiempo en Siracusa. Por supuesto junto a Marcial y dos de sus guardaespaldas, que ocupan la habitación contigua a nuestra suite en el hotel. No me molestan, en absoluto. Ahora que la niña está a mi lado, me siento más protegida.

Convencí a Leo para que permitiese que me alejase un tiempo de nuestra casa. Le comenté que estaba nerviosa y asustada desde la muerte de Isabella. De todos modos, él viaja continuamente y no le importa demasiado lo que yo haga, siempre y cuando me tenga controlada. Sigue siendo igual de posesivo. Espero que cambie algún día y me deje volar.

Volvió a ponerse pesado con lo de visitar a un médico en América. A veces pienso que todavía me quiere, aunque no lo sé, tal vez sea amor o tal vez necesite tener un hijo varón que continúe su peculiar negocio familiar. Podría buscarse a otra, pero nada de eso pasa por ahora. He de dar gracias por no haber tenido un hijo con él: sería tremendamente desgraciado.

Antes de desplazarnos hasta aquí, recibí una llamada del detective Costa, como siempre tan misterioso. Tan solo me preguntó si tenía conocimiento de los negocios de mi esposo en América. Me eché a reír: «no sé ni lo que hace en mi propia casa», le dije al inspector, y seguidamente colgué. Ahora solo me importa estar con Elisa. Esta tarde daremos un bonito paseo. La llevaré de compras. Y a conocer esos hermosos lugares que visité a solas. Voy a recuperar el tiempo perdido.

Enero de 1960

Querido diario: Elisa pronto cumplirá ocho años.

Cada día recuerdo el aroma de su piel, de su cabello. Los dos meses que pasé junto a ella, en Siracusa. Éramos tan felices las dos.

Sé que es lo mejor para ella, aunque no supo comprender por qué no podía seguir a mi lado. Se me rompió el corazón cuando me separé de ella.

Pude verla hace unos años, cuando emprendió un largo viaje acompañada de Julia y Manuel. Fueron muy generosos viniendo hasta Nueva York: mi pequeña está tan lejos ahora de mí. Fueron días felices, pero la sombra de la amargura flotaba a mi alrededor, porque sabía que no tardarían en marcharse.

He pasado años angustiosos. A excepción de aquella semana en la que volví a reunirme con mis seres queridos. Pude abrazarla, besarla. Recuerdo que me decía que Julia le hablaba mucho de mí, que sabía que yo la quería muchísimo. Nunca podré pagar a Julia lo que hace por nosotras dos.

Recordaré durante toda mi vida cuando, estando en Siracusa. Leo vino a buscarme y me dijo que debíamos salir de Sicilia, de Europa. Corrían tiempos peligrosos para él. Le rogué, le supliqué que no podía separarme de Elisa. Pero no me dejó hablar. Viajé a España acompañada de Marcial y dos de sus gorilas, aunque uno de ellos fue muy amable. Debía dejar a mi pequeña con Julia. Le expliqué a mi amiga las circunstancias en las que me hallaba. Julia se compadeció de mí. Auguró que acabaría enloqueciendo si no hablaba con la policía y me libraba de una vez por todas de Leo. Ella no entiende nada, no sabe lo que es capaz de hacer. Le prometí a Elisa que volvería a verla y la he defraudado. La recuerdo diciéndome adiós con sus preciosos ojos verdes y su triste

mirada puesta en mí.

Cuando llegamos a Nueva York, Leo me llevó a médicos y hospitales, y me hicieron pruebas y más pruebas. Le confirmaron que yo estaba sana, que no padecía ningún mal. Tal vez el estrés era el causante de mi esterilidad.

A partir de ese momento, empezó a mostrarse sumamente cariñoso. Incluso me llevaba el desayuno a la cama. Yo intuía que sospechaba algo…, hasta el día en que encontró los anticonceptivos que yo guardaba. Me dio una tremenda paliza que me tuvo postrada un mes en la cama. Marcial corría de un lado a otro de la casa, llorando y suplicándome que lo denunciase. Seguidamente se asustaba y me decía que no, que era imposible contradecirle, y volvía a llorar. Por suerte, Marcial se calmó, pues no me hacían ningún bien sus histerias.

Leo se pasaba todo el tiempo gritando y maldiciendo el día en el que nos casamos. Dormíamos en habitaciones separadas, pero cada noche llegaba a buscarme. Cuando al fin conseguía que el sueño se apoderase de mí, me despertaba y me violaba, una y otra vez. Gritaba que era su esposa, que era mi obligación darle un hijo. En cierto modo comprendía su decepción.

Había días en los que me rasgaba la bata y me forzaba, y yo sentía repugnancia y mucho dolor. Francesca llegó a pedirle en multitud de ocasiones que me abandonase, que me dejase tirada en cualquier parte. Y yo en esos momentos deseaba con todas mis fuerzas que escuchase a su madre. Pero era demasiado posesivo y su orgullo le impedía dejarme libre.

Cuando consiguió dejarme embarazada se mostró feliz, pletórico. Prolongaba cada una de sus veladas, cada reunión fuera de casa; celebraba de antemano que pronto nacería el pequeño Leo Di Benedetto. Daba fiestas en casa, en las que yo, resignada, debía aparecer ante los invitados como la esposa radiante y magnífica que se suponía debía de ser.

Fue entonces cuando permitió que invitase a Manuel y a Julia. Pude disfrutar durante una semana de su compañía y de mi adorada Elisa.

Podía ver en la mirada de mi amiga mucha tristeza por mí. Sabía que yo, a pesar de tener todas las cosas materiales con la que cualquier mujer soñaría, era completamente desgraciada.

Aquellos días fueron muy especiales, y siempre permanecerán en mis recuerdos.

Pero en el tercer mes de embarazo sufrí un aborto. Salía con Marcial a hacer unas compras y de repente comencé a sangrar. Rápidamente me llevó al hospital. Los médicos me hicieron muchas pruebas. Pasé dos semanas hospitalizada, guardando un estricto reposo. Pero no se pudo hacer absolutamente nada. Sufrí. Es cierto que al principio no quería tener aquel hijo suyo. Pero sufrí, pues era una criatura inocente.

Recordé a Ernesto y mi primer embarazo: la historia era parecida, solo que esta vez el pequeño no llegó a nacer.

Cuando Leo supo que nada podía hacerse, dejó de visitarme durante todos aquellos largos días, pero yo no quería verle, así que me hizo un favor. Marcial era la persona que permaneció a mi lado, fingiendo con una amplia sonrisa cuando le miraba y dejando caer sus lágrimas cuando yo simulaba dormir. Su compañía es mi único apoyo. Hay otros amigos, por supuesto, pero no puedo atormentarlos a todos.

He estado deprimida por esta vida tan desgraciada que llevo, aunque he decidido salir de todo este remolino de desgracias que me llevan a la destrucción. Voy a recuperar a Elisa, a marcharme con ella a un pequeño pueblecito, cerca del mar, donde nadie nos conozca. Marcial está siempre a mi lado; tiene miedo, pero dice que nunca me abandonará. Para ello necesito librarme de Leo.

Abril de 1966

Querido diario: han pasado seis años desde que te guardé en mi preciosa caja de madera. Cinco años que trataré de resumir. Por supuesto hay temas que jamás he escrito en tus páginas, promesa de amor, la llamaría yo…, pero eso es otra historia de la que jamás hablaré. También he de decir que me he visto involucrada en ciertos asuntos que omitiré contar. Lo cierto es que he estado demasiado ocupada.

Hoy he salido con mi amigo Marcial para celebrar nuestros cumpleaños. Los dos nacimos en abril, aunque él acaba de cumplir cincuenta y cinco y yo treinta y cuatro.

Nuestro amigo especial nos acompañó. Se llama Óscar y es español. No sé si he

hablado antes de él, no lo recuerdo, pero trabaja con nosotros en Elisa & Co., nuestro negocio desde hace años, y mantiene una preciosa relación con Marcial. No acaparo tanto su tiempo como acostumbraba a hacer. No sería justo arrastrar su vida junto a mis miserias: Marcial tan solo comparte mis glorias, que también las hay… y mis secretos. Siempre será así.

Hemos almorzado en el club del edificio Chrysler, en el lado este de Manhattan. Ellos viven en la calle 42, en un precioso apartamento, y nuestro peculiar negocio está en la Quinta Avenida, donde también vivimos, o mejor dicho, vivo, pues mi íntegro marido casi nunca está..

El día que te guardé, mi querido diario, recibí una llamada. Era Julia: mi padre había muerto. Hubiese preferido no saberlo, pero no le reproché nada. No viajé a España, ya que habría sido absurdo. ¿Para qué?: no sé si lo sentí. Supongo que en cierta manera tal vez. Fue una sensación desagradable que me tuvo nerviosa varias semanas. Leo me ha tenido secuestrada.

Al año siguiente de mi padre, falleció mi madre, lo cual esperaba. Julia me había hablado de su crítico estado de salud. Demasiadas muertes en poco tiempo.

Leo siempre creyó que mis padres habían muerto cuando yo era una niña, así que mis sentimientos, fueran los que fuesen, tuve que disimularlos como pude.

Mi única obsesión era y es mi niña. Siempre he querido huir. Pero me da miedo que Leo quiera hacerme daño, pagándolo con quienes más quiero. No me fío en absoluto de este hombre.

Le pedí el divorcio. Siempre andaba con fulanas a las que cambiaba como quien cambia de camisa; aún continúa haciéndolo. Me respondió que no, así de simple. Gritó que sería su esposa mientras viviese. No sé si me ama o me odia. Está haciéndome pagar, alega, el amor no correspondido.

Traté de ponerme en contacto con un inspector de policía con la ayuda de Marcial. Ahora, al parecer, mi marido tiene negocios respetables y no puedo probar que no me deja salir de Nueva York sin estar vigilada por sus hombres. La verdad es que me tiene amenazada y yo no lo puedo demostrar.

Al dedicarme al mundo de la moda, cada uno de mis diseños los hago pensando en mi pequeña. Paso los días imaginando cómo vestiría a mi niña, qué tejidos elegiría, los colores que mejor le irían a su piel, a los ojos, al cabello.

Elisa tiene ya trece años. Me envía fotos y cartas, aunque no con tanta frecuencia como desearía. Las guardo con todo mi cariño. Pero dice que no le apetece viajar. Julia me escribe que pasa todo el día escuchando música, que sale con sus amigas y todas esas cosas propias de la edad, y que no le gusta demasiado estudiar, aunque no va del todo mal. Tiene a quién salir: yo tampoco fui buena estudiante.

Julia no ha podido tener hijos y vuelca todo su amor en mi hija. La entiendo, pues a mí me habría ocurrido algo parecido si hubiese tenido a Simoneta junto a mí.

Yo sé que Elisa se va olvidando de mí, poco a poco, y no puedo hacer nada para cambiar eso, aunque Julia lo niegue.

Llegué a contactar con un mercenario. Estaba dispuesta a pagarle una gran suma de dólares para que acabase con la vida de Leo: era tal mi desesperación por reunirme con mi hija, por recobrar mi vida, que me llevó a cometer esa locura. Afortunadamente para Leo, aquel hombre se negó nada más saber de quién se trataba. Me dijo que estaba loca, que eso sería firmar su propia sentencia de muerte.

No sabía qué hacer. Entonces me deprimí, y estuve en tratamiento psiquiátrico algunos meses. Durante ese tiempo no supe bien qué rumbo dar a mi vida.

En ese tiempo, Marcial y Óscar hicieron un estupendo trabajo en Elisa & Co. Óscar sin duda es un modisto de un gusto exquisitamente refinado, y a la vez disfruta dando forma a nuestras disparatadas ideas. Fue justo él quien me contagió el entusiasmo por la moda. Me mantiene distraída y a Leo no le molesta que yo tenga mis propios negocios, aunque no deja de vigilarme.

No permitir que nos utilicen

La solemne campana del timbre sacó a Julia de la lectura. Se levantó, y al abrir, allí estaba él, apoyado ligeramente con el brazo sobre el quicio de la puerta.

—¿Qué, todavía andas metida en el pasado?

Estaba realmente atractivo. Llevaba el mismo abrigo que el día que le conoció. «Le sienta como a nadie», pensó.

—Sí, pasa; no tardaré en cambiarme.

—¿Qué, te ha cundido la mañana, no es así? —dijo besándole suavemente los labios y observando todo aquel desorden de paquetes y sobres.

—No he hecho otra cosa más que leer. No he mirado para nada el reloj.

—Me parece estupendo, pero ahora nos esperan, ¿recuerdas?

—¡Vaya!, lo sé, solo que soy un poco vergonzosa a la hora de conocer gente, y además quedarme a comer y todo eso.

—Estoy seguro de que te sentirás cómoda a su lado.

—No sé qué ponerme. ¡Espera!

—Cualquier cosa te sentará bien: no es el envoltorio lo que me gusta, es lo que va dentro.

—Gracias. ¿Eres siempre así?

—No. —Terio miraba todos aquellos papeles revueltos sobre la mesa que ella removía—. ¿Buscabas algo en especial?

—Sí, realmente buscaba una foto de mi madre. Sara dice en el diario que le envió fotos alguna vez, pero de momento no las he encontrado. No sé, es todo tan extraño… Probablemente las guardarían en alguna de esas bolsas. Debió de llevar una vida dura, llena de emociones, sin duda, pero no todas positivas; todo lo contrario. Para algunas personas resulta difícil ponerse en su lugar, pero yo la comprendo.

—Me alegro por vosotras dos.

Julia estaba algo nerviosa ante aquella cita tan repentina, y se sentía como «la mujer a quien les daba pena dejar sola en Navidad», sí, era eso realmente. La frase apareció en su mente como un letrero

luminoso; después de todo la habían invitado para que no pasase aquellas fiestas sin compañía. «Era lamentable —pensaba mientras se miraba al espejo—. Realmente patético.»

—Julia, ¿te ocurre algo? Con unos vaqueros estarás estupenda.

—No es eso: estoy recogiendo esto un poco. Llevo días sin hacer otra cosa que leer y divagar. —Intentó disimular abriendo y cerrando cajones, pero lo cierto era que no se atrevía a salir.

—Perfecta —dijo él al verla salir de su habitación. Llevaba un jersey sencillo turquesa que realzaba el color de sus ojos.

—¿Te he dicho que tienes unos ojos preciosos?

—No.

—Pues es totalmente cierto.

***

La casa de Ignacio y María era cálida, acogedora. Otorgaba esa misma sensación de hogar que le recordaba a su niñez. Les recibió el más pequeño de la familia. Casi no alcanzaba a la cerradura y aún permanecía colgado del grueso pomo cuando abrió. Se parecía a Terio: su mismo cabello negro y sus mismos ojos.

La entrada estaba decorada en madera de nogal y adornada con discretos tejidos en tonos crudos y pequeñas flores azuladas. Julia recordó la sala de estar de la que hablaba Sara, en Palermo. Muchas cosas le recordaban a ella. Igual que si hubiese estado en todos aquellos lugares. A veces, incluso, podía imaginar los paisajes y aspirar su aroma.

En el amplio y luminoso salón, un enorme árbol de Navidad destellaba luces de colores. Tenía ese toque infantil que solo los pequeños saben dar, atiborrándolo de dibujos navideños que colgaban por todas partes.

—¿Es tu nueva novia, tito? —dijo el pequeño—. ¿Cuántas novias tienes? ¡Yo en el cole solo tengo una! ¿La otra novia no habla muy bien, verdad? ¿Tú sí sabes hablar? —preguntaba a Julia con ojos inquietos—. Mi novia habla regular y no sabe leer todavía.

Terio sonrió sin prestar mayor atención y le pidió al pequeño que dejase de chismorrear mientras le alborotaba el cabello.

—Disculpadme un momento, que he de hablar con este renacuajo —dijo Ignacio acercándose al recibidor.

Julia sonreía sin más, estaba empezando a sentirse un poco idiota y eso no le gustaba, y le sudaban las manos.

—Lo lamento —se excusó María acercándose a la entrada—. No sé dónde habrá aprendido a comportarse así. Le gusta hacer preguntas sin esperar respuestas, es algo compulsivo. Tú debes de ser Julia, ¿no es cierto? Mi hermano nos ha hablado mucho de ti.

—Así es, ella es Julia, y la conozco desde que era una mocosa —dijo Juan mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Gracias, Juan, es usted muy amable. No tienes por qué preocuparte —respondió Julia dirigiéndose a María—: los niños son así. Es muy guapo.

En la mesa de comedor, una niña dibujaba centrada en su tarea sentada cerca de la ventana. Julia se acercó.

—Tú debes de ser María, ¿verdad?

—¡Hola!, sí. Estoy dibujando muñecas, ¿te gustan?

—Son preciosas. ¿Qué edad tienes?

—Acabo de cumplir seis.

—¡Ummm!, eres una niña muy guapa. Cuando yo tenía tu edad siempre dibujaba muñecas; me gustaban las princesas.

—A mí también. ¿Quieres dibujar conmigo?

—Ahora mismo no —dijo Ignacio—, tal vez después Julia te ayude. ¿De acuerdo, jovencita? Es hora de recoger todos tus cuadernos.

—¡Vale, papá!

—Por supuesto que te ayudaré encantada —añadió Julia. Estaba de pie mirando a través de la ventana mientras todos hablaban de cualquier cosa. Hacía tiempo que no se sentía así: algo fuera de lugar. Esas situaciones agudizaban su timidez.

—Tendrás que disculpar a mi hijo —dijo Ignacio mientras descorchaba una botella de vino—. Hace unos días llamó sapo viviente al director del colegio después de hacerle todo un interrogatorio.

—¡Vaya! Pienso que a esta edad es mejor no hacerles demasiado caso, cuanta más atención se les presta, peor se comportan.

Terio cogió a Julia de la mano y la llevó a la cocina. No quería que se sintiese incómoda o desplazada.

—Ven, vamos a tomarnos una copa mientras mi hermanita le da prisa al asado —Pellizcó a su hermana en la barbilla.

—¡No me hagas eso!, sabes que no me gusta. Y la comida está lista, a ver si cuando tú me invites eres igual de rápido —bromeó.

Julia observó que Ignacio y María formaban una bonita pareja. Parecían simpáticos. Él llevaba una poblada barba que le hacía parecer mayor. María era alta, casi tanto como su marido. Llevaba el cabello largo, de un bonito color castaño, y no se parecía demasiado a su hermano. Ambos escuchaban atentos a Terio, que no dejaba de elogiar la labor social de Julia y sus amigas. Julia apenas podía articular palabra, porque él acaparaba toda la atención. Ella se limitaba a observarles. Daban la impresión de ser una familia bastante unida a pesar de todo, y divertida. Esa sensación propició que Julia se relajase: empezaba a sentirse cómoda entre ellos.

Le gustaba observar todo a su alrededor. Como siempre, imaginaba cómo debieron de ser sus vidas. Terio de pequeño, su hermana, cómo debió de cambiar todo brutalmente tras el trágico accidente de sus padres. Sintió ternura hacia ellos. Antes de sentarse a la mesa, se sorprendió participando de sus charlas y bromas. Terio parecía feliz, sonreía todo el tiempo y la miraba con complicidad. Ella se sentía especialmente dichosa.

Ignacio y María estaban realmente interesados por el trabajo de Julia, pues ambos trataban a menudo con niños que pertenecían a todo tipo de familias y aquella labor les resultaba bastante interesante y educativa.

Juan estaba a punto de trinchar la carne cuando sonó el timbre de la puerta. El pequeño, Nacho, como todos le llamaban, salió corriendo a abrir.

—¡Anda, tito!, es tu otra novia —gritó desde la entrada—. ¡La que habla raro!

Todos se contemplaron asombrados y dirigieron una mirada interrogante a Terio. Nadie pronunció ni una sola palabra. Julia se había quedado perpleja. Permaneció sentada sin saber qué hacer, mientras que el resto de la familia se levantó casi al unísono.

—*Teguio, queguido.* —Anne hizo una espectacular entrada en el comedor—. ¡Hola a todos! —Llevaba un llamativo abrigo blanco y un espectacular sombrero del mismo tono. Unas gafas de pasta enormes le daban ese toque tan chic que a ella le fascinaba.

Terio, ante aquella visita inesperada, enmudeció durante unos segundos. Sabía que Anne era así, le encantaba sorprender.

—No podía *dogmig* pensando en lo enfadado que te *magchaste de Paguís*… *Mon petit ours* —dijo con un gesto lastimero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Estoy tan lamentada. ¿Se dice así? Da igual. ¿No os *impogta* que haya venido *vegdad?* Llamé a tu *hegmana,* y me dijo que estabas aquí, en Salamanca. Así que aquí estoy. ¿Te *paguese* bien? ¡Estoy tan cansada! Voy a *sentagme*.

Terio dirigió su mirada hacia María. Le daban ganas de hacerle mil preguntas a la vez.

—Anne, tenemos que hablar: creo que me expliqué lo suficientemente claro, no puedes aparecer y ya está. —Anne lo miraba atónita ante su enfado.

Julia estaba algo tensa. No sabía con exactitud quién era aquella chica, aunque se hacía una idea. Anne estaba allí, cómodamente sentada en el sofá junto a sus enormes maletas de color rosa, sin decir nada, y todos en pie mirándola. Intentaban decir algo, pero no sabían exactamente qué.

—Julia, ella es… Anne, una amiga de París —balbució Terio sin

saber cómo abordar aquella situación tan comprometedora.

—Encantada ¿No me la habías *pegsentado* la última vez que estuve aquí? Anne se había levantado para besar a Julia, que a su vez se incorporó, y después de saludarla fue a buscar su abrigo.

—Supongo que no tengo nada que decir —dijo algo aturdida—. Excepto que me siento tremendamente incómoda y fuera de lugar. Lo siento, en serio, debéis disculparme pero creo que será mejor que me marche.

—No te marches por favor —suplicó Terio sujetándole con fuerza la mano.

—Pero, niña, tú no vas a ninguna parte; te quedas a comer. Eres nuestra invitada —añadió Juan.

—Se lo agradezco, Juan, pero no tengo demasiado apetito. Gracias, y créame que lo siento.

Se despidió de todos soltando la mano de las de Terio. Cogió su bolso y salió de allí a toda prisa.

Nadie supo qué decir, y Terio fue tras ella.

—Julia, ¿dónde vas? Ella es solo una amiga.

—No sé quién es esa chica —replicó Julia mirándole a los ojos—, y realmente no me interesa saber más; no tengo derecho a inmiscuirme en tu vida. Así que no hace falta que me des explicaciones.

—Pero yo quiero dártelas. Es más, necesito hacerlo —añadió molesto.

—Por favor.

—Escúchame bien. —Le sujetó el brazo sin forzarla, atrayéndola contra él—. Es cierto que hubo algo una vez, nada serio; pero se acabó, forma parte del pasado.

—¿Del pasado? ¿Estás seguro?: yo no lo veo así. Ella está aquí y esto es el presente. Tal vez te guste jugar con varias a la vez, no lo sé, y después decides con quién te quedas. No, esos juegos no me van, en absoluto. —Julia estaba realmente enfadada, se sentía igual que cuando descubrió que Fernando la engañaba.

—Julia, ¿cómo puedes pensar eso de mí? Te estoy diciendo la verdad. Todos tenemos pasado.

—Pero curiosamente tú conoces el mío. En cambio tú nunca me has hablado de nadie. Nada en absoluto.

—Precisamente porque no era nada serio.

—No, suéltame, necesito marcharme.

—Pero yo no puedo dejar que te marches de este modo. Todo por una simple visita que no significa nada. Es absurdo.

—Escúchame: sabes que acabo de terminar una relación difícil. Me hacía mucho daño, me he sentido humillada, mediocre, insignificante, y ahora estoy viviendo en paz y me siento libre. No

tengo ganas de complicarme la vida.

—¿Eso soy yo para ti, una complicación? ¿Me dices eso y te marchas sin más? —Terio no entendía aquella reacción, estaba diciéndole la verdad.

—Si me haces sentirme así de mal, seguro que no es bueno para mí estar a tu lado.

Terio no supo qué responder. Era cierto que a Julia le habían hecho daño y, sin querer, él acababa de ponerla en una situación delicada: no sabía qué hacer. Ella no parecía haber entendido nada de lo que significaba para él.

—Déjame al menos que te acompañe, por favor; esperaré a que aclares tus ideas.

—¿Mis ideas? Están perfectamente claras.

Terio prefirió callar. Debía dejarla respirar. No sería buena idea insistir, pues estaba demasiado enojada y su reacción era totalmente lógica.

Julia se sentía muy mal, angustiada, enfadada consigo misma. Hacía escasos meses que se había prometido no iniciar ninguna relación. Nada de citas formales… y a la primera de cambio se había visto inmersa en una de ellas. «Soy una estúpida, debería haber aprendido. ¿En qué estaría pensando? Parecía tan sincero, tal legal, y sin embargo, era demasiado extraño que, a su edad, no tuviese pareja o algo parecido.»

No sabía qué hacer. Le hubiese apetecido volver a su casa en Madrid, olvidarse de todo y salir por ahí con Gloria a divertirse. La llamaría: necesitaba contarle a alguien todo lo que le había ocurrido. «No —pensó de inmediato—. Gloria se reiría, creería que era incapaz de utilizar a los hombres como hacen ellos con las mujeres.»

—Porque eso es lo que hacen: nos utilizan y nos dejan, o nos cambian por otras —hablaba ya en voz alta caminando por la calle, sin saber hacia dónde se dirigía. Por suerte, vio un taxi libre y se fue a casa llorando.

Terio le había parecido tan especial, le había dicho que la quería y ella había confiado en él. No entendía por qué se había comportado como una adolescente. Decidió no volver a pensar más en él. Estaba decidida: nada de hombres, al menos nada de sentimientos de por medio. Gloria tenía razón, sexo y nada más. Parecía que las cosas últimamente no le iban nada bien, pero tal vez era todo culpa suya.

Al día siguiente sería Nochebuena: para casi todos, no para ella. Por la mañana se distraería haciendo algunas compras y por la noche cenaría con su madre. Le llevaría un exquisito pollo relleno, como hacían en casa cada año; le pondría entre otras cosas, nueces, pasas y ciruelas. Le encantaban. No era un plan estupendo, pero era lo que había. Tenía que continuar con su vida y olvidarse de aquel hombre.

Sonó su teléfono: era Terio. No le apetecía en absoluto hablar con él. Desconectó el móvil y se fue a ordenar la casa. Aún había restos de jabón en la bañera y la cama estaba deshecha…: ahora su casa también le recordaba a él. Se dejó caer en la cama y se abrazó a la almohada. Conservaba su olor, ese aroma que tanto la excitaba.

—¡Que locura! ¡No puede ser! —dijo en voz alta.

Jamás se había acostado con alguien sin apenas conocerle. No es que estuviese mal hacerlo: ya era lo suficientemente adulta para ello; no obstante, le resultaba extraño. Aquel desenfreno en la cama, en la bañera… no se reconocía. Lo peor de todo era que le había gustado demasiado. Se había sentido sumamente satisfecha, no solo se trataba de placer sexual. Había algo más que no se atrevía a reconocer. Nunca se había sentido antes así.

Le gustaba demasiado aquel hombre. Se estremecía solo con su mirada. Entonces pensó en Anne.

—Tal vez esa chica esté enamorada de él —continuaba hablando en voz alta mientras recogía la casa—. No habría venido desde París si hubiera tenido la más mínima sospecha de que él pasaba de ella.

Para Julia había sido una situación demasiado embarazosa. «¿A qué juega Terio? ¿Dos mujeres a la vez?... O tal vez haya algunas más, puede que en Madrid. ¿Será un ligón empedernido? No lo parece, aunque ciertamente... ¿De qué le conozco? De nada, absolutamente de nada. He de quitarme a este hombre de la cabeza. Pero ¿cómo?».

Se sentía triste y desairada al mismo tiempo.

Lo mejor que podía hacer era continuar leyendo: eso la ayudaría a distraerse. No sabía si lograría centrarse pero lo intentaría. Cogió el libro rojo y buscó la página marcada con el pequeño lazo rosa, que acarició. Allí habían demasiados sentimientos ocultos.

Septiembre de 1966

Estoy feliz: en Navidad vendrán Elisa, Julia y Manuel. Les he enviado los billetes de avión y están muy contentos. No se decidían porque el viaje es demasiado largo, pero al final vendrán; sabía que Julia no me defraudaría. Voy a decorar la casa con los adornos más deslumbrantes que encuentre. Compraré muchos regalos y organizaré las comidas más deliciosas y exquisitas: todo me parece poco para ellos. ¡Serán mis mejores navidades!

Traigo loco a Marcial, que me acompaña a todas partes con *Molly* y casi nunca protesta ¡Es un encanto! Aunque cuando tiene hambre me dice: «¡Sara!, no doy un paso más hasta que nos sentemos a comer. ¡Me voy a desmayar!».

Y entonces le hago caso porque lo dice totalmente en serio. Un día que yo iba totalmente distraída caminando y mirando todos los escaparates, buscando regalos, me giré y no le vi. Se había sentado justo en el borde de un escaparate de Swarovski y uno de los guardas de seguridad intentaba explicarle que allí no estaba permitido sentarse. Mi querido Marcial no habla muy bien inglés, que es muy testarudo a la hora de aprender idiomas. Así que tuve que pedir disculpas en su nombre y llevarle a almorzar. No hablo con frecuencia de mi amigo, pero es la persona de la que más cariño recibo.

Julia estaba demasiado nerviosa y no podía concentrarse: no

conseguía sacar a ese hombre de su cabeza. Parecía una adolescente. Decididamente necesitaba hablar con alguien.

—Gloria, ¿eres tú?

—Un momento, por favor. ¡Gloria, es para ti!

—¿Quién es?, ¿diga?

—Oye, ¿no habré interrumpido algo, verdad?

—¡Estás loca! Es Lola, una amiguita de Evander, aunque lo cierto es que tiene una voz muy de mujer. ¿Qué ocurre?

—Verás, es que tengo que hablar contigo, no puedo más.

—Calma. ¿Estás bien? Chica, desde que te has ido a Salamanca estás histérica.

—Verás, respecto a mi historia familiar, ya te contaré; eso es algo complicado.

—¿Familiar, en qué sentido? ¿Ocurre algo grave?

—No, no es eso, ya te contaré. Es que he conocido a alguien y creo que me he enamorado.

—¿En unos días y ya te has enamorado? ¡Tú estás muy mal, Julia!…

—Lo sé, pero con él es todo tan diferente… Yo pensaba que era especial, pero hoy se ha presentado una chica francesa que es su amiga, o su novia. No sé qué relación tienen. El caso es que almorzábamos con su hermana y…

—Para, para… ¿Que estabas almorzando con su familia?

—Sí.

—¡Pero, Julia, eso es un error!, un error que nunca, ¿me oyes?, nunca, debes cometer. Nada de familia, nada de enamorarse, al menos al principio. ¡No te puedo dejar sola! Tanto tiempo presentándote hombres para que te alegrasen un poco esa vida aburrida que llevabas, y en cuanto me descuido, te enamoras. Y ahora me dirás que… ¿Ha habido algo más?

—¡No te imaginas cómo lo hemos hecho!… Gloria, ¿estás ahí?

—Sí, he ido a cerrar la puerta. ¿Te has acostado con él? ¿Tú? —Gloria no salía de su asombro.

—Sí ¡Y me ha encantado! —su voz sonaba melodiosa—. Ha sido maravilloso, lo hemos hecho en la cama, en la bañera… Por eso te llamo: no me conozco. He estado totalmente desatada.

—Ya, ya veo; pues no sé qué decir…, que hayas decidido acostarte con alguien es bueno para ti, pero que te enamores y que te deje por otra, a los pocos días… eso no es muy agradable ni saludable, que digamos.

—No he dicho que me haya dejado por otra, es que esa otra se ha presentado. Él dice que es una amiga, pero yo… ¡oh, Gloria, es tan especial! ¡Me gusta todo en él! Es simpático, inteligente, sabe escuchar.

—Sí, sí, especial. Eso lo decimos todas cuando nos excitan, cuando se muestran encantadores, y luego se les conoce y se pierde toda la magia. Como me parece que te ha ocurrido a ti. Tanto tiempo sin sexo… te dije que no era bueno, ahora te ha deslumbrado y, ¡zas!, desaparece. Deberías haberle dado una patada en el culo, antes de que… bueno, me callo, ya sabes que me caliento y no paro.

—No te he llamado para que me regañes: tan solo tenía que decírselo a alguien. Lo conocí nada más llegar. Es el sobrino del conserje de mi edificio, pero es muy buena persona, al menos lo parecía. Se le veía tan sensible…

—No sé qué decir, no le conozco, pero no le llames, ¿entendido? Bajo ningún concepto.

—No pensaba hacerlo.

—Exacto, no le llames ni atiendas sus llamadas si las hace. Si le gustas o hay algo más, ya te buscará. Tienes que aclarar tus ideas y creo que él también. Mejor que sufra un poco. Si de verdad está interesado en ti, te buscará.

—De acuerdo, Gloria. Me siento mejor cuando hablo contigo, aunque no me hayas dicho nada nuevo —bromeó—. Y siento que te hayas puesto así de histérica por mi culpa.

—No me pongo histérica, es que he odiado a demasiados hombres en mi vida. Al menos espero haberte servido para que saques lo que llevas dentro y de camino te relajes. Respecto a mí, también tengo un buen lío en la cabeza.

—¿Alberto?

—Sí, pero no es lo que te imaginas. Me gusta mucho y en la cama es formidable, pero lo que me preocupa es su situación.

—Cuéntame.

—Creo que te he dicho que está separado, pero la cuestión es que no soporto lo que esa mujer le hace. Hasta ayer no me dijo que tienen una hija en común. No sé por qué me lo habría ocultado. En cuanto vengas tienes que hacerme el favor que te pedí. Su mujer es una verdadera hija de puta. El caso es que, aunque muchos autores no creen en el Síndrome de Alienación Parental, sabes que yo sí, y la niña está envenenada por su madre.

—¡No me digas eso, Gloria! De verdad que no entiendo a estas mujeres. No saben distinguir el fracaso de pareja. Uno puede fallar enormemente como marido o mujer, y ser un estupendo padre… o madre.

—Eso mismo pienso yo, Julia, ya lo sabes; pero si te contara…

—Dime, me interesa. Si Alberto quiere, podemos denunciar. Sabes también que hay varias asociaciones de padres separados.

—Alberto es muy respetuoso con su ex, pero el otro día después de haber cenado juntos me contó lo que hacía con su hija y no me

gusta nada, se vino abajo. La niña tiene ocho años y adora a su padre. Desde que se fue de la casa, la madre la contamina diciéndole que su padre la ha abandonado, que si la quisiera no se habría ido y perlas similares.

Cuando llama a la casa no deja que Alicia se ponga. Le compró un móvil y se lo ha requisado, alegando que es pequeña.

—Me dejas de piedra. ¿Esta mujer no sabe el daño que le está haciendo a su hija por fastidiar a su marido?

—A veces no son muy conscientes: están tan obcecadas que no reflexionan ni separan unas cosas de otras. La mujer de Alberto tiene un buen nivel intelectual. Vaya, que no es inculta. Pero para estos casos no suele haber perfiles: se da en todas las clases sociales. La muy cabrona le ha dicho que si quiere tener a su hija los fines de semana, tienen que estar los tres juntitos. ¿Tú te crees?

—Es manipuladora la muchacha ¿Y si no?

—Si no, le hace la vida imposible.

—Podemos pedir un régimen de visitas en un punto de encuentro familiar y se le bajan los humos rápidamente.

—Eso pensé yo, Julia, pero Alberto dice que en cuanto habla de pedir el divorcio, le dice que lo denunciará por malos tratos y este hombre no sabe ya qué hacer.

—Bueno, que haya falsas denuncias de malos tratos es muy habitual, pero si se pone en nuestras manos, podremos demostrar que no es el caso. Ya sabes que tu código no te permite hacer un informe de Alberto porque estáis relacionados sentimentalmente, pero tu compañera de carrera, ¿cómo se llama?

—Tengo varias, pero creo que te refieres a María José.

—María José sí puede hacer un peritaje social y presentar un informe. No es vinculante, pero los jueces lo tienen en consideración para estos casos. Incluso, si quiere, pedimos la custodia compartida.

—¿Cómo sería? Para comentárselo…

—Por meses, por semanas, como él quiera. En este caso, sería muy beneficioso para la niña tener a los dos. Tampoco se trata de dejarla sin su madre, aunque sea una tremenda hija de puta.

—Ya, Julia, tú como buena abogada hablas del aspecto legal, pero ¿quién arregla los trastornos que esa mujer está causando en la pequeña Alicia y en Alberto?

—Pues mi amiga del alma, que sabe hacerlo bastante bien…

—Bueno, hablaré con él. No está convencido, pero creo que, más bien, lo que está es acojonado con tanta amenaza. Cuento contigo, preciosa: ya no es solo porque me guste, que me gusta, y mucho, sino porque me indignan estas personas que utilizan a sus hijos y el chantaje emocional lo llevan hasta las últimas consecuencias… Aggg, ¡me cabreo!

—Pues ya me dices algo.
—¿Qué haría sin ti?
—Pues anda que yo…
—Adiós y cuídate, Gloria.
—Adiós. Llámame mañana.
—Vale. Besitos.

Julia se quedó algunos minutos pensativa. ¡Cuántos matrimonios que salen mal! Se alegró de no haber tenido hijos con Fernando. No le apetecería nada en absoluto compartir algo con él para toda la vida.

Se tumbó en el sofá y continuó leyendo:

Febrero de 1968

He cometido otro de los grandes errores de mi vida. Tengo la sensación de que cuanto más deseo que algo salga bien, lo único que consigo es estropearlo todo. No sé qué hacer, no sé si podré arreglar alguna vez mi vida, o si seguiré dando tumbos el resto de ella.

Dejé de escribir, te guardé y me olvidé de ti. Estaba equivocada, creí que no me hacía bien porque llegó a convertirse en una obsesión, pasaba los días memorizando todo lo que por la noche tenía que escribir, porque no quería dejar nada en el aire, pero hastiada, no lo hacía. Eso me llevó a que en algunas ocasiones me olvidase de mi presente, llegando a preguntarme si no estaría volviéndome loca. Así que me dediqué, precisamente a eso, a vivir, y créeme que he vivido y vivo intensamente, a pesar de las mil historias que me rodean.

Pero ahora vuelvo a tener necesidad de continuar escribiendo, tal vez por eso de que las viejas costumbres nunca mueren.

Aquellas navidades fueron inolvidables. Elisa se sentía inmensamente feliz aquí. Es cierto que de alguna manera me noté algo desplazada, pues aunque yo soy su madre, es a ellos a quienes llamaba papá y mamá. No le dije nada a mi amiga, por supuesto; no tengo ningún derecho. Ella es quien ha estado a su lado durante todo este tiempo y se lo agradeceré el resto de mis días.

Julia y yo mantuvimos demasiadas conversaciones atrasadas, algunas de ellas secretas. Quería saber si yo deseaba que la niña conociese la verdad. Le respondí que no. Elisa había estado demasiado confusa los primeros años de su vida. Al principio había vivido junto a sus abuelos, también en cierta manera con su padre, y de repente irrumpieron ellos en su vida: era muy pequeña, pero consciente de su nueva situación. Decidí que era demasiado joven, que tenía una edad muy delicada para contarle una nueva historia. De todos modos, yo no iba a poder ejercer de madre. Siento verdadero pánico cuando imagino lo que haría Leo si supiese que tengo una hija.

Las navidades pasadas, después de más de un año rogando a mi aborrecido marido que me dejase viajar, conseguí que al fin no me pusiese trabas.

Regresé a mi ciudad natal. Fue tan extraño caminar por sus calles, regresar a mi antigua casa; era todo tan diferente a pesar de que era la misma… aquella que fue testigo de mi felicidad y de mi tristeza. Entregué a Julia todo lo que había heredado de mis padres, la casa, el despacho, no sé, le sugerí que vendiese todo si quería, que era todo suyo. Yo no lo necesito y realmente tampoco quería ninguna de sus pertenencias. También fui a visitar el convento. De vez en cuando hablo con las hermanas: fueron muy amables conmigo y guardo mucho cariño hacia ellas. Hago donaciones que las hermanas saben distribuir muy bien. Se han abierto diversos colegios en las zonas más necesitadas y ellas los gestionan con éxito desde hace ya varios años. Me gratifica muchísimo hacerlo.

Fue durante esos días cuando hablamos con Elisa. Ya tiene dieciséis años y tanto Julia como Manuel opinaban que ya era hora de acercarla a la verdad. Yo estaba de acuerdo aunque demasiado nerviosa. Supuse que entendería mi vida, mis circunstancias, todo lo que me ha ocurrido a lo largo de todos estos años. Pero ella primero enmudeció, después me miró con rabia, y yo sentí que el universo entero se me

venía encima.

No sé de dónde sacaría tanto carácter. Tal vez se parezca a su abuela materna o a su padre, ¡quién sabe! Lo primero que nos dijo fue que desde siempre había sospechado algo. Los tres nos miramos atónitos. Lo cierto es que no la reconocimos, ninguno de los tres. Estaba tremendamente alterada, y nos asustamos y enmudecimos mientras ella continuaba gritando. Vociferaba que entendía por qué yo le había hecho siempre tantos regalos: eran para compensar mi ausencia.

Me miró indignada y me preguntó: «¿y así se ejerce de madre?».

No dejábamos de mirarnos sin dar crédito a sus palabras.

Después se puso a llorar y a mí me dolió en el alma. Fue muy duro oír sus palabras. Ella no entendía por qué no había estado a mi lado desde que nació. Tenía razón: para una hija es muy doloroso sentirse abandonada. Corrió a los brazos de Julia y lloró desconsoladamente.

Manuel intentaba calmarla, pero todo fue inútil. Me gritaba que yo no la quería, que era una mujer frívola, que había antepuesto el lujo, el dinero, absolutamente todo antes que a ella, mi propia hija. Qué equivocada está… Antes de dejar de hablarme me espetó que yo estaba vacía porque no sabía amar. Yo, que no he hecho otra cosa más que amarla desde que nació…

Miré a mi amiga. No sabía qué hacer. Ella abrazaba a Elisa tratando de hacerla entrar en razón. Pensaba que con el tiempo llegaría a entenderlo. Sé que Julia lamenta esta situación profundamente, y dice siempre que yo no lo merezco. Al final fui consciente de que ellos formaban una verdadera familia, y de que yo soy como una especie de intrusa en sus vidas, que aparece y desaparece. Sé que se esfuerzan cada día, que intentan convencerla de que me comprenda.

Al cabo de un rato dejó de llorar. Los tres aguardábamos en silencio. Elisa salió corriendo y yo quise ir tras ella. Julia me rogó que la dejase: tenía razón, debía asimilarlo. Prolongué mi estancia dos días más en su casa, dos días desconcertantes, tristes y vacíos. Ella no me miraba, no me hablaba. Decidí marcharme. No era justo que me quedase allí y continuara provocando aquel malestar. De modo que regresé a Nueva York, me refugié en mis negocios, organicé desfiles, fiestas y celebraciones. Al principio todo era un sinsentido, pero me ayudó a continuar. Creo que debo seguir viviendo, respirando, o me ahogaré en mi sufrimiento.

Julia me pone al tanto de que por ahora todo sigue igual: es demasiado pronto para que reaccione. Sabré esperar. No llevo haciendo otra cosa en mi vida.

Julia sentía un profundo dolor por su abuela. Entendía también a su madre, era demasiado joven para comprender el mundo que rodeaba a Sara y del que no sabía cómo salir.

Se fue a la cama temprano: estaba cansada, nerviosa, y había tenido un día horrible. Estaba demasiado afectada.

A la mañana siguiente encendió su teléfono: había varias llamadas de Terio y un mensaje: «Julia, necesito hablar contigo, por favor».

Estuvo tentada de llamarle, pero recordó a Gloria y lo obvió. Salió de casa, obsesionada por dejar su mente en blanco. Juan estaba allí, como de costumbre, y ella se sintió algo incómoda al verle.

—Buenos días, Julia.

—Buenos días.

—Perdona, niña, no quiero molestarte, pero permíteme que te diga algo, por favor. No me quedaré tranquilo si no te lo digo.

—Por supuesto, le escucho.

—No sé exactamente qué hay entre mi sobrino y tú y tampoco hace falta que me des explicaciones, aunque por mi condición de viejo

con sobrada experiencia, me veo en la obligación de decirte que jamás lo he visto de ese modo: anoche mismo cogió sus cosas y se marchó a su casa de Madrid, solo. Estaba realmente enfadado, especialmente con su hermana. También lo vi triste, callado; no lo veía así desde que murieron sus padres. Créeme, le importas. Pero no hace falta que digas nada, ya sé que pensarás que soy un viejo entrometido, y no voy a inmiscuirme.

—Juan, lo lamento, lamento haberles estropeado la comida.

—No, querida, él es así, nadie está molesto contigo, al contrario. María se siente mal por la situación de ayer. Ella ya conoce a su hermano y está segura de que se le pasará, se quieren mucho, ¿sabes?

—Lo imagino —se sentía incómoda hablando de él—. De acuerdo, ahora tengo que salir.

—¿Me permites que te diga una sola cosa más?

—Claro. —Sonrió.

—Nunca se ha tomado en serio ninguna de sus relaciones, y tampoco ha tenido tantas, ¿sabes? Pero jamás lo había visto tan feliz como estos días que ha pasado a tu lado —hablaba con sinceridad.

—No sé qué decir, lo siento. En realidad no me apetece hablar ahora de ello.

—Y él dejaría de hablarme una buena temporada si se enterase de que estoy hablando contigo precisamente de él.

—No se preocupe, no creo que nos veamos. Gracias por todo, Juan.

Julia lo besó con dulzura en la mejilla y salió de allí algo nerviosa.

La invadió una extraña sensación. ¿Sería cierto lo que Juan decía? Tal vez se había precipitado al marcharse de la casa de aquel modo, y probablemente habría dado una imagen demasiado infantil. No quería pensar más en él, y sin embargo, no conseguía apartarlo de su mente.

Aceptar la realidad

Una llamada la sacó de sus cavilaciones: era el doctor Prado. Una ambulancia acababa de trasladar a su madre al hospital.

—Julia, no quiero alarmarte, por eso te llamo en persona, pero el estado de tu madre me preocupa. Acabo de hablar con el doctor Carlos Rojas, ya le conoces, está con ella. Por ahora no puedo decirte nada más.

Julia buscaba un taxi libre. Los nervios no le permitían pensar con claridad. Caminó hacia la calle Benito Pérez Galdós; y allí sí, allí, justo en la esquina con el paseo de la Estación, vio uno libre. Corrió precipitadamente para no dejarlo escapar. El taxista condujo hacia el Hospital Universitario, en San Vicente.

El recorrido le pareció eterno a pesar de que fueron solo unos minutos. Nada más entrar por la sala de urgencias pudo ver al doctor Rojas charlando con el personal del servicio. Al verla se acercó rápidamente a ella y la abrazó con cariño.

—Tranquilízate, Julia, por favor, no quiero que enfermes tú también. ¡Menuda temporada llevas!

—¿Qué le ocurre a mi madre, de que se trata?

—Verás, ahora mismo están haciéndole algunas pruebas: placas, análisis… Tal vez no sea grave, pero sospecho que puede tratarse de neumonía.

—Dios mío, pobre mamá. Se dejó caer en uno de los asientos libres que se disponían en fila contra la pared.

—¿Has venido sola?

—Sí, no hay nadie más ahora mismo. Tomás está en Tokio, con su familia.

—Bueno, tranquila, no nos precipitemos; esperemos a ver los resultados ¿De acuerdo?

—¿Podré verla?

—En cuanto acaben de realizarle las pruebas la ingresaremos, aunque no se sea grave, ya sabes que su estado es delicado y necesita cuidados específicos. Ya te avisaré.

Julia estaba atónita. Miró a su alrededor: no había demasiadas

personas, algunas esperaban en silencio, otras charlaban animada y despreocupadamente. Los hospitales la inquietaban.

Sin poderlo evitar, recordó cuando su padre enfermó.

«Pobre papá —pensó—. Supo desde el primer instante en que lo ingresaron que no saldría de allí con vida, por eso le dejó tantos encargos.» Allí sentada recordaba cada una de sus palabras:

—Julia, cariño, no dejes solo a Alfonso, necesita alguien joven, fresco, dinámico como tú, y Tomás… no sé, se inclina más por el tema empresarial y es más reservado en todo lo que hace.

—Papá, para eso estás tú. Alfonso es tu mano derecha, y tú, la suya.

—Déjame continuar, Julia. —Entonces se incorporaba e intentaba parecer autoritario y ella sabía que era teatro—. Cuando dejes a Alfonso organizado, entonces continúa en Madrid si te apetece, pero recuerda, mira siempre lo que vas a defender; algunas veces te involucras más de lo necesario.

—Papá, no hables ahora de esas cosas —le decía acariciando sus manos y mirando sus pequeños ojos castaños tras el cristal de sus gafas.

—Sí, mi niña, estoy mal, pero no llores. —Le acariciaba el cabello —. No quiero que llores cuando me marche. Recuerda siempre que estaré a tu lado. Otra cosa: no sufras por mamá, no creo que tarde en reunirse conmigo. Mi pobre Elisa. Es mejor así, que no se entere de todo lo que pasa a su alrededor, así no sufrirá. Y cuando tengas la más mínima preocupación, acude a Carlos: él sabrá qué hacer, pues conoce bien el historial de tu madre.

A Julia se le rompía el corazón. Su padre había sido su mayor apoyo. Siempre pensaba en los demás. Su madre había sabido escucharla, mimarla, pero su padre era la persona en quien más había confiado.

No se movió de su lado hasta que cerró los ojos por última vez. Recordó a Tomás, que se mostraba alterado, caminando en silencio por la habitación; después salía, volvía a entrar y los miraba… Hasta que se decidió, cogió la mano de su padre y lloró como un niño.

No le avisaría todavía, no quería alarmarlo, y tal vez no fuese nada grave y estaba demasiado lejos.

Sin embargo, sintió la imperiosa necesidad de llamar a Gloria. Tenía que hablar con ella, deseaba tenerla cerca porque se sentía demasiado sola.

—¡Gloria! —su voz sonaba tremendamente afectada.

—¿Qué ocurre? Sé que te pasa algo. ¡Dime! —se apresuró a preguntar.

—¡Oh, Gloria!, estoy en el hospital. Mi madre ha empeorado. El doctor aún no sabe si se trata de neumonía. Están haciéndole unas

pruebas ahora mismo y la van a ingresar de todos modos. Eres la única persona a la que podía llamar.

—¿A quién sino a mí? Lo primero es que te tranquilices; sé que es duro. pero tienes que ser fuerte. Puede que no sea nada, pero tienes que tener calma, paciencia y esperar los resultados. Ahora mismo salgo para allá.

—Pero, Gloria, me haría bien tenerte cerca aunque tal vez sería mejor esperar.

—Vamos, cuelga, que pierdo tiempo. En un par de horas estaré ahí. Un beso y ten calma.

—Un momento. ¡Gloria!

Y había colgado. Su amiga era así: sabía que no la dejaría sola.

Gloria siempre tenía razón: debía respirar hondo y procurar no alterarse. Lo más prudente era esperar los resultados y, sobre todo, tener mucha paciencia.

Intentó distraerse observando a las personas que había a su alrededor, como hacía desde niña. Muy cerca de ella, un grupo de mujeres discutían sobre quién de ellas se quedaría aquella noche con el abuelo. Todas tenían que preparar la cena de Nochebuena y ninguna quería quedarse. La más joven insistía una y otra vez en que ya le habían fastidiado todas las fiestas.

Julia pensaba en lo egoísta que es el ser humano algunas veces. Seguro que en caso contrario, el abuelo las habría cuidado, sin dudarlo. Eran tan absurdas aquellas fiestas, impuestas por una sociedad de consumo empeñada en vender de todo, a toda costa. Esa noche además, la gente debía estar alegre y reunirse con la familia, aunque el resto del año algunos no se mirasen a la cara. Por otra parte, la gente se pasaba los días atiborrándose de comida, bebidas y dulces para que en el mes de enero las empresas de nutrición y dietética se pusiesen las botas prometiendo hacerles bajar de peso en tres semanas lo que acababan de engordar, y además a un precio desorbitado. Otra vez la maldita sociedad de consumo.

Mientras, muchas personas pasaban hambre y frío, o se debatían entre la vida y la muerte como probablemente le ocurría al abuelo de aquellas tres mujeres.

A Julia le molestó demasiado oírlas. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia el otro extremo de la sala. Había un hombre joven que parecía bastante nervioso; varias mujeres a su alrededor bromeaban. Probablemente, se trate de un futuro papá, pensó. Las mujeres que discutían salieron de la sala a todo correr. «Con suerte para ellas, tal vez el pobre hombre haya dejado este mundo, para no fastidiarles la fiesta», pensaba Julia casi en voz alta. Pasaba el tiempo y Julia veía cómo nuevos pacientes entraban y otros salían. Alarmados, una pareja ayudaba a su hijo, un adolescente que lloriqueaba y llevaba el pie

izquierdo a la pata coja. El pobre chico se habría roto algún hueso haciendo deporte: vestía ropa deportiva.

En el asiento que ella había ocupado antes, dos chicas bastante jóvenes se ayudaban mutuamente a sentarse, y parecían mareadas. «Empieza temprano la fiesta», pensó. No podía sentarse. Aquellas chicas estaban a punto de vomitarse encima. Se dirigió al pasillo, justo por donde había visto desaparecer al doctor Rojas.

Pensó en él: era un médico de mirada triste, y bastante amable con todos los enfermos. Julia opinaba que se involucraba demasiado con los pacientes, y no es que eso fuese malo, pero probablemente sufriría más de lo necesario. Lo había visto en multitud de ocasiones, pues era amigo de su padre, pero en realidad lo conoció cuando su padre enfermó.

Fue terrible. Siempre había gozado de una salud de hierro, hasta que en una de las revisiones, su amigo el doctor Rojas le diagnosticó cáncer de pulmón. A partir de aquel momento pasó a ser paciente de la doctora Cristina López, la oncóloga; pero el doctor Rojas nunca dejó de estar muy pendiente de él, dándole ánimos y tratando de hacerle sentir mejor. Julia se apoyó en él cuando su padre empeoró. Él sabía aconsejarla, pero especialmente le insistía en que no pasase demasiadas horas en el hospital, que no era bueno para ella. Pero Julia no podía hacer otra cosa que quedarse allí, sentada y callada, esperando. Cuando decidía marcharse a casa, enseguida daba media vuelta y regresaba a sentarse en su sillón. Así desde que su padre enfermó, durante todos y cada uno de los tratamientos de quimioterapia y de sus controles rutinarios.

Estaba tan absorta en sus recuerdos que casi no se dio cuenta de que el doctor estaba a su lado.

—Julia, ven, acompáñame, vamos a mi consulta. Allí estaremos más tranquilos.

Se dirigieron a la zona de ascensores, entraron y el doctor pulsó el botón que los llevaría hasta la tercera planta. Julia no quería hablar, tampoco mirarle; no quería oír lo que el doctor le iba a decir. Si estaba tan callado no podía ser bueno. Las piernas empezaron a temblarle, aunque trató de disimularlo caminando con pie firme al salir del ascensor.

El doctor abrió con la llave su consulta, encendió la luz y le pidió que se sentase:

—Mi querida Julia. —Agarró sus manos antes de continuar—: No tengo buenas noticias y créeme que lo siento. Los síntomas de deterioro resultan evidentes en tu madre. Nada más verla hoy he podido ver una rigidez que no tenía hace escasos días. Afecta a sus articulaciones, en especial a los codos, e indica el avance de su enfermedad, y como lamentablemente me temía, hay una insuficiencia

del reflejo nauseoso.

—¿Qué significa eso, doctor?

—Verás, normalmente la enfermedad que padece tu madre provoca que el nivel de consciencia quede bastante disminuido, casi nulo. En ese momento, los pacientes suelen inhalar material ácido, habitualmente por problemas con la deglución, por regurgitación del material, digamos, por ejemplo, del tracto digestivo. Este material, por problemas fisiológicos, va a sus pulmones, que se inflaman y se infectan. Ten en cuenta que se trata de material séptico; para que me entiendas: tiene bacterias que causan infecciones. Ahora mismo se le va a suministrar antibióticos vía intravenosa, e intentaremos que le baje la fiebre y que esté lo más cómoda posible. En pocas palabras, para que no sufra. —Julia había enmudecido, las lágrimas le brotaban de los ojos resbalando sobre el rostro. El doctor le extendió un pañuelo—. Sé que es duro oír todo esto, pero… no es todo.

—¿Aún hay más?

—Verás, Julia, hay algo que debo decirte; es mi deber como médico ahora que tu padre no está.

—Dígame, por favor.

—Hace muchos años, erais tú y tu hermano demasiado jovencitos, tu padre vino a pedirme ayuda. Tu madre tenía algunas reacciones extrañas y estaba bastante preocupado. Esa… llamémosle inquietud fue en aumento. Tomás estaba desesperado y yo necesitaba conocer su historial médico. Tu padre me explicó que aunque no conoció a su suegro sabía que había padecido algún tipo de enfermedad mental, con consecuencias muy graves que lo llevaron al suicidio.

—Lo sé.

—Tu padre me rogó que nunca os dijese nada.

—No me lo dijo él, Carlos. Lo he sabido hace muy poco tiempo. Continúe por favor.

—El caso es que de eso hace demasiados años, y nadie supo nunca qué enfermedad llegó a padecer tu abuelo. Sospeché que podía tratarse de esquizofrenia.

—Pero, doctor, mi madre nunca estuvo loca, y perdone la expresión, pero…

—Te comprendo, pero debes saber que no tiene por qué desarrollarse si no se dan otros desencadenantes, como un ambiente familiar violento o inapropiado. No sé exactamente qué pudo sufrir tu madre en su niñez, adolescencia o tal vez después. Era demasiado reservada, costaba mucho acercarse a ella. Te digo todo esto porque has de saber que son varios desórdenes los que pueden estar en juego. El caso de tu madre fue estudiado por varios especialistas y llegamos a la conclusión de que podía tratarse de otro tipo de desorden psicopático, ya que con los años comenzó a presentar ciertas fobias,

depresión…

—Pero, doctor, todo este tiempo en la residencia… pensábamos que se trataba de alzhéimer. De hecho, el doctor que la trataba siempre nos habló de esta enfermedad.

—Verás, tu padre tenía una gran amistad con el doctor Jover, de la residencia. Me temo que era su gran secreto; créeme que lo siento, pero debes saberlo. Tu madre es muy joven, pero su enfermedad ha estado latente desde hace años. Parece ser que cada desorden mental tiene su propia causa; no podemos generalizar, es muy complicado. Tu madre, para que me entiendas, siempre ha sido demasiado hermética y tu padre era el único que colaboraba con los médicos. Él creyó que sería mejor para vosotros pensar que se trataba de alzhéimer: no quería hablar del pasado.

—Dios mío, no tenía ni idea de que durante esos años… Ella era normal.

—Por supuesto, lo era; todo empeoró cuando vosotros ya no vivíais con ella. Siempre insistí, una y otra vez, en que un tratamiento temprano para tratar su enfermedad hubiese conseguido un término más largo de vida. Pero ella no reconocía todas esas fobias, o como queramos llamarlas.

—No doy crédito a lo que estoy oyendo.

—Es difícil para mí tener que explicarte todo esto, pero…

—Adelante, continúe. Estoy relativamente bien.

—Solo puedo decirte que estos desórdenes mentales pueden variar de un individuo a otro y que la mayoría muestra una gran evidencia hereditaria y un enorme factor psicosocial.

«¡Dios mío! —pensó Julia—, mi madre no solo heredó la enfermedad de su padre, sino que el desencadenante principal pudo haber sido todo ese sufrimiento que padeció por estar alejada de su madre… o tal vez fuese inevitable.»

—Julia, Julia, ¿estás bien?

—Sí, doctor, no se preocupe, es que…

—Comprendo, debes asimilarlo. Tu padre os lo debió decir hace algunos años, pero era incapaz de hacer sufrir a nadie, y menos a vosotros dos.

—Mi padre era tan bueno, tan protector, que le hubiese gustado criarnos dentro de enormes burbujas para que no nos hubiese afectado nada a nuestro alrededor.

—Tómate tu tiempo. Pero ya sabes, si me necesitas para lo que sea, si te encuentras mal, no dudes en buscarme.

—Claro que sí. Gracias.

Se levantó y siguió al doctor a través del largo pasillo.

—Ahora vendrá una enfermera y te acompañará a la habitación de tu madre. Puedes esperarla aquí si lo prefieres, Julia. No tardará.

Más tarde pasaré por la habitación. No quiero ser pesimista. Quizá mejore, pero tampoco quiero darte falsas esperanzas, ¿me comprendes? Lo más prudente es esperar a que los medicamentos actúen.

El doctor le dio una suave palmada en el hombro y entro en el ascensor.

Julia asintió sin decir más. Se quedó mirando cómo se cerraba su gran puerta de acero, y la imagen del doctor Rojas desapareció tras ella.

Permaneció inmóvil. No sabía qué hacer. Aquello no podía estar sucediendo. Su madre no parecía tan enferma la última vez que la visitó.

Una enfermera se acercó a ella. Julia no la vio llegar.

—¿Es usted familiar de la señora Elisa Antón? —su voz sonaba suave, casi musical.

—Sí, soy su hija.

—Acompáñeme, por favor.

La enfermera continuó caminando por el largo pasillo hasta llegar a la habitación 303. Era una mujer joven, regordeta, y caminaba como si se balanceara a cada paso que daba.

—Su madre se encuentra sedada. No la moleste demasiado porque necesita descansar. Tiene puesto oxígeno y la medicación. Imagino que el doctor ya le habrá explicado. Si necesita algo, pulse el botón que hay justo sobre la cama.

—Muchas gracias.

—Mi nombre es Natalia y estoy de turno de mañana. No dude en llamarme si precisa cualquier cosa.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Julia observó a aquella mujer durante algunos segundos. Comprobaba con minuciosidad todas aquellas sondas que su madre tenía colocadas. Después la vio alejarse en silencio. El control de enfermeras estaba muy cerca, podía oírlas desde allí, y eso le agradó. Al menos las tenía cerca.

En general, la planta parecía bastante silenciosa.

Se acercó a su madre: estaba más sonrosada de lo habitual, sin duda era por la fiebre. Cogió su mano y escuchó su respiración, que sonaba pesada, entrecortada. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

Se sentó en un sillón junto a la cama y respiró profundamente.

«Pobre mamá. Es injusto vivir de este modo, como una especie de vegetal. » Pensó nuevamente en Tomás, en si debería llamarle. Aunque se resistía, no estaba completamente segura de hacerlo. Esperaría.

—Hola —oyó la voz de su amiga como un susurro. Julia se abrazó a ella y rompió a llorar desconsoladamente.

—Vamos, vamos, llora si te hace bien, pero debes tranquilizarte;

piensa que puedes estar aquí días antes de que a tu madre le den el alta. Vamos, ¡cálmate!

—Gloria, tengo una gran sensación de vacío. Hace tan poco tiempo de lo de papá. No me he recuperado aún, y ahora veo a mamá en este estado tan lamentable… no tengo esperanzas de que mejore.

—Bueno, ten calma; debes confiar en que pueda salir adelante.

—No es solo eso, Gloria, es que jamás me había sentido tan sola. Gracias por venir.

—Vamos, déjate de cumplidos. ¿Para qué estamos las amigas?

Julia la miró y volvió a abrazarla: le hacía bien tenerla junto a ella.

Gloria era una mujer que emanaba confianza y seguridad. Era alta y de complexión fuerte. Llevaba el cabello suelto y le caía sobre los hombros, rizado y de un bonito color cobrizo. Gloria y Tomás eran las dos personas a las que en estos momentos deseaba tener a su lado.

—¿Vas a llamar a Tomás? —le preguntó su amiga.

—Supongo que debo hacerlo. Al menos debería saber que mamá está ingresada, y que su estado no es muy alentador, pero está tan lejos…

—Creo que debes llamarle, decirle cómo están las cosas, y que él sea quien decida lo que debe hacer. También es su hijo.

—Sí, pero ahora no sé qué hora será. Calculo que será por la tarde…

—Anda, sal y llámale, no le des más vueltas.

Cuando Julia regresó a la habitación tenía los ojos rojos y un fuerte dolor de cabeza.

—Anda, siéntate. ¿Qué te ha dicho? —se interesó Gloria.

—Imagínate. Mal, pero menos de lo que esperaba, ya sabes cómo es. Dice que se pondrá en camino. Rosa y los niños se quedarán allí: sería demasiado para ellos y en breve tienen previsto regresar. Le he insistido en que no venga. De verdad, creo que es una locura, pero no ha querido hablar más y ha colgado. Es que no sé, tal vez mamá mejore y lo he alarmado sin necesidad.

—Tienes razón, pero debe decidirlo él. Y ahora dime, ¿qué tal estás?

—Bueno, mi cabeza me va a estallar. Toda esta noche la he pasado dándole vueltas. Giraba en torno a él, ya sabes, a Terio, aunque de ese tema prefiero no hablar por ahora; estoy demasiado preocupada por mamá. En cambio tengo que contarte aquello que te dije sobre mi pasado. Quizá influyese en mi madre mucho más de lo que suponía.

Julia le habló de Sara, del diario, las cartas, de la negación de Elisa para aceptar a su madre y de lo que le había contado el doctor sobre su enfermedad. Gloria no salía de su asombro.

—¡Pero eso es increíble! No sé si tu madre se vio afectada realmente por aquella situación. Lo más probable es que sí, pero no creo que eso fuese la causa de su enfermedad. Estoy segura de que debió de haber algún componente genético. Y tu abuela, ¡qué mujer!, ¡qué fuerza y abnegación! Sin duda, una historia triste en ese aspecto; por lo demás, me encanta su carácter. Me gustaría leer su historia si no te importa.

—En absoluto. Yo me he convertido en admiradora suya.

—Nunca hubiese imaginado que tus abuelos no lo eran realmente. ¿Qué ocurrió después?

—No he podido continuar leyendo.

—Bueno, ya tendrás tiempo de hacerlo.

—Supongo. También ahora pienso en ella, en su hija. Mi madre está tan mal y yo no puedo hacer nada. Cuando mi madre estaba en plenas facultades, no quiso saber absolutamente nada de ella. Yo debo respetar su decisión: no voy a decirle nada a Sara, por ahora.

—Haces bien: son temas demasiado personales.

—Y tú, ¿qué me dices?, ¿cómo está Alberto?

—Como pareja muy bien. No sé por qué acabamos dejándolo en la universidad, en serio. Profesionalmente, tiene su gabinete, y no le va mal. Con respecto a su situación, muy mal, aunque ahora que le he hablado de ti está algo más tranquilo. Quería acompañarme, pero no era apropiado. Le he dejado las llaves de mi casa. Evander pasará unos días con Ana.

»Alberto se siente mal, no quiere ser un estorbo para esa pareja amiga suya. Se llevan bastante bien, pero él es demasiado respetuoso y no quiere molestarles más. Así que cogió su minúsculo equipaje y se ha mudado a mi casa.

—Vale, pero no te apresures, Gloria.

—Está en apuros y no puedo dejarle así, ya me conoces. Cambiemos de conversación. Háblame más de Sara: me tiene intrigada.

—Es una mujer extraordinaria, con una gran fuerza vital, pero me choca todo esto.

—¿Qué?

—Es mi madre, Gloria, la veo distinta. Cuando leo cómo se comportó con su madre, no acabo de asimilarlo. No supo entender la vida de Sara.

—Ella lo vivió en primera persona y tú estás leyendo, no es lo mismo.

—Tienes razón, aunque creo que al principio puede ser normal que tuviese miedo, que no aceptara su distanciamiento, pero con los años debió haberla entendido. No sé qué pasaría por su cabeza, o cómo lo vivió, pero lo cierto es que nunca entendió a su madre. Sara

estuvo atrapada en una jaula sin barrotes de la que no podía escapar. No he podido acabar de leer su historia y la echo de menos… Lo mejor de todo es que vive.

—Veo que la quieres.

—Sí, creo que es imposible conocerla y no quererla. Ella era, mejor dicho, es, sencilla, alegre, fresca; nunca perdió esa esencia… Sé que tras sus palabras tristes, sus escritos desgarradores, todavía vive en ella la niña que fue. Por eso no puedo entender a mi madre.

—Por lo que me dices, tu madre llegó a conocerla y a estar junto a ella. Tal vez la quiso más de lo que imaginas, pero se sintió abandonada.

—Puede, pero yo no lo veo de ese modo.

—¿Quieres ir a casa, Gloria? Supongo que tras el viaje tendrás cosas en el coche, estarás cansada. Anda, toma las llaves, ponte cómoda y luego vienes.

—Más tarde iré. Ahora que te veo más relajada me gustaría que me comentases algo en relación a Alberto, así te distraes y yo puedo decirle algo.

—Bueno, poco más o menos lo que hablamos el otro día. ¿Están separados legalmente?

—No, solo de hecho. Ya te dije que ella amenaza con denunciarlo por malos tratos.

—Sí, es verdad, perdona, Gloria. Tengo tantas cosas en la cabeza… Dile que podemos acudir a Mediación Familiar para llegar a un acuerdo en el que nadie pierda, o solicitar el divorcio con el convenio regulador correspondiente. Pienso que si la arpía quisiera llegar a una mediación, todo sería más fácil, sobre todo para la pequeña.

—Sí, Julia, yo también he pensado en esa posibilidad, pero ya sabes que para mediar tienen que estar los dos convencidos, y comprometerse por escrito.

—Puede ser complicado, pero si Alberto convence a su ex, sería estupendo.

—Hablaré con él, y seguro que hará lo imposible por llegar a la solución menos traumática, pero ella… sigo pensando que está creando en la niña un SAP, ya sabes un Síndrome de Alienación Parental. Este síndrome consiste en hacer una campaña solapada, o a las claras, en contra del otro progenitor, que en este caso es Alberto. La mujer está descargando sobre la chiquilla toda su rabia por haber sido abandonada, y esta contribuye y va asimilando ese odio.

—¿Crees que está pasando realmente?

—Sí, no tengo dudas. La niña actúa de mensajera. Parece más madura de lo que realmente es, y lo que esconde tras esa aparente madurez es una cría asustada, son síntomas evidentes. También teme

hablar de su madre delante de Alberto. No sé, pero yo veo mucho miedo en la chiquilla.

—Esa mujer está loca.

—No, Julia, no tiene por qué estarlo; simplemente está muy enfadada. Se niega a admitir que ya no la quieren y utiliza cualquier cosa o persona que pueda conseguir atraer a su marido. No reconoce el fracaso de ambos, porque cuando una pareja se separa no hay un solo culpable; pero ella no lo ve así, cree que el fallo está en el otro, que la han traicionado y niega que sea un buen padre. Hace creer a su hija, a la familia y a sí misma que es una mala persona en todos los aspectos… y deja de ver todo lo bueno que su esposo tenía para todos hasta ese instante en que se va de casa.

—Si es como me cuentas, veo difícil que consigamos mediar. Tendríamos que solicitar el convenio y el divorcio directamente. Coméntaselo a Alberto, y en cuanto llegue a Madrid empezamos con el papeleo. Si se prolonga lo de mi madre, tendrás que confiárselo a Ana.

—Vale, Ana para mí es casi como tú. De todas formas, le explicaré a Alberto la otra vía: sería la alternativa más adecuada.

—Sí, Gloria, pero ya sabes que no se puede mediar si dos no quieren.

—Bueno, ya te contaré.

—Ahora creo que debería ir a casa. Cuando regrese, vas tú, te das una buena ducha, recoges lo que necesites y después te vienes. Cuidaré de tu madre como si fuera la mía.

Gloria besó a su amiga y salió de allí.

***

Al llegar al edificio, Juan acababa de recoger sus cosas. Le llamó la atención no haber visto a Julia en toda la mañana, pero la cara de Gloria le era muy familiar. Gloria estaba segura de que si hablaba con él, le llegaría la noticia a su sobrino, así que sin pensarlo dos veces le explicó lo sucedido.

***

Gloria no tardó en regresar. Traía consigo el diario de Sara.

—He trasteado en tus cosas y he encontrado esto. ¿Cómo sigue tu madre?

—Parece que la fiebre va remitiendo, y la veo más tranquila. Gracias, Gloria.

—¿Vas a ir a casa?

—Ahora estoy bien, en serio. Creo que me distraerá leer un rato.

—De acuerdo, voy a salir de la habitación: tengo que hacer varias

llamadas.

9 de junio de 1968

Querido diario: son las tres de la madrugada y Leo duerme plácidamente en su habitación. Algunas noches no viene a casa y otras se encierra hasta la mañana siguiente. Parece que no le afecta en absoluto nada de lo que sucede a su alrededor. En cambio, yo no puedo dormir: estoy nerviosa, alterada. Mi perrita, aunque ya está algo mayor, se ha venido junto a mí y me mira con ojitos de preocupación: sabe que estoy inquieta.

Hoy ha sido día de luto aquí en los Estados Unidos. En todas las emisoras no se hablaba de otra cosa y así seguirá durante una temporada.

Hace muy pocos días han asesinado a Robert Kennedy. Es terrorífico. Fue instantes después de dar su discurso en uno de los salones del hotel Ambassador en Los Ángeles. Estoy profundamente consternada. Recibió tres disparos y en el hospital Good Samaritan no pudieron hacer nada por su vida después de una operación de más de cuatro horas. ¡Pobre hombre!

Todo esto te deja una terrible sensación de impotencia. Tengo miedo cuando ocurren cosas así, cuando aún está en la memoria de todos el asesinato de su hermano John.

Nunca me interesó la política, pero he de reconocer que no se hablaba de otra cosa desde hace algunas semanas. Habían llevado a cabo una campaña electoral brillante. Prometía solucionar el conflicto vietnamita y la desaparición de las diferencias raciales. La gente estaba muy animada: había obtenido importantes victorias en las primarias y ahora lamentablemente el panorama ha cambiado.

A mi pesar, he de asistir a determinados actos de sociedad, como los llama Leo. En ellos me veo rodeada de la más selecta compañía, y por supuesto me refiero a los amigos de mi marido. Esta tarde he podido oír que tal vez se trate de una conspiración de la CIA y la mafia cubana. No tengo palabras para expresar lo que siento cuando oigo comentarios de ese tipo. Ya fue terrible el asesinato hace pocos meses de Martin Luther King, y ahora esto.

Barbaridades como estas te hacen reflexionar sobre la vida: no somos nada, absolutamente nada. Qué razón tenía mi querida amiga Florence cuando me decía «carpe diem». Es lo más sensato que he oído jamás.

De eso se trata, de vivir el momento, disfrutarlo, porque no sabemos qué ocurrirá dentro de algunas horas.

Enero de 1971

Querido diario: ya han pasado tres años desde que escribí la última vez y casi ni me he dado cuenta. Pero eso no es malo, ya que cada vez que puedo disfruto cada momento de mi vida y pongo pasión en todo lo que hago. A menudo mi pasado viene a recordarme que tengo una hija que no me quiere, que no me acepta. Julia la llevó a un especialista: necesita liberar todo eso que lleva dentro, la rabia, el dolor, pero es imposible, es terca como una mula. Hay días en los que llevo bien esta carga, otros en cambio me hundo en un pozo sin salida.

Julia dejó de leer por un momento. Había descubierto sin querer que su madre ya daba muestras de algún tipo de desequilibrio emocional en su juventud. Sin duda la presencia o ausencia de su madre la había alterado. Aunque no estaba convencida de que esa fuese realmente la causa. No le daría más vueltas: muchas personas viven hechos mucho más traumáticos y no desarrollan ningún tipo de esquizofrenia ni nada parecido; lo más razonable es pensar que el factor genético tuvo que ver en ello.

Se levantó a mirarla: parecía relajada, tranquila, aunque la fiebre no había desaparecido del todo. Respiró profundamente y siguió

leyendo:

He llegado a la conclusión de que si lo único que me importa en la vida es su felicidad, deberé quererla en la distancia. Seguiré sus pasos para saber que está bien y tendré que conformarme.

Acabo de recibir una carta de Julia y son sus palabras las que me han llevado a tomar esta decisión. En ella me cuenta que Elisa sale con un chico. ¡Mi niña!… Debe de sentirse tan feliz, viviendo ese momento mágico que todas las chicas habrían de tener derecho a disfrutar.

Es normal, va a cumplir diecinueve años. El muchacho se llama Tomás, es abogado y dice que es muy amable y muy cariñoso con todos. Julia confía en que madurar en todos los aspectos la hará entrar en razón y llegará a restablecer su relación conmigo. Ella tan optimista como siempre, o tal vez sea cuestión de fe. Pero debo en cierta medida evolucionar y no estancarme en ese sufrimiento que no le hace bien a nadie. Voy a escribirle a Julia y le confirmaré que estoy bien. Se preocupa demasiado por mí: es la persona más bondadosa que haya conocido jamás.

Ya tengo 39 años y me acerco vertiginosamente a los cuarenta, aunque he de reconocer que me conservo muy bien. Hace un año conocí a un hombre adorable que me hace olvidar mis tristezas. Fue en una fiesta que organizaron Óscar y Marcial, que siempre andan buscándome pareja, y los ha habido de lo más variado. Recuerdo que en una ocasión me presentaron al propietario de un gimnasio. Era todo músculo, pero ni una sola pizca de cerebro; nos reímos muchísimo cuando se marchó. Es cierto que Nueva York sufre una de las mayores crisis financieras, el crimen crece sin control y muchos conocidos míos buscan nuevos destinos donde establecer sus negocios. Yo debo continuar aquí, prisionera de mi aborrecido Leo.

Este hombre tiene cuarenta y dos años, es periodista, y aunque no es guapo es tremendamente atractivo. El día que le conocí hacía un reportaje sobre el mundo de la moda, pero en realidad investigaba los negocios oscuros que se mueven en torno a ella: la droga y la prostitución. Pensó que yo, esposa de Leo Di Benedetto, tal vez utilizaba mis negocios para blanquear dinero, algo ridículo de imaginar para quienes me conocen bien.

No trabajo por dinero y mucho menos para blanquear nada que no sea mi tiempo y mi creatividad. Es la única forma de sentirme ocupada, distraída. Tampoco me interesa trabajar conforme a las normas de los grandes diseñadores, siempre tan exclusivos. Mis diseños van dirigidos a la gente de a pie, a las madres normales y corrientes, a los jóvenes estudiantes y, claro, al colectivo gay, que de eso por supuesto se encarga Óscar. Es genial, y tiene unas ideas que me fascinan. Marcial dice que estoy perdiendo glamour. Tampoco me gusta hablar de las asociaciones benéficas con las que colaboro y de las que me enorgullezco. Eso es otra parte de mi vida, al igual que muchas otras cosas.

Quien nos conoce sabe que Leo tiene un círculo de amistades muy alejado de mis gustos. Últimamente visita a uno de los personajes que más han ascendido en el imperio del juego. De todos es sabido su vinculación con el mundo del crimen, aunque ahora dice que es un hombre retirado —sí, al parecer todos se han retirado—, e incluso se rodea de personas fuera del círculo de la mafia, como cantantes y profesionales del espectáculo. Pero no me fío de ninguno de ellos: creo que todos traman algo.

Sin pensar en las posibles consecuencias que podía acarrearme, me fui con el periodista a la cama. Nos quedamos solos en casa de mis amigos. No quise ir a un hotel. Era mejor que no nos viesen en público porque temía que pudiese llegar a oídos de Leo.

Me sentí como una diosa. Puede resultar cursi, pero fue así. Me hizo gozar, aunque no había verdadero amor; el verdadero amor se siente de otra manera y ocurre pocas veces en la vida.

Se llama Alex Hayes y tiene un hijo, Dylan. Este chico no aprueba nuestra relación, lo que es normal, pues su madre falleció hace algunos años y mira con lupa a todas las amigas de su padre. Yo me considero precisamente una amiga más que una amante. Nos vemos en ocasiones, aunque no es nada serio, no puede ser de otra manera. Leo tiene a sus amigas especiales que lo satisfacen, pero creo que enloquecería si supiese que le engaño. Normalmente nos vemos los viernes: Leo va al club con sus amigos hasta muy

tarde y yo paso la noche con Alex en casa de Marcial. Ellos se marchan los fines de semana para que yo dé rienda suelta a mi pasión; son buenos cómplices. Alex es buen amante, apasionado y ardiente. Pero cuando llego a casa, todo desaparece.

Julia disfrutaba mucho con la lectura, se transportaba a otra época, a una vida que no le pertenecía pero que le gustaba. Era cierto que Sara no era completamente feliz, tenía una infinidad de motivos para sentirse desgraciada y sin embargo sabía disfrutar, aprovechaba cada oportunidad que la vida le brindaba.

Era brillante en todo lo que hacía, al menos ella lo veía de ese modo. Leer aquel diario le daba fuerzas para seguir adelante. Sara era fuerte y le transmitía esa vitalidad, esa capacidad que tenía para crecerse en las adversidades.

Se levantó de nuevo y fue a comprobar el estado de su madre, que continuaba dormida, serena.

—Ojalá mamá se recupere y salga de esta. No me importa que casi no me conozca, pero me gusta sentirla viva.

Gloria se acercó a ella y puso su mano sobre el hombro de Julia.

—¿Quieres ir a casa Julia? Necesitas cambiarte, relajarte un poco.

—No, estoy bien.

—Pues entonces te traeré alguna cosa para comer, ¿de acuerdo?

—Como quieras, pero te advierto que no tengo apetito.

—Pues me enfadaré.

—Venga, sabes que nunca lo harías. ¿Qué haría yo sin ti?

—Pues anda que yo.

Una enfermera entró en la habitación para extraer sangre a Elisa: se trataba de un control rutinario para comprobar el funcionamiento de los riñones y el pulmón, básicamente.

—¿Tendrán pronto los resultados?

—Suele tardar algunas horas, dependiendo del trabajo que tengan en el laboratorio, pero no se preocupe: el doctor ha cambiado la medicación y hay que hacer el seguimiento rutinario.

—Gracias.

«Pobre mamá: te veo tan pequeñita aquí acostada.» Sin lugar a dudas su madre estaba delgada, los pómulos más marcados que algunas semanas atrás y su rostro ligeramente hundido. Julia se sentó. La angustia se había apoderado de ella. Cerró los ojos tratando de no pensar y se quedó dormida.

Un fuerte dolor de cuello la despertó y se levantó rápidamente para mirar a su madre. Su reloj le decía que había dormido casi dos horas y se sentía mal por haberlo hecho durante tanto tiempo.

—Estoy aquí, Julia, no me he marchado, no te inquietes. Sigue igual. Pasaré la noche a tu lado, ¿de acuerdo? Te he traído un sándwich y zumo. Anda, come algo.

—Gracias, lo intentaré. Gloria…

—¿Qué?

—Estoy más tranquila contigo a mi lado.

—Lo sé.

Pasaron la noche charlando: iban de un tema a otro, hasta que pasada la medianoche, sin darse cuenta, se quedaron dormidas.

A la mañana siguiente, unas voces procedentes del pasillo las despertaron.

—¡Tomás! —Fue corriendo a abrazar a su hermano. Verle allí la tranquilizó en cierta manera: era un pilar importante en su vida. Lloró sin consuelo abrazada a él. Gloria se acercó a ellos.

De pie y en silencio, apoyado ligeramente sobre la pared del pasillo, estaba Terio. Su sola presencia aceleró el ritmo del corazón de Julia; nunca habría imaginado verle allí.

—Julia —dijo Tomás—. Me ha dicho que se llama Terio y que te conoce, al parecer lleva aquí algunas horas; estaba cuando llegué.

—Es cierto. —Julia lo miró y Terio se acercó hacia ellos. Besó dulcemente su rostro.

—Hola, Julia. He sabido por mi tío, bueno, realmente por tu amiga, que tu madre estaba hospitalizada. Supongo que no te molestará que haya venido.

—Todo lo contrario. Gracias por venir. Cruzaron sus miradas. Había algo en él que la hacía estremecer.

—He llegado hace un buen rato pero no he querido molestar; estabais muy dormidas. Pobre mamá. —Miró a Gloria—. Gracias por estar aquí con mi hermana. Ya sé que es normal entre vosotras estar siempre juntas, pero quiero que sepas que significa mucho para mí.

—Ya. Sabes que para mí, tu casa ha sido siempre muy especial.

Julia presentó a Terio de manera formal. Él no sabía exactamente qué decir. La miraba con sus profundos ojos azules, callado, y en su rostro se reflejaba ternura. Ella se ruborizó ligeramente, algo que no pasó desapercibido para su amiga.

—Julia abrazó otra vez a su hermano. Tenerlo cerca la hacía sentirse más fuerte.

Terio fue a buscar café y eso les dio la oportunidad para cambiar impresiones.

—Hermanita, ¿quién es él exactamente?

—Es alguien muy especial. No sé si llegaremos algún día a ser algo más que amigos, pero no voy a engañarte: me gusta muchísimo.

—No lo conozco pero me cae bien. Nada más llegar se presentó y me acompañó a hablar con el doctor, solo que no pudimos verle, aunque nos dijeron que Carlos Rojas pasará más tarde a visitarnos, pues hoy tiene guardia. No puedo entender cómo de repente se le han complicado tanto las cosas a mamá. Ella estaba bien cuando llegaste, ¿no es así?

—Lo cierto es que sí, ya sabes, sus cosas… pero físicamente bien. Yo misma le di de comer hace muy pocos días, y tenía buen color, salía a tomar el aire; incluso algunas veces caminaba por ella misma. —Julia se abrazó a su hermano llorando.

—Vamos, Julia, no quiero verte sufrir. Es duro para los dos, pero con papá no podía soportar ver cómo estabas, todo el día en el hospital, todas las noches junto a él. Perdiste mucho peso. Y después Fernando. Tenemos que ser conscientes de lo que hay y llevarlo como mejor podamos, pero no quiero que te derrumbes otra vez.

—Tomás, estoy mucho mejor con vosotros a mi lado: me dais la fuerza que necesitaba. —Julia omitió contar a su hermano la enfermedad mental que su madre había padecido los últimos años: no serviría de nada.

—Julia, respecto a Terio, que ya se acerca, no lo dejes —dijo Gloria haciendo un guiño de complicidad.

Terio les ofreció los cafés y se apartó un poco, pues no quería interrumpirles. Julia lo observaba sin mirarle directamente. Tenerle a su lado en aquellos duros momentos significaba mucho para ella.

—Terio, no te alejes —dijo Tomás—. Nos viene bien tener compañía. Gracias por venir.

—No tienes por qué darlas.

Tomás continuó hablando:

—La empresa me ha dado carta blanca, así que puedo estar el tiempo que necesite y regresar cuando lo estime oportuno. Rosa y los niños, si antes del día quince no he regresado a Tokio, volverán a casa.

—Pobrecillos, los niños son los que no entenderán nada: viajan hasta tan lejos para estar con su padre y ahora tú regresas.

—No le des más vueltas a la cabeza. Lo que hay es esto y nada más.

Julia vio al doctor Rojas acercarse a Tomás, y en su rostro no había ningún indicio de esperanza.

—Lo siento mucho. Acaban de entregarme las pruebas de la última analítica y, como me temía, la infección se ha extendido a la sangre: eso provoca sepsis. Esto hace que el resto de los órganos sufran una importante falta de oxígeno.

—¡Dios mío!, eso no es nada alentador.

—Me temo que no. Tu madre está en un estado comatoso. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que no sufra. Siento mucho tener que decirlo.

Julia entró en la habitación. Tenía un nudo en la garganta que le impedía llorar. Se sentó en el sillón y puso su cabeza sobre el cuerpo de su madre.

—Mamá, lo siento.

Terio estaba consternado: veía sufrir a la mujer que amaba y habría dado cualquier cosa por abrazarla, pero no se atrevió. La amaba, de eso estaba seguro. Se acercó tímidamente y colocó sus manos sobre sus hombros tratando de consolarla. Tomás y Gloria continuaban hablando con el doctor fuera de la habitación.

—Julia, créeme que lo siento, de verdad; no puedo verte sufrir, es superior a mí. Daría cualquier cosa para que no sufrieses. Te comprendo, y sé lo que se sientes porque ya sabes que perdí a mis padres, y eso es terrible.

Julia se incorporó y lo abrazó con fuerza. Sentía su sinceridad, su dolor.

—Gracias por estar aquí, me hace bien que estés a mi lado.

Él le acarició el rostro y el cabello, con una ternura infinita.

Cuando Gloria entró en la habitación, dejaron de abrazarse. Terio se sentía extraño: tenía cerca a la mujer que amaba pero la sentía lejos al mismo tiempo.

—¡Dios mío!, lo siento, Julia. —Gloria abrazó a su amiga—. Tomás está bien, lo veo sereno, fuerte; en cambio, tú…, mi pobre amiga.

—No te preocupes por mí, Gloria: estas situaciones son demasiado dolorosas, pero estoy bien.

Ninguno abandonó la habitación. Fueron horas de silencio y dolor. Hasta que al atardecer, Elisa dejó de respirar.

Julia no podía llorar y eso le provocaba una gran angustia. Terio le cogió la mano y no la soltó ni un solo segundo.

***

Al día siguiente se celebró el funeral por Elisa. No avisaron a nadie más. Gloria, Juan y Terio acompañaron a Julia y a Tomás en aquellos duros momentos.

Después Tomás emprendió su largo viaje de regreso a Tokio. Julia se sentía aturdida, cansada, y agradeció a Terio y a Juan que hubiesen estado con ellos en aquellos momentos, y sin decir nada más, regresó a casa con Gloria. Terio estuvo a punto de pedirle que lo acompañase en su regreso a Madrid, aunque no se atrevió: sabía que Julia necesitaría tiempo para pensar y que preferiría viajar con su amiga.

—Vamos, Julia —dijo Gloria—. Yo conduciré, que estoy más acostumbrada que tú y necesitas descansar.

—Gracias, Gloria. Sinceramente, me apetecería dormir veinte horas seguidas.

—Sé que no es el momento apropiado para decirte nada, pero creo que ese hombre es muy especial.

Julia sonrió.

—Sí, realmente creo que me he enamorado, pero no quiero precipitarme, sabes, no lo conozco lo suficiente. No sé si él se habría planteado algo serio conmigo. Yo ya no estoy para jueguecitos; creo que es sincero, pero por otro lado, no sé qué pensar.

—Eso será porque tal vez te estaba esperando —bromeo.

—¿Te he dicho que Fernando vino a buscarme?

—¿Quééé?

—Sí, creo que esa chica está embarazada y él terriblemente asustado. No está enamorado de ella. No tuvo otra idea mejor que venir a contármelo a mí.

—¡Y quería liarse contigo! ¡Tendrá morro! Ese tío es un engreído, y me alegro de que las cosas no le salgan bien. Lo siento, pero pienso de ese modo. Y me alegro de que dejases esa relación a tiempo.

—Yo también. Hasta que lo dejamos no me di cuenta de lo bien que se vivía sin él.

Ordenar el puzle

Al llegar a Madrid, Julia sintió que necesitaba tomarse algunos días libres, descansar y poner en orden sus ideas. No le apetecía hacer nada en casa, así que lo primero que se le ocurrió fue poner una vieja película —*Dos hombres y un destino,* con Robert Redford y Paul Newman—, y nada más comenzar, se durmió.

Se despertó justo en el momento en el que Paul Newman pasea por un campo en bicicleta con una chica sentada sobre el manillar, mientras suena aquella música que a Julia le gustaba tanto… *Rain Drops Keep Falling on My Head*…¡Dios mío, Sara! ¡Oh! ¿Cómo no me habré acordado de ella? Pobre abuela, cuando sepa lo que ha sucedido sufrirá mucho. Se sentirá muy mal… debo localizarla.

Julia recordó que llevaba su diario en el bolso. Estaba tumbada en el sofá mirando el techo. Pensaba en su padre, y sabía que había guardado objetos en aquella casa. Se levantó rápidamente y fue a buscarlos.

«La cómoda, tal vez haya algo allí.»… Nada, no había nada en aquellos cajones. Intentó localizarlos por todas partes, hasta que reparó en que el armario de la entrada tenía un altillo que nunca había utilizado.

Efectivamente, allí arriba había algunas cajas de cartón precintadas con cinta adhesiva. Se subió en una silla y las bajó con mucho cuidado.

Julia estaba realmente sorprendida. Al abrirlas descubrió algunos paquetes envueltos con papeles decorados y cintas de colores que sin lugar a dudas eran regalos. Algunos parecían muy antiguos, otros en cambio eran más recientes. En una de las cajas había diversos objetos. Llamó su atención en especial una caja de fieltro roja. La sostuvo con cuidado unos segundos en sus manos y levantó la tapa: había algo envuelto en una fina seda. El color del tejido debió de ser blanco alguna vez, pero ahora estaba algo amarillento. Descubrió en su interior una elegante diadema de brillantes: era preciosa. Bajo la diadema, había una nota escrita en un fino papel de color sepia.

Mi querida Elisa:

Sé que pronto te casarás, y me alegro muchísimo por vosotros. También he sabido que no quieres que asista a tu boda. Te comprendo, y por supuesto, respetaré tu decisión.

He comprado esta bonita diadema para ti. Mami Julia me dijo que querías llevar una así el día de tu boda. Espero que la utilices, pues sería un gran regalo para mí. Por favor, mi pequeña, haz eso al menos por mí. Aunque supongo que harás aquello que te dicte tu corazón, recuerda que no deseo que vayas con rencor a tu boda.

Te deseo toda la felicidad del mundo junto a Tomás.

También te envío un bonito reloj de caballero: es para tu prometido; dáselo de mi parte, si quieres, por supuesto.

Una última cosa: quiero que sepas que si alguna vez necesitas algo, lo que sea, o tienes algún problema y no sabes a quién recurrir, recuerda que siempre estaré ahí, esperándote.

Te quiere profundamente… tu madre.

—Dios mío, mamá, ¿qué te pasó, por qué fuiste tan dura con ella? Pobre abuela Sara.

Julia descubrió en otra de las cajas un paquete repleto de cartas y documentos. Había tantos papeles allí que no sabía por dónde empezar. Debería continuar con el diario: ya no le quedaba demasiado para acabar. No había ningún reloj de caballero. ¿Se lo daría a papá o lo cogería él? Eran preguntas a las que nadie por el momento podía contestar.

Buscó en su bolso y sacó de allí el diario. Aquel libro le parecía mágico.

Marzo de 1971

El mes pasado fue el cumpleaños de Elisa y le envié regalos, como siempre. Julia dice que no quiere abrirlos. Estoy acostumbrada pero no por ello dejaré de hacerlo. Creo que si viajase a España y hablase con ella otra vez, tal vez podría entender mi situación. Todo lo hago por protegerla: si Leo llega a saber que una vez tuve una hija, me mataría y la buscaría; cada día está más loco. Julia me responde que no sabe si sería buena idea, aunque no quiere interferir en mi vida; dice que ya sufro demasiado. Ya hace tiempo que aprendí a vivir dejando mi dolor a un lado.

Estoy totalmente volcada en mis negocios. Hemos adquirido un local en la calle 34 que es fabuloso. Óscar está como loco. Hemos pensado hacer algo revolucionario allí en pleno centro. Queremos abrir una tienda con modelos exclusivos, a precios bajos. Nadie piensa en los jóvenes que no tienen trabajo o en tantas personas que deben conformarse con llevar ropa que se fabrica en serie. Creo que, al menos, será muy divertido. Ver cómo los grandes diseñadores se echan las manos a la cabeza… será todo un reto. ¡Me encantan las ideas arriesgadas!

Abril de 1971

Mi querido Alex… algunas veces parece detective en lugar de periodista, e investiga infatigablemente hasta llegar al corazón de la noticia. Ayer me contó que hay un traficante de heroína estrechamente relacionado con el círculo de, llamémosles amistades, de mi marido. Me ha advertido de que debo tener cuidado, que son gente

muy peligrosa. Uno de ellos ha llegado a proporcionar pruebas que han propiciado una larga cola de detenciones a más de un centenar de policías relacionados con toda clase de delitos. ¡Increíble, pero cierto!

Alex quiere que abandone a Leo, y yo le he contestado que, precisamente debido al gran número de policías corruptos que hay, tengo miedo de todo el mundo. ¿A quién puedo acudir?

Hoy le he hablado de Elisa, y sabe que no he abandonado a Leo por ella. Me da pánico que pudiese hacerme daño a través de ella. No lo soportaría. No puedo abandonarle, ni mucho menos contarle la verdad sobre mi pasado. No estoy dispuesta a arriesgar todo lo que amo, aunque ello me perjudique.

Alex quiere ayudarme. No sabe cómo hacerlo pero dice que encontrará una solución. Yo he pensado algo que tal vez me libere de Leo para siempre. Algo que ronda mi cabeza desde hace muchos años.

Julio de 1971

Querido diario: creo que estoy a punto de escribir la etapa más oscura de mi vida. Aunque por ello pueda parecer una persona horrible, me siento libre; no estoy orgullosa, ni feliz, tan solo siento que respiro por primera vez en muchos años. Me siento como si me hubiesen quitado una pesada losa de mármol que soportaba sobre mi espalda durante todos estos años. No voy a negar que todo lo que ha sucedido lo he soñado y deseado desde hacía mucho. Tampoco me considero totalmente inocente.

Anoche Leo fue asesinado en Richmond: su coche voló por los aires. No siento dolor. Me veo igual que si estuviese inmersa en un sueño, flotando. La policía me ha interrogado durante dos horas y media. Regresarán, y puede que incluso me detengan, solo que ellos no podrán culparme de nada, pues ha sido un simple ajuste de cuentas entre bandas del crimen organizado y nada más.

Todo comenzó el mes pasado cuando me encontraba con Óscar trabajando en nuestro nuevo proyecto. Marcial entró alarmado, pálido. Estaba en plena avenida con los decoradores del exterior del local cuando unos tipos de aspecto muy peligroso irrumpieron preguntando por mí.

Era un extraño personaje, bajito y regordete, que venía acompañado de otros tres bastante corpulentos. Me preguntaron por Leo. Les respondí lo que sabía: que había viajado a Palermo, a su ciudad natal, y no sabía exactamente cuándo regresaría. Me dio miedo su mirada, pero estoy acostumbrada a tratar a este tipo de gente: estoy casada con uno. El que parecía el jefe se acercó mucho a mí. Me dijo con una voz ronca y horrible que me estaban vigilando, que mi marido les debía una importante suma de dinero y que yo debería responder de ella si Leo no regresaba.

No le contesté, tan solo le miré fijamente a los ojos: no quiero que piensen que soy una mojigata que se deja intimidar. Se marcharon de allí y Marcial tuvo que tomar agua de azahar: siempre lleva una botellita consigo. Se lamenta de que a mi lado nunca está tranquilo.

Regresaron a la semana siguiente, y a la siguiente, y cada vez las amenazas iban más en serio, pues la suma que Leo les debía era desorbitada. No estaba dispuesta a entregarles parte de mi fortuna a aquellos asesinos.

Una noche en la que llegué a casa después de verme con Alex, me extrañó ver la casa totalmente a oscuras, porque siempre dejo alguna lámpara encendida. Al entrar en el salón me llevé un susto tremendo. Leo estaba fumando sentado en su sillón. Me preguntó de dónde venía. No le respondí. Quiso saber con quién había hablado últimamente, le respondí que con nadie. Temí por Alex, pero no se trataba de eso. Se levantó y me dio una fuerte bofetada que me hizo caer al suelo. Me gritó y me increpó que estaba mintiendo, que sus hombres me habían visto hablar con Luca Bagglieto, su peor enemigo. Entonces le conté la verdad, que si se trataba de eso, aquel hombre me había amenazado, pero que yo no les había revelado nada. Ni siquiera sabía cuándo regresaría de Palermo.

No dejaba de gritarme. Me agarró de los brazos diciendo que era una maldita embustera. Después cambió su modo de hablar, suavizó la voz y me preguntó si yo tenía dinero. Él tan solo tenía acceso a nuestra cuenta en común y a mi parte del negocio y me daba igual lo que hiciese, pero replicó que eso no era suficiente. No sabía en qué líos andaba metido, drogas tal vez. Alex me había alertado de ciertos vínculos entre familias

de Palermo y Nueva York; por supuesto omitiré sus nombres. Ellos controlan el tráfico de heroína entre Sicilia y Estados Unidos, así que no supe qué pensar.

Me dio una brutal paliza. Estaba borracho y olía a burdel. Vociferaba en italiano que le había arruinado la vida. No estaba siendo justo, yo no quise hacerle daño, jamás; pero él me había engañado. Creo que me desmayé. Cuando pude abrir los ojos… solo el izquierdo, pues el derecho estaba totalmente inflamado, me encontraba en el hospital de Queens. Marcial fue quien me encontró al día siguiente, ya había estado llamándome a casa y alarmado fue a buscarme. La puerta estaba abierta y todo revuelto; al principio creyó que estaba muerta. Pasé varios días en el hospital, pues tenía algunas fracturas. La policía me interrogó, pero yo no quise denunciarle. Alex no se movió casi de mi lado, aunque tenía que trabajar. Trató de impedir que la noticia saliese en la prensa, pero fue inevitable.

Al dejar el hospital, lejos de sentirme asustada, decidí no tener miedo nunca más. Leo Di Benedetto no me pondría una mano encima nunca más.

Sabía que Luca y sus hombres me seguían por si Leo aparecía de nuevo. Una noche los encontré en el portal. La policía había puesto vigilancia frente al edificio, pero este tipo de gente sabe hacer sus cosas muy bien. Me interrogaron sin violencia: pretendían mostrarse amables y quemar su última cerilla para recuperar el dinero.

Aquella noche les conté que no sabía mucho de Leo y que tampoco me preocupaba su vida. Aunque no les oculté que Leo se veía con una mujer en Richmond, y con cierto sarcasmo, les dije que no podía entender cómo ellos no lo habían averiguado ya. Creo que se sintieron incómodos con mi respuesta. Salieron de allí por la ventana, igual que en las películas. A la mañana siguiente, Alex me trajo el periódico.

Septiembre de 1971

Me he pasado un tiempo en casa. No he hecho casi nada, solo leer o ver la televisión. He tenido en la puerta un ejército de periodistas acampando.

La policía me dejó hace semanas, no tenían nada contra mí.

La conciencia a veces acude a mi dormitorio en mitad de la noche. Pero cuando pienso en que tarde o temprano hubiese sucedido exactamente lo mismo, me reconforta saber que eso es totalmente cierto, y me vuelvo a dormir.

Ahora soy libre. Le mandé a Julia todos los periódicos donde publicaron la noticia. En algunas salía yo, con la cara desfigurada. Han tratado de relacionarme a toda costa con el asesinato de Leo. Siempre quieren buscar más: un ajuste de cuentas no es noticia, son demasiado sensacionalistas. Alex no me ha hecho ni una sola pregunta al respecto y eso es de agradecer. Sabe que al fin soy libre y me ve relajada, sin que tenga que esconderme de nadie.

Quiere que nos casemos, pero no lo haré; en mi cabeza hay sueños y esperanzas. Es mejor así: solo me he casado una vez y no creo que vuelva a hacerlo. A algunas personas hay cosas que nunca nos salen bien.

Julia ha estado realmente aterrorizada y ha querido venir a verme, pero Manuel está delicado con su espalda. Le dije que es un viaje demasiado largo, que lo dejen para otra ocasión. Elisa tiene su vida y no habla de mí…, en absoluto. Sospecho que me odia y puede que me vea incluso como a una asesina, ¡quién sabe!… En cierta manera puede ser, aunque solo sea de pensamiento.

«Pobre abuela… entiendo todos sus actos, su vida, sus miedos, su valentía. También entiendo a mi madre: ella tuvo una vida ordenada. Es cierto que de pequeña fue algo complicado todo, pero mis abuelos supieron darle muchísimo cariño. Ellos no tuvieron hijos y se volcaron con ella. También pienso en mi padre. No quiso deshacerse de todas estas cosas porque comprendía a Sara. No le daré más vueltas al asunto.»

Se levantó decidida a telefonear a Alfonso, pues sabía que llevaba el móvil consigo.

***

Como cada jueves, Terio se había reunido con su amigo Simón en el café Gijón. Pronto se reanudaban las clases y no se habían visto desde que comenzaron las vacaciones. Se sentaron como de costumbre junto a uno de los ventanales. A Simón le llamó la atención el estado algo apático de su amigo. Conversaron durante el almuerzo. Terio le puso al corriente de todo lo que había vivido en tan pocos días.

—Eres increíble, te ocurren cosas realmente fuera de lo común. Fíjate que hasta te tengo envidia sana.

—Pues estoy francamente mal: jamás me había sentido así.

—Tú estás enamorado, reconócelo de una vez por todas. Eso es algo que ocurre de vez en cuando, y te ha tocado. ¡Como la lotería!

—Déjate de bromas, Simón; no voy a hacer nada, absolutamente nada. Cuando acabó el funeral me dijo adiós sin más, y no creo que le apetezca continuar con esta relación: acaba de salir de un divorcio y eso siempre es complicado. También está el asunto de Sara, y supongo que querrá reunirse con ella, pues tiene muchas cosas que aclarar en su cabeza.

»Era emocionante leer su diario, las cartas que escribía: eran reflexiones de su vida. Esa mujer tiene que ser fantástica, en serio, me encanta.

—¿No te habrás enamorado de la abuela también, no?

—No digas tonterías. Julia es diferente a todas las mujeres que he conocido, y tienes razón, me he enamorado, lo sé. Lo siento así, pero tengo que dejarla. Necesita respirar y no quiero que piense que trato de aprovecharme de sus momentos de bajón.

—De acuerdo, de acuerdo, no te pongas tan serio que no va contigo.

Terio sonrió a su amigo y le dio una palmada en el hombro. Se sintió mejor después de hablar con él.

Pensaba constantemente en ella. Era pequeña y grande. Silenciosa a ratos y otras veces explosiva. Tendría que apañárselas para no pensar en ella. Por suerte, su trabajo era una de sus pasiones, y los libros y los chicos lo ayudarían; sería su mejor terapia.

***

—Alfonso, ¿eres tú, verdad?

—Dime, pequeña, ¿te has decidido?

—Alfonso, tengo noticias demasiado tristes… mi madre ha muerto.

—No. ¡Dios mío! ¿Cómo no me has llamado? Tenías mi teléfono,

niña. ¡No sabes cuánto lo siento! Luisa no se lo va a creer. No sospechábamos que estuviese tan mal, en serio.

—Lo sé, Alfonso, ha sido demasiado rápido. Tomás viajó desde Tokio y pudo verla con vida. Ha sido todo como una pesadilla.

—Me lo imagino, pequeña; créeme que lo siento muchísimo. Tu madre era para mí una persona muy especial.

—Alfonso, quería preguntarte algo.

—A eso me refería cuando te dije si te habías decidido.

—¿Pero qué sabes tú de Sara?

—Lo que te conté, pero vi en sus ojos un enorme deseo por acercarse a vosotros… me dijo dónde se hospedaba. Me dio una considerable suma de dinero que me tomé la libertad de ingresar en la cuenta del bufete para que pudieses acceder a ella. Dejó muy claro que no pretendía causar molestias y mucho menos gastos a nadie, pero que si alguno de vosotros decidía visitarla antes de que ella regresase a Salamanca…

—No quiero que sepa nada, Alfonso. ¿Podrías darme sus señas?

—No las llevo encima, pero están en el despacho; pasa por allí y recógelas.

—Yo estoy en Madrid ahora: llamaré al bufete. Gracias, Alfonso, por todo. Te telefonearé, dale recuerdos a tu mujer. Y cuídate.

—Tú también, Julia. Tú también.

Nada más colgar el teléfono, Gloria llamaba al timbre insistentemente.

—Ya voy, ya voy.

—Julia, me niego a que sigas encerrada.

—Sabes que estoy cansada, pero no pienso quedarme encerrada como dices.

—Alberto quiere conocerte, que le comentes algo o que hagamos algo. ¡Está desesperado!

—¡Vaya!, pues tendrá que ser pronto porque voy a viajar.

—¿Viajar? ¿A dónde?

—Quiero conocer a Sara, a mi abuela. Creo que ya es hora de hacerlo. Nada de leer más ni de buscar cartas o cajas llenas de recuerdos. Sé que sufrirá cuando sepa lo de mi madre, pero es fuerte y quiero estar a su lado.

—De acuerdo, creo que haces lo correcto. ¿Dónde está Sara?

—En Zúrich.

—¡En Zúrich! Nunca he viajado allí. Venga vístete, Julia, Alberto está abajo, luego hablamos de tu viaje… Estás viviendo muchas experiencias nuevas, ¿eh, guapa?

Gloria siguió a su amiga hasta el dormitorio y se apoyó en el quicio de la puerta mientras se vestía. Julia cogió unos vaqueros y una camisa y se los puso a la vez que hablaba con Gloria:

—Creo que me iré la semana que viene. Necesito hablar, ver y escuchar a Sara: cada día la siento más cercana y no sé qué aspecto tiene. Es como si el único vínculo con mis padres se hubiese reducido a ella, aparte de Tomi, por supuesto, pero siento como si ella hubiera llegado para aliviar la ausencia de mi madre, ¿me entiendes, Gloria?

—Claro que te entiendo cariño, pero péinate de una vez y no hagamos esperar a este hombre más de la cuenta.

—¿Es que está abajo en el portal pasando frío?

—Está en el café de la esquina, ¡vamos ya! Julia cogió su abrigo negro y una gran bufanda gris: su aspecto era muy triste y la indumentaria no colaboraba en mejorarla.

—Parece que vamos a un entierro, Julia… vaya, perdona. —Gloria se sintió torpe recordando que hacía poco más de una semana que habían enterrado a la madre de su amiga.

—No te preocupes, vamos.

Anduvieron cogidas del brazo hasta la cafetería. Julia no recordaba bien a Alberto, pero cuando lo vio, sintió un aprecio instantáneo por él. Le recordaba a Sean Penn pero con el pelo más canoso; tenía una mirada dulce y triste y una profunda sonrisa que se desplegaba al hablar de manera espontánea. También le recordó a Terio.

Alberto se levantó nada más verlas llegar y besó a Gloria.

—Siento lo de tu madre. Gloria me lo ha contado todo.

—Gracias, Alberto, a mí también me ha hablado de ti.

—Bueno, imagino que querrás detalles, ¿no?

—En principio solo quiero saber si estás dispuesto a enfrentarte a tu exmujer en los tribunales, si quieres que te represente y algunas cosillas más; el tema psicológico se lo dejamos a ella, ¿no te parece? —Julia miró con cariño a su amiga.

—El caso es que ya no puedo más. Necesito ver a mi pequeña sin que me sienta observado, sin que ella imponga dónde ni cuándo. Puede llegar a se muy manipuladora y contaminante.

—He meditado sobre tu caso y tengo la impresión de que tu ex está haciéndole bastante daño a su propia hija; no será muy consciente, pero si no le pones remedio, tu hija saldrá perjudicada de todo esto.

—Precisamente por eso estoy aquí: no aguanto más. —Alberto se restregó los ojos para evitar que una lágrima cayera rebelde. Se le notaba la preocupación en sus manos temblorosas.

—No te agobies mucho. Deja a mi cargo la parte legal y olvídate un poco de todo. Intentaré que todo sea sencillo y te molestaré lo menos posible. Voy a salir de viaje, pero antes de irme pondré en marcha la petición de divorcio. Me hacen falta alguno datos: subimos ahora a mi despacho y ultimamos, ¿vale?

—Te lo agradezco, Julia. —Alberto cogió la mano de Gloria y relajó un poco el rictus de amargura que tenía.

—¿Has pensado en la custodia compartida? —dijo Julia pensativa —. Vivís relativamente cerca, ¿no?

—Sí, explícame cómo sería…

—Le podemos solicitar al juez que considere esta solución, que puede ser por meses, por años o por semanas. Sería cuestión de valorar lo mejor para la niña y actuar en consecuencia.

—Sí, la verdad es que me haría mucha ilusión, y me da igual cómo. ¿Qué opinas tú, Gloria?

—Yo veo estupendamente esta solución, Alberto. Yo lo haría quincenalmente o por meses, como mucho, para que tu pequeña se adaptara bien a su nueva vida. Deberías tener una habitación bien equipada para ella, y como los chicos se adaptan a todo poco a poco, se iría integrando en tu nueva vida y estaría creando su propio criterio respecto a ti.

—Exactamente —añadió Julia—. Su madre le podrá decir lo que quiera sobre ti, pero tú le demostrarás lo contrario estando a su lado cada vez que te corresponda.

—Bien, pues adelante, Julia. Lo dejo en tus manos.

—Subimos a mi despacho y te digo lo que necesito para ponerme en marcha.

—Antes tomaos el café, pago y nos vamos.

—Parece que se ha relajado un poco, Gloria. Es un buen hombre.

—Siempre lo ha sido. No sé cómo entonces lo dejé marchar…

—Pues ya sabes, «*carpe diem*».

***

A la mañana siguiente, Julia se hallaba en un avión con destino a Zúrich. Se sentía diferente, como si fuese otra persona. Tan solo unas semanas atrás no hubiese podido imaginar lo que ahora le estaba sucediendo. Iba camino a una ciudad desconocida. Jamás había viajado a Suiza. Sabía que se trataba de una ciudad impresionante, con lagos y montañas increíbles, un paraíso natural. Pero ella no iba allí precisamente a hacer turismo. Estaba nerviosa y a la vez sentía un enorme deseo de conocer a Sara. Aquella mujer asombrosa que acababa casi de descubrir. También tenía miedo a que se derrumbase, pues para ella iba a ser muy duro conocer la noticia de la muerte de su hija. Aunque tal vez lo sepa, pensó. No le extrañaría nada, conociéndola ahora como la conocía, que hubiera estado en contacto con el personal de la residencia durante estos años.

«Mamá… creo que nunca llegué a conocer tu lado menos amable, creo que nunca sabré exactamente tus motivos para odiar a Sara. No

creo que estuvieses muy equilibrada emocionalmente.»

A Julia no le daba miedo volar, pero tampoco era su medio de transporte favorito: no poder poner los pies en tierra firme la hacía sentirse un poco nerviosa. Pidió a la azafata un whisky: no tenía costumbre de beber alcohol y menos esa bebida demasiado fuerte, pero pensó que le vendría bien. Así, las dos horas y media que tardaría en aterrizar le resultarían más livianas. La azafata la miró extrañada: estaban pasando los desayunos justo en ese momento; no era que se dijera una hora común para beber. Aun así, fue muy amable. «Las azafatas siempre sonríen», pensó Julia.

Pidió un té con tostadas y mermelada, y cuando acabó de tomarlos, volcó la pequeña botella de whisky en un vaso con dos o tres cubitos de hielo. A estas alturas de su vida le daba igual parecer rarita.

Iba sentada junto a la ventanilla. Cuando el avión despegó llovía sobre Madrid. Sabía que en Zúrich la temperatura sería de uno o dos grados bajo cero, así que había elegido un buen abrigo de lana, gorro, guantes… todo lo que había creído necesario, y lo había colocado junto a su bolso de mano. A su lado viajaba un señor bastante grueso, así que confiaba en no tener la necesidad de ir al baño. Pensaba que si aquel hombre tenía que dejarle paso, se levantaría y casi no cabría en el estrecho pasillo y el pobre se sentiría mal, y todo para que ella pudiese salir de allí, de donde ahora estaba sentada, y luego, otra vez lo molestaría para regresar a su asiento. No quería pensar en ello, no quería mirarle, aunque mientras daba pequeños sorbos a la bebida, lo hacía de reojo. Aquel caballero tenía la barba y el cabello pelirrojos, y entonces se acordó de Sara: estaba adquiriendo la misma costumbre, buscar parecidos con gente famosa a las personas que se cruzaban en su camino, y aquel hombre se parecía muchísimo a Peter Ustinov.

Sonrió y dio otro pequeño sorbo a su bebida. Sintió ganas de reír, pero no era en absoluto apropiado: hacía pocos días que acababa de enterrar a su madre, pero el whisky hacía sus efectos. A medida que pensaba en el baño, notaba unas ganas enormes de ir, pero se controló, se puso los auriculares y buscó la aplicación de música. *Viva la vida,* de Coldplay: no la oía desde el primer día que llegó a su casa en Salamanca. La música la hacía sentirse bien, cerró los ojos y se relajó durante todo el viaje.

Aeropuerto de Zúrich… Al fin ponía los pies en tierra. Debía estar atenta a la cinta transportadora, aunque su maleta, de un rojo chillón tan poco discreto, no pasaría desapercibida. Estaba decidida a coger un taxi, aunque sabía que no sería barato, pero el hotel donde se alojaba su abuela estaba a pocos kilómetros de allí. No era cuestión de perderse ni de retrasar el momento para poder verla. Estaba bastante impaciente.

En la salida número dos pudo tomar rápidamente un taxi. Tan solo se limitó a decir el nombre del hotel donde se alojaba su abuela, pues no iba a entender nada. El hombre hablaba en alemán y ella nunca había recibido clases de aquel idioma tan lleno de… ¿furia? En algún lugar había oído decir que el alemán era un idioma perfecto para insultar; en cambio, el español era el idioma perfecto para la literatura.

«Literatura… probablemente esté preparando sus clases, corrigiendo exámenes atrasados. ¿Por qué no habrá vuelto a llamarme? Lo he espantado. Soy tan bestia algunas veces. Recuerdo que le di las gracias por acompañarme, pero no le dije nada más… él tampoco. Quién sabe, puede que aquella francesita esté revoloteando a su alrededor. ¡Hombres! Seguro que si ella lo busca de nuevo, caerá en sus brazos sin pararse a pensarlo dos veces. No piensan con la cabeza.»

Cuando el taxi frenó de golpe, Julia tuvo que pagar un montón de francos, no supo cuántos, aunque calculó que aproximadamente aquel viaje le había costado más de treinta euros: «Muy caro», se dijo.

—¡Dios mío!, esto es… impresionante. Julia se había quedado sin palabras. Aquel hotel era una verdadera joya. Cuando Víctor le dio la dirección, no tuvo demasiado tiempo de buscarlo en internet, solo sabía que era uno de los hoteles más respetados de Suiza. Un palacio de 1899, pero no se había fijado en aquellos elevados torreones y aquellas magníficas vistas al lago y a los Alpes. Julia sintió como si de repente hubiese aparecido dentro de un cuento. No nevaba pero hacía mucho frío, así que entró a toda prisa y se dirigió a la recepción.

Había un amplio salón repleto de sillones individuales, con una sobria decoración en tonos rojizos y madera oscura. La chica que estaba detrás del mostrador la atendió muy amablemente, aunque Julia no supo entender lo que decía.

De repente, Julia se dio cuenta de que no sabía el apellido de su abuela. A Víctor se le había olvidado decírselo.

—Buenos días, mi nombre es Julia Sáez y estoy intentando localizar a una señora Sara… no sé su apellido, lo lamento.

—¿Sáez?, un momento por favor —dijo en un escueto castellano la recepcionista.

Sara había dado instrucciones en recepción para que fuese avisada de inmediato si algún miembro de la familia Sáez preguntaba por ella. Así que la chica inmediatamente levantó el auricular y habló algo ininteligible para ella. En breves minutos, un señor que parecía el director del hotel, la atendió con mucha amabilidad.

—Mi nombre es Benedict, ¿su nombre es *madame*…?

—Me llamo Julia Sáez, gracias. No sabe cuánto me alegro de oírle hablar mi idioma.

—En estos momentos, *madame* Di Benedetto no se encuentra en el hotel. ¿Esperaba su visita…?

—No, realmente no la he avisado.

—No se preocupe, por las mañanas suele salir a dar un paseo. Si me acompaña le indicaré dónde puede usted esperarla.

Julia siguió a aquel hombre. Pensaba en el apellido de la abuela: ¿por qué no se habría cambiado aquel apellido? Entraron en un amplio salón rectangular. La decoración era sobria y elegante, y tenía amplios ventanales y robustas columnas en color crudo. Le llamó la atención el techo, que era de madera formando bonitos dibujos; también había una gran multitud de lámparas dispuestas en fila de a dos, en acero. Proporcionaban una luz muy agradable.

—Si lo desea puedo traerle algún aperitivo o tal vez prefiera algo caliente, *madame*.

—Un té estaría muy bien, gracias.

Julia se sentó al fondo de la habitación, en uno de aquellos sillones tapizados en piel rojiza, junto a una gran chimenea. Un camarero elegantemente vestido, no tardó en llegar, se acercó con una bandeja y le sirvió el té. Junto al servicio colocó un bonito plato de porcelana con algunas pastas. Tenía diminutos detalles florales en relieve.

—Gracias, es muy amable.

El camarero asintió sin decir nada y se alejó de allí.

Julia pensó que tal vez debería haber avisado de su llegada, aunque la sorpresa no sería la misma. También pensó que Sara podría haberse ausentado por más tiempo, entonces no habría sabido qué hacer…

Dirigió su mirada al suelo: era un suelo sencillo, sin adornos, y las baldosas estaban dispuestas en diagonal; en cambio su color chocolate lo hacía bastante elegante. Sin duda, Sara sabía elegir los lugares donde alojarse. Las pastas le parecieron deliciosas, aunque ya eran casi las doce del mediodía; pero estaba hambrienta.

Sin saber qué hacer, se puso a contar las baldosas.

Al cabo de media hora aproximadamente, el director del hotel se acercó hasta donde Julia estaba sentada.

—*Madame,* el coche de la señora Di Benedetto está aparcando en la puerta del hotel en este momento. Me he atrevido a avisarla a usted antes, por si…

Julia se levantó y se dirigió a toda prisa a la entrada. Y cuando vio aparecer a aquella señora tan elegante, supo que era ella. Llevaba un bonito abrigo en color crudo y un soberbio sombrero en el mismo color. De su brazo derecho colgaba un maravilloso bolso en piel marrón, a juego con sus zapatos.

Sara acababa de entrar cuando Julia se paró cerca de ella. La miró

y se quedó paralizada, apoyada sobre su bastón de madera oscura y adornos dorados.

—¿Abuela Sara?

—¡Dios mío, Julia! ¿Eres tú, has venido a ver a esta pobre anciana? ¡Al fin, mi nieta…!

—Oh, abuela. No sabes cuánto he deseado que llegase este momento.

Julia abrazó a Sara fuertemente y la besó. Tenía la piel blanca y se veía extremadamente delicada y suave. Sara no dejaba de abrazarla mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—He deseado tanto poder abrazarte… Deja que te vea.

Las dos se miraban felices. El director del hotel aguardó en silencio: no quería romper aquel momento mágico.

—¿Puede alguien llevar el equipaje de mi nieta a mi habitación?

—Por supuesto, *madame*.

Las dos subieron al ascensor y entraron en la acogedora habitación cogidas del brazo. Sara no dejaba de mirar a Julia, observaba que había heredado sus ojos y el color de su cabello.

—Eres una mujer preciosa, Julia.

—Gracias, tú también lo eres, abuela.

—Tonterías: ya no queda nada de aquella juventud… Sara sonrió con dulzura. ¿Y Tomás, vendrá?

—Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero Tomás todavía no sabe nada, no sabe ni tan siquiera que existes. Está en Tokio, asuntos de trabajo, y no he tenido ocasión de…

—No te preocupes, ya hablaremos de todo, o al menos eso espero.

—Claro que sí… abuela, he venido para eso.

—Me haces tan feliz llamándome de ese modo.

La habitación de Sara era una amplia suite con un acogedor saloncito, a donde se dirigieron para acomodarse. Julia pudo ver a través del balcón unas hermosas vistas al lago y a los Alpes.

—Esto debe de ser precioso.

—No más que tú. Ven, siéntate a mi lado.

Julia se sentó, le cogió fuertemente las manos y la miró a los ojos. Entonces pudo ver cómo los ojos se le llenaban nuevamente de lágrimas.

—Pero…

—Lo sé, sé que mi pequeña Elísa nos ha dejado. Lo siento muchísimo, mi niña. Lo supe el mismo día que ocurrió.

—Lo supuse. Tenía el presentimiento de que desde la distancia sabías todo lo que ocurría en casa.

—Aprendí a vivir así. Han sido muchos años viviendo de ese modo, de modo que no me quedó más remedio que aprender. Pero tienes que ser fuerte: tu madre llevaba demasiado tiempo mal. Aunque

tú no lo has sabido, envié a un eminente doctor conocido mío a visitarla. Nunca perdí la esperanza de que ella, algún día… No se pudo hacer nada, tan solo… justo lo que se hizo.

—Pero… no sé por qué mi madre no intentó nunca saber de ti… darte una oportunidad…

—Con los años la he entendido, pero me ha costado toda una vida hacerlo. Tu madre me necesitaba, puesto que desde el principio supo que tu abuela Julia y tu abuelo Manuel no eran sus verdaderos padres. Durante su infancia soñaba con que una mujer como yo fuese su madre, y la decepcioné. Ella se había dejado deslumbrar por todo lo que era mi vida, la tuve muy cerca. Pero no entendía de miedos, ni de crímenes, ni del peligroso mundo que me rodeaba. Supe de su decepción hacia mí por tu padre, a quien llegué a conocer un día…

—Cuéntame todo lo que quieras abuela —dijo Julia acariciándole las suaves manos entre las suyas—. He leído tus diarios con avidez, como si quisiera beberlos de un solo trago, pero no llegué hasta el final, mamá empeoró y…

—Sabes todo lo que debes saber, de lo contrario no habrías venido a buscarme…

—Pero quiero oírlo de tus labios. Necesito escuchar tus palabras.

—No hay mucho más, créeme. Conocí a tu padre antes de que ellos se casasen. Conocí por tu abuela Julia que estaban organizando la boda y que tu madre no hablaba de mí, no hacía caso a las palabras de Julia, era como si me hubiese borrado por completo de su memoria. Entonces Julia le contó mi historia a tu padre y él se puso en contacto conmigo. A él le entregué una preciosa diadema de la que tu madre se había enamorado, pero tristemente me dijo que no me daba esperanzas, que Elisa era una persona muy complicada. Tu padre era un buen hombre y nunca la contradijo, en nada. Yo esperaba que algún día me perdonase, pero no fue así.

»Ella oyó aquellas noticias sobre la muerte de Leo, sobre los interrogatorios que me hicieron… no puedo culparla de lo que pensase, porque yo efectivamente propicié los condicionantes para que todo aquello sucediese.

—Pero eso tarde o temprano hubiese ocurrido igual, andaba metido en aquel…

—Pero mis actos lo propiciaron, cariño. ¡Quién sabe!… si yo no hubiese dicho nada, tal vez Leo podría incluso haber desaparecido de América.

—No, no digas eso; te trató muy mal, te…

—Ya nada importa pequeña —le dijo acariciándole el rostro.

—Y dime, ¿qué fue de Alex?

—Vivimos felices durante un largo tiempo y me pidió varias veces en matrimonio, pero a mí no me apetecía. No es que no lo quisiese,

tan solo… No sé realmente qué nos ocurrió. Él se fue distanciando y yo no quise retenerlo. No estaba enamorada realmente de él, ¿sabes? Tan solo he amado de verdad una sola vez en mi vida.

—A mi abuelo Ernesto, ¿no es así?

—En cierto sentido, sí, fue mi primer amor, eso seguro. El padre de mi niña… no fui correspondida. No obstante, hubo alguien más, alguien que supo rescatarme de todo aquello, pero eso fue otra historia, no tiene nada que ver contigo.

—¿Me hablarás de ello?

—Tal vez… Pero regresando a tu abuelo, te diré que él estaba enfermo: quizás tenía miedo de él mismo. Hace tantos años… ya no lo sé y tampoco importa… ¿Y tú?, ¡cuéntame! ¿Hay alguien especial en tu vida?, sé que te divorciaste…

—¡Vaya!, sabes muchas cosas.

—Tu padre se convirtió en el lazo que me unía a vosotros. En alguna ocasión os visité. Pero tu padre tenía miedo, tu madre comenzó a sospechar y su carácter cambió; entonces me aparté. No quería alterar vuestras vidas.

—¿Por qué conservaste el apellido de Leo, abuela?

—Por Florence. Recordé que siempre la conocí como a una señora viuda. A estas alturas de mi vida he llegado a sospechar que tal vez no fuese así, pero todos los caballeros la respetaban y no se acercaban a ella a la ligera. Yo hice igual: continué siendo la viuda de Leo Di Benedetto. He de reconocer que también me daba cierto temor a que su familia no me viese de otro modo, que no fuese la triste viuda de Leo. Por ello decidí conservar su apellido. Me trajo algunos problemas, no creas, pero aquí estoy. Pero dejemos de hablar de esta anciana, debes de estar hambrienta… vamos, comamos algo, mi pequeña Julia. Por cierto... aún no me has contado nada de tu vida sentimental…

Julia sonrió. Quería seguir charlando con su abuela. No sabía si debía hablar de Terio, o callar sus sentimientos.

***

Transcurrieron varias semanas en las que no dejaron de hablar ni un solo momento. Julia se había puesto en contacto con Gloria en diversas ocasiones. Sabía que no debería dejarlas solas, pero Gloria y Ana eran dos mujeres excepcionales. Estaba fascinada por todas y cada una de las historias que Sara le iba narrando. Supo que hubo más hombres en su vida, algo que la satisfizo. «Al menos no tuvo una vida solitaria», pensó.

Se divirtieron dando bonitos paseos a través del lago en un barco de vapor, subiendo en tren a la colina Uetliberg, a las cataratas del Rin. Fue durante aquella agradable excursión en barco cuando Sara

insistió en que le hablase de ella y de su amor.

—Abuela, ¿por qué te empeñas en decir que tengo un amor?

—Verás, si tuvieses novio, me lo habrías dicho el primer día; si fuese lo contrario y no hubiese nadie especial en tu vida, igualmente me lo habrías dicho; pero cada vez que te he preguntado has omitido la respuesta, y eso me dice que hay alguien.

—Tienes razón. —Julia sonrió—. Verás, conocí a un hombre, y me pareció maravilloso. Nada más verle me impresionó. No suelo irme a la cama…

—Vamos, no te avergüences: soy mayor, pero también he sido joven y conoces mi vida…

—Yo no acostumbro a irme a la cama con alguien a quien no conozca lo suficiente. Soy así.

—Bueno, no comparto tus gustos pero los respeto. Continúa.

Julia volvió a sonreír. Su cara tenía una luz especial al hablar de Terio, y Sara la miraba con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—El caso es que me sentí realmente amada. Entre sus brazos me encontraba feliz, segura de mi misma, no sé explicarlo; era diferente a todo lo que había sentido anteriormente. Ni siquiera con Fernando fue de ese modo tan especial.

—Como si los dos fueseis la misma persona…

—Sí, se puede explicar así.

—Ese es el verdadero amor, aquel en el que te sientes tú misma, aquel en el que no te avergüenzas de nada de lo que haces con él. Aquel en el que la otra persona forma parte de ti, y tú de él.

—Pero tuve miedo. Miedo de que supiese lo que sentía.

—¿Por qué?

—Verás, pretendía ir despacio, sin prisas. Creí que él pensaba igual. Pero llegó una chica bastante más joven. Había habido algo entre ellos, no sé exactamente qué, pero…

—¿No quisiste saberlo?

—No, hui. Volví a verle cuando mamá murió. Él me acompañó, pero después se marchó y yo no le dije nada… tan solo me despedí.

—Supongo que tal vez lo asustaste.

—¿Asustarlo, por qué?

—A ver, los hombres también tienen miedo a cometer errores cuando una mujer les gusta de verdad. No sé qué sentirá ese joven, pero deberías averiguarlo.

—¿Tú crees?

—Al menos yo lo haría, no cerraría la puerta y huiría como has hecho tú.

Julia sabía que su abuela tenía razón. Pero ella temía al fracaso amoroso. Se había propuesto que cualquier relación después de su divorcio sería meditada, pensada. Le costaba trabajo dar un paso

adelante sin haber dado varios hacia atrás. Sabía que Sara, en cambio, era impulsiva y en eso no se parecía nada a ella.

***

La primavera no tardaría en llegar, sin embargo aquel día llegaba a su ventana una luz diferente, y le pareció oír entre el estrépito del tráfico el trinar de los pájaros. Subió la persiana del salón y descorrió las cortinas: necesitaba la luz del día, quería que este nuevo día le trajera un poco de esperanza, pero Madrid podía ser cruel para un alma dolorida, y Terio se sentía desolado. No había conseguido quitarse ese poso de amargura y el cuerpo le pesaba tanto como el alma. Cerró la puerta de su apartamento y anduvo hacia el instituto, la cabeza baja. Hacía fresco y el frío se le había instalado en el corazón. Con un gesto intentó quitarse a Julia de la cabeza, pero no podía, iba pegado a él, se descubría contándole cosas, señalándole lugares hermosos y compartiendo sus quimeras. La llevaba de la mano entre las calles como una acompañante silenciosa, y solo tenía que cerrar los ojos para imaginar su sonrisa, la profundidad y franqueza de la mirada, el tacto de su piel, su aroma… La sentía tan próxima, tan suya… Sonrió perplejo: nunca había sentido algo tan dulce y desgarrador. Le daría el tiempo que necesitase; no quería perderla pero la necesitaba a su lado, que estuviera presente en su presente. Se desesperaba y clamaba por tenerla consigo, pero Julia estaba perdida en un laberinto y tendría que dejarla salir por sí misma. A veces le asaltaban dudas y perdía toda esperanza, otras la veía volver entre la gente y tenía la certeza de que sería su compañera en el viaje por esta vida.

Empezaba un nuevo día escolar y tenía que sacudirse la melancolía, aunque también en su vida más prosaica la echaba de menos. Pensó que le gustaría poder llamarla y comentarle el caso de su alumna Carmen, ella sabría qué solución darle o al menos asesorarle legalmente, pero Julia había cerrado su corazón y cualquier intento de acercamiento lo entendería como una forma de volver a las andadas. Cierto que era su deseo, volver a tenerla entre los brazos, mas también sabía que Julia tendría las claves legales para apoyar la causa de su alumna. Llamaría a Gloria para ver qué pensaba ella al respecto.

Carmen era una alumna curiosa y con ganas de aprender, aunque de un tiempo a esta parte la veía distante y ensimismada; no sabía exactamente la causa, pero empezaba a faltar a clase, y como él sentía que debía saber el origen de ese cambio, unos días atrás la había invitado en el recreo a desayunar. Carmen le contó cuál era la causa.

El padre de Carmen era un constructor que había conocido la

gloria dos años atrás: había montado una pequeña empresa y con el boom inmobiliario se había enriquecido de la noche a la mañana. Compró e invirtió en varios locales y terrenos en Getafe. Creyó que podría vivir de las rentas holgadamente y, sin esperarlo, y con la crisis económica acechando, se vio con una orden de desahucio en las manos. Tenían que ejecutar la sentencia el día 1 de abril, y aunque había intentado vender los terrenos para pagar la deuda, no consiguió vender nada. Desesperado, entró en una tremenda depresión y estaba prácticamente en estado catatónico. La madre de Carmen había sacado fuerzas de flaqueza y buscaba con desesperación una forma de parar la ejecución. Diariamente, se presentaba con su silla y su pancarta frente al banco que había subastado su piso y se había quedado con él por la mitad del precio. Los bancos tenían sus propias inmobiliarias que como buitres esperaban sacar tajada de las desgracias ajenas. Lo paradójico de todo era que ya ni los bancos ni cajas de ahorros querían pisos que no se vendían. Carmen estaba muy apegada a su padre y no sabía qué hacer para sacarlo del pozo, y a su vez, acompañaba a su madre en el peregrinaje diario a la puerta del banco.

Terio sabía lo que estaba pasando en muchos hogares españoles, pero no había sido consciente de la envergadura del problema hasta que escuchó a su alumna. Desde el día que habló con ella, no dejaba de pensar en lo indignante de la situación y la inferioridad de estas familias ante una ley injusta y descompensada. No solo los desalojaban de la manera más cruel posible, sino que además tenían que seguir pagando religiosamente por un lugar que ya no les pertenecía. Se rebeló en su interior al pensar en el drama de Carmen y de tantas personas. No sabía cómo ayudar pero algo inventaría.

Llegó a clase y se dispuso a empezar la jornada con una sonrisa: sus alumnos no tenían la culpa del vacío que sentía desde la Navidad pasada. Esperó a que todos entraran, y Carmen no estaba entre ellos. En el consejo escolar hablaría con el resto de compañeros que daban clases a Carmen y entre todos buscarían alguna salida: era una lástima que una alumna trabajadora y con buenas notas perdiera el curso.

Impartió la clase con desgana, hablando de Luis Cernuda. Los alumnos también estaban impregnados de esa apatía primaveral, y tenían más ganas de estar fuera que dentro. La siguiente hora la tenía libre, así que pensó que sería buena idea hablar con la orientadora escolar, a ver qué pensaba ella.

Rocío era una cordobesa alegre que había aprobado las oposiciones unos años atrás. Cuando le comentó el caso de Carmen, se quedó perpleja.

—No tenía ni idea, Terio. Sé que hay muchos problemas con los desahucios, pero Carmen no ha acudido a mí ni tampoco han venido

los padres. Ahora estoy de lleno con un caso de acoso.

—¿Sí? ¿Alumnos míos, Rocío? —se preocupó Terio.

—Son de 3.º B. Creo que les da literatura tu compañero Jorge. Es muy complicado, porque son dos niñas que andan enamoradas de otro compañero. Hasta ahí normal, pero una de ellas ha puesto a media clase en contra de la otra y le hacen el vacío. Su madre vino muy preocupada por el estado de ansiedad que presenta; no sé qué hacer…

—No sé, Rocío. —Terio se frotaba la barbilla pensativo—. Estos jóvenes a veces no son conscientes del daño que pueden hacerse unos a otros… Estoy pensando: habla con Enrique y la pasas a mi grupo. Él, como director, puede hacerlo aunque esté avanzado el curso.

—Sí, algo tendré que hacer porque la niña no quiere responder en clase, no sale a la pizarra y está descuidando el curso. Si la cambiamos y tú te encargas de que tus alumnos la respeten, podrá remontar; de todas formas a su compañera no se la puede dejar que se vaya de rositas… He leído algunas notitas que le han pasado y son muy fuertes para niñas tan jóvenes.

—Tienes razón. Si Enrique da el visto bueno, yo me encargo de mi grupo, y ya me dices lo que sea… Respecto a Carmen, piensa a ver qué podemos hacer por ella. Mañana llamaré a su casa, y espero que venga a clase. Y me gustaría que citaras a su madre. Es un asunto complejo pero la chiquilla poco tiene que hacer. No está en su mano.

—Vale, Terio, no está en su mano, pero si piensas que todo su mundo se está volviendo del revés… Que se queda sin casa, sus cosas, que su padre está hundido como dices: a ver cómo estarías tú.

—Sí, ya lo sé, por eso acudo a ti. Pero ella no puede hacer nada y si la dejamos a la deriva, no seremos consecuentes con nosotros mismos. Ahora su vida está desestructurada, pero dentro de ese caos, ella tiene que seguir con su etapa vital; no le corresponde a ella ser la responsable de una mala gestión por parte de su padre.

—¿Mala gestión? Pero qué dices, hay miles de personas así. Cierto que nos hemos confiado y hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, en la mayoría de los casos, pero de ahí a mala gestión…

—Pues llámalo fatalidad, Rocío, me da igual. El caso es que una niña con quince años no puede, o no debemos permitir que tire su futuro por la borda. Ese es mi problema. Es mi alumna.

—Vale, Terio, ella es tú preocupación, pero no olvides que ella forma parte de un todo, y en este caso, el resto del sistema es muy vulnerable. Si ese todo se estabiliza, ella también.

—Tengo una amiga que es abogada, y quiero consultarle qué puedo hacer por ella; no sé si como institución o a título personal, pero quiero hacer algo.

—Muy bien, Terio, dame tiempo para que investigue el caso. Si puedes, ¡habla con tu amiga!, y a ver si conseguimos enderezar esto.

Terio salió del instituto inquieto y desanimado. Comería cualquier cosa y saldría a pasear un rato: tenía muchas cosas en las que pensar y andar le serenaba.

***

—Julia, soy yo, Gloria, ¿me recuerdas?

—Déjate de bromas. ¿Ocurre algo?

—Sí, el guapetón de tu amigo ha estado por aquí.

—¿Te refieres a…?

—El mismo que viste y calza. Dios mío, ¡Ana se quedó con la boca abierta! La verdad es que no me fijé demasiado cuando me lo presentaste, supongo que serían las circunstancias en las que nos encontrábamos; pero así, visto a la luz del día…

—Bueno, para, para. ¿En serio ha estado ahí?

—Sí, preguntó por ti, y como Ana no reaccionaba, salí en su ayuda. Le dije que estabas de viaje pero sin entrar en detalles, que lo mejor en estos casos es dejarlo con la sospecha. Sabes, cuando estaba en el tercer curso estudiamos un caso de…

—Gloria…

—Vale, vale, pues nada; tiene unos problemas con desahucios que realmente…

—Pero, Gloria, ¿a quién han desahuciado? Por favor, me estás mareando.

—No, a él no, es que tiene una alumna con problemas, bueno ella no, su familia, claro. El caso es que quería que lo asesorásemos, a ver si hay algún modo de ayudar a esta familia. Supongo que querría saber si hay alguna ley de esas que parece que no existen, pero que existen realmente y…

—Vale, Gloria, lo que quieres decirme es que me buscaba para un tema laboral, simple y llanamente.

—Sí. Pero quién sabe, tal vez era una excusa… Tiene unos ojos que te dejan sin respiración. Chica no lo dejes escapar.

—Ni siquiera sé si ha vuelto con la chica aquella o si ha conocido a alguien. No sé nada.

—¿Y a qué esperas para venir? Anda que tú…

—Ya te avisaré. Justo estamos organizando las cosas para viajar a Madrid en un par de días. No sabes lo feliz que estoy, me hace mucho bien tener a mi abuela cerca. Después de haber perdido a mis padres… me sentía desamparada, sin familia.

—Gracias.

—No te lo tomes a mal.

—Era broma. Te entiendo perfectamente.

—Ella es… especial, una persona muy importante en mi vida, que

acaba de entrar y quiero que esté a mi lado.

—Me alegro por las dos. Ya me la presentarás.

—Sí, he de hablar con Tomás, que ya está en Madrid. Solo le he adelantado algo por teléfono, pero quiero tratarlo con él sin prisas. Quiero que sepa la verdad antes de que la conozca a ella.

—De acuerdo. Ya me avisas.

—¿Evander y Alberto, qué tal?

—Ya sabes, mi hijo es un ser maravilloso, es un hombrecito perfecto. Lo lleva bien, y creo que le gusta Alberto. Echaba de menos la figura de ¿un padre?; bueno, algo así, más o menos.

—Tengo ganas de reunirme con vosotros. Ya mismo nos vemos. Un beso, guapa.

—Hasta pronto, Julia.

Cuando Julia colgó su teléfono, Sara la miraba.

—¿Buenas noticias?…

—Terio necesita asesoría jurídica y…

—Desde luego que sí, seguro que se trata de algo que solo tú le puedes resolver —Sonrió.

***

Cuando Julia abrió la puerta de su casa en Madrid, se sintió feliz.

—Abuela, esta es tu nueva casa. Carece de lujos pero es muy cómoda.

—Tonterías, es preciosa. Y… tiene unos muebles exquisitos.

—Mamá compró muchos de los objetos que ves.

—Cierto, pero el mueble de la entrada fue un regalo que hice a tu padre y algunas cosas más; aunque eso no tiene importancia.

—¿Es eso cierto? —Julia estaba perpleja.

—Sí, totalmente cierto. Pedí a tu padre que lo aceptase. El mueble está fabricado en ébano y olmo de los Cárpatos, una buena elección. Reconozco que la modestia no es mi fuerte. —Sonrió.

—¡Pero, abuela!, eso es maravilloso, mi padre y tu… mantuvisteis contacto siempre, pero… ¿por qué papá nunca me habló de ti?

—Siempre quiso hacerlo y casi nunca era el momento apropiado, aunque en el fondo, no quería traicionar a tu madre. Me pidió que el día que él faltase hiciera lo que creyese oportuno.

—Pues no sé qué decir, en serio. ¿Y hay algo más que sea tuyo?

—Nada es mío, todo es vuestro, cariño.

Julia estaba realmente sorprendida, sin saber qué decir.

—¿Te gusta esta habitación?, es muy soleada.

—Es perfecta, pero no pienses que voy a quedarme mucho tiempo: los jóvenes necesitáis estar solos y una anciana es la peor compañía, créeme.

—Deja de hablar de ti como una anciana. Eres mi familia, una persona muy buena y muy cariñosa. Me encanta tenerte como abuela. ¿Nos tomamos un té?

—Por supuesto.

Julia y Sara se acomodaron en la casa. Sara se dedicó a curiosear los álbumes de fotos que Julia le había dejado en la mesita de noche mientras ella hablaba con Tomás.

Julia comenzó la historia desde el principio. Tomás no podía salir de su asombro, y le parecía increíble lo que su hermana acababa de decirle.

—Julia, has estado recomponiendo un puzle. No hubiese imaginado nunca esta historia en nuestra familia: ahora mismo estoy sin palabras.

—Tomás, quiero que sepas que es una persona maravillosa, y desearía que vinieses a conocerla, cuando puedas, no tengas prisas. Ella lo quiere así. Dice que tal vez, cuando asimiles esto, pero que solo tú debes decidir. No quiere que la decisión que yo he tomado te influya en modo alguno.

—Julia, tienes razón, si mamá no quiso que la conociésemos… tal vez… no sé, me siento como si la traicionase en cierta manera. Papá lo hizo así: nunca la contradijo.

—Tomás, solo voy a decirte que las personas a veces nos equivocamos, y mamá se equivocó. Tampoco tengo claro que al final estuviese en su sano juicio.

—¡Pero Julia!, ¿te estás escuchando?

—No quiero que me malinterpretes, en serio, pero sé que mamá… sus nervios. No te comenté nada, pero mamá no estaba bien emocionalmente desde hacía mucho tiempo. Aunque… no sé, ¡haz lo que quieras…!

—Vamos a ver, Julia, lo pensaré, ¿vale? Acabo casi de llegar, y tengo en la cabeza después de lo de mamá un montón de historias sobre mi trabajo, Rosa… los niños…, una verdadera locura; y ahora tú llegas y me cuentas esto, que aunque no lo creas a mí me parece todo un disparate… ¿En serio estuvo casada con un mafioso? ¿Por eso estuvo apartada?

—Tomás, descansa. Creo que me he precipitado contándote todo esto así, sin más. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Vale, un beso, hermanita.

Julia estaba algo enojada con su hermano, y no sabía qué decisión tomaría.

—Pequeña, ¡déjale! Debes dejarle respirar. Ahora eres tú la que no está teniendo paciencia.

—Oye, abuela, ¿tú tomas alguna medicación? No estarás descuidando tu salud por mi presencia, ¿no?

—Te extraña a mi edad, ¿verdad? Pues no, no tomo absolutamente nada. Quizás me muera durmiendo, como mi querida Florence.

—No digas eso, abuela.

—¡Ah!, sería un verdadero placer… pero sinceramente no tomo nada. La pierna derecha me molesta a veces, pero el bastón me hace sentirme segura. Visito a un médico naturista y tomo muchas cosas saludables, pero nada químico, absolutamente nada. Por ahora no me he resentido. Tal vez sea esa mermelada de rosas… —añadió bromeando.

—Es cierto, he leído en tu diario que aprendiste a hacerla y al parecer supiste darle uso. ¿Me enseñarás?

—Por supuesto, será un verdadero placer; pero ahora estoy cansada y me gustaría descansar. ¿Te importa si me acuesto un ratito? Luego, si quieres, nos vamos a tomar algo o pedimos comida. ¿No os gusta hacer eso a los jóvenes de hoy?

—De eso nada abuela, descansa. Hoy cocinaré yo. Ya me dirás qué ingredientes tengo que comprar para esa famosa mermelada de la que tanto te he oído hablar.

—¿Te tiene intrigada, no es cierto?

—Sí.

***

Pasaron varios días y Julia no dejaba de pensar en él. Había retomado parte de su trabajo y organizaba su vida junto a Sara, quien tenía muy claro que no se quedaría allí a vivir. Con los años, apreciaba la comodidad que suponía vivir en un hotel, sin apego a nada ni a nadie y con todas las comodidades que una señora de su edad podía necesitar. A sus muchos años, aún sentía la necesidad de viajar, era un espíritu libre, inquieto. Julia no opinaba lo mismo: era algo que deberían discutir. Podrían comprar una casa más grande para que Sara no se sintiese incómoda, y así Julia podría disfrutar de su compañía.

—Ya lo hablaremos, cariño. Nunca he pretendido modificar los proyectos de nadie, y menos aún los de una persona tan joven como tú.

—Ya sé, es normal que pienses así, pero yo quiero que estés a mi lado. ¿Es por eso por lo que no viviste con Marcial y con Óscar?… ¿Por cierto, qué fue de sus vidas?

—Mi querido Marcial… —Los ojos se le llenaron de lágrimas recordando a su viejo amigo—. Verás… lo cierto es que enfermó de cáncer, en Nueva York. Fue algo casi fulminante. Me dediqué a cuidarle hasta el final.

—Pero… ¿Y Óscar?

—Óscar estuvo a mi lado, pero no podía soportar el deterioro de Marcial y regresó a España. Nunca se lo perdoné. Marcial tuvo conciencia de todo cuanto ocurría hasta el final. Y respecto a vivir con ellos, jamás me planteé esa barbaridad: una pareja necesita intimidad, y además de eso, yo era demasiado joven, tenía mis romances…

—Pobre Marcial y pobre de ti: has debido de sufrir mucho. ¿Ocurrió después de lo de Leo, no es así?

—Por supuesto. Cuando Leo murió, yo tendría cuarenta años aproximadamente. Marcial murió quince años después. Ya ni siquiera compartía mi vida con Alex…

—No quiero que te canses, abuela. Pero déjame decirte una cosa más.

—Dime.

—Te necesito a mi lado, así que no vayas a dejarme, no huyas. Con mi madre fue diferente, pero ahora soy yo, tu nieta, y te admiro. Quiero que no dejes de hablarme de ti, de todo, sin omitir nada.

Sara sabía que su nieta era sincera.

—Julia, ¿no crees que llevas demasiados días evitando salir a tu mundo? Debes continuar con tus proyectos, con tu vida. Sabes que todo lo que tengo os pertenece, pero eso no debe afectar a que os realicéis como los individuos para los que os habéis preparado durante todos estos años.

—Lo sé, abuela, y pienso continuar con el trabajo de papá. Pero… no estoy evitando salir a mi mundo; de hecho, ya casi me he incorporado al trabajo.

—No es eso a lo que me refiero, y lo sabes bien. Es a ese hombre, al que tanto deseas y del que tanto pareces querer alejarte.

—¿Por qué dices eso? —Julia la miró interrogante.

—Lo veo en tu mirada, en la forma en la que hablas de él, aunque prefieras evitar hacerlo. No tengas miedo, pequeña, corre a buscarle o puede que te arrepientas el resto de tu vida. Estoy segura de que te ama. ¿Acaso crees que no te he visto asomarte a la ventana para ver si acudía al bufete? También te escuché hablar con Gloria de que no bajarías si él aparecía. ¿Pretendes pasarte el resto de tu vida escondiéndote?

—No se te escapa nada, ¿no es cierto? ¿Te apetece bajar conmigo?: me gustaría que conocieses a Gloria y a Ana.

—Ya tendremos tiempo de todo, pero tienes algo más urgente…

Cuando Julia se disponía a salir, Tomás llamó a la puerta. Y allí estaba, parado, con su media sonrisa y sin saber qué decir.

—¡Dios mío, Tomás, has venido! Tenía mis dudas…

—He estado pensando en todo lo que me dijiste, y no sería justo quedarme sin hacer nada, evitarla…

—¡Anda pasa!: ella está leyendo, junto a la terraza.

Tomás entró en el salón. La casa de Julia tenía mucha luz. Él no sabía que formaba parte de aquella historia. Allí estaba ella, sentada en un cómodo sillón de color crudo dispuesto junto a un gran ventanal. Estaba absorta en su lectura.

Levantó la mirada y simplemente esbozó una dulce sonrisa. Dejó el libro en una pequeña mesa auxiliar de cristal y lo miró con ternura.

Tomás se acercó a Sara. No era tan efusivo como Julia, pero en cuanto ella se levantó, la abrazó.

Sara lloró emocionada.

—¡Dios mío!, me recuerdas tanto a Ernesto.

—¿Te refieres a… mi abuelo, no es así?

—Sara lo contemplaba llena de felicidad; sin embargo, el físico de Tomás le recordaba, inevitablemente, el pasado.

—Es increíble… perdona, cariño que me haya quedado así, mirándote, pero eres clavado a él. Sus ojos, su nariz. ¡Todo!

—Tomás ayudó a Sara a acomodarse y acercó una silla para sentarse a su lado.

—Tenemos mucho de que hablar, ¿no es así? —dijo Tomás sosteniendo entre las manos las de su abuela.

Julia los miraba desde la puerta: era muy bonita aquella imagen… estaba feliz por Sara y también por ellos dos. Recuperarla era muy importante para sus vidas.

Entonces decidió bajar: era el momento perfecto para dejarles conocerse y poder charlar.

—Tomás, voy a bajar… tengo que atender algunos asuntos…

—¿Te refieres a ese asunto llamado Terio?

—¡Vamos, no digas eso!, no he vuelto a verle.

Sara y Tomás sonrieron.

—Pequeña, no olvides regalarles a tus amigos un bote de mermelada. La hemos hecho con mucho esmero y estoy segura de que sabrán apreciarla.

—De acuerdo, abuela, se la daré de tu parte.

Julia bajó de buen ánimo. Abrió empujando la gruesa puerta de cristal y allí estaba Ana, justo detrás de su mesa, pendiente a la pantalla del ordenador, escribiendo, como de costumbre.

—¡Eh, hola!

—¡Julia! Hola. Aquí, de vuelta a la rutina, estos días libres me han sabido a poco —dijo mordisqueando el bolígrafo.

—No protestes. Ya sabes que cuando quieras descansar te tomas los días que necesites, pero sin abusar, eh —bromeó—. ¿Y Gloria, no ha venido hoy?

—Por supuesto que sí, llegó temprano. Ha venido una chica… Carmen, que es alumna de ese guapetón amigo tuyo. ¿Porque es

amigo tuyo, no? La chica lo está pasando mal y Gloria le dio cita. Está a punto de llegar.

—¿Llegar quién? ¿No dices que la chica está dentro con Gloria?

—Me refiero a ese hombre, a tu amigo. Oye, ¿tienes algo con él?

—¿Qué te ha cotilleado Gloria?

—Nada. —Sonrió—. Bueno, algo.

—Vaya par de cotillas. ¿Y dices que está a punto de llegar?

—Sí, exactamente. Dijo que a las doce pasaría a recoger a la chica. Se ve que está involucrado en el tema: tiene que ser buena persona. Dijo que le venía bien a esa hora porque terminaba las clases.

Julia miró el reloj: faltaban diez minutos. Si era puntual estaría a punto de entrar, y no sabía si marcharse o quedarse. Recordó las palabras de su abuela, que estaba huyendo del hombre al que amaba. Pero tenía miedo. El corazón se le había puesto a cien.

—¡Julia! —Gloria acababa de abrir la puerta de su despacho— ¿Qué haces ahí parada? ¡Parece que hayas visto un fantasma!

—En cuanto le he dicho que su amigo… o lo que sea… va a venir, se ha quedado así —añadió Ana.

Gloria sonrió. Carmen salió y saludó.

—Ella es Carmen. Julia.

—Encantada.

—¿Qué traes ahí? —dijo Ana curiosa.

—Es un regalo de mi abuela. La preparamos hace un par de días. Veréis, es una mermelada muy especial que ella cocinaba desde muy joven. Se hace con pétalos de rosa. Dice que le ha endulzado la vida, especialmente…

—En aquellos momentos en los que peor le iban las cosas — terminó a su espalda una voz masculina penetrante.

Sintió que de repente el corazón le daba un vuelco. Se giró, y allí estaba él, de pie junto a la puerta. Completando la frase que ella había comenzado. Llevaba un bonito jersey rojo bajo su cazadora de piel marrón. Le pareció mucho más guapo, y sus ojos se quedaron fijos en su mirada. Su dulce sonrisa la hizo estremecerse… no sabía qué decir.

—Terio… bueno ya os conocéis todos, ¿no?

Él se acercó y la besó dulcemente en la mejilla.

—¿No me vas a saludar?

—Sí, por supuesto, perdona. —Le devolvió el beso.

—Por lo que he podido oír, al fin te has reunido con Sara. Y por lo que veo, incluso habéis cocinado juntas.

—¿Entonces sabes la historia…? —preguntó Gloria.

—Sí —contestó Terio—. Julia me permitió leer alguna parte del diario de su abuela. Una mujer fascinante a la que me gustaría poder conocer algún día.

En ese momento, Carmen se acercó a su profesor.

—¿Podrás acompañarme a casa?

—Por supuesto, para eso he venido. Julia, me gustaría que cuando estés libre, me comentes algo sobre el caso de mi alumna. No sé si podrás hacer algo al respecto. Ana está al corriente.

—Por supuesto —respondió mirando a la chica—. Veremos qué podemos hacer.

—Bueno, nos marchamos, que he de acompañar a esta jovencita a su casa. ¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

—No, gracias, voy a quedarme un rato, así que…

—Como prefieras. Nos vemos.

—Sí… hasta pronto.

Terio salió de allí y Julia se derrumbó en una silla. No sabía qué hacer.

—Pero ¿tú estás loca? —dijo Gloria alzando la voz—. Nos vemos… nos vemos. Repetía las palabras de Julia en tono burlón.

—Sss, que puede oírte.

—No te entiendo. ¿Por qué no le has dicho que te lleve al fin del mundo, chica? Corre, ve tras él. ¡Vamos! Desde luego que no sé si algunas veces tienes sangre en el cuerpo. ¿Vas?

—¿Tú crees? —preguntó Julia casi en un susurro.

—Yo no me lo pensaría dos veces —añadió Ana mirándola por encima de sus gafas.

—Corre o me enfadaré si no lo haces. —Gloria la empujó hacia la puerta.

Julia salió a la calle sin pensar. Los vio caminando por la acera y quiso gritar, aunque le daba vergüenza: era una calle demasiado concurrida. Así que aligeró el paso intentando acercarse a ellos.

—Terio, espera, me gustaría…

Cuando él se giró y la vio cerca de él, no pudo resistirse. Durante unos segundos la miró y de repente la rodeó entre los brazos, besándola apasionadamente.

—¡Oh, Julia!, ¿todavía estás enfadada conmigo? Necesito hablar contigo, decirte lo que siento. No te marches, por favor, quédate a mi lado —le susurraba al oído sin dejar de abrazarla.

Carmen sonrió al verles. No quiso decir nada, pues sintió que interrumpiría un momento precioso. Era como si ambos formasen parte de una escena que no era la misma que la del resto de viandantes.

—Puedo ir caminando, Terio, no estoy demasiado lejos… —sugirió al fin la chica con bastante timidez.

—En absoluto —se apresuró a replicar Julia—. Ya nos veremos… ahora os dejo, tengo que…

—No, tú nos acompañas, ¿de acuerdo? —dijo Terio cogiéndole fuertemente las manos y mirándola a los ojos.

Ella no pudo resistirse a sus palabras, al tacto cálido de sus manos. Estaba muy nerviosa y se sentía como una adolescente en su cita. Después de dejar a la chica, Julia lo miró a los ojos con serenidad y afirmó:

—Eres una persona muy comprometida. Me gusta cómo eres.

—Tú también lo eres, y por eso también confío en vosotras. La mayoría de los abogados que conozco son unos…

—Chupatintas, ¿no?

—Dejémoslo ahí.

—No creas eso, son solo tópicos.

—Pero no se trata de eso. Necesito hablar contigo sin que huyas. —Terio aparcó el coche junto a un arcén y la miró—. Verás. El día que saliste corriendo de casa me sentí muy mal, yo no…

—No tienes por qué darme explicaciones de tu vida, no soy nadie.

—Sí lo eres. Eres una persona muy importante para mí. Si no te has dado cuenta, tendré que decírtelo las veces que sea necesario, y te lo demostraré. Pero para ello necesito aclarar lo que ocurrió, así que escúchame, por favor.

—De acuerdo, adelante.

—Esa chica, Anne, no significa nada para mí. Es cierto que tuvimos una relación, pero nada serio; nunca estuve enamorado de ella y tampoco ella lo estuvo jamás de mí.

—De verdad, Terio, no tienes por qué darme detalles. ¿Y por qué estás seguro de que ella no lo está de ti?

—Fui a París a visitarla, pues ella vive allí. Entonces me di cuenta de que no podía formar parte de mi vida. Ella no encaja con mi modo de ser ni de ver la vida. Ella también lo sabe, pero es, cómo te diría, quiere a todo el mundo, y se sintió mal por el modo en el que me vine. Eso es todo. Y quiero que sepas que no la he dejado porque sea un hombre caprichoso y porque te haya conocido. Aunque tú no hubieses entrado en mi vida, no seguiría con ella. Cuando te marchaste corriendo, ella se sintió fatal: no tenía ni idea de que existías. Lo lamentó muchísimo, me pidió disculpas y me dijo que si te quería, que fuese en tu busca.

—De acuerdo, pero entenderás que me sentí muy mal, que estaba totalmente fuera de lugar.

—Lo sé y créeme que lo siento. He estado lamentándome todo este tiempo. —Terio le acarició la cara con suavidad—. Si quieres que vayamos despacio, lo haremos, te lo prometo, Julia. ¿Te apetece que vayamos a alguna parte?

—¿Qué tal si me enseñas dónde vives? Creo que estaremos más cómodos.

Terio la miró algo sorprendido. Puso en marcha el coche y se dirigió a la calle Embajadores.

Allí, mientras abría la puerta de su casa, miraba a Julia como si fuese la primera vez que la veía.

—Eres preciosa —dijo besándole dulcemente sus labios. Y luego la invitó a entrar haciendo un gesto de reverencia en broma—: Pasa por favor, esta es mi humilde morada.

—Siempre me haces sonreír. Ummm, ¡me gusta! Es todo muy acogedor y no digas que estoy acostumbrada al lujo que…

Terio cerró la puerta y la miró de nuevo. No sabía exactamente cómo comportarse. Le había dicho que iría despacio y en absoluto quería precipitar las cosas, pero lo cierto era que se moría de ganas de hacer el amor con ella.

—¿Te apetece tomar algo? —Julia lo abrazó y lo besó por toda respuesta—. No quiero que pienses que pretendo…

—Sss. —Ella puso su dedo índice sobre sus labios y bajó despacio la cremallera de su cazadora. Lo miró insinuante. Se besaron. Le gustaba el sabor de los labios, de su boca. El tacto de las manos sobre su cuerpo.

—Julia —decía mientras la sujetaba por la cintura—, he soñado tantas veces con este momento…, he recordado cada centímetro de tu piel. Sabes que te deseo, pero no quiero que creas que se trata solo de eso. Te quiero, estoy seguro de ello.

—Yo también. —Cuando Julia sintió el torso desnudo de él, un deseo salvaje se apoderó de ella. Besó su cuerpo: le gustaba tanto su olor, su calor.

—Te quiero, no he querido nunca a nadie como te quiero a ti. Jamás. Lo supe con toda seguridad el mismo día en el que creí perderte. Me he sentido tremendamente solo. Cada uno de esos días… —Le besaba los labios—… cada una de esas horas, de esos minutos. —Le mordía ligeramente los labios—. Quiero compartir mi vida contigo, para siempre. Si tú quieres, seré el hombre más feliz del mundo.

—Oh, Terio, claro que quiero. Me haces sentirme tan bien… —No podía creer que aquel hombre que la enloquecía, sintiese lo mismo por ella. Era como un sueño—. Es lo más maravilloso que me han dicho jamás.

Se abrazaron apasionadamente y se dirigieron al dormitorio. Entraron en la habitación desnudándose: había deseo y pasión. Se acariciaban los cuerpos como si fuese la primera vez.

Se dejaron caer sobre la cama. Terio le besaba el cuello, los hombros, la boca. Quería disfrutar del cuerpo, de todos aquellos lugares que las manos ya conocían. Acariciaba sus pechos redondos, que le enloquecían. Ella lo abrazaba fuertemente atrayéndolo contra su cuerpo: lo necesitaba, deseaba ser penetrada por él.

—Todo en ti me gusta, me fascina. —Con el dedo índice dibujaba el contorno de los labios de Julia, mientras ella lo mordisqueaba.

—Terio, eres maravilloso, te he deseado desde que te conocí. Creo que me enamoré de ti el mismo día que te vi en el pasillo de mi… —Él la besó sin dejarle acabar la frase.

—Te quiero —Julia estaba tumbada boca arriba y sujetaba firmemente las nalgas de Terio.

Estaba sobre ella, acariciándole todo el cuerpo, los pechos…, lamiéndolos con la lengua. Ella se sentía más ansiosa cada segundo que pasaba. Había deseado tanto aquel momento que lo necesitaba en ese preciso instante.

Terio le acarició las piernas, mirándola a los ojos, deslizó las cálidas manos por el interior de los muslos de ella, le palpó la vagina húmeda, y ella se sintió temblorosa. Lleno de deseo se abrió camino entre las piernas y la penetró. Gimieron de placer.

—¡Oh, Terio!

Julia apretaba con fuerza las nalgas, sentía el calor del cuerpo de Terio sobre ella, del pene. Le gustaba demasiado, sentía placer, jadeaba totalmente excitada.

Una pasión desenfrenada se apoderó de ellos, Julia sentía el roce del pene en cada embestida: era extraordinariamente placentero. Se sentía transportada a otro lugar, lejos de allí, no quería parar. Eran dos cuerpos unidos, amándose, gozando. Solo se oía el sonido de sus gemidos, de sus palabras susurrantes en el silencio de aquella habitación.

El movimiento de los cuerpos se hizo cada vez más acelerado, casi fuera de control. Estaban en ese momento mágico en el que estaba a punto de producirse aquella explosión de placer. Se buscaban con la mirada, con los labios. Juntos llegaron al orgasmo, y fue la culminación de aquel desenfreno.

Gozaban el uno del otro intensamente. Se mezclaba la pasión, el deseo, el amor. Él sostenía las pequeñas manos de Julia entre las suyas. Disfrutaban como jamás lo habían hecho, con el deseo y la felicidad de reencontrarse.

Se estremecieron llenos de placer. Terio suavemente se dejó caer sobre ella, algo agitado aún. Permaneció dentro de ella, admirando a la mujer que amaba, después se hizo a un lado y colocó la cabeza sobre los pechos.

—¿Te ha gustado? —preguntó Julia entre susurros.

—¿Bromeas? Ha sido maravilloso. No sé qué has hecho, pero me has cambiado. Nunca imaginé que podía sentirme así. —Le acariciaba el cuerpo con un dedo, como si dibujase su silueta.

—Soy muy feliz.

Permanecieron abrazados, en silencio: no hacía falta decir nada más. Sin darse cuenta, se quedaron dormidos.

Cuando Julia abrió los ojos, contempló a Terio junto a ella. Se

sintió inmensamente feliz, sintió ganas de poseerlo nuevamente. Estaba tumbada de lado, con la cabeza sobre la almohada. Recorrió su cuerpo perfecto con la mirada: le gustaba el lunar de la cara, el negro del cabello…, todo él. Se fijó en los hombros, anchos y fuertes, los brazos, la cintura. Lo contemplaba como si se tratara de una escultura griega, con la diferencia de que él estaba vivo y la amaba.

Estaba segura de su amor, sin preguntas, sin dudas. Era un hombre maravilloso, sincero, que la hacía sentirse tal y como decía Sara. Formaba parte de él.

Se levantó de la cama y fue a buscar en su bolso. Cogió el bote de mermelada. Aquella mermelada de pétalos de rosa que olía tan bien. Sin hacer ruido, regresó al dormitorio. Tenía ganas de coquetear, de jugar con él, pero especialmente de disfrutar de su presencia, sin prisa, en la serenidad de aquella habitación.

Se dio cuenta en ese momento de que su abuela había influido en ella, en su nueva forma de pensar, de reaccionar. Antes no era capaz de mostrarse así, de comportarse de esa manera más impulsiva que le gustaba. Sin barreras.

Abrió el bote de mermelada y aspiró su aroma: era realmente embriagador. Observó los pequeños restos de pétalos, que le daban aquella esencia que se le antojaba sensual. Se lo llevó a los labios: aquel dulzor era perfecto para saborearlo sobre su cuerpo. Entonces lo hizo, sin pensarlo dos veces. Mojó el dedo índice en aquella confitura exquisita y la esparció lentamente sobre el pecho de Terio, sobre la cintura, en la justa medida. Aquel hombre la excitaba, incluso dormido. Después llegó despacio hasta las zonas más íntimas. Terio tenía un cuerpo espectacular, tremendamente erótico.

Abrió los ojos y la miró sorprendido. Sintió la suavidad de los dedos de Julia sobre el pene y de manera instintiva tuvo una erección, jamás hubiese imaginado algo así. Sonrió.

Julia tenía el cabello alborotado y lo ojos le brillaban de aquella forma tan especial que le fascinaba. Estaba atractiva, excitada.

—¿Qué haces? —susurró.

—Es mermelada de pétalos de rosas —dijo acercando los labios a los de Terio—. La pongo sobre tu cuerpo: quiero saborearte dulcemente, muy despacio, igual que a un bocado exquisito.

Terio estaba disfrutando de aquel momento mágico. Cerró los ojos y se dejó hacer. Le gustaba mucho aquella mujer: era una verdadera caja de sorpresas. Entonces sintió la humedad de la lengua sobre el pene. Era una sensación que le producía un inmenso placer.

—Sigue, por favor, me gusta muchísimo.

Julia se introdujo el pene en la boca y saboreó cada centímetro. Nunca se había excitado tanto, jamás. Aquella mujer encendía su pasión.

—Quiero hacerlo yo, ¿me dejas? —Le sujetó suavemente la cabeza.

Julia lo miró insinuante y ofreció aquel bote a Terio, sin dejar de juguetear con su cuerpo. Él embadurnó ligeramente con la mermelada algunas zonas del cuerpo de Julia, los pechos, el pubis. Ella sonreía, le producía cierto cosquilleo, le divertía al tiempo que se excitaba, cada vez más. Saborearon sus cuerpos con dulce pasión.

Hicieron nuevamente el amor, disfrutando cada momento, entregándose sin reservas. Esta vez, sin prisas, muy despacio. Se amaron libremente. Después permanecieron abrazados, disfrutando de aquella vida juntos.

—Estoy agotado. —Sonrió.

—No me extraña: jamás me había sentido así, con tantas ganas de hacerlo. Sacas de mí la parte más salvaje y primitiva.

—Me alegro de que la hayas descubierto junto a mí. Te quiero.

—Yo también, pero creo que ya va siendo hora de ducharse.

—Sí y tomar algo. ¡Me muero de hambre!

Se fueron juntos a la ducha. Todo era nuevo, cada cosa que compartían, cada minuto de sus vidas.

—Quiero ser siempre feliz, como ahora junto a ti.

—Lo seremos siempre, mi pequeña caja de sorpresas. Por cierto, ¿no crees que va siendo hora de que me presentes a esa maravillosa mujer que tienes por abuela y que entre otras cosas te ha enseñado a preparar esa deliciosa mermelada de pétalos de rosas?

Agradecimientos

A mis familiares y amigos
que me animaron desde un principio.

YOLANDA CRUZ

Mi inmensa y eterna gratitud
para quienes habéis creído en mí
y en Mermelada de pétalos de rosas.
No hace falta que os nombre:
formáis parte de mi vida.
Twitter: @maribelsanvald

M.ª ISABEL SÁNCHEZ

Mermelada de pétalos de rosas
Yolanda Cruz / María Isabel Sánchez

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2014

ISBN: 978-84-08-12904-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com